

Mi abuelo, el Capitán republicano Rafael Fernández, murió fusilado por el régimen en el año 1941, a la edad de 26 años.

Han pasado ya 80 años del inicio de nuestra guerra, y hasta ahora, los jóvenes como él sólo han sido un nombre en una lista; unos huesos en una fosa. Es hora ya de explicar quienes fueron, y por qué lucharon.

Esta es una novela, donde siguiendo el hilo de la vida y andanzas de mi abuelo, repaso algunos episodios históricos de España durante la segunda República y la guerra.

Durante años, en mi familia, sólo hablaron de él en voz baja, cuchicheando historias, comentando fotografías, releyendo cartas escritas desde la prisión. Con estos testimonios familiares he tejido la historia personal, y enlazada con ella, la historia reciente de nuestro país.

El protagonista no es tan solo Rafael Fernández; son todos los hombres y mujeres de su generación, que murieron víctimas de aquella guerra genocida.



Rafael Ogalla

Siete rosas y un clavel

ePub r1.0

Titivillus 27.03.17

Título original: *Siete rosas y un clavel*
Rafael Ogalla, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Dedicado a mi madre.

Escribir la historia es una forma de quitarse de encima el pasado.

Johann Wolfgang von Goethe

PRIMERA ROSA

Jaén, 5 de febrero de 1941

Aquel mes de febrero había entrado con un frío desgarrador en la cárcel provincial de Jaén. El capitán Rafael Fernández estaba sentado en el suelo, sobre su petate, con la espalda apoyada contra una de las columnas de la brigada. El dormitorio colectivo tenía una capacidad para quince personas, pero en esos momentos se hacinaban en su interior más de sesenta presos.

«Cada día entran más», pensó Rafael mientras jugueteaba con una colilla sin encender entre sus labios.

Y era cierto, miles de presos ocupaban ahora aquella cárcel cuya capacidad ordinaria era para unos noventa reclusos.

—Al menos el frío distrae el olor —dijo en un tono de voz apenas audible.

—¿Decías algo? —preguntó su compañero Martínez, apoyado en la misma columna.

—Pensaba en voz alta —respondió sin girar la cabeza.

Martínez era un camarada paisano suyo, que como él había nacido en Guadix, la ciudad del altiplano granadino. En el último mes había observado cómo había decaído el ánimo de su colega Rafael. También su vitalidad y su jovialidad parecían haber desaparecido. Estuvo a punto de decir unas palabras de aliento, pero se contuvo a tiempo. Animar a un condenado a muerte parecía una burla cruel, que él no iba a perpetrar.

—Entran más de los que salen. No dan abasto —comentó Rafael.

Martínez sabía que de allí solo se salía de una forma, en los camiones que llevaban a los condenados hasta la pared del cementerio. Precisamente en aquel momento se oyó el ronroneo del motor del camión que salía del centro con un numeroso grupo alojado en la caja. Martínez sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—No te preocupes —le tranquilizó Rafael, dándole dos golpecitos en la rodilla—. Tú saldrás por la puerta.

Esa era la esperanza de Martínez. Él solo había llegado a cabo y durante casi toda la guerra había sido un simple soldado raso. Por suerte, nunca llegó a militar en ningún sindicato ni organización. Nadie le podía acusar de

pertenecer a la FAI, a la CNT o al POUM, ni le podían incriminar su participación en actos violentos o sangrientos. Aparte de lo que conllevan las batallas de guerra, lo único que había hecho en ellas era cumplir con las órdenes de sus mandos.

Sin embargo, un sudor frío mojó su frente. ¿Por qué lo habían trasladado a la cárcel de Jaén? ¿Por qué no lo habían dejado en la ermita de San Antón con los otros detenidos del pueblo? No eran pocos los casos de los condenados a muerte en «juicios» sumarísimos con la única «prueba» de una falsa acusación anónima, una mala lengua que te hubiera querido mal. ¿Sería ese su caso? Martínez había estado dándole vueltas a la cabeza, intentando imaginar quién podría haberle acusado en falso, quién le odiaba a muerte, pero no podía imaginar a ningún adversario así. De hecho, no recordaba tener ningún enemigo personal.

—Han ganado la guerra, pero con eso no tienen suficiente —siguió divagando el capitán—. Quieren exterminar a sus enemigos.

—Pero no pueden hacer eso. ¿Van a matar a media España?

Rafael se giró para mirar de frente a su amigo. En su rostro despejado y apacible se dibujó una sonrisa amarga. Martínez comprendía por qué lo llamaban con el sobrenombre del Guapo. No era difícil adivinar por qué las mujeres quedaban prendadas de su mirada penetrante, de su porte elegante, de su sonrisa ladina. Más difícil era —para él— explicar por qué entre los hombres también ejercía una atracción especial. Muchos veían en él al amigo fiel, al confidente deseado, al compañero a quien confías tu vida en el frente. Quizás fuese porque las palabras en su boca sonaban verdaderas, porque con un gesto de aprobación infundía confianza, o porque a su lado tenías la sensación de estar haciendo lo que es justo. ¿Habían hecho lo correcto?

—Amigo —dijo Rafael—, el mundo está en guerra, nuestros antiguos aliados ahora luchan a muerte entre ellos. Nadie fija su atención en España, estamos abandonados. Y ellos lo saben, van a aprovechar la ocasión para hacer limpieza. ¿Quién contabiliza los muertos? No les importa asesinar a miles de inocentes, cientos de miles, si con eso consiguen la hegemonía política. Su finalidad es eliminar la disidencia presente y la futura. España se va a convertir en un gigantesco cementerio, lleno de fosas anónimas. ¿Y sabes qué es lo peor? Que en esas fosas van a enterrar también el futuro de nuestra

patria. Ahí van a acabar nuestros grandes hombres y mujeres. Personas que, con sus ideas, su empuje, su inteligencia, podrían llevar a nuestro país hasta lo más alto. Van a enterrar el librepensamiento, pero también la ciencia, la técnica; el desarrollo que tanto necesita nuestro país.

—Vaya —respondió Martínez, intentando ser irónico—, solo vamos a quedar los analfabetos que no sabemos hacer nada. ¿Intentas animarme?

Rafael rio levemente.

—Amigo, no importa lo que sepas hacer, por desgracia no te dejarán hacer nada. Aunque sí hay una cosa muy importante que está en tus manos; mantén viva nuestra memoria. Que nuestros hijos no olviden lo que fuimos, lo que pudimos ser y lo que quizás algún día seremos.

—No sé cómo puedes mantener el ánimo en tu situación —dijo Martínez, y al momento se arrepintió.

—No creas que no tengo miedo —respondió, dejando ver en su mirada una cierta tristeza—. Es tan difícil contar los días. Pero creo que estoy a punto de llegar a la aceptación. Si no fuera por ella...

—Tu hija.

—Sí, solo tiene tres años. Ni siquiera recordará mi cara. Además, hay tantas cosas que me quedarán por decirle...

—Nos ocuparemos de que no te olvide. Tu madre se ocupará.

—Sí...

Los pensamientos de Rafael volaron hasta su madre, hasta la cueva excavada en los cerros de la Ermita Nueva donde estaba su hogar. Sí, su madre era una mujer fuerte, había tenido trece hijos y a todos los había criado con celo, amor y disciplina. Una mujer menuda, guapa, como él, y casada con un hombre que la amaba sin condiciones, que delegaba en ella el gobierno de la familia, quedándose siempre algo al margen, siempre apoyando sin condiciones las directrices de la matriarca. Salvador, su padre, era un hombre grande y fuerte, con el cabello rojo como una panocha. Un hombre tranquilo, albañil de profesión, pero amante del campo. Después de una larga jornada laboral, se acercaba cada tarde al pequeño terreno que tenía arrendado, donde con gran esfuerzo lograba sacar un extra alimenticio para su abultada familia.

Era hombre de pocas palabras. Uno de los raros días que el joven Rafael accedió a ayudarlo en el campo, su padre le dijo: «la vida de un hombre es

como su huerto».

—Sabes, Martínez. Mi padre me dijo una vez que la vida es como un jardín. No importa cuánto tiempo lo conserves, sino el uso que le des. Un terreno mal cuidado acaba lleno de malas hierbas. Hay hombres que viven unas vidas largas y aburridas; su jardín apenas ha dado frutos. Otros hombres lo tienen lleno de zarzas y arbustos espinosos.

Rafael hizo una pausa antes de continuar:

—Por aquí hay muchos de ellos. Son personas amargadas, llenas de odio, infelices. Yo siempre he intentado llenar mi jardín con flores. Las flores tienen grandes ventajas. Ver crecer su belleza es algo que te llena de paz y alegría, y cuando las ofreces a alguien, le traspasas esa paz. Créeme, a la gente le gusta acercarse a los jardines floridos.

—Pues yo preferiría que me regalases un saco de patatas.

Rafael sonrió, aunque con la mirada perdida.

—Tu mujer ya nos trae pan suficiente para llenar nuestros estómagos. Es una suerte que se haya podido instalar con su familia de Jaén. No vamos a morir de hambre. Pero antes me preguntabas por mi ánimo; si no desfallezco es porque cuando cierro los ojos veo mi jardín, y lo veo lleno de bellas flores. Soy joven, pero mi jardín es más frondoso que el de algunos hombres viejos. Además, está lleno de rosas.

—Las rosas también tienen espinas.

—Tienes razón, amigo, también tienen espinas...

Guadix, mayo de 1931

Rafael dejó vagar su mente hasta un tiempo que parecía muy lejano, pero que solo estaba a diez años de distancia. En 1931, él era un mozo de apenas diecisiete años. De aquellos tiempos felices casi ni recordaba los nevados y los fríos inviernos de Guadix. Solo se acordaba de las primaveras. En su memoria, aquellos tiempos fueron una primavera perenne, un mes de mayo lleno de flores y ofrendas a la Virgen.

Las cuevas formaban una ciudad junto a la villa; era la ciudad de los pobres. Pero incluso allí había clases, su barrio, el de la Ermita Nueva, tenía ciertos privilegios, como el de disponer de la escuela del Sagrado Corazón, fundada años atrás por el querido padre Poveda, el Apóstol de las cuevas. Allí, Rafael había aprendido a leer y a escribir; había sido un alumno aplicado de la institución. Encarnación, su madre, no quería que sus hijos crecieran como analfabetos, así que él y sus hermanos habían acudido religiosamente a la escuela hasta los catorce años. Después, pasó a ser aprendiz de albañil junto a su padre y su hermano mayor.

Recordaba un domingo, un día luminoso y radiante, perfumado por el romero y el tomillo que alfombraban las secas *ramblillas* de la zona. La vida de la familia transcurría en la plazoleta de la entrada a la cueva, bajo la sombra de una parra y entre el dulce aroma de las flores.

Su cueva había sido una antigua alfarería. En el amplio patio se abría la entrada a varias cavidades; la principal constituía la vivienda, pero existían otras más pequeñas que habían formado parte de la vieja fábrica alfarera, ahora en desuso, y que la familia utilizaba como corrales y almacén. En el centro del patio contaban con un pozo de aguas cristalinas y frescas que recorrían el subsuelo desde la lejana Sierra Nevada.

Paco, su hermano mayor, y él se acicalaban con sus mejores zapatos y camisas para bajar al pueblo.

—¡Rafael tiene novia! ¡Rafael tiene novia! —canturreaba su hermana pequeña, Isabel, mientras corría en círculos alrededor de los dos jóvenes.

Rafael cogió una de las trenzas de la niña para hacerla callar, pero esta se escabulló sin problemas y continuó su cantarela.

—No es cierto, madre. No tengo novia.

Su madre apenas levantó la vista de la labor que tenía entre las manos. Junto a ella sus otras hijas, Encarnación y Angustias, trabajaban también con los arreglos. Angustias, una guapa jovencita de diez años, levantó la cabeza para mirar a su hermano con los ojos semicerrados, queriendo aparentar una mirada acusadora.

—Te han visto por el Puente Viejo con Carmencita, la del Juanillo.

—¿Quién me ha visto? —retó Rafael, desafiante.

—Una amiga.

—Tu amiga se equivoca, solo hablábamos —dijo, mirando de reojo a su madre.

Paco dio una colleja amistosa a su hermano. Paco nació gemelo. El otro niño no vivió mucho, se llamaba Rafael. Así que, cuando nació el siguiente hijo, heredó el nombre y también recibió el afecto del gemelo superviviente.

—Ven aquí, don Juan —dijo mientras le hacía el nudo del corbatín.

—Cuando mi hermano entra en la plaza de las Palomas, todas las pájaras le arrullan.

—Y las alondras —añadió Rafael con una sonrisa pícaro.

La madre dejó su labor para mirar a sus dos hijos mayores. Veía en ellos a dos hombres fuertes y guapos, rebosantes de energía.

—¿Y cuándo vais a ir a ayudar a vuestro padre?

—Madre, hoy es domingo —se quejó Rafael.

—Pues por eso, ¿no se merece él también un poco de descanso?

—Ya lo he *hablao* con padre —dijo Paco—, a la tarde me pasaré y me ocuparé de la mula.

—Antoñito irá dentro de un rato, ¿no? —apuntó Rafael.

—Antoñito es un niño muy bueno, pero todavía es muy chico para ayudar. Anda, iros ya, pero no os metáis en jaleos. La cosa está muy mala.

—Madre —dijo Paco, sonriente—, la cosa no está mal, el Rey se ha ido, ahora somos una República. Las cosas solo pueden mejorar.

—Una República proclamada por los alcaldes. ¿Dónde se ha visto algo igual?

—Pronto habrá elecciones generales y tendremos una nueva constitución; será la más moderna del mundo, y yo ya tengo veintiún años, podré votar.

Encarnación meneó la cabeza.

—Iros. Rafael, te quiero en casa antes de medianoche.

Rafael estuvo a punto de protestar, pero se lo pensó mejor y solo contestó:

—De acuerdo, madre —mientras le daba un beso fugaz.

El beso ardió en la mejilla de la mujer hasta un tiempo después de que sus hijos marchasen por la cuesta. Encarnación quería a todos sus hijos por igual, pero en Rafael veía reflejada su alma, que vivía dentro del cuerpo de ese hijo fuerte y guapo. Eso la llenaba de orgullo, pero también le daba miedo. A pesar de lo que dijese Paco, los tiempos no eran buenos para la gente honesta, justa, con principios y sin pelos en la lengua para defenderlos.

—Hola, Ocones —saludó un chico al verlos bajar por la cuesta.

Ocones era el sobrenombre de los que vivían en la cueva y la plazoleta, aunque el apellido *Ocón* hacía tiempo que había desaparecido de la familia. El chico había estado esperando a los hermanos bajo la sombra de una gran higuera.

—Hola, Paquillo —saludó Rafael a su amigo.

—¿Habéis leído las noticias? —preguntó este, moviendo en su mano un ejemplar de *La voz de Guadix*, el diario de la UGT. Paquillo era, por entonces, un muchacho alto y algo desgarrado, que también vivía en una de las cuevas del barrio.

—¡En Málaga han quemado todas las iglesias y los conventos!

—Como en Madrid —aclaró Paco, que estaba al tanto de las noticias—, y el Gobierno lo permite. La policía no hace nada. Es la revolución.

Los tres jóvenes comenzaron a caminar pausadamente por la cuesta de la cañada que llevaba al pueblo, dejando que el sol acariciase sus rostros mientras mantenían los ojos entornados.

—No veo qué tiene que ver la revolución con quemar las iglesias —dijo Rafael.

—Es la forma cómo el pueblo manifiesta su negativa a seguir las órdenes de los curas —respondió su hermano.

—Ya, pero lo que digo es que no hace falta destruir los templos. A mí me

gustan. No sé, los podrían requisar y usarlos para otras cosas.

—Es que los españoles somos muy brutos —rio Paquillo.

—Hay mucho resentimiento contenido —continuó explicando Paco—. Yo creo que hay curas buenos y malos, como en cualquier oficio, pero sus jefes, los obispos, forman parte de la casta represora. Actúan como unos caciques más. Y de la peor calaña, porque no emplean el dinero o las amenazas para reprimir al pueblo; usan la palabra de Dios. Y eso es un sacrilegio.

Paco, a sus veinte años, era un hombre robusto, llevaba el pelo muy corto, casi rapado, y su mirada penetrante solía intimidar a muchos de sus compañeros. A través del gremio había contactado con el sindicato de trabajadores, la CNT, y enseguida había simpatizado con sus ideas libertarias. Rafael recordaba cómo, por aquel entonces, él no estaba demasiado interesado en la política. Otras inquietudes más mundanas desbordaban su mente adolescente. Aun así, escuchaba con atención a su hermano y a sus amigos, pues era imposible ignorar en esos tiempos la convulsa situación política de España.

—Aquí dice —explicó Paquillo, moviendo de nuevo en el aire su diario— que el detonante fue la pastoral del arzobispo de Toledo. Está en contra de la revolución y pide a las mujeres que defiendan a la Iglesia.

—El problema de los curas —siguió discerniendo Paco, ignorando a su homónimo— es que son como el ejército; deben obediencia ciega a sus jefes. Si no hubiesen difundido y defendido la pastoral en todas las parroquias de España, otro gallo cantaría.

—Es mezquino poner a las mujeres en contra de los hombres —rumió Rafael con aire ofendido.

Siempre había sentido la necesidad de defender al otro sexo, no porque pensara que era el sexo débil, no, él veía en las mujeres la personificación de la belleza: las mujeres son bellas en su exterior y en su interior, y si Dios las había dotado de esa virtud, fue por alguna razón. Sin duda ellas constituían el centro de la creación. Rafael tendía a modificar la historia sagrada según sus pensamientos; después de todo solo eran alegorías, así que estaba seguro de que Dios creó primero a la mujer; no tenía sentido dar vida primero a un ser que no se podía reproducir, y después creó al hombre, para que la acompañara y la protegiera. Pensó en su amigo Antonio, seguramente él añadiría: «y para

asegurar una diversidad genética en la población humana», o alguna frase por el estilo. Este pensamiento causó que una sonrisa apareciese en su rostro, y acabó diciendo:

—Enfrentar y romper las familias es contrario a las enseñanzas de Cristo. Además, creo que el arzobispo no conoce bien a nuestras mujeres. La República busca la libertad de los oprimidos, y en España las más reprimidas son las mujeres; ellas son las más interesadas en alcanzar la libertad y la igualdad.

Paco dio de nuevo otra colleja amistosa a su hermano.

—¿Eso es lo que hablas con Carmencita? ¿Así te la camelas?

—No necesito camelármela —respondió, socarrón—, la trato como a una amiga, de igual a igual.

—Te haces el duro con ella y la tienes chocha —rio Paquillo.

A este, Rafael, no le permitía las burlas que sí consentía a su hermano. Así que le quitó el periódico de las manos y corrió tras él golpeándole en la cabeza y en el culo.

En su paseo, ya habían llegado al centro y en la Puerta Alta, Paco se despidió de ellos. Él se dirigía al cuartel de la Guardia Civil, a recoger a su novia Ana, conocida como la Civilera, al ser hija de un guardia civil.

—¡Rafael! —gritó Paco mientras los dos jóvenes ya se encaminaban hacia la plaza—. Luego me voy donde padre, a ver si te pasas.

El joven saludó con la mano, con un gesto que significaba «vale, ya te he entendido». No le importaba trabajar doce horas diarias en la obra, pero no soportaba el trabajo en el campo. Le gustaba tumbarse sobre la hierba verde, oler los aromas de la tierra en primavera, o en otoño después de la lluvia, pero arar, escardar, plantar... La agricultura no era lo suyo, prefería la naturaleza en estado salvaje, virgen, indómita...

Paco sabía que no se iba a pasar. Llegaría a casa a medianoche para no preocupar a su madre. Y a esa hora todos estarían ya dormidos. Solo se oirían los cuchicheos apagados que salían de la habitación de sus padres. Conversaciones calladas sobre los hijos y las hijas, sobre las necesidades de la familia y sobre mil cosas más que preocupaban a aquellos padres abnegados y que se confiaban a la oscuridad de la humilde alcoba.

Paquillo le sacó de sus ensoñaciones.

—Venga, Rafael, vamos.

La plaza de las Palomas era el centro neurálgico de la villa. Aquel domingo de mayo estaba repleto de gente paseando bajo las arcadas. Allí había grupos de señoritas finamente vestidas, sentadas en las mesas metálicas que la pastelería de la señora Francisca colocaba estratégicamente junto a la acera. También se encontraban algunas *cueveras*, así llamaban a las chicas que moraban en las cuevas, ellas también vestían sus mejores atuendos, y su zona de reunión estaba alrededor del puesto de tejerings del tío Jumilla. Antes de entrar en la plaza por el pasaje de Santisteban, los dos amigos se detuvieron un momento para liarse unos cigarrillos y dejarlos colgar, sin encender, en sus labios, imitando la pose de los famosos actores de Hollywood, como el joven Clark Gable en *Un alma libre*.

Fue un golpe de suerte que, en ese momento, comenzara a sonar *España cañí* por el gramófono del café Mercantil y que su eco se irradiara por toda la plaza. Así anunciados, los dos mozos se dirigieron directamente al café de Pepe Matías, donde los esperaba el resto de la cuadrilla. Su paso era lento y estudiado, saludando con leves movimientos de cabeza a los corrillos de chicas que les correspondían con risitas nerviosas. Y mirando desafiantes a losorros de chicos, señoritos, que las acompañaban. En el café fueron a sentarse junto a sus compañeros Antonio, Juan y el Liti, en una mesa de la terraza.

—¿Lo has traído? —preguntó Rafael a modo de saludo.

—Sí. Aquí lo tengo —respondió Antonio, el aludido.

Un joven de porte elegante, con frente despejada y cabello extremadamente rizado, que le obligaba cada mañana a levantarse una hora antes para peinarse como era debido. Un chico inteligente al que todos sus amigos le auguraban un brillante futuro.

—Pero ya no te lo guardo más —dijo, frunciendo el ceño—, mi madre me ha cantado las cuarenta.

—Ay, el niño de mamá —se burló Juan con su habitual marrullería.

—Vale —accedió Rafael, haciendo callar a Juan—. Esta tarde me lo llevo yo.

Junto a la mesa descansaba un saco de arpillera con un enorme y pesado

capote de brega en su interior.

—Gracias por guardármelo. Tu madre se enfada, pero la mía sufre si se entera, por eso prefiero que no lo vea.

—Se va a enterar igualmente. Después de lo de esta tarde —dijo el Liti, un muchacho bajito y de apariencia simplona.

—Bueno —respondió Rafael—, pero a toro pasado...

Todos rieron nerviosos. Aquella tarde tenían permiso por primera vez para torear en la plaza. Unos pases con la capota al toro. Era una capea, una corrida sin sangre; el ganadero no permitía que el animal sufriera ningún percance para el poco beneficio que iba a obtener con aquellos mozos principiantes.

En realidad, quien iba a torear era Rafael, el resto componía la cuadrilla de apoyo, pero eso no importaba, formaban un equipo y todos se sentían responsables e importantes.

—Yo espero que se entere todo el mundo —apuntó Juan, echándose hacia atrás en la silla—. Sobre todo, las señoritas guapas.

La última frase la dijo en voz alta. Lo suficiente para que le oyera el grupito de chicas que en ese momento pasaba por delante de la terraza. Al ver que estas le miraban de reojo y se reían, se envalentó lo suficiente para seguir gritando.

—¡Señoritas! La faena de esta tarde está dedicada a ustedes.

Las chicas continuaron su camino aparentando indiferencia. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, el Liti se atrevió a gritar un «guapas» demasiado agudo.

Juan rio socarrón.

—Fijaos —comentó Antonio, que estaba enfrascado en la lectura del *ABC*, ajeno a los piropos de sus amigos—. Aquí dice que el Zeppelin, después de su exitosa vuelta al mundo en veintiún días, va a realizar un viaje al Polo Norte, y que está próxima la concesión para construir el nuevo aeropuerto de dirigibles en Sevilla. El teniente coronel Herrera dice que será uno de los más importantes del mundo.

Antonio era un fanático de los dirigibles y de la ciencia en general, lo sabía todo sobre las enormes aeronaves y sus vuelos transoceánicos entre Sevilla y Buenos Aires.

—Me encantaría viajar en uno de ellos —dijo, entusiasmado—.

Imaginaos, tres días volando sobre el mar. Tener un camarote con vistas, comer en el restaurante...

Sus amigos sabían que, si le daban pie, se pasaría durante toda la tarde con lo mismo, así que nadie le interpeló, excepto Rafael, provocando que el ceño de Paquillo se frunciese.

—Necesitarías ahorrar al menos diez años para comprarte un billete.

—Ahora sí —respondió Antonio—, pero dentro de un tiempo, cuando las aeronaves sean más modernas y eficientes, el precio de los billetes será más barato. Dentro de poco ir a Buenos Aires o a Montevideo será tan fácil como ir a Madrid o a Barcelona.

—Pero si tú nunca has estado en Madrid —se rio Juan.

—Ya veréis —siguió Antonio—, la ciencia está avanzando a grandes pasos, y gracias a hombres como Emilio Herrera, España está a la vanguardia. Ya lo dijo Einstein cuando nos visitó hace unos años, quien, por cierto, es amigo personal de Herrera.

—¡Qué *pesao* eres con el Herrera! —se quejó Juan.

—Hombre, él es de Granada, pero también hay grandes científicos en el resto de España: Blas Cabrera, Ramón y Cajal, Juan de la Cierva, Severo Ochoa, Arturo Duperier, Enrique Moles...

—¡Vale! ¡Vale! No te enrolles —cortó Juan—. A la mitad de esos ni los conozco. No nos des la tabarra. España es, en realidad, tierra de toreros: Domingo Ortega, Manolo Bienvenida, Vicente Barrera... y ahora nuestro Rafael. Esta tarde se va armar el taco.

Todos aplaudieron la vehemencia.

—Bueno —dijo Rafael con cierto orgullo—, solo es una novillada, no creo que nos saquen por la puerta grande. Además, te olvidas de Belmonte...

Desde la celda de Jaén, recordaba con cariño sus sueños olvidados. ¡Qué ingenuo se veía ahora, con la distancia de los años! A pesar de lo que decía a sus amigos, Rafael sí soñaba con salir por la puerta grande, y de una de las plazas importantes: Sevilla o Madrid. Se imaginaba vestido con un traje de luces, oyendo coreado su nombre mientras lo sacaban a hombros. Bajo su cama, en la cueva, guardaba recortes de periódico con sucintas biografías de grandes toreros de la época; todos ellos habían sido hijos de familias

humildes, no muy diferentes de la suya propia. Si ellos lo habían conseguido, ¿por qué no él? No le faltaba valentía ni arrojo, solo necesitaba la oportunidad.

Mientras los amigos de la cuadrilla bromeaban y él se perdía en ensoñaciones, tres guapas jóvenes, entre ellas la Carmencita, se pararon a cierta distancia del café. En sus manos sostenían un cucurucho con churros. Las tres vestían elegantemente trajes arreglados por ellas mismas siguiendo la moda de Balenciaga. Los habían sacado y copiado de algunas revistas *Vogue* que recibía puntualmente la sastrería Monedero, el establecimiento en el que Carmencita trabajaba como aprendiz.

Paquillo dio un visible codazo a Rafael para llamar su atención. Este miró y saludó con la cabeza a las chicas. Después de unos segundos que dedicó a bromear con los otros, se levantó y se dirigió hacia el grupo de las féminas. Sintió una sensación como de mariposas que aleteaban en su estómago, pero las ignoró y disimuló sus nervios.

—Buenas tardes, señoritas —saludó, llevándose la mano derecha hasta la gorrilla que llevaba sutilmente ladeada.

Las chicas —coquetas— sonrieron, pero Rafael solo miró fijamente a Carmen, a sus grandes ojos oscuros y a sus labios rojos, que contrastaban con el negro terciopelo de su vestido largo, y acabado en una moderna falda asimétrica.

—Hola, torero —saludó esta con tono irónico.

—Me alegra que, al final, te hayas decidido a venir.

—Mis amigas me han convencido —respondió con un movimiento de hombros, aparentando indiferencia.

—Para mí es muy importante contar con vuestro apoyo desde el tendido. Sin vuestra presencia el toreo no sería un arte, sino solo un rudo juego de hombres.

—Di lo que quieras, pero no me gustan los toros, me dan miedo.

—Solo aspiro a que te gusten los toreros.

Angelita, amiga de la infancia de Carmen y más descarada que ella, musitó:

—A mí me gustan los toreros y las corridas.

—Pues aquí tienes dónde elegir —dijo, mirando a sus amigos sentados en el café.

—No sé, creo que el que yo elegiría está por deshojar otra flor.

Esta vez fue Carmencita quien propinó un codazo a su amiga.

—A lo mejor se anula —comentó ella—. Todo está lleno de civiles.

—No —comentó él, quitándole importancia—. Están por los alrededores de la catedral, por lo que pudiera pasar. Pero la fiesta no corre peligro; gusta tanto a monárquicos como a republicanos.

—Ay, no llames al mal tiempo —dijo Carmencita, mirando de reojo a la otra parte de la plaza porticada, donde se reunían los jóvenes señoritos contrarios a la recién proclamaba república.

—No te preocupes, esto es Guadix, somos gente pacífica.

—No es lo que se oye por ahí.

Rafael rozó con el dorso de la mano el rostro de la chica para tranquilizar su ánimo y con una sonrisa la cogió del brazo. Las mariposas volvieron a aletear con fuerza.

—Ven —dijo—. Te voy a hacer un regalo.

Angelita, a su lado, frunció el ceño.

Cogidos del brazo, y seguidos por sus amigas, caminaron bajo los pórticos de la plaza hacia el puestecito de flores que la gitana María la Canastera colocaba cada domingo entre la confitería y la hojalatería. En su paseo desfilaron por delante del grupo de señoritos que estaban sentados al otro lado de la plaza. Alguno de ellos susurró:

—Ahí va el cuevero de mierda.

Rafael podría haber hecho oídos sordos, pues el insulto apenas fue un balbuceo, pero en cambio se detuvo en seco. Carmencita sujetó con fuerza su brazo e intentó seguir caminado sin éxito. Era algo superior a él. Alguna cosa le impedía pasar por alto esos insultos miserables. Un fuego ardía en su interior cuando veía aquella actitud prepotente y llena de desprecio hacia los demás.

Años después, pensaría que solo era el destino. Ese signo que parece escrito en tu cuna y que tú mismo te empeñas en seguir sin salirte de la línea.

—¿Pretendéis asustar a unas mujeres con vuestros insultos? —preguntó con un tono de voz tranquilo, pero desafiante.

Genaro era uno los señoritos del pueblo, hijo de un rico latifundista dedicado a la siembra y recolección de la remolacha azucarera. Un chico guapo y bien *planta*, no había sido él quien murmurara el insulto, pero sí fue quien respondió a Rafael, afianzando así su liderazgo en el grupo.

—Los cueveros no tendríais que salir de vuestras cuevas, lo impregnáis todo de un tufo pestilente —dijo mientras arrugaba la nariz simulando oler algo.

—Sí, en esta parte de la plaza huele a podrido —respondió Rafael, sonriente—. Ya lo he notado. Será por eso que solo se os acercan las moscas.

Genaro se levantó ofendido, seguido por dos de sus amigos. Se colocó a pocos centímetros de la cara de Rafael.

—Porque están aquí estas señoritas, si no te reventaría la boca, muerto de hambre.

—Por eso mismo voy a seguir mi camino. Pero tú sabes dónde vivo, ven a buscarme cuando quieras. Si es que tienes huevos.

Rafael continuó su paseo, esquivando a Genaro y dejando atrás al grupo de jóvenes. Una retahíla de insultos y amenazas susurradas le acompañó desde lejos.

—Lo siento —se disculpó con la chica—. No me tendría que haber parado.

—No. Eres un inconsciente. ¿Qué quieres? ¿Que te den una paliza? ¿No ves cómo está el ambiente?

—No podía dejar que se quedaran tan panchos. Ahora, durante toda la tarde, algo los recomerá por dentro.

—Y a mí también —se quejó ella.

—No, olvídalo. No tiene importancia.

Habían llegado al puesto de flores de la gitana, y Rafael pidió una bonita rosa roja a medio abrir.

—Toma, mozo. Es *pa* esta niña tan guapa, ¿no?

—Sí, señora —respondió él, pagando el real que le había pedido.

—Anda, niña, qué suerte tienes —dijo la gitana.

Carmencita casi se sonroja cuando le colocó la flor en el pelo y le susurró:

—Hace juego con tus labios.

Las amigas se reunieron con ellos, murmurando entre dientes, mientras él

le volvía a acariciar la mejilla.

—Espero verlas a todas ustedes en la plaza —dijo a modo de despedida.

—Hasta luego —contestó Carmencita, y Angelita suspiró visible y ruidosamente.

—¿Qué querían esos? —preguntó Juan al acercarse su amigo de nuevo al café.

—Nada —masculló, quitándole importancia.

—Los *joputas* están que trinan —añadió Paquillo—. Ven venir el palo que se les acerca. Se les acabó lo de aprovecharse de los pobres.

—¡Es la revolución! —exclamó Juan, sonriente.

—Hay muchos tipos de revoluciones —quiso explicar Antonio—. Puede ser como la francesa o como la rusa comunista...

—¡Esta será la revolución española! —interrumpió Juan.

—Sea como fuere —reflexionó Paquillo—, hay que acabar con las injusticias, con el caciquismo, con los privilegios de clases...

—Las clases privilegiadas lucharán por mantener sus prerrogativas, no será tan fácil —afirmó Rafael.

—¡Pues nosotros también lucharemos, que para eso somos más, y mejores! —apuntó Juan.

—Lo que hay que hacer es convencerlos de que, en una sociedad más justa, todos ganaríamos —deliberó Antonio—. España ganaría.

—Todas las revoluciones son violentas —sentenció Rafael.

—La revolución industrial, no —intervino Antonio.

—En la Guerra Mundial murió más gente que en todas las otras guerras juntas —replicó Rafael—. Y fue gracias a la revolución industrial.

Eso lo había leído en uno de los libros de su hermano Paco, libros que conseguía gratis en el sindicato.

—Seremos una república comunista —comentó Paquillo— como la soviética. Las tierras se repartirán entre los jornaleros y cada uno vivirá de su trabajo, sin que nadie se aproveche del trabajo de otro.

—¡Sí! —gritó el Liti—, pero nosotros no trabajaremos la tierra, seremos ¡toreros!

—Eso, el Liti —rio Juan—. ¡Brindemos por los toreros!

Todos levantaron sus vasos llenos de vino tinto de la casa, que Pepe Matías compraba en garrafas a granel, y apuraron el líquido en un último trago.

Así de animados, los chicos dejaron el café y se encaminaron hacia la plaza de toros del pueblo. Sus rudimentarios aparejos para la faena consistían en varias cuerdas y varas, además del saco con la capota, que los jóvenes mostraban con orgullo en su paseo hacia el ruedo. En la calle de San José, pasaron frente a un joven que ofrecía retratos en el exterior, era Agustín, hijo de don Agustín de «Fotografías y revelados», con su cámara montada sobre un trípode.

—Este día hay que inmortalizarlo —exclamó Juan, al verlo—. Para que la posteridad conozca el nacimiento de nuestra famosa cuadrilla.

Agustín, calibrando el ángulo de la luz solar, colocó al grupo de amigos frente a uno de los grandes portales de la calle, y en pocos segundos «inmortalizó» la escena.



En la plaza de Guadix, aquel día varias cuadrillas de mozos —nerviosas— se movían por el callejón. Planeando las suertes, cómo enfrentar al animal, o simplemente comentando las características de cada toro. Los tendidos se fueron llenando poco a poco con un variopinto repertorio de espectadores y

aficionados. Allí estaban representados todos los estamentos del pueblo, unidos por la fiesta nacional. Solo el palco permanecía vacío. Ni el alcalde ni el obispo ni ninguna de las otras autoridades municipales ocupaban sus asientos aquella tarde.

Uno a uno, prácticamente todos los mozos, se fueron asomando a la arena para ver cómo se llenaba el tendido.

—¡La plaza está a rebosar! —informó el Liti a sus amigos, tras volver por enésima vez del coso.

Rafael estaba demasiado concentrado para atender a su amigo, intentaba apaciguar su desbordada adrenalina, realizando respiraciones profundas y acompasadas. Los demás del grupo también intentaban descargar tensiones cada uno a su manera; dando saltos, estirando brazos y piernas, rezando en silencio... El ganadero les había dado una pequeña charla a todos los mozos. Había remarcado muy bien lo que podían y lo que no podían hacer, mucho más preocupado por la salud de sus animales que por la de los chicos. A ellos les tocaba el tercer toro, «Tomillo», un toro con nombre de flor. Su tiempo máximo era de diez minutos.

—Nada de cuerdas cerca de las patas, ni varas junto a los ojos, rejoneos los justos, y si el toro se cansa, de vuelta al corral —había advertido don José Alberto.

Rafael ya se conocía la cháchara, tenía claro lo que quería. Pretendía lucirse, pero no todo dependía de él, «Tomillo» también debía comportarse.

Esperó ansioso su turno. El primero de la tarde resultó ser un animal soso y de recorrido corto, que solo se movía a golpe de vara. José Alberto, el ganadero, tomaba nota, con el ceño fruncido. Aquellas capeas le servían para decidir qué animales eran buenos o no para destinarlos a corridas de verdad, en Granada o Sevilla. El primer toro no dio la talla, así que, a una orden suya, los mozos lo devolvieron al corral. Eso provocó una lluvia de abucheos en el tendido, que ya estaba a medio aforo, sobre todo en la zona de sombra.

El segundo toro salió como un bólido del portalón, con los pitones en alto. La gradería estalló en aplausos. Rafael, desde uno de los burladeros, ojeó las rudimentarias gradas en busca de caras conocidas. Vio a Carmencita y a sus amigas sentadas en una tercera fila y, no muy lejos de ellas, descubrió a su hermano Paco sentado junto a la Civilera, una moza espléndida que lucía sus

atributos con un generoso escote. Los mozos del segundo astado no consiguieron templar al animal, corrieron por delante y por detrás de él, pero no lograron emplazarlo para que el capeador pudiera entrar en faena. El torero de aquella cuadrilla se llamaba Alfonsito, aunque era un joven grande y fornido, demasiado incluso, para encajar en la imagen tradicional de un torero.

Alfonsito, abrumado por el público, decidió enfrentar al animal por detrás, llamándolo a gritos para que se girase. Al fin, cuando este lo hizo, pilló al joven a contrapié. El animal se movió rápido como el diablo y, al instante, Alfonsito fue corneado y volteado de mala manera. Cayó en el suelo de bruces y la gradería gritó un «¡Ay!» unísono. El animal, sin mediar pausa, volvió a empitonarlo levantándolo del suelo de nuevo.

Rafael salió corriendo hacia ellos con su capote en la mano. La cuadrilla de Alfonsito intentaba separar al toro de su compañero, pero el animal ignoraba las varas y se empecinaba con su víctima. Al fin, Rafael alcanzó al animal y le golpeó con su capa los morros, movió el capote abanicando la arena y el toro le siguió, dejando en el suelo al maltrecho mozo. La cuadrilla alzó a Alfonsito como si no pasara nada y corrieron hacia los burladeros. Rafael y sus amigos se encargaron de encaminar al desafiante animal hacia la puerta del corral.

Cuando volvieron al callejón, alguien les informó de que milagrosamente no había recibido herida grave alguna y de que el chico estaba bien. Presentaba magulladuras por todo el cuerpo y la ropa hecha jirones, pero ninguno de los dos afilados pitones había atravesado su piel.

El acontecimiento había dejado en la plaza una tensión palpable. La noticia del estado del joven recorría cuchicheante por el tendido. Don José Alberto miró a Rafael como si estuviera interrogándole con los ojos.

—Vamos a por el tercero —dijo este, afirmando con la cabeza.

Con el capote en mano, salió a paso firme hacia el coso. El público aplaudió, pues con su acción anterior se había ganado ya su favor. La cuadrilla le siguió y todos recibieron grandes aplausos. Rafael saludó con la mano en alto y caminó hacia donde estaba Carmencita, a quien dedicó la faena. La chica, azuzada por sus amigas, se puso en pie y le lanzó la rosa que todavía llevaba prendida en su pelo. Rafael la recogió y se la colocó en un ojal de su chaqueta. Por el rabillo del ojo vigilaba a su hermano, unos metros más allá,

quien asistía a la escena con aplausos acompasados y una media sonrisa burlona en la cara.

Rafael se colocó en el centro de la plaza, frente a la puerta del corral, para esperar la salida de un toro de nombre «Tomillo». Notó cómo su corazón latía a mil. La puerta se abrió y vio al fondo, en la oscuridad, la silueta del animal. Era un toro bonito, abrochado, de porte elegante y orgulloso. Rafael le llamó con su capa, captó su atención y el animal corrió impetuoso hacia el ruedo provocando la exclamación de los aficionados. Pero, Rafael no oyó los gritos, a partir de ese momento se concentró en el toro, no veía ni oía nada más; solo estaban él y el animal.

Para Rafael el toreo era una lucha entre dos, o mejor un baile, una doma, un arte, un trato. El hombre guía con su capa al animal; ahora por aquí, ahora por allá, ahora quédate quieto. Y el animal, como hipnotizado, obedece. Es una tregua débil, que el toro puede romper cuando le plazca. Nada es seguro, por eso la atención debe ser total.

Los minutos pasaron rápidos, casi sin darse cuenta, Antonio tuvo que gritarle:

—«Ya está, hay que volverlo al corral».

Al acabar la faena, sus sentidos volvieron al tendido. No, no lo sacarían en hombros, porque él no era un matador, pero el público aplaudía en pie, y toda la cuadrilla dio una vuelta entera al ruedo, devolviendo algunas gorras que los aficionados les lanzaban como muestra de reconocimiento.

De vuelta al callejón todos se jalearon y se abrazaron:

—¡Somos los mejores! —gritó el Liti, entusiasmado.

Su hermano Paco se acercó a ellos desde el tendido bajo, acompañado de su novia.

—¡Hermano! —le gritó—. Acércate, que Ana te quiere felicitar.

Ana era apenas un año mayor que él. Tuvo que hacer un esfuerzo para no fijar la mirada en su escote al hablar con ella.

—¡Felicidades! —dijo la chica—. Estás hecho todo un torero. Sigue así que llegarás lejos.

—Gracias, Ana.

—Bonita capota —dijo Paco con toda intención—. ¿Dónde la vas a guardar? ¿O se la das a tus amigos para que te la escondan?

—Ya veré —contestó, encogiéndose de hombros—. Tú, ni una palabra a madre.

—Soy una tumba. Pero madre ya lo sabe. Está esperando que le comentes algo.

—Vale —musitó, pensativo.

—Nos vamos, niño. He prometido pasar a ayudar a padre.

—Dile que yo le ayudaré mañana. Hoy no puedo.

—Ya. Le diré que estás muy ocupado.

Paco y su novia se fueron por la gradería, pasando entre los espectadores. Como otras veces, Paco había conseguido dejarle un regusto amargo en la boca del estómago. Si lo del toreo salía bien, iba a ser él quien ayudase de verdad a sus padres; se iba acabar el trabajar y pasar penurias para todos. Incluso para Paco.

Acabada la fiesta, se despidió de sus compañeros y buscó entre el gentío que abandonaba la plaza a Carmencita. La vio junto a sus amigas, paradas junto a un puesto ambulante de chucherías.

Rafael se colocó el saco de la capota a modo de bandolera, y caminó hacia ellas. Al moverse entre la multitud, tropezó con alguien, al principio pensó que, de forma casual, pero enseguida descubrió que la persona que se interponía en su camino era Genaro.

—¡Cuidado! Abrid paso, que viene el torero —gritó este con guasa.

Rafael intentó esquivarlo, a él y a sus compinches, pero la masa de personas reunida a la salida de la plaza se lo impedía. Algunos conocidos le palmearon la espalda, felicitándole por la faena, ajenos a la tensión latente entre ambos jóvenes.

—Sabemos dónde vives, torero —amenazó Genaro, mientras le golpeaba con su dedo índice en el pecho.

—Ves, incluso vosotros podéis aprender cosas —replicó Rafael.

Antes de que Genaro pudiese responder, la muchedumbre dejó libre una vía de escape por donde Rafael se escabulló, alejándose de los matones.

—Señorita, creo que esta flor es tuya —dijo al llegar hasta Carmencita.

—¡Has estado soberbio! —exclamó Angelita.

Carmen volvió a colocarse la rosa en el cabello.

—Estás loco —dijo. Pero sus ojos le miraban con fascinación.

—¿Soberbio? —comentó él sonriendo a Angelita. La chica tenía un punto de lujuria en la mirada. Carmencita volvió a golpear con el codo a su amiga.

—Quiere decir que has estado brillante.

—¿Tú también lo crees?

—Has estado muy bien —reconoció la chica.

—¿Damos un paseo?

Cogidos del brazo, caminaron pausadamente por los senderos de vuelta al pueblo, en dirección a las *ramblillas* del Puente Viejo.

En mayo las ramblas se convertían en una alfombra multicolor, la primavera estallaba con toda su fuerza en los otrora pardos campillos del llano. Varias parejas y familias con niños los acompañaban en el camino. Un grupo de críos jugaban con un balón.

—Este deporte se está poniendo muy de moda —comentó Carmencita—, hay un club en el pueblo.

—¿El fútbol? —inquirió él—. Creo que se llama Unión Deportiva Accitana.

—Sí, ¿sabes que han hecho una liga nacional? Dicen que en Madrid van miles de personas a ver los partidos.

—Vaya tontería. Bueno, jugar con la pelota es divertido, pero ¿qué interés puede tener ver cómo otros juegan?

—Pues dicen que es un espectáculo... Como los toros.

—¡Qué dices, mujer! El toreo es la Fiesta Nacional, eso solo es una moda pasajera. Cosa de extranjeros, en España no cuajará.

Diciendo esto, Rafael corrió hacia el grupo de chavales y en un descuido les quitó el balón con los pies. Los chicos corrieron tras él dando gritos, hasta que uno de ellos cogió el balón con las manos y se lo quitó. En la jugada Rafael casi pierde el equilibrio y tuvo que dar varios traspiés para no caer al suelo con el saco a cuestas.

—¡Ja, ja! —rió Carmencita—. ¡Unos niños chicos te van hacer más daño que el toro!

Rafael se acercó a ella sonriente.

—¡Te ríes de mí! Pero si lo hago para que veas que también soy un buen «futbolero».

Él la cogió de ambas manos como simulando una lucha.

—Se dice «futbolista» —rectificó, acercándose a su cara.

—¿Cómo se dice, modista o estilista? Suena poco masculino —susurró él, acercándose más a ella.

—O como dentista... —murmuró Carmen.

Rafael sintió el aliento de la chica sobre su boca, no pudo resistirse más y la besó. Notó en sus labios, tiernos y cálidos, el sabor dulce de la fruta madura. Carmencita cerró los ojos y se dejó besar, mientras un calor sofocante inundaba su rostro.

La voz de su amiga Sole, tras ellos, los sacó de su ensimismamiento.

—Nosotras ya nos vamos. Se está haciendo tarde.

—¡No! Esperad un poco más —se quejó Carmencita, separándose un poco de Rafael.

—Quedaos —dijo él, aunque sonó poco convincente.

La amiga negó con la cabeza.

—Nos vamos. Mañana nos vemos en la sastrería.

Sole tuvo que arrastrar a Angelita, quien no parecía muy de acuerdo con la decisión de su amiga.

—¡Adiós, hasta luego! —gritó al fin, viendo que Sole tiraba de ella con determinación.

—Es verdad. Se está haciendo tarde —dijo Carmencita, mirando al cielo y cogiéndose los brazos en un ademán friolero.

Rafael se quitó su chaqueta y cubrió con ella a la chica.

—Esta es la mejor hora —sentenció—. Mira qué cielo. Encarnado. Con esta luz todo se ve más bonito.

Abrazó a la chica y continuaron su paseo acompañados por el aroma del romero que jalonaba a ratos el sendero. Acabaron sentados bajo un viejo almendro desde donde se podía contemplar la incipiente puesta de sol.

Rafael desplegó el rojo capote sobre la hierba para evitar que la chica ensuciara su bonito vestido. Carmencita se recostó en el grueso tronco, parloteando nerviosa sobre sus sueños y sus proyectos de futuro. Tenía la ilusión de poner una tienda de moda.

—No una cualquiera, no. Una *boutique* con los últimos modelos de Balenciaga, pero también de Chanel, de Schiaparelli...

Esa era una de las cosas que le atraían de la joven; su espíritu liberal. Sus

expectativas no se limitaban a casarse y tener hijos, esperaba algo más de la vida. Aunque en aquellos momentos, mientras estaba inclinado sobre la chica, su atención se desviaba más hacia sus carnosos labios que hacia sus palabras.

—No sé si algo así funcionaría en Guadix —comentó.

—No, tendría que irme a Granada —admitió, borrando la sonrisa de su boca—. Además, son solo sueños. La verdad es que nunca conseguiré tener el dinero suficiente. Me mato a trabajar, pero apenas ahorro nada, todo lo necesitamos para la casa.

Rafael se tumbó sobre el capote a su lado, mirando al cielo, y rozando con su cabeza el cabello de la chica.

—Eso es algo que debe cambiar —buscó a tientas la mano de la muchacha y la apretó con suavidad—. Por eso debemos apoyar a la República. Hay que acabar con tantas injusticias. No puede ser que en Andalucía los pobres vivamos como esclavos. No podemos estar condenados a ser siempre pobres, a no tener sueños, a vivir sin ilusión.

Se volvió a sentar, más animado, pero sin soltar su mano.

—Con la República tendremos una vida que valdrá la pena vivir. Si nos esforzamos y trabajamos podremos ser quienes nosotros queramos. Nadie nos dirá quiénes debemos ser. Tú tendrás tu tienda de moda en Granada.

La sonrisa volvió a aparecer en la joven.

—Y tú serás torero.

—¡Sí! La albañilería no está mal, pero nadie se hace rico trabajando en la construcción.

Ella estalló en una risa nerviosa.

—¡Pero si hay un montón de grandes empresas de construcción! ¡Tonto!

—Vaya, hoy estás empeñada en llevarme la contraria —dijo, inclinándose de nuevo sobre ella.

—Sí.

Ambos jóvenes se fundieron en un largo beso, mientras las primeras estrellas comenzaban a brillar en el firmamento.

Dos horas después, Rafael había dejado a Carmencita en el portal de su casa y caminaba silbando por las solitarias calles de Guadix en dirección a su cueva. Se sentía eufórico y feliz. Había sido un domingo estupendo. A pesar de

que la chica se había quedado por descuido con su chaqueta, no notaba el frío de la noche accitana. Además, eso le serviría de excusa para visitarla al día siguiente en su taller.

Al abordar la cuesta de la cañada de los perales, la oscuridad se hizo casi total; a partir de allí no existía alumbrado público. Por suerte, una débil luna creciente le ayudó a vislumbrar el camino. Poco a poco su visión se adaptó a la poca luz de la noche y caminó sin dificultad por las descuidadas calles, o mejor, senderos de acceso a las cuevas. Aún faltaba más de una hora para que fuera medianoche. Su madre estaría contenta al verlo aparecer. Quizás, sus hermanos todavía estarían despiertos y podrían charlar durante un rato.

Cuando llegó al desvío de su cueva, bajo la gran higuera que guardaba el caminito, le pareció ver una sombra. Por un momento detuvo su paso. En su mente volvieron a sonar las palabras de Genaro: «sabemos dónde vives». Rafael hizo como si se atara los zapatos, en el suelo palpó una piedra que cabía bien en su mano y, armado con ella, caminó cauto hacia la higuera. El corazón se le aceleró y notó cómo un sudor frío aparecía en sus manos.

Efectivamente, una figura salió de entre las sombras. Alguien le estaba esperando. Rafael, sorprendido, dejó caer la piedra. Su cuerpo se relajó, pero su corazón siguió bombeando con fuerza. Bajo la luz de la luna pudo reconocer los suaves rasgos de la chica. Abrigaba su cuerpo con una toquilla, pero sus mejillas estaban encendidas.

—Hola, torero —susurró.

—Hola, Angelita.

Jaén, 5 de febrero de 1941

Un tumulto de gente, que se agolpaba en las rejas, sacó a Rafael de sus ensoñaciones.

—Traen el correo —confirmó Martínez.

Rafael se levantó y se dirigió hacia la reja donde se aglomeraba una gran cantidad de presos. El cabo que repartía el correo solo mencionaba una vez el nombre del destinatario. Si nadie acudía, pasaba a la siguiente carta quedando la anterior relegada al olvido y posterior extravío o destrucción. Los que allí se agrupaban eran los afortunados, pues tenían familia o amigos que se preocupaban por ellos.

—Rafael Fernández —gritó el cabo.

—¡Yo, yo! —exclamó a su vez el aludido estirando la mano.

Fue otro preso, más cercano a la reja, quien cogió la carta y la pasó a su propietario.

Rafael, con la carta en la mano, caminó lentamente hacia la ventana de la celda. Era una misiva de sus padres, como ya suponía. Desde la ventana, observó el patio de la prisión, todavía blanco a consecuencia de la nevada de la noche anterior. No se atrevía a abrir la carta ni ver la letra de su madre que, conocedora del destino de su hijo, le acercaba demasiado al horror que ella sentía. Lo podía ver en cada trazo irregular, por haberlo escrito con temblor, en las gotas oscuras sobre el papel, ya secas, que suponía lágrimas caídas durante el tiempo que la estuvo escribiendo.

Por encima del tejado, en el horizonte, se divisaba un trozo de monte con algunos árboles moteados de blanco. Una niebla gris ocultaba momentáneamente el paisaje invernal. Rafael bajó la vista para fijarla en la carta. Comenzó a abrirla, rasgando con la uña el pliegue superior. De su interior extrajo dos cuartillas dobladas por la mitad y llenas de palabras muy juntas para aprovechar bien el espacio. Eran dos letras diferentes, una de su madre y otra de su esposa. Cogió la de su madre y la acercó a la luz de la ventana:

«Querido hijo:

Espero que estés bien de ánimo y que no pases demasiado frío. Aquí, tanto tu padre como yo, y toda la familia, nos acordamos constantemente de ti. Aunque estemos lejos, quiero que sepas que no estás solo, nos tienes a tu lado y sufrimos contigo.

La Encarnita está muy guapa y muy bien, come mucho y, aunque solo tiene tres añitos y medio, ya habla muy bien. Me pregunta mucho por ti y yo siempre estoy explicándole cosas de ti. Cada noche, antes de irse a dormir, tu padre tiene que auparla para que alcance tu foto que tenemos colgada en el comedor, porque ella quiere darte un beso de buenas noches. El pelo le ha crecido mucho y lo tiene muy bonito, el color pelirrojo se está volviendo más oscuro que el de tu padre, va a ser una niña muy hermosa.

Respecto a Paco, lo fuimos a ver hace unos días a la cárcel de Baza. Ya le ha salido la sentencia, tiene que cumplir doce años y un día. Lo llevarán a Tetuán, ya te imaginas cómo nos ha sentado eso, porque no podremos ir a verlo nunca. No nos esperábamos esto, ya sabes que cuando vinieron a por él estaba en el campo arrancando patatas, y se entregó voluntariamente, pensando que lo dejarían libre en pocos días. Ahora me arrepiento de no haberos obligado a huir a Francia cuando acabó la guerra, aunque Paco dice que Francia está muy lejos, que no habríais llegado.

Encarna, tu mujer, está sirviendo en una casa de Granada. Vino ayer a ver a la Encarnita y me dejó la carta que te mando en este sobre. Cuando le digo que se tendría que buscar algo en Guadix para estar con su hija, se pone a llorar y dice que no puede quedarse aquí, que no lo puede soportar y que, al menos en Granada, nadie la conoce. Pero no te preocupes, entre tus hermanas y yo, la Encarnita tiene aquí muchas madres.

Para terminar, vuelvo a recordarte que todos te llevamos en el corazón y que eres muy querido por mucha gente.

Recibe besos y abrazos de todos y de tu padre y tu madre, que te quieren y te querrán siempre».

Rafael volvió a desviar la mirada hacia un punto indeterminado del horizonte. Sentía un peso en el estómago que tiraba de todo su ser hacia abajo. Se acercó de nuevo a la columna donde tenía apoyado su petate y se sentó sobre él.

—¿Malas noticias? —preguntó Martínez, que no se había movido de allí en todo el rato.

—Un poco de todo —respondió, evasivo.

—A Paco se lo llevan a Tetuán. Doce años.

Martínez apoyó una mano sobre el hombro de su amigo sin decir palabra.

—Mi niña está bien —añadió.

—Eso es bueno. ¿Y tu mujer?

Rafael movió la hoja que tenía aún en sus manos; la carta de su esposa que se disponía a leer.

«Amado esposo mío...».

Rafael cerró los ojos intentando recordar cuándo fue la primera vez que vio a Encarna Franco, la que después sería su mujer.

Guadix, julio de 1931

Recordaba un caluroso día de junio, aunque como en todas las cuevas, en la del tío Anselmo la temperatura se mantenía varios grados por debajo de la temperatura exterior. La vivienda de Anselmo se había quedado pequeña para su numerosa familia. La distribución de la cueva era bastante tradicional; la entrada daba acceso a una gran sala abovedada que hacía las veces de comedor y zona de reunión familiar. A su izquierda se abría mediante un arco el acceso a la cocina, con una ventana y una gran chimenea que en invierno se mantenía casi siempre encendida. También a la izquierda partía otra entrada a un pequeño baño, asimismo con ventana que, aunque no disponía de agua corriente, sí tenía una cañería inclinada que llevaba las aguas residuales al pozo ciego cuyo registro se situaba en el exterior de la vivienda. Al fondo de la sala se sucedían tres pequeñas habitaciones, sin ventanas, que constituían los dormitorios de la familia, pero que se habían quedado pequeños para el matrimonio y sus siete hijos.

El tío Anselmo había quedado muy satisfecho con el baño que le construyó Salvador Fernández un año atrás; el alicatado era bonito y sobre todo el inodoro funcionaba de maravilla, sin malos olores dentro del baño ni afuera, lugar en el que se hallaba el registro del pozo. Al fin se había acabado con tener que visitar el corral para hacer sus necesidades, cosa que se agradecía, sobre todo, en las frías noches de invierno. Así que, cuando decidió ampliar la vivienda, no se lo pensó dos veces y llamó a Salvador y sus dos hijos para que le hicieran la reforma.

Salvador era un hombre delgado, alto, fibroso, callado y con un cabello anaranjado, casi del mismo color de las zanahorias que cultivaba en su huerto. Después de estudiar el terreno del cerro bajo el que estaba excavada la vivienda, recomendó al tío Anselmo que construyera la nueva habitación detrás de la cocina.

—Aquí el terreno es más seguro —comentó con voz pausada—. No tendrás filtraciones y además accederás a la habitación desde la cocina. Si es vuestro dormitorio, con una cortina tendréis toda la intimidad que queráis, no

será una habitación de paso.

La idea gustó al tío Anselmo.

—No sé si quiero más intimidad. Con siete hijos ya tengo suficiente — bromeó.

El volumen de la nueva cámara estaba casi todo excavado. Rafael llevaba el carro lleno de tierra hasta la entrada de la cueva donde Paco tomaba el relevo y lo vaciaba en el borde de la pendiente del patio. Todas las cuevas tienen una plaza o patio en su entrada construido con los escombros de la excavación, así se aprovechaban para allanar la inclinación natural del terreno.

—¡Paco, el carro! —gritó Rafael en la entrada.

—Hay que joderse con el niño —se quejó su hermano que estaba moviendo con la azada la mezcla de argamasa, cal y arena, que utilizaban para dar un acabado liso y uniforme a la bóveda excavada.

—¡Llévalo tú! —gritó, secándose el sudor con la mano.

Entrar y salir de la cueva, mientras estaban sudando, producía invariablemente una afección respiratoria a cualquiera de ambos hermanos. Por eso dividían el trabajo, escrupulosamente, en «interior» y «exterior».

Rafael miró a su hermano con el ceño fruncido, se lo pensó durante unos segundos, y corrió por el patio con el carro cargado hasta la zona de descarga. El sol era implacable y cegador. Rafael tenía la falsa esperanza de que, si corría, no le daría tiempo a calentarse antes de volver al fresco del interior.

—Sí que tienes energía —vociferó su hermano—, cómo se nota que no te cansas.

Rafael se acercó, con el carro ya vacío, a la zona de sombra en la que trabajaba Paco.

—Encima que hago tu trabajo... —se quejó este.

—Venga, chaval, no refunfuñes.

Paco aprovechó para echar un largo trago de agua del botijo que siempre tenía a mano. Cuando acabó se lo pasó a su hermano.

—Esta tarde hay reunión del sindicato —comentó—. Si quieres, te puedo llevar. Pero no digas nada a padre.

—¿Qué es lo que no me tiene que decir? —inquirió el aludido con voz

profunda desde la puerta de la cueva.

—Esta tarde hay reunión —explicó Rafael.

Salvador llevaba en sus manos una gran olla caliente, llena de gachas, que iba a constituir la comida del día.

—Anda, acerca unas sillas —ordenó a su hijo pequeño.

En un momento tuvieron preparadas, en un rincón a la sombra, tres sillas y una caja entre ellas, donde el padre dejó el puchero.

—Mira, Paco —advirtió el padre—, tú ya eres mayor y haces lo que te da la gana, desoyendo mis consejos, pero Rafael solo tiene diecisiete años, y no voy a dejar que se meta en esos jaleos.

Los tres se sentaron, en silencio, y sacaron sus cucharas con las que iban a comer directamente de la olla.

—Solo es una reunión —dijo Paco, al fin—. No pienso meterme en ningún jaleo. Creo que es mejor estar informado.

Salvador tardó unos segundos en responderle.

—Eso es lo que tú piensas, pero si vas a «informarte» quedarás marcado como uno de ellos. Conozco bien este pueblo.

—Pero, padre —intervino Rafael—, qué quiere decir «como uno de ellos»; ¿un sindicalista, un republicano? Es que ahora España es una República, el mismo Rey lo ha dicho y lo ha admitido, por eso se fue. Y hace menos de un mes que hemos votado al nuevo Gobierno republicano. Recuerde que han ganado los socialistas.

—Yo mismo he votado al PSOE, pero las cosas no son tan sencillas, hijo.

La frase del padre quedó en el aire, sin más explicaciones.

—Padre todavía vive en los tiempos antiguos —explicó Paco—. Cree que los señoritos y sus caciques siempre mantendrán el poder, sea España una monarquía o una república. Pero eso se tiene que acabar, vivimos en un mundo moderno, todos los estados occidentales son democracias auténticas, reales, y España no puede mantenerse al margen.

Salvador replicó:

—¿Pero tú crees que los ricos van a ceder sus tierras y sus riquezas a los pobres, así porque sí? Olvídate de los ideales, piensa en las personas que conoces; don Genaro, don Guillermo... ¿Crees que van a quedarse con los brazos cruzados? Todos los que trabajan en el ayuntamiento, los del obispado,

los de la diputación y no digamos los guardias, todos son gente de su confianza, familiares, amigos... La mayoría de ellos están donde están gracias a sus favores. ¿Crees que se van a poner en su contra?

—Para eso está la democracia, para cambiar a esta gente por otra más honrada y justa.

Salvador miró con severidad a su hijo. Sabía que no podía hacerle cambiar de opinión. Y exponer sus verdaderos motivos; el miedo a que le pudiera pasar algo, no le serviría de nada. Calló y siguió comiendo las gachas.

—Rafael, no tienes permiso para ir a ninguna reunión —sentenció con la boca llena.

Y sus hijos ya no hablaron más del tema.

Cuando Rafael se despidió de su madre aquella tarde, diciendo que había quedado con sus amigos, ella ya sospechaba a dónde iba en realidad. Sabía que la prohibición del padre solo provocaba en el joven la reacción contraria. Ahora ya no se podía hacer nada. Era como su empecinamiento en ser torero, de nada servían sus enfados o sus súplicas.

—No vuelvas tarde —se limitó a decir la mujer, mientras recibía el beso de su hijo en la mejilla.

En Guadix, la CNT era uno de los sindicatos mayoritarios. La reunión a la que se refería Paco se iba a realizar en el taller de Cato; una pequeña carpintería ubicada en el barrio de Santa Ana.

Para sentirse menos culpable, Rafael pasó antes por casa de Paquillo, así la mentira se convertía en una media verdad.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —preguntó.

Paquillo aceptó, contento de poder pasar un rato con su amigo.

Fue durante el paseo cuando le comentó que quería acercarse al lugar de la reunión. El largo atardecer de julio estaba llegando a su fin cuando alcanzaron las puertas del taller. Allí un grupo de hombres se apilaba en la entrada. No tardó en encontrar a su hermano.

—Coño, Rafael —exclamó, sonriente—, si alguien me pregunta, yo no te he visto.

Paquillo y él se quedaron en el corrillo en el que estaba su hermano. Eran unos cuantos hombres jóvenes del pueblo, de la edad de Paco. La

conversación versaba sobre el nuevo proyecto de estatuto de autonomía que las diputaciones provinciales habían elaborado en junio.

—No acabo de entender para qué quiere Andalucía la autonomía, eso son cosas de los catalanes y los vascos —comentó uno de ellos.

—Es la forma que tienen las diputaciones de mantener su poder local. Aferrarse a sus asientos de burócratas, ahora que temen perder su poder con la nueva constitución —comentó otro.

En ese momento las puertas del taller se abrieron. Ante ellos apareció la figura de Torcuato Franco, el dueño del taller. *Cato*, como todos lo llamaban, era un hombre de aspecto rudo, de facciones y manos grandes. Su presencia imponía respeto, casi miedo. No solo por su físico, sino también por el carácter, que se correspondía plenamente con su apariencia. Era el menor de tres hermanos de una de las familias más significativas del pueblo. Su hermano mayor, Francisco, era un importante hombre de negocios, un caballero afincado en Granada, y su hermana Encarnación también se encontraba felizmente casada en la capital. Todos habían recibido una educación exquisita, en los mejores colegios de la población.

Fue en el colegio de La Presentación de Guadix el lugar en el que, paradójicamente, Torcuato había descubierto con entusiasmo a los antiguos filósofos griegos, y enquistado en una rígida formación religiosa, desarrolló su particular visión del cristianismo. Conocedor de primera mano de la mísera y falaz moral de los ministros de la Iglesia, llegó a la conclusión de que esta solo se ocupaba de su propio bien material, falseando las verdaderas enseñanzas de Cristo para alienar al pueblo y someterlo a su voluntad. Así llegó a ser un anarquista por convicción más que por necesidad, pues por su acomodada situación no tenía menester de luchar contra el sistema.

—Entrad —ordenó a los congregados.

El grupo de hombres atravesó el gran portalón del taller y se fueron acomodando en varios bancos improvisados, colocados en el centro de la nave. La maquinaria y los bancos de trabajo se habían arrinconado para la ocasión. Rafael y Paquillo se sentaron en una tercera fila, y algunos hombres incluso se tuvieron que quedar de pie. Un par de jóvenes repartieron unas octavillas entre los asistentes, quienes continuaron parloteando entre ellos hasta que Cato se colocó frente al auditorio.

—Amigos, compañeros, camaradas —dijo con voz grave y autoritaria.

—Bienvenidos todos a esta reunión de nuestro sindicato. Veo que también hay asistentes que no son del sector de la madera.

Cato hizo una pequeña pausa para mirar en dirección al banco de Paco y sus amigos. Todos se volvieron para mirarlos también, cosa que incomodó a Rafael.

—Bienvenidos, también, compañeros de la construcción —dijo al fin—. Todos sabéis que estamos en un momento histórico. Una oportunidad única para cambiar el destino de nuestro país. La CNT es la mayor organización de trabajadores de España, y no estamos solos. En junio asistí en Madrid al tercer congreso nacional, allí concurrimos casi un millar de delegados, y había también representantes de muchos países de Europa y América. Sí, compañeros, somos mayoría.

Un rumor de júbilo recorrió la nave. Cato los hizo callar.

—Somos mayoría. Sin embargo, el nuevo Gobierno de la República, con el traidor Largo Caballero a la cabeza, ha decretado una ley laboral que nos deja fuera de las instituciones para favorecer a «su» sindicato, la UGT. Sí, compañeros, por desgracia la República no quiere el cambio real, solo buscan maquillar al Estado para que sigan mandando los mismos de siempre. Tienen miedo a la auténtica revolución. En Sevilla, el 20 de julio, nuestro sindicato consiguió paralizar a la poderosa Compañía Telefónica. La huelga general, en apoyo a los trabajadores, fue un éxito. ¿Y qué ha hecho el Gobierno? Este Gobierno republicano presidido por Alcalá-Zamora, ¿ha apoyado a los trabajadores? ¿Ha negociado con nuestro sindicato? ¡No! ¡Ha decretado el estado de guerra en Sevilla! ¡Ha enviado al ejército a luchar contra el pueblo trabajador!

Otro murmullo de desaprobación recorrió el auditorio, mientras Cato realizaba otra pausa estudiada.

—Sí, compañeros, más de treinta muertos y centenares de heridos han teñido con su sangre las calles de Sevilla esta semana. Hombres, mujeres e incluso niños han sido asesinados por la República. ¿Su pecado? Pedir igualdad y justicia. Desear la libertad. ¿Es esa la esperanza que nos quieren vender estos nuevos caciques? ¿Nos vamos a doblegar ante su violencia?

—¡No! ¡No! —gritaron algunos de los congresados.

—Por supuesto que no. He comenzado diciendo que tenemos una oportunidad única. La tenemos, pero no va a venir a buscarnos si nos quedamos con los brazos cruzados. En las Cortes se está discutiendo la nueva constitución de España. Creedme, si os digo, que lo que se escriba en ese documento será vital para poder crear una nueva España. No nos queremos quedar con la vieja, corrupta y opresora España del pasado. Nuestro sindicato, que es la voz de los trabajadores, va a presionar todo lo posible para que el nuevo documento constitucional rompa radicalmente con las viejas y rígidas jerarquías. Queremos una sociedad libre, sin clases, laica y donde el pueblo tenga el poder. Repito que somos mayoría, y si estamos unidos, ni la República ni el Ejército ni la Iglesia podrán impedir que consigamos nuestro objetivo.

Todos los asistentes estallaron en aplausos ante el discurso, incluso Rafael y Paquillo aplaudieron contagiados por el entusiasmo.

Cuando acabó la aclamación, Cato continuó hablando. Con una sonrisa se dirigió a un hombre que estaba sentado en la primera fila.

—Compañeros, hoy quiero presentaros a un buen amigo mío. Él es un excelente ebanista y, también, un camarada con las ideas muy claras. Algunos ya lo conocéis: es Francisco Maroto.

Un hombre corpulento se levantó del banco entre aplausos. Abrazó a Cato y levantó la mano con el puño en alto para saludar al resto de los congregados.

—Compañeros de Guadix —dijo al tomar la palabra—, primero quiero agradecer a Torcuato su invitación y su hospitalidad acogiéndome en su casa. También quiero agradecerlos a todos que estéis aquí.

El hombre paseó su mirada penetrante entre los presentes.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó.

Nadie dijo nada, pues se suponía que era una pregunta retórica. Pero Maroto insistió y, dirigiéndose a un joven, volvió a preguntar:

—¿Tú, por qué estás aquí?

El joven se ruborizó. No sabía qué responder. Otro joven, sentado a su lado y más descarado, respondió por él.

—Estamos aquí porque nos da la gana.

La respuesta ocasionó varias carcajadas.

—Exacto —dijo Maroto—. Estáis aquí porque queréis. Nadie os obliga.

Sois libres de decidir vuestro destino. Os podéis equivocar o no, pero en todo caso será vuestra equivocación. Y de eso es de lo que se trata. De la libertad.

Maroto volvió a pasear la mirada entre su público. Todos estaban muy atentos, pues temían que les hicieran alguna pregunta.

—Un hombre solo tiene dos cosas: su honor y su libertad. Sin ellas no es nada, con ellas es el rey del mundo. Recordad esto; luchamos por nuestra libertad, no queremos sus privilegios ni su dinero. Quizás, cuando todo acabe, no seremos más ricos, pero sin duda seremos más libres.

En una esquina del taller había unas escaleras que conducían a la planta superior, donde estaba la residencia de Cato y su familia. Rafael, algo aburrido, fijó la mirada en estas escaleras, que quedaban en penumbra, pero donde había percibido cierto movimiento. Descubrió sentados en el último escalón a tres niños, los hijos de Cato. La mayor, Encarna, era una niña pequeña y escuálida, de apenas once o doce años. Primorosamente vestida, con unos calcetines blancos de encaje que le llegaban justo debajo de las rodillas, y el pelo recogido en un moño con un pomposo lazo rosa. Tras ella vislumbró las cabezas de dos mocosos, una niña y un niño de unos cuatro años, que parecían esconderse detrás del pequeño cuerpo de su hermana mayor. Los niños, viéndose sorprendidos por Rafael, reflejaron en su rostro cierta sensación de miedo. Rafael les guiñó un ojo y realizó una mueca cómica que hizo sonreír a los niños. Aunque él no lo sospechaba, aquella niña, que luego sería su mujer, se enamoró locamente de él en aquel momento.

El ponente también vio sus muecas y se dirigió a él.

—Tienes algo que decir, camarada.

Rafael estaba algo despistado, no se sintió aludido y no reaccionó en un primer momento.

—¿Quiénes sois? —volvió a preguntar Maroto, acercándose a su banco.

Fue su hermano quien respondió por él. Paco, sentado a su lado, se levantó y respondió:

—Somos los hermanos Fernández, Rafael y Paco. Somos albañiles.

Rafael también se levantó.

—Lo siento, estaba un poco distraído —se disculpó.

—¿Quizás te aburro? —inquirió el otro, agresivo.

—Es que todavía no he escuchado ningún proyecto concreto. ¿Qué

proponéis exactamente? ¿Cuál es vuestro programa?

Maroto sonrió.

—¡Vaya! Un chico listo. Pues mira, nuestro objetivo es la revolución. No queremos cambiar solo las políticas, ni a las personas que nos gobiernan, deseamos cambiar el sistema. El anarquismo es una utopía, un sistema donde impere la justicia social, la igualdad real entre los hombres y la libertad total. ¿Podemos tener un programa para esto? ¡No! No podemos escribir en un papel qué hay que hacer para alcanzar este estado, pues estaríamos mintiendo. Sin intención, pero mintiendo. Las acciones a realizar, el orden a establecer, será continuamente revisado y mejorado. Formaremos cooperativas de trabajadores y aplicaremos los elementos básicos para coordinarlas. Al principio nos equivocaremos, no funcionarán del todo bien y el sistema se tendrá que revisar una y otra vez, intentaremos acercarnos a los ideales de justicia y libertad, pero a la práctica nunca los alcanzaremos plenamente.

Maroto en su discurso se había movido por la nave entre los asistentes. Ahora, mientras hacía una pausa volvía a estar frente a los hermanos Fernández.

—¿Un programa concreto? ¿Para qué? Ahora no podríamos ponerlo en práctica, y solo se crearían trifulcas entre nosotros. En cambio, los principios básicos nadie los discute. Luchemos, primero, unidos para cambiar el sistema, después ya discutiremos cómo lo cambiamos.

—Precisamente —continuó, dirigiéndose a todo el auditorio— este sería un buen momento para planificar nuestras próximas acciones. Nos estamos movilizando en toda España, debemos dar un mensaje contundente al nuevo Gobierno, y Guadix debe poner su granito de arena.

Diciendo esto, Maroto se acercó a su amigo Cato, quien tomó de nuevo la palabra.

—Compañeros, algo de lo que presume Alcalá-Zamora, y los republicanos en general, es de que en España se ha acabado el caciquismo electoral. Que en las últimas elecciones los españoles hemos votado y elegido libremente a nuestros representantes. Pero todos sabemos que no es cierto, en la misma comarca de Guadix hay ejemplos de que eso no es así. Todavía hay pequeños pueblos donde los caciques mantienen el poder bajo una falsa apariencia democrática. Son pueblos pequeños, pero su influencia en la Diputación es

importante. En Alcudia tenemos a un alcalde elegido por pucherazo, y este viernes tienen pleno en el ayuntamiento. Propongo que nos manifestemos ese mismo día a las siete frente al consistorio. Pasad la voz y traed pancartas. Yo avisaré a los diarios de Guadix para que se hagan eco. Tiene que ser una protesta ordenada y pacífica, pero muy numerosa, que en la foto de los diarios se vea la plaza de Alcudia llena. Cuento con vosotros.

Los concurrentes asintieron y comenzaron a hablar entre ellos, preguntándose si tenían libre esa hora del viernes. Maroto se acercó a los dos hermanos.

—¿No queríais acciones concretas? Aquí tenéis una. Supongo que os apuntaréis.

—Allí estaremos —respondió Paco.

Algunos asistentes se habían levantado y comentaban en corrillos, al parecer la reunión se había acabado. Rafael miró hacia la escalera, pero allí ya no había nadie.

—Habláis como si la República no fuese algo bueno, como si fueran nuestros enemigos —comentó Rafael.

Cato también se acercó a ellos y respondió al joven.

—La República es una oportunidad, pero si los dejáis a ellos, sustituirán al rey por un presidente y todo continuará igual. Conseguir un cambio real no va a ser fácil.

—Sí, pero es una República nueva, débil, con muchos enemigos —insistió Rafael—. ¿No sería más interesante para nosotros apoyarla ahora y, una vez que esté instaurada, cambiarla democráticamente, ya que somos mayoría?

Cato pasó su brazo por el cuello de Rafael, con lo que quería ser un gesto amistoso.

—Si se afianzan en el poder, será imposible el cambio. Ya los hemos apoyado, y su respuesta ha sido sacarnos de las instituciones legales y asesinarnos en las calles. A veces, no es uno quien elige a sus enemigos, sino que ellos te eligen a ti.

—Bueno —interrumpió Paco antes de que su hermano pudiese replicar—, creo que ya es hora de volver a casa.

Se despidieron de todos los conocidos y los tres se encaminaron hacia la ermita nueva. La noche ya había caído y se agradecía el fresquito. Caminaron

en silencio, sumidos en sus pensamientos, incluso Paquillo parecía especialmente callado.

Sí, así recordaba Rafael la primera vez que vio a su futura esposa, el mismo día que conoció a su futuro suegro. Y en algo tenía razón: no puedes elegir a tus enemigos.

Alcudia de Guadix, julio de 1931

La manifestación fue más concurrida de lo que Rafael y su hermano habían imaginado. Una ingente comitiva de hombres y mujeres recorrieron los cinco kilómetros que separaban Guadix del pequeño municipio rural. Los manifestantes eran obreros y jornaleros de la comarca. Numerosos carteles acompañaban la marcha, la mayoría de ellos con la bandera rojinegra. A pesar del terrible calor, los manifestantes caminaban a buen paso y cantando consignas y cantilenas anarquistas.

Los hermanos Fernández se unieron a un grupo de jóvenes que cantaban con aire festivo:

*Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir.*

.....

Cato Franco pasó junto a ellos, feliz y orgulloso del éxito.

—¡Camaradas! Me alegro de veros. Tenemos que hacer que nuestra voz se oiga hasta en Madrid.

Animando al resto del grupo, cantó con voz ronca y potente:

*Esos burgueses, asaz egoístas,
que así desprecian la Humanidad,
serán barridos por los anarquistas
al fuerte grito de libertad.*

.....

El canto coral se elevó por la campiña, atronador, seguros de ser oídos, no en Madrid, pero sí en la plaza de la iglesia de Alcudia.

—Ese alcalde se va a cagar —susurró Cato en la oreja de Rafael, y así de animado continuó su camino entre los manifestantes.

Los cánticos continuaron hasta que entraron en las calles del pueblo.

Rojo pendón, no más sufrir,

*la explotación ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social.*

.....

En un cerro cercano, Rafael pudo ver a tres cazadores que los observaban. Estaban lejos, pero reconoció la figura de Genaro, con su carabina al hombro acompañado por tres hombres más. Un par de perros perdigueros correteaban entre sus piernas. Genaro también identificó la mirada altiva de Rafael. En la distancia, le pareció vislumbrar una sonrisa burlona. Genaro cogió su arma y le apuntó.

En un primer momento estuvo a punto de tirarse al suelo. Sin embargo, antes de reaccionar, pensó con frialdad: demasiada distancia para esa arma. Así que mantuvo el paso firme y la mirada fija en su enemigo. Los oídos le empezaron a zumbar y su rostro palideció. Paco le miró extrañado, y al seguir su mirada descubrió la escena del cerro. Aterrado, intentó empujar a Rafael, pero este no se dejó amedrentar y se deshizo de su hermano con un manotazo. Otros, a su alrededor, también repararon en el cerro, y de pronto todos los que le rodeaban se agacharon y se apartaron de él. Rafael se quedó quieto, en mitad de un círculo vacío, mirando impasible al cerro. La canción llegó a su fin.

*Torpe burgués,
¡atrás, atrás!*

Genaro hizo ver que disparaba y bajó el arma. Fingió una sonora carcajada para reír su broma. Pero Rafael continuó quieto en el camino, mirándole con severidad. Genaro le señaló desafiante y desapareció por detrás del cerro con sus amigos y sus perros.

—¡Estás tonto! —le recriminó su hermano—. ¿Cómo te quedas ahí quieto? ¡Que esos son unos cabrones!

—No tiene huevos —respondió Rafael, recobrando el color—, no le voy a dar el gusto de verme asustado.

Paco hizo el gesto de quererle dar un copón a su hermano, pero la acción le había afectado, sintió que le debía cierto respeto. Así que bajó la mano

hasta su cabellera y se la despeinó con cariño.

—¡Venga, anda, tira!

Rafael se quejó, airado, y sacó enseguida un peine de su bolsillo, volviéndose a peinar con esmero.

La plaza de Alcuía estaba llena a rebosar. Los gritos y los improperios aumentaron en volumen y agresividad, hasta que el alcalde aludido salió al balcón acompañado de dos guardas con carabina. Rafael estaba demasiado lejos y había un ruido excesivo para poder entender sus palabras. De pronto sonaron dos disparos. En un segundo la plaza se convirtió en un caos. Una masa humana se movió descontrolada en todas las direcciones. Rafael y su hermano casi caen al suelo arrollados por la multitud. Volvieron a sonar dos, tres y cuatro disparos más. El olor a pólvora impregnó la plaza. Una nube de humo se creó a su alrededor y, de ella, emergió una tosca figura.

—¿Hermanos Fernández? —Habló la figura.

—Cato, ¿qué pasa? —preguntó Paco.

—Pistoleros. Hay heridos. Han dado al alcalde.

Cato se guardó algo en el bolsillo de su americana.

—Pero no os quedéis aquí. ¡Corred, marchaos!

Rafael y Paco corrieron calle abajo, todavía oyeron más disparos, y no dejaron de correr hasta llegar de nuevo a Guadix.

Sudorosos y llenos de polvo, descansaron al llegar a la huerta Milla, a las puertas de su cueva.

—Más vale que no digamos nada a madre —dijo Paco entre resuellos.

Rafael asintió. Se aderezaron como pudieron y unos minutos después entraron en casa.

Encarnación enseguida notó en sus hijos que algo pasaba. Pero no preguntó nada, porque poco se puede preguntar a quien no quiere hablar. Rafael se puso a jugar con Salvador, su hermano varón más pequeño, y Paco entabló una conversación con Encarna, la mayor de las hermanas Fernández.

—Esta mañana he visto a tu novio —dijo.

—Ah, ¿sí? No me ha dicho nada —respondió Encarna sin dejar de ayudar a su madre en la cocina.

—Será porque quiere darte una sorpresa.

Encarna levantó la vista de la fuente de harina donde estaba preparando los buñuelos. Tenía la cara embadurnada y miró recelosa a su hermano mayor. Apenas se llevaban dos años y estaba curada de espantos con respecto a las bromas de este.

—Florentino quería pedirme consejo —continuó Paco—, traía unos dibujos de una casa preciosa. Y quería saber cuánto tardaría en construirse algo así. Le he dicho que unos diez años.

Encarna lanzó uno de los buñuelos a medio hacer a su hermano, quien paró el impacto con las manos, cayendo la pasta al suelo.

—Eh, vaya genio —gritó Paco, divertido.

Encarna y su novio se querían casar pronto, quizás al año siguiente, pero la cuestión de la vivienda los traía locos. No querían quedarse en casa de ninguno de los padres. Aunque, a pesar del sueldo de él, era difícil encontrar algo mínimamente en condiciones para formar un hogar. De momento, estaban acondicionando la cueva de la alfarería, la que formaba parte de la propiedad de los «Ocones». Allí podrían vivir algunos años hasta que hubiesen ahorrado lo suficiente para permitirse una casa en el pueblo.

Paco conocía las fantasías de su hermana. Ella soñaba con una casita, no una cueva, sino una casa de verdad.

«Con una entradita que dé al comedor y a la cocina. Un baño con agua corriente y con al menos dos habitaciones: una para el matrimonio y otra para los futuros hijos». Cuando Encarna explicaba sus aspiraciones a Paco, remarcaba con especial énfasis la palabra «matrimonio», cosa que él utilizaba para burlarse.

—En serio, le he visto esta mañana —explicó Paco mientras recogía los restos de comida del suelo—. Está muy ilusionado por vuestro futuro «matrimonio».

Encarna hizo el gesto de volverle a tirar otro proyectil, pero la madre intervino antes.

—Paco, deja de chingar a tu hermana y ayúdanos si no tienes nada que hacer, cuando venga papá tiene que estar la mesa puesta.

—¡Rafael! —gritó también sin dejar sus quehaceres—. Entra a la niña en casa, que ya es muy tarde.

La niña era María, la menor de la familia, una «mocosa», como la llamaba

Rafael, de cuatro años, que estaba sentada en el patio jugando con sus muñecas.

—¡María! ¡Entra en casa! —se limitó a gritar él.

La pequeña entró enseguida. No debía de estar muy lejos de la puerta, que en verano solo se cerraba con una cortina hasta muy entrada la noche.

—¡Mamachón! ¡Mamachón! —gritó la pequeña, muy alterada. Su madre —con el ceño fruncido— se secó las manos en el delantal para atenderla, pues no le gustaba que la niña la llamase de esa forma. «Dime solo mamá». La había reñido muchas veces, pero sospechaba que Rafael la alentaba a continuar llamándola de esa forma.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo a su pequeña rubita, mientras le limpiaba un churrete de la cara con el pulgar previamente mojado en saliva.

—Afuera hay unos guardias —informó, nerviosa. Sus palabras fueron acompañadas por una voz autoritaria desde el exterior.

—¡Atención, los de la casa! ¡Guardia Civil!

Todos en el interior se levantaron expectantes. Encarnación caminó hacia la puerta al tiempo que una pareja de civiles la franqueaba. Ambos iban de uniforme, hasta con el tricornio puesto. Uno de ellos era Antonio, el padre de Ana. Fue este quien habló:

—Buenas noches, Encarnación. Venimos a buscar a Paco y a Rafael.

Encarnación miró fijamente a quien podría ser su futuro consuegro.

—¿Qué pasa, Antonio? —inquirió.

Antonio estaba inquieto, y miró directamente a Paco al responder.

—Se los acusa del asesinato del alcalde de Alcudia, perpetrado esta tarde.

—Mis hijos no han sido. Han estado durante toda la tarde aquí en casa, conmigo.

El guardia miró con gravedad a la mujer.

—Encarna, hay testigos que los han visto allí, en la plaza, durante los acontecimientos.

—Vale, madre —dijo Paco—. Iremos, nosotros no hemos hecho nada. Cooperaremos con la ley para encontrar a los culpables.

—Tenemos que registrar la cueva —informó de nuevo Antonio.

—En esta casa no hay armas —respondió la mujer, desafiante—. Tú lo sabes.

Los guardias registraron la casa, removiendo armarios y muebles, deshaciendo camas e inspeccionando rincones, incluso en la chimenea.

—¿Habéis acabado? —preguntó al final Encarnación, mientras intentaba consolar a María que lloraba sin cesar desde hacía minutos.

—Al menos, dejad que se lleven este hatillo —dijo, dando a Paco un paquete improvisado donde había metido varios alimentos—. Solo es la cena.

Los guardias esposaron a los hermanos en silencio y salieron a la oscuridad de la noche.

—No te preocupes, madre —dijo Rafael al salir—, no nos pasará nada, porque somos inocentes.

Eran inocentes, pero caminar esposados y custodiados por una pareja de civiles por las calles del pueblo los hacía parecer culpables. A las puertas del cuartelillo había un pequeño grupo esperándoles. No le sorprendió ver que eran Genaro y sus compinches.

—¡Asesinos! —gritó uno de ellos.

Genaro lucía una amplia sonrisa.

—Anda, largaos —exclamó el guardia Antonio a los congregados—. Aquí ya no tenéis nada que hacer.

El grupo se alejó riendo y exclamando algunos insultos, que Paco y Rafael ya no pudieron oír, pues los entraron rápidamente en las dependencias de la comandancia.

—¿Esos son los que nos han delatado? —preguntó Rafael.

Nadie respondió mientras los conducían al calabozo.

—¿No veis que mienten?

Ya en la soledad de la celda, Paco intentó calmar a su hermano.

—Déjalo, conozco al sargento y no se chupa el dedo. Sabe que no hemos sido nosotros. Vamos a comer algo y a dormir un rato.

Rafael estaba furioso, no por estar allí, sino por el hecho de que Genaro había conseguido hacer daño a su madre. A pesar de la dureza que ella quería aparentar, sabía que no podría dormir en toda la noche. Lanzó un puntapié a las rejas, y el dolor le acompañó hasta el amanecer.

Jaén, 5 de febrero de 1941

«Amado esposo mío:

Te escribo esta carta desde Granada, desde la casa donde estoy sirviendo. Aquí estoy muy bien, me quieren mucho y me tratan como a una hija. Son unos señores muy buenos. A pesar de todo, me paso las noches llorando, como una tonta. No puedo hacerme a la idea de que nunca más te voy a volver a ver. No puedo creer que pronto seré una viuda, cuando solo hace dos meses que cumplí veintiún años.

Ya sabes que la Encarnita vive con tus padres, está muy guapa y es muy graciosa. Se parece mucho a ti. Al final, mi hermana ha entrado en el convento de Baza. Como todavía es una chiquilla la llamarán sor Imelda, como la niña monja patrona de las infantas. Y a mi hermano lo han llevado internado con los frailes, aquí en Granada. Pobrecito, es tan pequeño que no sabe muy bien qué pasa. Mi madre sigue en el asilo de Guadix, pero cada día está peor, la última vez que fui a verla todavía me preguntó por mi padre, como si aún estuviese vivo.

Tu madre se enfadó conmigo porque le dije que teníamos que hacer algo; hablar con alguien para que no te mataran. Me llamó tonta, que si me creía que no lo habíamos intentado todo y más. Yo pienso que, ahora que todo ha acabado, no nos queda más remedio que convivir los unos con los otros, como antes. Claro que ellos mandan, pero no pueden ser tan malos, no cuando ya han ganado la guerra...».

Rafael dejó la carta sobre su regazo. «Cómo antes...», pensó. Nunca nada es como antes, el mundo nunca se para; siempre avanza, el cambio es constante, a veces para mejor y a veces para peor, pero nunca se detiene. Antes de la guerra hubo días hermosos, como rosas, pero también días llenos de espinas...

Guadix, julio de 1931

Aquel día, pasaron toda la noche en el calabozo y también el resto de la jornada siguiente. En completa soledad, solo interrumpida durante el tiempo que su madre pudo visitarlos al mediodía para llevarles algo de comida.

—Os dejarán libres —susurró la mujer a sus hijos a través de los barrotes—. Me lo ha dicho Antonio. El asesino fue un pistolero de afuera, creen que vino de Barcelona.

—A nosotros no nos han dicho nada —se quejó Paco, visiblemente cansado.

—Porque no lo van a encontrar, seguramente ya anda lejos. Pero el sargento sabe que sois inocentes.

Rafael iba a comentar algo, pero el guardia se acercó a ellos.

—Señora —dijo el guardia—, se tiene que ir.

La madre dejó los calabozos regalando una sonrisa a sus hijos. Y salió al deslumbrante sol de la plaza.

«Si esta noche no los sueltan, volveré a venir con la cena», pensó mientras caminaba a paso lento hacia su casa.

Sentía una fuerza, como un imán, que tiraba de ella hacia atrás, hacia la cárcel. Pero era una tontería quedarse allí, a las puertas del cuartelillo sin hacer nada, cuando en casa tenía otros hijos a los que atender. Sin embargo, el imán no le dejaba caminar a un paso más rápido.

Rafael temió que volverían a pasar otra noche allí. Las horas pasaban muy lentamente. Afuera ya había oscurecido. Debían ser las diez de la noche cuando finalmente el guardia Antonio se acercó a la celda.

—Bueno, ya podéis salir —dijo con tono serio mientras manipulaba la cerradura.

—Tenéis suerte de que yo esté aquí. De no haber estado, no saldríais hasta mañana. Aunque ya os vendría bien para que aprendierais la lección.

—¿Qué lección? —se quejó Rafael—. Nosotros no hemos hecho nada malo.

Paco le hizo un gesto con la mano, para que callase.

—¿Te parece bien juntaros con esos agitadores? —le recriminó Antonio—. Ya has visto de qué pie calzan. Son asesinos.

—No es justo que digas eso —respondió Rafael, haciendo caso omiso a su hermano—. Era una manifestación pacífica. Todos éramos trabajadores honrados, que solo pedíamos vivir en una sociedad justa.

—Gracias, Antonio —dijo Paco.

—No me las des a mí —respondió el guardia, señalando la puerta—. Alguien te espera afuera.

Tras recoger sus cosas, los hermanos salieron al exterior. El cielo ya estaba oscuro, pero el aire todavía conservaba el calor del día. La calle se veía desierta, a excepción de una chica que se movía nerviosa bajo una farola.

—Hola, Ana —saludó Paco al acercarse a su novia.

Ana tenía los ojos enrojecidos y apretaba su bolso con ambas manos, tan fuerte, que sus nudillos se veían blancos.

—Paco, pero ¿por qué me haces esto?

Rafael percibió que la mujer estaba al borde de la histeria.

—No hemos hecho nada, cielo —respondió Paco al tiempo que intentaba abrazarla—, solo son las malas lenguas.

—No sabes la vergüenza que he pasado —le recriminó, rechazando el abrazo—. ¡Yo vivo aquí, en el cuartel!

—Si hubiera justicia, ahora deberían detener a los que nos han acusado falsamente —dijo Rafael.

—Anda —pidió a su hermano—, ve tirando para casa. Yo iré en un rato.

Rafael se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar. Sentía una mezcla de rabia y decepción difíciles de definir. Al cabo de un rato de rumiar en solitario, llegó a la conclusión que era un sentimiento de injusticia lo que le corroía por dentro. Genaro y los suyos se merecían un castigo por lo que habían hecho; lo que le cabreaba era la impunidad. Se imaginaba retando a Genaro, al estilo de las películas; un duelo con espadas, o mejor con pistolas. Sus amigos harían de testigos, una bala en cada arma, espalda con espalda y contarían veinte pasos. ¿O eran cuarenta? Seguro que Antonio lo sabría, él lo sabía todo. Su fantasía le alivió un poco la aflicción, pero no por mucho

tiempo.

«Vaya tontería», pensó, convenciéndose de nuevo de la impunidad de su enemigo.

Sumido en sus cavilaciones llegó hasta la huerta Milla, a pocos metros de la entrada de su cueva. Allí, la oscuridad y el silencio se acentuaban tanto que el crujido de una ramita le puso en alerta. Por un momento pensó en Angelita. Pero no, nadie sabía que le habían dejado salir a aquellas horas. Con el cuerpo tenso, volvió a tentar el suelo con la mano hasta encontrar una piedra adecuada. Se detuvo frente a la oscuridad, dudando si salir corriendo, y si corría hacia casa o de vuelta al pueblo.

Volvió a oír un ruido, ahora a sus espaldas, como de pisadas sobre la grava. Antes de poder reaccionar, se vio rodeado por dos chicos por delante y dos por detrás. Todos armados con gruesos palos. Frente a él, Genaro sonreía enseñando una blanca dentadura. La escena estaba débilmente iluminada por una luna creciente.

—¡Vaya! Han soltado al asesino —exclamó.

Rafael tensó todos sus músculos. La adrenalina se le disparó. Miró a derecha e izquierda, pero no había posibilidad de escape.

—¡Eso es mentira! ¡Y vosotros lo sabéis! —gritó Rafael.

—Te vamos a dar una lección, cuevero de mierda —añadió Genaro, mientras el cerco se cerraba a su alrededor—. Vas a aprender cuál es tu sitio.

Uno de los chicos impulsó su palo hacia la cabeza de Rafael, este se pudo apartar lo suficiente para que solo rozara su hombro, y aún pudo desequilibrar a su atacante con un empujón.

—Sois unos cobardes —gritó él—. Tenéis que venir cuatro para pegarme.

Genaro se abalanzó con su palo en alto, pero Rafael le sorprendió avanzando también hacia él, impidiendo así que este pudiese descargar su golpe. Rafael aprovechó ese momento para golpear con fuerza el rostro de su oponente con la piedra que tenía en la mano. Genaro dio dos pasos hacia atrás y cayó de espaldas al suelo. De su boca comenzó a brotar sangre y Rafael descubrió que habían saltado al menos dos de sus dientes. En ese momento, uno de sus compinches aporreó con fuerza la espalda de Rafael, sintió que el corazón le salía por la boca. Por suerte no cayó al suelo y pudo esquivar los dos siguientes embates de sus atacantes. Al moverse con rapidez, tuvo la

oportunidad de golpear con la piedra a dos de ellos, no con la misma fuerza que a Genaro, pero lo suficiente para darse un respiro.

Genaro se levantó furibundo, llevándose la mano a la boca.

—¡Coged a ese hijo de puta! ¡Lo voy a matar! —gritó, con los ojos enrojecidos por la rabia.

Sus tres compinches saltaron sobre él a la vez. Rafael lanzó la piedra a la cabeza del que tenía enfrente. El chico cayó al suelo y comenzó a gritar de dolor. Los otros dos consiguieron atrapar a Rafael por la espalda, sujetándolo por los brazos. Genaro estaba fuera de sí. Tenía los ojos llorosos y babeaba sangre cuando se colocó frente a él.

—¡Cabrón de mierda! ¡Quién te has creído que eres!

Con su palo le golpeó en las costillas. Rafael encogió las rodillas, quedando suspendido de los otros dos, así recibió parte del golpe en el muslo.

—¿Qué quieres? —continuó gritando Genaro—. ¿Quitarnos lo que es nuestro? ¡Putos comunistas!

De nuevo lanzó su arma contra la cabeza de Rafael, por suerte este pudo moverla lo suficiente para que el golpe cayera sobre su hombro y rozará, hiriente, su oreja izquierda. El dolor que sintió en la clavícula casi le hizo perder el conocimiento.

—¡Entérate de una cosa, aquí mandamos nosotros! —gritó Genaro—. ¡Siempre ha sido así y siempre lo será! ¡Si es necesario, os mataremos a todos! ¡Nadie me va a quitar lo que es mío!

Un nuevo golpe cayó sobre Rafael. Los dos secuaces notaron cómo este perdía sus fuerzas, y lo dejaron caer como un peso muerto. En el suelo recibió varias patadas de sus atacantes.

—Esto es lo que vais a recibir todos vosotros —volvió a gritar Genaro, mientras levantaba amenazador su palo sobre la cabeza de Rafael.

Este estaba a punto de desfallecer. Tenía la vista nublada y apenas podía vislumbrar a su enemigo. No podía hacer nada, excepto observar impotente cómo se disponían a darle el golpe final.

Pero el brazo de Genaro no descargó el estacazo. Una mano fuerte atenazó su muñeca. El joven gritó de dolor mientras caía de rodillas soltando su arma. Salvador apretaba la muñeca del muchacho sin aparente dificultad. Con la otra mano cogió el palo y apuntó con él al resto de los chicos.

—Largaos de aquí —ordenó casi sin levantar la voz.

Los chicos dudaron un momento, pero al ver a su cabecilla de rodillas en el suelo, con la muñeca a punto de ser fracturada, soltaron los palos y se fueron de allí, medio arrastrando al compinche que había recibido la pedrada en la cabeza.

Cuando estos desaparecieron en la oscuridad, Salvador soltó al chico.

—La próxima vez, te mato —susurró.

Genaro siguió a sus amigos sin soltar palabra, sujetándose la muñeca con la otra mano.

—Padre —dijo Rafael casi sin fuerzas.

Salvador ayudó a incorporar a su hijo. Las magulladuras le dolerían durante días, y quizás tenía alguna costilla rota. A Rafael le costaba respirar, y uno de sus ojos presentaba un aspecto horrible. Caminaron en silencio los pocos metros que los separaban de la cueva. A medio camino, Rafael se echó a reír, solo un segundo, pues el dolor transformó su risa en quejido. Salvador miró a su hijo con el rostro muy serio. No le hacía gracia el disgusto que su esposa se iba a llevar. Aunque quizás ya lo sospechaba y por eso le había pedido que saliera a echar un ojo a la cañada.

—Genaro, el «Mellao» —susurró Rafael a su padre, mientras le entraba otro doloroso ataque de risa.

En la oscuridad de la noche, Rafael pudo adivinar una pequeña sonrisa en el curtido rostro de Salvador.

«Rosas y espinas, no hay unas sin las otras», pensó desde su celda.

SEGUNDA ROSA

Jaén, 6 de febrero de 1941

Despertó agitado. Notó cómo le palpitaba el corazón y cómo un sudor frío y pegajoso cubría su cuello. Sus pies, en cambio, estaban helados. Había tenido una pesadilla.

En su sueño le habían condenado a muerte: una sentencia sin juicio. Sin posibilidad de defenderse.

—«Soy inocente». —Había gritado inútilmente, pero nadie le escuchaba, nadie quería escucharle.

Le habían encerrado en una celda, pronto se lo llevarían para matarlo. Un terror irracional llenó todo su ser, no quería morir... Abrió los ojos en la oscuridad. Por suerte solo había sido un sueño, sintió un alivio alentador, un atisbo de esperanza.

Pero solo duró una fracción de segundo. La realidad llegó a él con crueldad. Cayó sobre su corazón, igual que se desplomaría el cielo si de pronto se convirtiese en algo sólido, denso y pesado. La pesadilla era real, una pesadilla de la que no podía despertar. Todavía estaba en aquella celda atestada y fría, en la cárcel de Jaén. Cerró los ojos, la esperanza se convirtió en vértigo, la sensación y el miedo de caer en un pozo sin fondo.

Intentó moverse, sin despertar a los compañeros que dormían codo con codo sobre sus petates. Todavía no había amanecido. Su corazón se relajó, tanto, que pensó que quizás se detendría. Así ahorraría un trabajo a sus ejecutores.

¿Dónde habían quedado los sueños y las esperanzas? ¿Quedaba alguno en España? ¿Sus ejecutores tenían también pesadillas en las que se veían obligados a matar a inocentes? Quizás fuese mejor bajarse ahora de este viaje a ninguna parte. ¿Quién quiere vivir en un mundo sin esperanza?

No podía engañarse, él quería vivir. Tenía una familia, una hija, a la que ayudar. A la que decirle que la esperanza no se debe perder nunca.

Volvió a cerrar los ojos en la oscuridad para recordar otros tiempos, épocas donde todo era vida, ilusión y esperanza.

Granada, 15 de junio de 1933

Aquel jueves, festividad del Corpus, Paquillo, Antonio y Rafael habían cogido muy temprano el tren hacia Granada. Querían aprovechar bien el día en la capital. Rafael tenía muy claro el plan, por eso llevaba su saco con el capote. Paquillo leía el cartel de la corrida de toros, a pesar del traqueteo del tren:

—Nueva plaza de toros de Granada, quince y dieciocho de junio dos monstruosas corridas de toros. De la ganadería Conde de la Corte. Espadas del día quince: Marcial Lalanda, Domingo Ortega y Victoriano de la Serna.

—¿Cómo te las vas a perder, Antonio? —preguntó Rafael a su amigo, recalcando el renombre de los espadas.

—¡Que no me las voy a perder! —contestó este— y menos al gran Rafael.

—Ajajá —sonrió Paquillo—. ¡Qué sorpresa se van a llevar cuando saltes al ruedo!

Ese era el plan de los amigos. Ayudarían a Rafael a saltar a la arena como espontáneo. Ahora, ya habían cumplido los diecinueve, y al año siguiente les tocaba ir a la mili. Era su última oportunidad para hacer algo así.

—Solo me iré media hora antes —explicó por enésima vez Antonio. Me podríais acompañar.

—Ni loco —respondió Paquillo—, perderme a Victoriano por una película.

—No es una película cualquiera. Es *Metrópolis*. Hoy la quitan de la cartelera.

—Ya la volverán a repetir otro día —dijo Rafael.

—No, no. Ya la han repuesto varias veces, esta es la última. Es una distopía, una representación ficticia que ocurre en el año 2026, la sociedad está dividida en dos castas: los pensadores y los obreros, todos viven en una superciudad llamada *Metrópolis*. Los obreros esclavizados en el subsuelo, y los pensadores dándose la buena vida en los rascacielos de la superficie. Entonces hay una revuelta, incitada por una mujer que en realidad es un robot creado por los pensadores...

—Pues si ya te sabes la película, ¿para qué quieres verla? —le recriminó Paquillo.

—No lo entendéis, es una alegoría de lo que puede pasar en el futuro.

—¿En el futuro? —intervino Rafael—. Eso ya pasa ahora, los obreros estamos esclavizados por los ricos.

—Y el presidente Azaña es el robot libertador —añadió Paquillo.

Todos rieron.

El convoy cruzaba en ese momento la vega granadina. Los tres amigos se asomaron a las ventanas para contemplar el paisaje. Por muchas veces que hicieran el trayecto, siempre se embelesaban al avistar aquellas tierras. Al frente ya se veía la imponente imagen de la Alhambra sobre la ciudad. El tren dejó escapar un sonoro pitido, anunciando así la proximidad de su destino.

Los jóvenes estaban sobreexcitados, durante el Corpus toda Granada era una gran fiesta. Ya se sabe que, el jueves del Corpus, «Granada brilla más que el sol».

Querían llegar a tiempo para la procesión; imposible perderse la tarasca, y por supuesto, pasear después por la feria. Tenían que apresurarse, pues a las cuatro y media comenzaba la corrida en la plaza.

Los muchachos, vestidos con sus mejores trajes, pronto pasearon altivos por la calle de San Gerónimo, camino de la catedral.

—Rafael —comentó Paquillo mientras se adentraban en la bulliciosa calle —, tú ya tienes novia, así que nos dejas a las chicas para nosotros.

—Yo no veo a Carmencita por ninguna parte —bromeó mirando a derecha e izquierda—. Y no entiendo por qué debemos privar a las guapas *granainas* de mi agradable compañía.

A pesar de las bromas, los amigos apenas llegaron a intercambiar algunas palabras con un grupo de chicas que parecían reír cualquier ocurrencia de los muchachos. Todo el mundo en Granada tenía prisa por ir a uno u otro sitio. Antonio quedó vagamente con ellas para verse luego en la feria.

—A la morenita creo que le gusto —comentó.

—Tiene los ojos muy chicos —dijo Paquillo.

—Y los dientes grandes —añadió Rafael.

—Estáis celosos —se burló Antonio, meneando la cabeza.

—Es guapa —concedió Rafael a su amigo mientras le golpeaba levemente el hombro—. Pero no sé si las volveremos a ver.

—Me han dicho en qué caseta van a comer.

—Pues mira —dijo Paquillo—, la puedes invitar al cine.

—No os riais, la ciencia ficción describe cosas que ahora parecen imposibles, pero que algún día pueden llegar a ser reales.

—¿Como los robots? —bromeó Paquillo.

Antonio volvió a menear la cabeza dejando por inútil la discusión con sus amigos. Era el único de ellos que continuaba estudiando y compaginando su formación con el trabajo. Su sueño era matricularse algún día en la universidad de Granada.

Mientras se divertían, Rafael descubrió entre el tumulto de gente a su paisano Cato. Unas semanas atrás, en mayo, habían tenido un desagradable desencuentro y desde entonces no se habían dirigido la palabra. No le apetecía verlo, así que intentó esconderse entre el gentío. Algo inútil, pues Cato no tardó en percatarse de su presencia y dirigirse hacia ellos.

—Hombre, Fernández. ¿Tú por aquí? —saludó Cato Franco al llegar hasta el grupo.

Rafael le sostuvo la mirada, pero no le saludó. No le parecía que después de lo ocurrido se pudiesen saludar como amigos.

—Vamos, entre camaradas debemos dejar a un lado nuestras diferencias —insistió Cato, mostrando su mano derecha tendida—. La última vez estaba un poco bebido.

Rafael estrechó la ruda mano del carpintero sin demasiada convicción.

—Bueno —dijo—, si esto es una disculpa.

Aunque el asunto de mayo, poco tuvo que ver con la cantidad de vino que el otro bebiera.

—Claro, hombre, el sindicato debe mantenerse unido —respondió el otro con media sonrisa.

—Precisamente —continuó— estoy aquí en apoyo de un camarada. Ven, a Francisco le alegrará verte.

Cato invitó a los jóvenes para que le acompañasen hasta un portal cercano. Le siguieron más por deferencia que por gusto.

—En mayo lo volvieron a detener después del mitin en la plaza de toros,

pero ya lo tenemos en libertad —explicó Cato mientras entraban en el portal.

Unos matones apostados en la puerta les franquearon el paso, accedieron a un patio amplio donde había varias personas reunidas, algunos sentados en rudimentarias sillas y otros en pie. Por su porte todos ellos eran sindicalistas; de la CNT. Rafael reconoció a Maroto sentado en una de las sillas. Su aspecto seguía siendo tan imponente como el que recordaba de años atrás.

—Hola, camarada —saludó Cato—. ¿Te acuerdas de mi paisano Rafael?

Maroto le miró fijamente, primero desconcertado, después con una sonrisa.

—Ah, sí. Los hermanos Fernández. Estuvisteis presos después de lo de Alcudia.

Rafael estrechó su mano.

—¿Cómo vais por Guadix? ¿Todavía tenéis a ese alcalde de la UGT?

—Sí, el señor Jesús es todavía el alcalde.

—Ya sabes que los socialistas son nuestros peores enemigos. Al menos los monárquicos y los *hijoputas* de las CEDA van de cara. Pero de los socialistas no te fíes; fingen estar a favor del pueblo, cuando en realidad están vendidos a los caciques.

—Somos un comité de apoyo a los presos —explicó Cato a los jóvenes—. Estamos pensando hacer una protesta ante el penal de Santa María. Durruti está preso allí desde abril.

Maroto se levantó, elevando toda su corpulencia por encima de los congregados.

—Necesitamos a nuestros camaradas fuera de la cárcel —explicó con voz potente—. Antes de final de año habrá elecciones. El Gobierno de Azaña está muerto, el general Sanjurjo le clavó la espada, y Casas Viejas le ha dado la puntilla.

—De todas formas —dijo Rafael—, la CNT no se presenta a las elecciones. No apoyamos a nadie. ¿Cómo vamos a ganar así?

Maroto colocó su enorme brazo sobre el hombro de Rafael.

—Compañero, no hay nadie a quien apoyar. ¿A los radicales? Ya ves cómo está la «Reforma agraria» de Marcelino Domingo. ¿Azaña? Manda a la Guardia Civil asesinar a compañeros en sus propias casas. ¿El PSOE? No, no. Debemos reclamar la abstención, si la mayoría de los votantes no acuden a las

urnas, la verdadera revolución estará más cerca. Si no, ganarán las derechas, y sabes qué significa eso.

Todos los presentes estaban expectantes oyendo las palabras de su líder.

—Fascismo —continuó—. A la CEDA se le cae la baba ante ese alemán fascista que acaba de ganar la cancillería. Pero España no es Alemania, no tenemos su industria. España —y con ella Andalucía— es un país de agricultores, como Rusia. Aquí necesitamos una revolución proletaria.

—En Rusia hubo una guerra civil —puntualizó Rafael.

Antonio apoyó a su amigo:

—El ejército rojo contra el ejército blanco. Murieron cientos de miles de personas por la guerra, aunque los muertos por la hambruna provocada fueron millones.

Maroto lanzó una carcajada mirando a Cato.

—¡Los tienes bien enseñados! —exclamó.

—En Guadix, no todos somos tontos —respondió este—. Necesitamos gente inteligente en nuestras filas.

—Y gente valiente, también —añadió Maroto.

—Mira —continuó—, tienes razón, pero España tampoco es Rusia. Es posible la revolución pacífica, sin violencia, y eso dependerá de personas como nosotros.

—No estoy seguro de que pedir la abstención sea una buena idea —siguió insistiendo Rafael—. Deberíamos apoyar algún partido de izquierdas; al partido comunista del sevillano José Díaz Ramos.

—Unos desconocidos.

—Con el apoyo de la CNT no serían desconocidos. Somos más de un millón de afiliados. Y como ahora podrán votar por fin las mujeres, contamos con varios millones de votos que podrían dar el poder a cualquier partido.

—Eso sería si las mujeres votasen lo mismo que sus maridos —interfirió Cato, provocando un rumor de sonrisas entre los presentes.

—Amigo Fernández —continuó Maroto—, nosotros defendemos el comunismo libertario. ¿Lo conoces? Si es así, sabrás que la parte importante del concepto es la libertaria, no la comunista. No queremos jefes, ni burocracia ni poderes jerárquicos. Las personas nacemos libres, y somos perfectamente capaces de funcionar en asociaciones libres y voluntarias. El

amigo José Díaz no defiende precisamente esto. Lo suyo es un comunismo dictatorial. Como el que pregona Stalin, proletario, pero dictatorial. ¿Dónde está la libertad?

—Anarquismo —musitó Rafael—. Sí. Lo sé. Pero el anarquismo puro requiere ciudadanos de moral pura y unas normas éticas consensuadas y universales... Para mí es como un amor platónico, algo a lo que aspiras, pero que es imposible conseguir plenamente.

—Hay que apuntar al objetivo, aunque sepas que no vas a dar en el centro de la diana. No podemos renunciar al ideal.

—Yo lo veo como el ascenso a una montaña —insistió Rafael—, todos queremos llegar a la cima, pero a veces hay que seguir caminos tortuosos, normalmente el camino corto es el más peligroso. Podríamos comenzar el ascenso apoyando a partidos democráticos, con los que tengamos cierta afinidad.

Maroto obsequió al joven con una sonrisa difícil de descifrar.

—Está bien. Preséntate a las elecciones. Afíliate al Partido Comunista y convéncenos para que te votemos. Eres libre de hacerlo.

—Quizás lo haga.

Varios de los reunidos rieron ante las palabras de Rafael, no así Maroto ni Cato, que se limitaron a mirarlo interesados, sin decir nada más.

—Rafael —susurró Antonio mirando su reloj de pulsera—, tendríamos que ir tirando.

—Bueno, compañeros —dijo Maroto a modo de despedida—, ya sabéis dónde tenéis vuestra casa aquí en Granada. Aunque espero que pronto el ayuntamiento nos vuelva a ceder la Casa del Pueblo para reunirnos. Supongo que hoy habéis venido a divertirnos. No los entretendremos más, ¿eh, Torcuato?

—Hasta luego —dijo Cato—, espero veros pronto en Guadix.

Los tres amigos salieron de nuevo a la calle, camino de la feria.

—¡Joder! —exclamó Paquillo—. Cómo te pones a discutir con Francisco Maroto.

—No he discutido, solo le he dicho lo que pienso. Serán nuestras primeras elecciones. ¿Vosotros no vais a votar?

—¡Si te presentas tú, te votaré!

—Hombre —apuntó Antonio con prudencia—, tal como están las cosas, presentarse públicamente como candidato es situarse en el ojo del huracán. Es que Guadix es mucho Guadix...

Rafael pensó que, si no temía ponerse delante de un toro, tampoco iba a temer afrontar las responsabilidades de participar en una candidatura popular. De todas formas, las embestidas las recibía igual. Algunos señoritos ya se la tenían jurada. Recordó a Genaro, *el Mellao*. Quizás sí, intentaría acercarse al partido comunista...

La tarde en la plaza fue sencillamente perfecta. La primera sorpresa fue descubrir que Juanita Cruz, la mujer torera, estaba en el tendido. El público de Granada la saludó con un aplauso espontáneo, que ella agradeció poniéndose en pie.

Por casualidad, Rafael y sus amigos no estaban muy lejos de ella, y los tres quedaron prendidos de su belleza. Sin duda, su admiración también estaba influida por la valentía de la joven que, a pesar de las prohibiciones, había recibido la alternativa junto a Manolete hacía pocos días. Fue una tarde mítica en la cordobesa localidad de Cabra.

—Ella es una muestra de que España está cambiando —apuntó Rafael a sus amigos.

—Creo que me he enamorado —respondió Paquillo.

Rafael no se podía imaginar que, seis años después, volvería a visitar aquella misma plaza, convertida en una gigantesca cárcel de la vergüenza. Parada de tránsito hacia Burgos, ciudad en la que le esperaba un juicio sumarísimo.

Fue en el tercer toro cuando los amigos tuvieron la oportunidad. Aupado por los otros dos, Rafael saltó la barrera con su capote en mano. El toro acababa de salir del corral, un ejemplar de casta andaluza con casi cuatrocientos kilos de peso. Rafael sabía que tenía poco tiempo, así que corrió hacia la bestia y, sin pensárselo demasiado, dio hasta cuatro pases, rozando al animal con la cadera, y acabó con una verónica de frente que provocó gritos entre el público. Muchos de esos gritos no eran amistosos, pero a Rafael le daba igual. Estaba eufórico cuando, al fin, dos mozos de la cuadrilla le cogieron en volandas y lo sacaron del ruedo.

Por suerte, pudieron acabar de ver la corrida desde el tendido alto. Exaltados como estaban, gritaron a todo pulmón durante el resto de la tarde. Hasta que Antonio se fue, poco antes de matar al toro postrero.

—Nos vemos en la estación —les dijo con cierta ronquera en la voz—, en el último tren.

Rafael y Paquillo no tardaron mucho más en dejar la plaza, junto a una gran marea humana que atascaba las salidas. Muchos le reconocieron; algunos alababan su valentía y otros le reprochaban su desatino. Ya estaban fuera de la plaza cuando dos caballeros, bien trajeados, se les acercaron con aire divertido.

—¡Tú eres el espontáneo! —dijo uno ellos, vestido con un traje blanco. Llevaba colgada una cámara fotográfica al cuello que cogió al momento para apuntar con ella a los amigos.



Paquillo reconoció al hombre. Era un personaje famoso de la ciudad.

—Usted es don Federico —dijo sorprendido—. El poeta.

El hombre le miró, sonriente.

—Poeta, dramaturgo, amante de todas las artes y de la vida en general.

—Nosotros le admiramos mucho —reconoció Paquillo—, es usted el mejor escritor de España.

Federico García Lorca soltó una sonora carcajada. Pasó un brazo por

encima de Paquillo y caminó hacia el otro caballero, que se había quedado unos pasos más atrás.

—¿De dónde sois?

—De Guadix —respondió Rafael.

—Me lo imaginaba, por vuestro acento y por vuestra desfachatez. Mira, amigo, este es José Herrera, y es él el mejor escritor de España.

Paquillo le dio la mano y se presentó.

—Francisco Jiménez, *pa* servirle a usted.

Rafael también hizo lo propio. El hombre era algo más joven que Federico, pero de porte más serio y de figura más estilizada. Con un acento mesetario corrigió a su amigo.

—No le hagáis caso. Para ser el mejor escritor, al menos debería haber escrito algo.

—Algún día lo hará —dijo Federico— y, entonces, ya veréis cómo tengo razón. Ahora pierde su tiempo con la política.

Federico ahuecó una mano y la colocó junto a su boca, simulando desvelar un secreto.

—Es del Partido Comunista —susurró.

—Mi amigo también se quiere afiliar y presentarse como candidato para las elecciones —confesó Paquillo.

—Solo lo estoy pensando —rectificó Rafael.

Federico miró a los jóvenes con interés.

—¿Por qué no nos acompañáis? Revelaremos la foto y así os podréis llevar una copia —dijo, señalando la cámara.

Ellos dudaron un poco.

—Vamos a mi casa —invitó José Herrera—. No está lejos y tenemos un cuarto oscuro.

Ante la cara de sorpresa de los amigos, Federico explicó, divertido:

—No sé qué pensáis, pero mi amigo se refiere a una sala de revelado fotográfico.

Los cuatro caminaron pausadamente hacia la parte alta de la ciudad. José ofreció un pitillo, de los que ya venían liados, a los jóvenes.

—Usted no es de Granada —comentó Rafael.

—No del todo. Mi familia tiene una casa aquí y a veces venimos. Nunca nos perdemos el Corpus.

—José es hijo del teniente coronel Herrera —explicó Federico.

Rafael detuvo su paso en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Federico.

—Nada. Es que tenemos un amigo que es un gran admirador del señor Herrera, padre.

—Todos lo somos —puntualizó Paquillo.

—Es una lástima —indicó José— porque hoy mi padre no está en casa.

—Es extraño —rumió Rafael—, no creía que el señor Herrera fuese afín a los comunistas.

—Y no lo es. Pero es liberal y acepta sin problemas que sus hijos tengan ideas propias.

José pensó algo que le hizo sonreír.

—A mi padre le sabe peor mi desinterés por la ciencia que mis afinidades políticas.

—Según mi amigo Antonio, es un gran científico.

—Tiene razón, pero si tu amigo hubiese crecido entre ecuaciones tetradimensionales, hiperespacio, teorías de la relatividad y campos gravitacionales, también me entendería a mí.

Rafael calló, consciente de su gran ignorancia sobre cualquiera de esos temas. Fue Federico quien cambió de tercio.

—¿A qué os dedicáis?

—Somos albañiles.

—Pero tú, quieres ser torero.

—Sí, algún día lo seré.

—¿Por qué? —se interesó el poeta.

Rafael se pensó la respuesta.

—Porque me gusta, por mi familia. Para salir de la miseria...

—Si fueras rico, ¿también querrías ser torero?

—¡Vaya pregunta! Si fuera rico, quizás pensaría de otra forma, pero como no lo soy, no sé qué pensaría.

Federico volvió a reír.

—¡Buena respuesta! Yo tengo un amigo que fue torero durante muchos

años, Sánchez Mejías, pero al final se cansó y lo dejó.

—Era un gran torero —comentó Paquillo.

—Quizás algún día vuelva a torear —aventuró Rafael.

—No creo. ¿Y actor? ¿No te gustaría ser actor? No sabes las dificultades que encuentro en Granada para conseguir buenos actores. Es la única región de España donde tengo esos problemas para mi proyecto de *La Barraca*.

—No, yo no sé actuar. Solo sé hacer de mí mismo.

—Sí, ese es el problema de muchos —reconoció el poeta.

Llegaron hasta un viejo y regio edificio cerca de San Matías.

—Bienvenidos a casa —informó José.

El hombre tuvo que forcejear durante un rato con la vieja cerradura del gran portalón hasta que, al fin, con un chirrido de los goznes, consiguió abrirla. La puerta daba acceso a un enorme vestíbulo, que se mantenía fresco en la penumbra de sus persianas medio cerradas.

En un rincón oscuro, Rafael observó unas extrañas estructuras. Se acercó a ellas, atraído por una perspectiva inquietante en algunos trazos dibujados sobre las mismas.

—Eso es de Federico —informó José—, me pidió que se las guardara durante unos días, pero al parecer se ha olvidado de ellas.

—No me he olvidado —se quejó Federico, acercándose también—. ¿Te gusta?

El dramaturgo retiró una manta que cubría parte del maderamen. Era una especie de paisajes dibujados sobre maderas recortadas.

—Los dibujos tienen algo que no sé explicar, algo mágico —dijo Rafael.

—Es el decorado de *Mariana Pineda* —informó Federico—. ¿Conocéis la obra?

—Sí, pero no la hemos visto.

—Vaya. Pues Margarita Xirgu estuvo espléndida en el papel de Mariana. Estos decorados los pintó un amigo mío: Salvador Dalí. A él sí que lo debéis conocer.

Por la cara de los jóvenes, Federico adivinó que no era así.

—Es un pintor catalán, un genio. Ha expuesto en París.

—Es que nosotros no hemos estado nunca en París —explicó Paquillo.

—Me gustaría ver algunas de sus obras —comentó Rafael—. ¿No expone en España?

—No lo sé —respondió Federico con un suspiro—. Hace tiempo que no tengo noticias tuyas. Ahora que he vuelto de Nueva York, creo que él va a exponer allí.

La jovialidad de Federico pareció desaparecer de pronto. Un silencio incómodo se instaló en la oscura estancia. José decidió romperlo y sacar a su amigo de su ensimismamiento.

—Bueno, subamos arriba. Os enseñaré nuestro pequeño laboratorio fotográfico.

El grupo se dirigió a las amplias escaleras que daban acceso a los pisos superiores. Entraron en la zona noble del edificio; unas bonitas estancias con decoración clásica, pero ecléctica.

—Mi padre decidió acondicionar un cuarto de revelado en casa para preservar la privacidad de nuestras fotografías —explicó José.

—No me extraña —comentó Rafael, maravillado por la suntuosidad del mobiliario—, siendo su padre quien es.

—Herrera padre es un gran español —explicó Federico, jocosamente, olvidando su pequeño ataque de melancolía—. Podemos estar orgullosos de ser *granainos* como él. Ojalá nuestro ejército tuviera más hombres de su talla. ¿Vosotros ya habéis hecho el servicio militar?

—Nos toca el año que viene.

—A mí me ha tocado Cataluña —expuso Rafael.

—¡Hombre! Si tienes posibilidad, no dejes de visitar Cadaqués, un lugar precioso. Yo pasé allí unos veranos inolvidables con Salvador. Y, por supuesto, visita Barcelona. ¿Habéis estado en Barcelona?

—Nunca hemos salido de Andalucía.

—Bueno, si fueses cargo electo —comentó José—, no tendrías que hacer la mili. Gozarías de una prórroga.

—¿Podría salir diputado? —preguntó Paquillo con curiosidad y asombro.

—Por el Partido Comunista, ni en sueños. Suerte tendremos si conseguimos que José Díaz obtenga un escaño en el parlamento. En política hay que comenzar por abajo; preséntate para concejal por Guadix en las municipales.

Rafael en ningún momento había pensado lo que significaría tener un cargo político. No era eso lo que quería, ni se imaginaba en esa situación. Solo le preocupaban las próximas elecciones; el riesgo de tener un Gobierno más reaccionario que el de Azaña. Optó por callar, y José Herrera lo tomó por interés.

—Mira —le dijo—, te voy a pasar la dirección de nuestros contactos en Guadix y aquí en Granada. Hoy la sede está cerrada, pero si vienes otro día te podrás afiliar sin problemas. Puedes decir que vas de mi parte. Espérame aquí, voy a subir a mi despacho y bajo enseguida.

Diciendo esto, José se encaminó de nuevo al hueco de las escaleras. Rafael dedujo que tenía el despacho en la segunda planta.

—Mientras tanto —dijo Federico—, voy a revelar las fotos de hoy. Venid, este es el cuarto oscuro.

El habitáculo era realmente pequeño, de reducidas dimensiones. No tenía ventana y olía a productos químicos. Federico encendió una luz roja, creando un ambiente agobiante. Paquillo parecía fascinado por todo lo que veía y por lo que explicaba Federico.

—Vais a asistir al milagro de la fotografía —dijo, disponiéndose a sacar el carrete con los negativos de la cámara.

—Vaya —exclamó antes de sacar el carrete—, qué mal educados, no os hemos ofrecido nada para beber. Rafael, ¿por qué no sales y preparas algo? El salón está a la izquierda; güisqui con hielo para José y para mí, y para vosotros lo que gustéis.

—¡Yo también quiero un güisqui! —pidió Paquillo, relamiéndose por anticipado.

Rafael agradeció salir de aquel cuarto maloliente.

En el salón había un pequeño mueble bar, muy bien surtido. Cogió cuatro vasos y los llenó por la mitad con el líquido de una botella muy decorada, pero que no anunciaba el nombre del brebaje que contenía. Por el olor dedujo que debía tratarse del licor correcto.

—Hielo —musitó para sí—. ¿Dónde está el hielo?

Buscó por el mueble, pero allí no vio nevera alguna.

—Seguro que en esta casa tienen nevera. Deben comprar hielo cada mañana y les debe durar hasta la noche —pensó.

Caminó por la estancia y salió al pasillo. Si encontraba la cocina, seguro que daría con la nevera. La casa era más grande de lo que parecía. Al final del pasillo llegó a una bonita estancia, con las paredes decoradas con dibujos y arabescos. Un gran ventanal inundaba de luz la pieza. Frente al ventanal había una enorme mesa de madera noble, tan bien pulida y barnizada, que parecía brillar como si fuese vidrio. Sobre la mesa descansaban multitud de papeles y documentos.

Como en aquella casa no parecía haber nadie más, se arriesgó a fisgonear un poco y ojear los papeles. Las hojas de papel más grandes resultaron ser dibujos, muy técnicos, de algún tipo de maquinaria. Uno de los pliegos, con las hojas encuadradas a mano, tenía por título: *Fases del viaje a la Luna*. Atraído, intentó abrirlo por la mitad para ver su interior. Pero justo cuando ponía su mano sobre el *dossier*, una voz autoritaria sonó a sus espaldas.

—¿Quién eres tú?

Se giró sorprendido. En la puerta había un chico. Un adolescente de apenas quince años. El niño era rubio, con el pelo bien peinado hacia un lado. Iba vestido con un traje primorosamente planchado y tan bien colocado que, sin serlo, le daba la apariencia de un uniforme militar. Pero lo que más impresionó a Rafael fue la belleza del joven. No era usual que él se fijara en la hermosura masculina, pero al verlo, lo primero que pensó fue: «Qué chico tan guapo».

—Soy Rafael —se excusó, algo azorado—, me ha invitado José Herrera.

El joven le miró con desconfianza y avanzó hacia él con las manos en la espalda. Irradiaba una gran seguridad en sí mismo.

—¿No serás un espía americano? —le soltó con mirada inquisidora.

—¿Espía americano? ¡No! Soy de Guadix.

El joven achinó los ojos con aire severo. Era casi tan alto como él, a pesar de que todavía no estaba del todo desarrollado.

—Si no eres un espía, ¿qué haces aquí, fisgoneando?

—Lo siento, estaba buscando la cocina. Federico me ha dicho que pusiera hielo a las bebidas. Y tú, ¿quién eres?

El muchacho pareció convencerse de que no era una amenaza, sonrió y le habló más animadamente.

—Bueno, no pareces un espía, y si eres amigo de Federico debes ser

buena persona. Yo soy Emilio Herrera.

Rafael lo miró sorprendido, se quedó con la boca abierta sin saber qué decir. Ese niño no podía ser el teniente coronel, aunque eso fue lo primero que le vino a la cabeza.

—Soy el hermano pequeño de José —concluyó el chico.

—Ah, claro.

—¿Tú también eres escritor? —preguntó, arrugando la nariz.

—No, no. Soy albañil, pero intento ser torero. Por eso me han invitado, hoy he estado en la plaza...

—¡Estupendo! —exclamó Emilio—. Así que eres un hombre de acción. Como yo.

—¿Tú también quieres ser torero?

—No, yo voy a ser astronauta.

Rafael no sabía si eso era una broma. Quizás, si se lo tomaba a risa, el joven Emilio se enfadaría. Así que optó por mantener el rostro serio, y comentar:

—Ah, sí.

—Por supuesto —explicó animado—. ¿Ves este documento que hay sobre la mesa? Es un proyecto para ir hasta la Luna, en el que estamos trabajando mi padre y yo.

Rafael miró las páginas que le señalaba el chico.

—Pero tú eres un poco joven, ¿no?

—Hombre, Rafael, ahora está en fase de proyecto, todavía faltan muchos años para que se pueda ejecutar, espero que no sean demasiados. Pero ya he comenzado mi entrenamiento. Estoy aprendiendo a pilotar aviones.

Rafael no dudó de sus palabras, pues el chico hablaba con determinación y parecía muy inteligente.

—Antes de culminar el viaje a nuestro satélite, debemos pasar por varias fases. La primera es desarrollar los vuelos estratosféricos.

Emilio cogió un plano donde había dibujado un extraño globo.

—Ahora trabajamos en esa primera fase. Estamos desarrollando aerostatos capaces de alcanzar o superar los treinta kilómetros de altura. A esa cota, la atmósfera es tan tenue que apenas hay presión; la cabeza te estallaría como un melón con un petardo dentro. La temperatura está varios grados bajo

cero y, por supuesto, no hay oxígeno que respirar.

—Ya.

—Pero nosotros tenemos la solución a todo esto.

Emilio miró de nuevo con gran gravedad a Rafael.

—Te voy a enseñar una cosa. Pero debes prometer que no lo vas a explicar a nadie. Es un secreto de estado.

—Lo prometo.

—Pon tu mano derecha sobre el corazón, y di: Lo prometo por España.

Rafael lo hizo, y se sorprendió al descubrir que su corazón se aceleró al hacerlo.

—Bien —dijo Emilio más tranquilo, mientras sacaba otro cuaderno del cajón de la mesa—. Esto es una escafandra estratonáutica.

Rafael pudo ver el diseño de un traje integral con una gran escafandra. El dibujo estaba lleno de notas.

—La estamos desarrollando en nuestras instalaciones secretas de Cuatro Vientos. Muchas potencias extranjeras desearían hacerse con el diseño, por eso debemos tener mucho cuidado con los espías.

—Así, con este traje, un hombre podría subir hasta la Luna sin problema —afirmó Rafael.

—De momento, solo llegar a la estratosfera. Pero sí, el mismo diseño serviría para caminar sobre la Luna. También tenemos en desarrollo un globo estratosférico tripulado. Los primeros vuelos de pruebas serán dentro de tres o cuatro años.

—No entiendo cómo nuestro país puede financiar algo así. Debe ser muy caro.

—Rafael, nuestro país es pobre, pero aun así nos gastamos dinero en cosas totalmente inútiles. Aunque tienes razón, por suerte mi padre es militar. Para proyectos militares siempre hay dinero. Lo que hemos vendido al Gobierno es que estos vuelos pueden ser de gran valor estratégico; imagínate, una red de globos estratosféricos distribuidos por la geografía española. De hecho, no hace falta que sean demasiados, dotados con telescopios y sistemas de radio. Nos daría una información exacta y en tiempo real de todo lo que pasa en nuestra geografía. Conoceríamos al momento cualquier movimiento de tropas y su posición justa, incluso sabríamos cuántas personas hay en una manifestación

y por qué calles circulan, en cualquier ciudad de España.

—Eso da un poco de miedo.

—Sí, pero al Gobierno le encanta, y eso significa más aporte de recursos.

El joven Emilio bajó la voz haciéndose el interesante.

—A partir de aquí, comenzaría la segunda fase; lanzar naves desde la estratosfera para colocarlas en órbita alrededor del planeta.

—¿Subir aviones en los globos y lanzarlos desde allí?

—Más o menos, pero no serían aviones. Recuerda que no hay aire, serían naves impulsadas por cohetes. A esa altura casi no hay rozamiento con el aire, así la nave ahorraría combustible. De todas formas, todavía tendría que subir bastante, entre cien y doscientos kilómetros de elevación.

—¿Y qué pasa a esta altura? —interrogó Rafael, pensando que era más o menos la distancia existente entre Granada y Sevilla.

—Si se consigue la velocidad adecuada, la nave se pondría en órbita alrededor de la Tierra; giraría a nuestro alrededor como una pequeña y cercana luna. No tardaría más de dos o tres horas en dar una vuelta completa al planeta. Para eso hay que conseguir equilibrar la fuerza centrífuga y la gravitacional.

Rafael le miró con cara de desconcierto. No había entendido nada.

—Es como cuando atas una piedra a una cuerda y la haces girar sobre tu cabeza —explicó Emilio—, la cuerda es la gravedad que atrae la piedra hacia ti, y el giro del pedrusco sería la fuerza centrífuga. Mientras la giras, las dos fuerzas están en equilibrio. Si la sueltas, la piedra sale volando y escapa de la órbita. Si ralentizas el giro, la cuerda gana y la piedra te cae en la cabeza.

—Entonces, si llegamos a la Luna —dijo Rafael, cambiando un poco de tema, porque seguía sin entender nada—, ¿podremos ver si allí hay vida?

Emilio le miró con el ceño fruncido.

—Sabes muy poco de astronomía. En la Luna no hay vida, no tiene atmósfera, no hay aire. Es un mundo muerto, sin agua, completamente árido. Su gravedad es tan baja que de un solo salto subirías una montaña.

Rafael se sintió fascinado y ofendido a la vez. Recordó algunas historias que le había explicado su amigo Antonio sobre la vida en otros planetas.

—Quizás los marcianos están allí, si nosotros podemos ir, ellos también.

—Si los marcianos hubiesen llegado a nuestra Luna, sin duda también

estarían aquí. Creo que no te haces una idea exacta de las distancias entre los planetas.

—Sé que la Luna está mucho más cerca, es obvio —dijo, resentido.

Emilio se acercó a una de las estanterías que había en la pared de la sala y cogió uno de los muchos libros que albergaba.

—Mira —dijo, conciliador—, este número de la revista *Ibérica* trata del descubrimiento de Plutón y explica, de una forma gráfica y sencilla, cómo son los planetas y las distancias que nos separan de ellos.

Rafael observó la bonita revista ilustrada con fotos y dibujos.

—Quédatela —dijo Emilio.

—No, no puedo quedármela...

En ese momento irrumpieron en la sala José, Federico y su amigo Paquillo.

—¡Estabas aquí! —exclamó José con un sobre en la mano.

Federico y Paquillo llevaban sus vasos de güisqui. Paquillo en realidad llevaba dos, uno de los cuales lo movía en el aire, haciendo sonar los cubitos de hielo.

—Veo que has conocido a mi hermano, a Pikiki. Espero que no te haya llenado la cabeza con sus fantasías.

—Al contrario, es muy interesante todo lo que explica.

—Ya ves, Petere —dijo Emilio, sonriente y con un tono triunfalista—, hasta los toreros saben qué es lo realmente importante.

José sorbió su bebida, divertido.

—¿Ya te ha explicado que va a ser el primer hombre en viajar a la Luna?

Emilio, alias Pikiki, se alteró ante la burla de su hermano. Federico y Paquillo rieron la gracia. A Rafael no le pareció justo, no entendía que estuviera bien reírse de alguien inteligente y con ilusiones. Aunque no fuera muy avisado, nadie debería reírse de las esperanzas de otro.

—Emilio me ha ofrecido este libro, pero le decía que no puedo aceptarlo. Es un regalo demasiado valioso.

—Solo es una revista —dijo este, más calmado—. De todas formas, tómalo como un préstamo; cuando vuelvas otra vez por aquí me lo devuelves.

—Puedes quedártelo sin problemas —añadió José Herrera, «Petere», acercándose a ellos—, en realidad venimos poco por Granada.

—Os lo devolveré.

—Te traigo aquí escritas las direcciones y los contactos del partido — dijo, tendiéndole el sobre—. Afíliate, nadie sobra en nuestro proyecto.

—Gracias —respondió, cogiendo también el vaso que Paquillo le ofrecía.

El güisqui le supo demasiado fuerte, una bebida sin sutilezas, sin matices, era como un puñetazo a los sentidos. Él prefería la caricia de un buen vino, así que dejó que el hielo diluyera el licor, y lo tomó a pequeños sorbos, mientras escuchaba a sus ilustres anfitriones.

—La República es una gran oportunidad para nuestro país —discurrió Federico—. ¡Qué alegría ver a los jóvenes disfrutar con la ciencia! ¡Maravillarse con el arte! Podemos hacer de España una gran nación. El fundamento está en la educación, una buena educación es la base de la sociedad, sobre ella se construye todo, sin ella todo se derrumba. Así se lo dije a nuestro ministro de Instrucción, el señor Fernando de los Ríos, cuando nos reunimos para hablar de las misiones pedagógicas.

Rafael recordó las ideas de su paisano Cato respecto a la educación.

—Siempre que no se utilice para manipular al pueblo —comentó.

—Por supuesto —añadió Federico—, la tarea más difícil que tiene un maestro es no manipular a sus pupilos.

Federico los miró divertido, y añadió:

—Pensad en esto; si un maestro induce a amar la libertad y a desarrollar un pensamiento crítico, ¿no está también manipulando a sus alumnos para que adquieran esa actitud?

La pregunta quedó en el aire. A Rafael le pareció una pregunta con trampa.

—La libertad y el pensamiento crítico —dijo Paquillo, con su vaso en la mano y casi vacío— no te condicionan para que sigas unas ideas determinadas.

Rafael sonrió a su amigo, orgulloso de su respuesta, y Federico se acercó a él para felicitarle.

—¡Muy bien dicho! Algunos nos critican diciendo que pretendemos adoctrinar a nuestros jóvenes en el ateísmo y el marxismo. No os dejéis engañar, solo queremos que sean libres para decidir, incluso para abrazar la religión o el capitalismo si así lo desean.

—Don Federico —preguntó Paquillo, envalentonado—, ¿qué opina de la revolución socialista? ¿Tendremos una revolución en España?

Federico dejó de sonreír.

—Es una actitud muy española —musitó, mirando su vaso—. De no tener nada, queremos pasar a tenerlo todo. La revolución hay que hacerla en las aulas. Primero hay que formar al pueblo. Hagamos eso ahora, y dentro de veinte años tendremos una sociedad justa. La «revolución» llegará sin darnos cuenta, de un modo natural. Muchos de vosotros sois obreros, constructores y jornaleros del campo. Todos sabéis que una construcción sólida, una buena cosecha, requiere un tiempo, preparar el campo de cultivo, hacer unos buenos cimientos. En cambio, pretendéis construir una nueva sociedad a toda prisa, sin la base necesaria...

El viejo carillón, colgado de la pared, rompió el silencio que las últimas palabras del poeta habían provocado.

—Qué tarde es —comentó Rafael—. Tenemos que ir a la estación.

Se despidieron de ellos, agradeciéndoles su hospitalidad. Rafael se guardó la foto en su cartera y le dijo al joven Emilio:

—Gracias por el libro, te lo devolveré cuando lo haya leído.

Emilio hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes. No tengas prisa.

Una vez en la calle, tuvieron que correr para llegar a tiempo a la estación. Allí esperaba Antonio, preocupado por la tardanza de sus amigos.

—Pero ¿dónde os habíais metido? —gritó—. El tren está a punto de salir.

Subieron al vagón de cola cuando el convoy ya empezaba a moverse. Caminaron por el pasillo entre bromas hasta que encontraron unos asientos vacíos.

—¡Me cachis! —exclamó Antonio mientras Paquillo le explicaba el encuentro con Lorca y Herrera.

—¡Me cachis! —repitió insistentemente.

Como Rafael lo vio afligido por habérselo perdido, le tendió el libro.

—Toma, te dejo que lo leas tú primero. Pero, ojo, trátalo bien que tengo que devolverlo.

Antonio lo recibió con una sonrisa.

—Gracias, te lo devolveré en un par de días.

Durante el viaje de vuelta a Guadix les pilló la noche. Antonio leía el libro

y Paquillo dormitaba en su asiento, dejando caer de vez en cuando su cabeza sobre el hombro de Rafael. Este miraba distraído por la ventanilla. Una gran luna llena parecía perseguir al tren. Rafael la observó con otros ojos, fascinado por su belleza. Por un momento se imaginó allí arriba, mirando hacia el cielo y observando cómo una Tierra llena se elevaba sobre el horizonte.

Jaén, 6 de febrero de 1941

—¡Buenos días, compañero! —saludó Rafael cuando notó que Martínez ya estaba despierto. Después de la pesadilla se había sentido muy deprimido, pero ahora, en ese momento, tenía el ánimo levantado. Decidió agarrarse a esa chispa y hacerla durar tanto como le fuese posible.

—Buenos días —gruñó Martínez—. ¿Ya has desayunado?

Rafael rio. Agradecía que su amigo amaneciera de buen humor.

La anécdota era de unos días atrás, cuando un preso gritó a uno de los soldados que allí qué daban para desayunar. El soldado lo ignoró, pero casi enseguida soltó una sonora ventosidad. En un principio, esto había indignado y asqueado a muchos de los presos, pero al cabo de un rato alguien comentó en alto: «Lo siento compañeros, pero creo que voy a soltar un desayuno», cosa que provocó varias risas. El resto del día se sucedieron los chistes relacionados con el «desayuno» sobre todo cuando el soldado estaba cerca y podía oírlos.

Martínez se estiró dolorido, y dio unos golpes amistosos en el hombro de su capitán.

—Hoy tenemos visita —dijo—. Si hay suerte, vendrá mi mujer.

En realidad, solo él iba a ver a su mujer. Las visitas se pasaban a un pasillo, donde era conducido el preso, y a través de una reja se podían entrevistar.

—Espero que nos traiga todo lo que le pedimos —continuó Martínez.

Rafael pensó en las cuartillas de papel que le había encargado. Ojalá no se olvidara de ellas, necesitaba escribir una última carta. Quería despedirse de sus padres, de su mujer, de su hija. Esas eran las tres mujeres que ahora le importaban. Las tres Encarnas: Su madre, no sabía cómo consolar su dolor. Su esposa, la abandonaba en los peores momentos. Su hija, su hija, ¡tan pequeña! Tenía tantas cosas que decirle, tanto que explicarle. Eso era lo que más le dolía; no podría jugar con ella, explicarle cuentos, hacerla reír, curar sus heridas, regañarla, aconsejarla, abrazarla...

Las mujeres habían sido una gran influencia en su vida, ahora sentía que le

iba a fallar a la más importante de todas ellas.

—Ojalá pueda traer aquellos salchichones tan sabrosos —comentó Martínez.

—Tienes una buena mujer —dijo Rafael—, cuídala, es la rosa de tu jardín.

—Sí, Leonarda es muy buena.

—Y la calidad de un hombre se mide por cómo trata a sus mujeres.

—Hombre, yo a la Leonarda la quiero mucho.

—Natural, por eso es tu mujer. Pero una cosa es quererla y otra tratarla como se merece.

—La trato como a una reina —dijo Martínez con la voz quebrada.

—Lo sé —concedió Rafael, golpeando su rodilla. Decidió dejar el tema, Martínez era demasiado sensible. En cada encuentro con su Leonarda, volvía a la celda con los ojos enrojecidos, y eso que ellos pronto estarían juntos.

«Como a una reina», pensó para sus adentros. Recordaba a Carmencita diciéndole: «No quiero que me trates como a una reina, quiero que me trates como a tu igual».

«Es difícil saber cómo tratar bien a las mujeres, aunque es fácil descubrir cuándo se las maltrata», pensó.

Y había hombres que las trataban francamente mal...

El chirrido de las rejas al abrirse lo sacó de sus reflexiones. Era el sargento acompañado de dos soldados. Armados con sus fusiles. Que el sargento irrumpiese así a aquella hora solo podía significar una cosa. El corazón le dio un vuelco, se puso en pie de un salto.

—¡Salvador Rodríguez! —gritó el sargento.

—¡Alberto Sánchez! —volvió a gritar.

Dos nombres. Dos condenados a muerte a los que les había llegado la hora. Rafael creía recordar que uno era cabo y el otro teniente. La multitud giró sus cabezas al unísono en una dirección y otra. Salvador, un joven cordobés, caminó hacia la puerta con los ojos cerrados y la cara blanca, pero sin perder la altivez, sin perder el orgullo. Alberto, un hombre curtido, se levantó del suelo, con un pitillo entre los labios y la mirada furibunda, airada.

Rafael no supo por qué lo hizo, pero comenzó a aplaudir, y al instante la celda se llenó de aplausos, que ocultaron el quejido reprimido que salió de la

garganta de Salvador y amortiguaron el «hijos de puta» gritado por Alberto.

—¡Silencio! —exigió varias veces el sargento. Pero el aplauso siguió hasta que ambos reos fueron esposados y conducidos fuera.

Rafael notó cómo le temblaba una de las manos. Esta vez no había sido su nombre el gritado por el sargento, pero quizás la próxima mañana...

Se acercó a la ventana, el horizonte ya comenzaba a clarear. Se quedó allí hasta oír el ronroneo del camión, un camión que sabía lleno de «Salvadores y Albertos».

—Dios —pensó—, por qué permites esto.

Se volvió a sentar junto a Martínez. No recordaba sobre qué asunto estaba divagando antes de la interrupción. «Ah, sí, pensaba en él, cómo no, en mi suegro el Cato Franco».

Guadix, 9 de enero de 1933

La nieve y el hielo habían convertido las calles del pueblo en una peligrosa pista de patinaje. Rafael bajaba la cañada con cuidado, embutido en su grueso gabán, acompañado por sus hermanos Paco y Antonio. Con aquel frío era casi imposible trabajar, Salvador había decidido dar la tarde libre a sus hijos, después de haber despejado la entrada de la cueva a golpes de pala.

—¡Joder! ¡Qué frío hace! —se quejó Rafael.

—Pues haberte quedado en casa —dijo Paco.

—Y aguantar a tu hermana todo el día, no, gracias.

Paco sonrió bajo su bufanda. Encarna se iba a casar en cuanto mejorase el tiempo, como muy tarde a principios de mayo. Pero ya se pasaba todas las horas hablando de ello y, lo que era peor, la casa estaba siempre llena de amigas que venían a ayudar en menesteres relacionados con el ajuar, aunque lo único que hacían era parlotear sin cesar.

—Encarna se te ha adelantado —se burló Antonio—. Como no espables, hasta Rafael se va a casar antes que tú.

—Calla, enano —respondió Paco, impasible—. Todavía soy demasiado joven para casarme, solo tengo veintitrés.

Antonio ya había cumplido los dieciséis en octubre, y ahora era un guapo muchachote, solo algo más bajo que Paco, pero por costumbre este siempre le llamaba *enano*.

—Casarse está sobrevalorado —comentó Rafael—, lo importante es tener a alguien. Estar enamorado.

—Y que ella te corresponda —añadió, dando un codazo a Paco.

—Seguro que no te atreves a decirle eso a Carmencita —volvió a bromear Antonio entre risas.

Paco, desequilibrado por el codazo, se apoyó sobre Antonio y los dos estuvieron a punto de caer al suelo resbalando sobre el hielo.

—¡Joder, Rafael! Ten cuidado.

Cuando llegaron al pueblo, caminar se hizo más fácil, pues los vecinos habían retirado la nieve de las calles. En la plazoleta Santiago, los hermanos

se separaron. Paco se dirigió al cuartel, para ver a Anita y Rafael optó por pasar por la sastrería, donde estaba Carmencita.

—Nos vemos luego en el café —se despidió Paco.

—Llévate al enano —le dijo Rafael.

—No, yo al cuartel no voy. Me quedo contigo —respondió Antonio.

—Qué *pesao* eres.

Los dos hermanos caminaron por las desiertas calles hacia el establecimiento comercial.

—¿Te piensas que si vas solo te vas a magrear con ella? —le soltó Antonio con descaro—. ¡Pero si está trabajando!

—Dentro de cinco minutos tiene descanso para merendar, listillo. Y no te pego una hostia porque no quiero sacar la mano del bolsillo.

La sastrería tenía un pequeño escaparate en el que se mostraban los últimos modelos. Tras el escaparate se podía ver parte del taller posterior, allí trabajaban las chicas y el maestro sastre.

Rafael no iba a entrar, no era un cliente y no pretendía incomodar al jefe de Carmen. Acercó la cara al vidrio para poder ver el interior. A través de la puerta del taller solo se veía a Sole, una de las compañeras de Carmencita. La chica se percató de su presencia y él la saludó con la mano. Vio a la chica comentar algo y aguantar la risa. Al cabo de casi un minuto, Carmencita asomó la cabeza por el quicio de la puerta, sonrió y volvió a desaparecer. Rafael se quedó esperando fuera.

—Nos vamos a congelar —se quejó Antonio—. ¿Por qué no entramos?

—No. No entramos. Don Julián no nos diría nada, pero después le echaría la bronca a ella.

No fueron cinco minutos, sino más de diez los que estuvieron afuera esperando hasta que al fin la chica salió, con un grueso abrigo y una fiambarrera en la mano.

—Hola —saludó Rafael, exhibiendo su mejor sonrisa y dando dos besos sobre las ardientes mejillas de la chica.

—Hola, hola, Antonio —saludó ella—. ¿Hoy no trabajáis?

Rafael señaló el frío ambiente.

—No, poco se puede hacer en un día así. ¿Quieres que vayamos a un sitio confortable? La cantina de José está aquí al lado.

—No, no. Solo tenemos cinco minutos, no vale la pena ir a ningún sitio. En invierno comemos dentro y lo hacemos más rápido.

Rafael la cogió del brazo y comenzaron a caminar lentamente por la calle. Antonio los siguió a pocos metros.

—He quedado después con Paco, en el café —añadió—. ¿Quieres que te pase a buscar antes?

—No, tengo que rematar unos pedidos y no sé exactamente a qué hora saldré. Ya iré hasta el café cuando acabe.

—Don Julián no sabe la joya que tiene.

—Bueno, los clientes saben qué trabajo hago y me lo agradecen. Me interesa quedar bien, si algún día me pongo por mi cuenta...

—Al menos, come algo —insinuó Rafael, cogiendo la fiambarrera—. No se puede trabajar con el estómago vacío.

Dentro de la fiambarrera solo había un plátano.

—No traes mucha merienda —se quejó él.

—Tonto, ¿piensas que soy un albañil? Ni siquiera tengo hambre.

Carmencita volvió a cerrar la fiambarrera. No le apetecía que su novio la viese comerse un plátano.

—Cuando vengas al café, pediré un bocadillo, y quiero que te lo comas todo.

Carmencita sonrió, dilatando sus rojos y carnosos labios. Rafael no podía resistir esa sonrisa. Se acercó para besarla, pero ella movió la cara en el último momento y susurró:

—Tu hermano...

Rafael se giró y lanzó una mirada explícita a Antonio. Este viró al momento y se alejó de ellos dándoles la espalda. Así, en la calle desierta y helada, pudo dar un cálido beso a su novia.

—¿Hay también hoy tertulia en el café? —se interesó ella, dirigiéndose de nuevo hacia el taller.

—Como cada tarde, ya sabes. Estamos en tiempos convulsos, cada día suceden cosas.

Caminó en silencio durante unos segundos antes de volver a hablar.

—Es que a mí no me gusta Cato. No sé explicarlo, pero tiene algo que me desagrada.

—Solo es uno más. Tiene derecho a expresar sus opiniones.

—Ya, pero desprende negatividad. Siempre muestra la peor cara de las cosas. No te fíes de él.

—No me fio. Sabes que muchas veces estamos en desacuerdo.

Llegaron hasta la puerta de la sastrería. Carmencita sonrió.

—Pues nos vemos luego.

Antes de dejarla entrar, le dio un beso fugaz en los labios.

Rafael la miró hasta que desapareció por detrás de la puerta del taller.

—Mua —gritó Antonio por detrás, mientras lanzaba besos a una invisible chica.

Rafael se sacó las manos del bolsillo y cogió un montón de nieve que lanzó contra su hermano. Este salió corriendo, perseguido por Rafael y recibiendo, de vez en cuando, un bolazo de nieve en el cogote.

Cuando llegaron al café de Pepe, Rafael tenía las manos heladas, así que al entrar se dirigió directamente a la estufa de carbón que caldeaba la sala. Adela, la camarera, le guiñó un ojo dándole la bienvenida.

Aquellos días, durante las largas tardes de enero, muchos obreros y jornaleros, la mayoría de ellos militantes de la CNT o de la UGT, se reunían en el establecimiento, enzarzados en ardientes discusiones políticas.

Muchos de ellos, como el Cato Franco, ya estaban allí. Mientras Rafael se calentaba las manos cerca de la estufa, alguien le gritó:

—Eh, Fernández, ven, a ver qué dices tú.

Ambos hermanos se sentaron en unos taburetes improvisados al estar todas las sillas ocupadas ya. Se colocaron cerca de donde estaban sus amigos, Paquillo y el Liti.

—¿Crees que estamos ante la verdadera revolución? —preguntó un hombre curtido, un jornalero—. Ayer hubo insurrecciones anarquistas casi en toda España. Se han asaltado ayuntamientos, han colocado bombas y hay enfrentamientos con la Guardia Civil.

—En un pueblo de Valencia han tomado el poder y han declarado el comunismo libertario —añadió otro hombre—. Creo que el pueblo se llama

Bugarra.

Rafael miró a Cato, que permanecía callado, con una sonrisa en la boca.

—Es pronto para decirlo —comentó Rafael—, la verdadera revolución necesitará auténticos líderes y masas ingentes de seguidores que tomen las calles de forma pacífica. Esto solo parecen protestas aisladas.

La potente voz de Cato se elevó sobre las demás sin dificultad:

—Tienes razón. Esto solo es un aviso a la República. Nuestro «amigo» Azaña se está aburguesando. Hay que darle un toque, que no se crea que los españoles somos tontos. Que sepa que no vamos a permitir que sigan mandando los mismos de antes. Esto es una gimnasia revolucionaria, una preparación para lo que ha de venir.

—¡Pues salgamos todos a la calle! —exclamó otro hombre bastante exaltado—. Proclamemos ya la revolución.

—Amigo Manuel —dijo Cato—, saldremos para elevar nuestro grito hasta Madrid, pero todavía no es el momento. Necesitamos, como dice Rafael, seguir a unos líderes, alzarnos con una sola voz. Pero, primero tenemos que tener claro quiénes son nuestros enemigos, nada un tanto como un enemigo común.

Varios de los reunidos sonrieron.

—¡Los terratenientes son nuestros enemigos! —gritó uno.

—¡Y los burgueses! —aclamó otro.

—¡Y la Iglesia!

Cató volvió a hablar:

—Los enemigos están en todas partes, incluso aquí, entre nosotros. ¿Cuántos de vosotros vais cada domingo a misa?

Se oyeron algunos comentarios casi imperceptibles en varias mesas, sobre todo procedentes de la mesa de los socialistas de la UGT, con Juan Cortés al frente.

—Sabes que el pueblo es creyente, Cato —apuntaló Rafael con voz alta y clara—. Muchos amamos a Cristo y a la Virgen. A quienes no queremos son a esos curas que predicán justo lo contrario que decía Jesús.

Cató negó con la cabeza.

—Tienes razón y eso es lo peligroso. Recapacita. ¿Qué es la Iglesia? Es una organización que difunde la existencia de unas leyes divinas que todos los

hombres debemos cumplir. Ellos son los depositarios de dichas leyes, y quien no las cumple es un infame; merece el castigo de toda la sociedad; además, irá al infierno.

Cato hizo una pausa para sorber de su vaso, y continuó:

—¿Quién interpreta esas leyes? ¿Quién nos juzga? Ellos, por supuesto, en nombre de Dios. Ellos deciden si estás cumpliendo, o no, los designios divinos. Desde luego, no existe nada más maquiavélico. Y esa organización está infiltrada en nuestra sociedad hasta la médula; controlan las clases obreras, a los pobres y a los ricos. Todos estamos obligados a asistir a las misas, donde reiteran sus mensajes, donde controlan nuestras mentes.

Cortés, desde su mesa, gritó a Cato:

—¡Vamos, hombre! No te sulfures, siempre explicas lo mismo.

Cato no le hizo caso y siguió con su cháchara:

—Nos llenamos la boca con palabras como igualdad, libertad, fraternidad... Pero después nos lanzamos en brazos de esa gente. Su palabra es la palabra de Dios. ¿Quién puede tener más poder en la Tierra? ¿Alguno de vosotros ha recibido una visita divina? No. Debéis tener «fe». ¿Qué cojones es la «fe»? ¿Crear todo lo que te diga esa organización opresora y manipuladora? ¿Dónde queda el espíritu libre, crítico? ¿Dónde está la razón y el pensamiento lógico?

En el café se hizo al fin el silencio. Un silencio incómodo que solo Rafael rompió:

—Nunca convencerás a un creyente de que Dios no existe, de que la palabra de Jesús no es divina.

—Yo no he dicho que Dios no exista, ni siquiera pongo en duda la palabra de Jesús. Hablo de la Iglesia, de esa organización criminal que utiliza la palabra de Dios para fines ruines, para su provecho mundano. Una Iglesia que hace, de forma encubierta, justo lo contrario de lo que predica.

—Cato —dijo Rafael—, no se puede acabar con la Iglesia. Podríamos intentar cambiarla, pero terminar con ella es ilusorio. Además, yo creo que la mayoría de la gente que se acerca a la Iglesia, lo hace con buen corazón y con buenas intenciones. Yo estudié en la escuela del padre Poveda, gracias a ese cura y a otros como él, muchos hemos recibido educación.

Cato soltó una sonora e hiriente carcajada.

—Claro que a la Iglesia le interesa controlar la educación. ¿Crees que fundan escuelas para ayudar al pueblo? No, en las escuelas adoctrinan a los niños. Les marcan con fuego la obediencia a su organización, hacen a nuestros hijos suyos para siempre. Es un refuerzo del bautismo y la comunión; obligan a los padres a educar a sus hijos en la obediencia, pero, por si acaso, también controlan las escuelas. No, nada de lo que hacen es gratuito, todo tiene un motivo oculto. ¿Cómo, si no, creéis que han mantenido el poder durante tantos años? Cambian los reyes, sustituyen los regímenes, hasta las fronteras de los países, pero ellos siempre se mantienen en el poder. A veces a la sombra, pero en el poder.

—Yo he oído que casi todos los curas son maricones —dijo el Liti.

El comentario provocó sonoras risas.

—Y los que no lo son, se dedican a embarazar a las monjas —añadió Cato—. Los muros de los conventos están llenos de nichos con bebés.

—También se dedican a tocar a los niños en la catequesis —exclamó un joven airado.

—¡Los curas son demonios! —gritó alguien más.

Cato parecía satisfecho. Rafael intentó poner calma.

—¡Vale! ¡Vale! —se lamentó—. Entonces, Cato, ¿qué propones tú para acabar con la opresión de la Iglesia?

—Ya te lo he dicho. Lo más importante es que todos tengamos claro quién es nuestro enemigo. A partir de ahí, hay que combatirlo con todas nuestras armas.

—La República ya ha declarado que somos un Estado laico —indicó Rafael—. Eso ya es atacar con armas legales.

—La Constitución solo es un papel escrito —respondió Cato— que se puede quedar en papel mojado.

—Se van a tomar otras medidas, como crear colegios aconfesionales en todos los pueblos de España.

—Rafael —le increpó Cato con tono paternal—, la Iglesia es un poder transversal, si la República no la identifica claramente como enemigo, acabará cayendo en sus redes. En realidad, ya está en sus redes, somos nosotros los que tenemos que rescatarla con acciones contundentes.

—¿Qué pretendes, asaltar las iglesias, como en el treinta y uno?

—Tú lo has dicho. Hay que visualizar nuestra negativa a seguir bajo su yugo. Que la República se entere. Estamos en enero, si comenzamos nuestra revuelta ahora, y no desfallecemos, a final de año triunfará la revolución.

La mayoría de los reunidos parecían entusiasmados con las palabras de Cato. Rafael lo miró, pensativo. Todos brindaron por la revolución. Rafael observó cómo el Cato Franco se ponía rojo como un tomate al apurar su vaso, y cómo se llevaba la mano derecha al abdomen. Ya había oído comentar alguna vez su intolerancia al alcohol.

Mientras el local se convertía en una pequeña algarabía, alguien abrió la puerta principal. Antonio dio un codazo a su hermano. Rafael vio que acababan de llegar Carmencita y Paco. Se levantó y se dirigió hacia ellos.

—¿Cómo dejas sola por esas calles a una señorita? —preguntó Paco a su hermano con un tono reprobatorio, mientras este recogía el abrigo de la joven. No había muchas mujeres en el café, pero Carmen tampoco era la única.

—Ven —convidió Rafael a su novia.

—Soy perfectamente capaz de ir sola a los sitios —respondió Carmen a Paco, quien los acompañó, sonriente.

—¿No viene Ana?

—Su padre no la deja venir al café —contestó Paco, encogiéndose de hombros.

Rafael quitó la silla a Paquillo para ofrecérsela a la chica, y se sentó él mismo sobre una caja de madera a su lado. Carmen saludó a todos y esperó a que Rafael le trajese algo. Los días que el café estaba tan lleno, Pepe no servía en las mesas, solo las recogía, había que acercarse a la barra.

—El bocadillo, que sea pequeño —gritó ella cuando Rafael ya estaba en el mostrador.

—¿Qué? ¿Cómo va todo? —preguntó Paco al sentarse junto a sus hermanos.

—Ha habido levantamientos y protestas en toda España —explicó su hermano Antonio—. Dicen que hay muchos muertos.

—Vaya. Vivimos unos tiempos donde el éxito de una manifestación se mide por la cantidad de muertos que provoca.

—Pues el día fuerte será mañana. Cato dice que tenemos que hacer algo en Guadix.

—Como ¿qué? —comentó Carmen.

—A que lo adivino —dijo Paco—. Rodear o asaltar alguna iglesia.

—No te equivocas —respondió Rafael, sentándose junto a Carmencita y dejando sobre la mesa una taza de café con leche y un enorme bocadillo.

—¡Rafael! —se quejó ella con el ceño fruncido.

—Lo que no quieras se lo das a Antonio. Adela dice que no los hace más pequeños.

—Pero no te comas lo de dentro y me dejes solo el pan —añadió Antonio.

Rafael dio un cachete a su hermano.

—Todos debemos poner nuestro granito de arena —afirmó Cato, dando un golpe en la mesa—. Guadix no debe quedar al margen de las protestas.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Carmen.

—Convocar una huelga general —aseveró Rafael. El ruido del local disminuyó para oír sus palabras—. Mañana que nadie trabaje.

—¿En ningún sector? —preguntó Cortés, el conocido «ugetista»—. La huelga solo la promueve la CNT, la UGT no está de acuerdo. Además, vosotros sois de la madera y la construcción, no podéis decretar una huelga general.

Cato se levantó de su silla para encararse al hombre.

—Estamos hablando de la revolución, de cambiar España, ¿y tú vienes con esas chorradas?, puto socialista.

Cato estaba visiblemente alterado. Apenas había bebido, pero parecía estar borracho.

—Cálmate —dijo Rafael—, mañana habrá huelga general, los de la CNT nos organizaremos en piquetes, iremos a todas las fábricas y comercios para explicar a los trabajadores por qué se hace esta huelga.

Miró de reojo a Carmen. Esta comentó con tono muy serio:

—Para muchos trabajadores, seguir la huelga significa perder el empleo.

—No, si son los piquetes los que impiden la entrada de los trabajadores en las fábricas y los talleres —agregó Paco.

—¿Qué ambiente hay en el cuartel? —preguntó Rafael.

—Nerviosismo y miedo. El miedo es peligroso, pero creo que, si lo sabemos organizar, no pasará nada.

—Y si pasa algo, pues mejor —añadió Cato, sentado de nuevo en su

banqueta—. Si no salimos en los periódicos, nadie se entera, y si Madrid no se entera, lo que hagamos nosotros no servirá para nada.

—Por favor —rogó Carmen—, hagamos las cosas de forma civilizada.

—Niña —le recriminó Cato—, no te metas en cosas que no entiendes.

—Tiene derecho a opinar tanto o más que tú —intercedió Rafael.

Cato realizó una mueca, que tanto podía ser una sonrisa como un mohín de asco.

—Ya sé que a partir de ahora las mujeres también van a votar —dijo—, será el fin de España.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Carmen, enojada.

—Porque las mujeres idolatráis a los curas. O creéis todas sus monsergas, y si el voto es secreto, no dudaréis en votar lo que ellos os dicten, aunque esté en contra del interés de vuestros maridos o padres.

Rafael estuvo a punto de intervenir, pero vio que su novia estaba decidida a responder.

—Las mujeres miramos más por el provecho de nuestras familias que muchos hombres, que lo único que hacen es gastarse la paga en vino.

Cato volvió a ponerse rojo, antes de que pudiese responder. Rafael se levantó y le dijo:

—Está bien, dejémoslo, esto no nos lleva a ninguna parte. Y Carmen tiene razón, debemos actuar con cuidado.

En aquel momento una mujer entró en el café. Era menuda, delgada, de aspecto frágil. Iba envuelta en un grueso abrigo, que se desabrochó al entrar en el cálido local. Debajo llevaba un vestido sobrio y elegante. Los rasgos de Dolores eran tan suaves como rudos eran los de su marido, Torcuato Franco.

Cato estaba sentado de espaldas a la entrada, de forma que no vio a su esposa hasta que esta se le acercó.

—Hola, Torcuato.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él sin apenas girar la cabeza.

Dolores miró con tristeza el vaso medio vacío de su marido.

—Sabes que no deberías beber.

—¡Cállate! ¡Vete! —gritó él, dándole un empujón sin apenas moverse del asiento. La diferencia de fuerza y de envergadura hizo que la mujer se desestabilizara y se tuviese que apoyar en alguien que tenía detrás para no

caer al suelo. Esto hizo que Rafael se levantase de su sitio.

—Ven conmigo —suplicó ella—, dijiste que hoy vendrías pronto.

—¡Vienes aquí para avergonzarme! —le reprochó, levantándose al fin de la silla—. ¡He dicho que te vayas!

Cato la cogió del brazo y casi la arrastró hasta la puerta. Cuando estuvo frente a esta, e intentó abrirla, notó cómo alguien le cogía de la otra mano con fuerza. Al girarse pudo ver a Rafael tras él.

—Suéltala.

—Tú no te metas.

—Suéltala —volvió a repetir.

Cato la soltó para enfrentarse al joven.

—No es asunto tuyo, es mi mujer.

—Sí es asunto mío. No voy a permitir que la trates así.

Detrás de Rafael se colocaron sus dos hermanos. Cato los miró como quien valora la situación.

—Yo la acompañaré a casa, doña Dolores —apuntó al fin Rafael.

—Haced lo que queráis —accedió Cato, volviendo a su silla y dándoles la espalda.

—Gracias —dijo la mujer.

Carmencita también cogió su abrigo, y dio el bocadillo a medio comer a Antonio.

—Pues vamos —añadió muy resuelta.

Los tres salieron del café cogidos del brazo. Ya había anochecido y el hielo de la calle era más peligroso que nunca.

—A Torcuato le sienta muy mal el alcohol —se excusó la mujer.

Caminaron lentamente hasta la casa taller del carpintero.

—Miedo me da cómo va acabar todo esto —se lamentó—. Está muy obsesionado. Y yo le digo, pero ¿a nosotros que más nos da? Estamos bien, no nos falta el trabajo. Pero él se pone hecho una furia conmigo. Ese Maroto le tiene *sorbiditos* los sesos.

—Él es así, Dolores. No lo vamos a cambiar —dijo Rafael.

Caminaron en silencio hasta la casa. En la puerta la mujer los invitó a entrar.

—Entrad y calentaos un poco. Habéis sido muy amables.

—No, gracias —rehusó Carmen con educación—. Es tarde y tengo que volver a casa.

Rafael sabía que a ella no le apetecía entrar en la casa de Cato. La mujer abrió la puerta del taller, en el interior pudo ver varias imágenes de la Virgen de las Angustias que el obispado había encargado reparar.

«Qué contrasentido», pensó Rafael.

Con el ruido, las dos hijas mayores bajaron las escaleras. Encarna ya tenía trece años y era una niña desarrollada, aunque seguía manteniendo una complexión demasiado delgada, parecida a la de su madre. Tenía una larga cabellera negra suelta y llevaba el uniforme del colegio. La pequeña Angustias, de apenas siete años, miró sorprendida a Rafael y Carmen. Las niñas esperaban encontrarse con sus padres, no con unos invitados imprevistos.

—Hola —saludó Rafael con una mueca.

Angustias exhibió una amplia sonrisa, mostrando su dentadura mellada. Encarna miró de forma salvaje a Carmen mientras intentaba atusarse el cabello con una mano.

—Hola —respondió.

—Bueno, Dolores —dijo Rafael—, si alguna vez me necesita, ya sabe, no dude en llamarme. Puede enviar a este angelito a buscarme. En la cueva de los Ocones siempre hay alguien que sabe dónde estoy. —Mientras decía esto, removi6 los cabellos de la pequeña Angustias, quien reía encantada.

Eres demasiado bueno —le dijo Carmen unos minutos después, cuando caminaban hacia la casa de esta.

—Es algo superior a mí. No soporto las injusticias. Todas las mujeres se merecen respeto, pero sobre todo la tuya. La madre de tus hijos.

Carmen se apretó contra su brazo y acercó su boca a los labios de él. El beso fue tierno y cálido. Cinco o seis segundos que casi le dejan sin respiración.

—Yo te atendería como a una reina —susurró Rafael.

—Prefiero que me trates como a una igual —añadió ella.

Un ruido repentino, detrás de una esquina, puso en alerta a Rafael. Se

colocó delante de Carmen y de su bolsillo sacó una navaja. Su filo brilló amenazante bajo la luz de las farolas.

Hacía dos años que no se separaba de la navaja, desde que tuvo que estar durante dos semanas en cama después de una paliza. Detrás de la esquina solo había un gato, que buscaba algún sitio donde guarecerse del frío.

—Qué susto —dijo ella, aliviada.

—Sí —respondió, guardando el arma.

—Hace tiempo que no se meten contigo. A lo mejor ya se les ha olvidado.

—No creo, el *Mellao* me la tiene jurada. Lo que pasa es que saben que estoy preparado —dijo, golpeándose el bolsillo.

Carmen sonrió recordando a Genaro. Después del altercado no tardó mucho tiempo en colocarse tres relucientes dientes de oro. A pesar de ello, todo el mundo le llamaba el *Mellao*, a sus espaldas.

—Espero que el frío ahuyente a las fieras —suspiró ella.

Se detuvieron un momento delante de la casa de Carmen.

—Mañana... Mejor que no salgas de casa.

—Y tú ten cuidado.

Rafael esperó a que ella cerrase la puerta por dentro. Entonces se giró y caminó de nuevo hacia el café, pues suponía que sus hermanos todavía estarían allí. Anduvo con cuidado, sobre el resbaladizo hielo, con las manos en los bolsillos, apretando con fuerza la navaja.

Guadix, 10 y 11 de enero de 1933

En casi toda Andalucía los inviernos son suaves y relativamente agradables. Guadix y su comarca son la excepción; aquel día era uno de los días más fríos que Rafael podía recordar. No se imaginaba que en cualquier otro lugar de España pudiese llegar a hacer tanto frío. Sin embargo, excepcionalmente, se alegró de ello; casi todos los comercios amanecieron cerrados, los piquetes en la fábrica de azúcar lo tuvieron bastante fácil y, en general, la huelga fue un éxito.

Hacia el mediodía, una gran concentración invadía las calles del pueblo. Todos los obreros y los jornaleros de la comarca estaban allí. Las banderas de la CNT se sucedían unas detrás de las otras. Los gritos de «revolución» se coreaban al unísono.

Rafael notaba en el ambiente un algo festivo. Se sentía ese fervor casi religioso que tan fácilmente se daba en las celebraciones andaluzas. Todos tenían la sensación de formar parte de algo importante; un cambio real e histórico para España. Muchas mujeres también se sumaron a la marcha, dando la impresión de que más que una protesta, o una revolución, era una especie de romería, un viaje hacia la libertad.

Al final, Carmencita le acompañó un rato, seguida de algunas amigas; Angelita entre ellas. La excitación y la alegría se contagiaban de unos a otros.

Rafael cogió la mano de Carmen y la apretó con fuerza. Angelita, a pesar de los años pasados, todavía miraba de reojo al joven y con envidia a su amiga.

—¡Fíjate! —dijo Rafael—. Cuando todos estamos unidos, somos fuertes. Más fuertes que los políticos, los señoritos y todos los ricos juntos.

Era tan extraordinaria la manifestación que el sargento de la Guardia Civil ordenó a sus hombres retirarse al cuartel y permanecer allí atrincherados toda la jornada.

Se encendieron algunas fogatas y se rompieron algunos vidrios de la azucarera, pero la cosa parecía que no iba a ir a más. Los hermanos Fernández encabezaban la marcha, que pretendía llegar hasta el ayuntamiento, lugar en el

que se iba a leer una proclama. El discurso iba dirigido a los manifestantes, porque el ayuntamiento estaba cerrado a cal y canto, y en su interior no había nadie.

Torcuato Franco, como delegado del sindicato, era quien llevaba el megáfono, aunque casi le oían igual sin el embudo.

—¡Los trabajadores de Guadix declaran que este es un municipio libre! — gritaba—. ¡El comunismo libertario toma hoy el poder para el pueblo!

Contra lo pactado, Cato desvió la manifestación hacia el cuartel.

—¡Qué se enteren todos! ¡Guardias! ¿Estáis con nosotros o en contra?

Muchos otros coreaban sus consignas.

Rafael pidió a Carmen y sus amigas que se fueran a casa. Cuando las vio desaparecer calle abajo se encaró con el delegado.

—Cato —le conminó Rafael—, déjalos. Vamos al ayuntamiento.

Pero el hombre no escuchaba, caminaba a paso decidido hacia el cuartel, seguido por todos los manifestantes. De pronto, sorprendiendo a los hermanos, Cato sacó —exaltado— una pistola de su bolsillo y la levantó en alto.

Sonaron dos disparos al aire. La muchedumbre se envalentonó y se acercó más al edificio de la guarnición. Cato volvió a gritar consignas contra la Guardia Civil. En el cuartel no se observaba actividad, pero Rafael sabía que los guardias tenían sus fusiles preparados y quizás ya apuntaban hacia afuera.

Rafael se enfrentó a Cato. Con una mano sujetó el brazo del hombre.

—Cato, guarda eso. ¿Qué vas a hacer con esa pistola? Ahí dentro hay más de diez guardias armados hasta los dientes. En cuanto vean tu arma nos acribillan.

Cato le miró, furibundo, y con un fuerte movimiento se deshizo de él.

—¡No vuelvas a hacer eso! —amenazó.

Rafael siguió frente él.

—Guárdala —le ordenó.

—Haz lo que te dice —advirtió Paco, justo detrás de él.

Cato sopesó la situación. Seguramente los hermanos estaban en lo cierto. Los guardias tenían fusiles, él solo una pistola. Pero, entonces, ¿de qué servía todo aquello? ¿Protestar para después irse a casa y que todo siguiese igual? Se imaginó asaltando la guarnición, habría muchas bajas, pero al final podrían hacerse con ella, o lo que es lo mismo, alzarse con el poder en Guadix.

Confiscar las armas para la causa, comenzar la verdadera revolución. Sabía que la CNT tenía varios arsenales escondidos por la geografía española, a la espera de usarlos en el gran momento. Solo hacía falta sembrar la semilla, una semilla que quizás estaba en sus manos. Acarició el gatillo de su arma, sintió unas ganas enormes de descargarla sobre ese guaperas entrometido. Durante unos segundos se miraron fijamente a los ojos.

—Está bien —accedió Cato, guardando el arma—, pero no vuelvas a tocarme nunca. Nunca.

La manifestación acabó frente al ayuntamiento, como estaba previsto, y el frío de la noche se ocupó de disolverla.

Eran días convulsos, y los principales sindicalistas se reunieron en el taller de Cato en el que permanecieron durante toda la noche. Pendientes de la radio y de los comunicados por teléfono que recibían desde Granada. Muchos pueblos de Andalucía habían seguido las revueltas libertarias. Llegaban noticias desde todas las partes: Sevilla, Málaga, Cádiz... Fue bastante entrada la madrugada cuando se recibieron las primeras noticias de Casas Viejas.

—¿Dónde coño está eso? —preguntó Paco al oír el nombre del pueblo por primera vez.

—Es un pueblecito de Cádiz —respondió alguien—, se ve que la línea telefónica pasa por allí, y unos cenetistas la han cortado.

—Pues bravo por ellos —exclamó Cato.

—No cantemos victoria —dijo uno de los que escuchaban la radio—. Algunas fuentes —no oficiales— dicen que militantes del pueblo han asaltado el cuartel de la Guardia Civil y han matado al sargento y a un guardia. Si eso es cierto, habrá represalias.

El resto de la noche no obtuvieron más que informaciones contradictorias o repetidas. Los hermanos Fernández se fueron a dormir tarde, sin saber mucho más. Tal y como sospechaban, todo aquello no fue más que un aviso, una demostración de fuerza, pero no la esperada revolución.

Al día siguiente se levantaron tarde. Hubiese o no huelga, ellos no tenían trabajos de albañilería aquel día. Aunque en el campo siempre había tareas que hacer; los tres hijos ayudaron toda la mañana al padre en la parcela.

Estuvieron podando los almendros y limpiando la acequia. Las ramas aprovechables las cortaron a la medida y las liaron con cuerdas para llevarlas a la cueva donde arderían en la chimenea. Con los restos más pequeños hicieron una pequeña fogata que provocó mucho humo, y en la que se calentaron las manos al acabar.

—Estoy impaciente por conocer las noticias —comentó Rafael.

—Luego nos pasamos por el café para oír la radio —dijo Paco.

El padre los miraba en silencio.

—¿Usted no quiere venir, padre? —preguntó Rafael.

—No creo que las noticias cambien porque yo las vaya a oír al café. Seguro que después me lo explicaréis todo.

Llegaron bastante tarde a la cantina. Ya estaban allí todos. Cato también, y al parecer era quien tenía las noticias más frescas. La conversación giraba en torno a ese pequeño pueblecito gaditano; Casas Viejas.

—El capitán Manuel Rojas ha enviado al pueblo un destacamento de guardias de asalto, se ve que son unos veinticuatro Guardias Civiles. Han recorrido el pueblo casa por casa, pegando hostias a todos los vecinos para que delataran a los cenetistas que asaltaron el cuartel.

—Entonces —interrumpió Rafael—, ¿es cierto que lo asaltaron?

—Parece que sí. Mataron a dos guardias, pero se ve que fue en defensa propia. Es un pueblo de menos de dos mil habitantes, todos se conocen, y al parecer el sargento y un tal *Seisdedos* ya eran enemigos declarados antes de todo esto.

En el café se respiraba un silencio incómodo. El ambiente exaltado del día anterior había desaparecido, dando paso a un abatimiento generalizado.

—Pobres gentes —comentó Paco—. Esto acabará mal.

Y tenía razón, acabó mal. Tardaron varios días en conocerse la historia completa. Cada nueva noticia sobre Casas Viejas añadía o desmentía algo sobre el caso.

Rafael, años después, desde su celda, tenía su visión de lo sucedido. Si cerraba los ojos podía ver, en su imaginación, cómo debieron ser aquellos dos días en Casas Viejas.

Casas Viejas, 11 y 12 de enero de 1933

Rafael se imagina el pueblo muy pobre. Sin duda el nombre debía ser sinónimo de lo que era en realidad; un poblado de casas viejas y humildes. También se figura que debió ser una tarde fría y oscura cuando el sargento Anarte llegó a la aldea, con la guarnición de doce guardias de asalto apretujados en el camión militar. Asimismo, supone que el furgón tuvo que transitar por las calles desiertas, mal empedradas. Mientras, los vecinos tuvieron que observar escondidos en sus casas, apenas retirando una cortina, o entreabriendo alguna ventana...

El vehículo se detiene frente al cuartel, en la plazoleta solitaria. Los guardias salen con sus armas en alto, rodeando el furgón y tomando posiciones. El sargento se dirige directamente a la puerta del cuartel. Un guardia del interior le abre de inmediato. Es un joven con acné en el rostro y cara asustada.

—¡A la orden, mi sargento! —saluda.

—Informe de la situación —reclama Anarte, entrando en el interior.

—Esta mañana ha habido un tiroteo. Se cree que causado por vecinos del pueblo al grito de «Revolución o muerte». Han herido gravemente a un guardia y al sargento.

En el interior, otro guardia se afana sobre los cuerpos de sus compañeros heridos, intentando detener las hemorragias. El sargento Anarte contempla la escena: dos guardias heridos de muerte sobre sendos catres de los que chorrean sangre.

—¿Quiénes han sido? —pregunta.

El joven guardia responde azaroso.

—No lo sabemos. Mi compañero y yo no estábamos aquí. Cuando acudimos al sonido de los disparos, los asaltantes ya se retiraban.

El sargento mira con seriedad al joven. No dice nada. Sale afuera y ordena a sus hombres tomar posiciones en diferentes puntos altos del pueblo. Uno de los guardias es sanitario, le manda entrar dentro.

—¿Qué ordena, mi sargento? —pregunta el joven guardia con acné que sale tras él.

—Nada. Esperaremos.

Las horas pasan. Desde la plazoleta, el sargento observa el pueblo, parece un pueblo muerto, no hay nadie por las calles, no se oye ruido alguno. Pero él sabe que muchos vecinos están en sus casas, tensos, expectantes.

Cuando la noche está empezando a caer, se oye un ronroneo lejano. Reconoce el ruido; son los refuerzos. El nuevo vehículo trae a dieciséis guardias más, y al teniente Gregorio Fernández. El mando viene en un coche militar, el camión le sigue de cerca. El teniente está cabreado, Anarte lo sabe en cuando ve salir a su superior del vehículo.

—Esto es un puto pueblucho. ¿Qué cojones se piensan?

Entran en el cuartel. Echa una mirada a los heridos, que ya los preparan para trasladarlos a Jerez. Y llama a los dos guardias.

—A ver —les dice—, quiero que me escribáis en este papel el nombre de todos los sindicalistas y otros revoltosos del pueblo. Y dónde viven.

Los guardias miran asustados a su superior. En el pueblo todos se conocen. Todos saben quiénes simpatizan con la CNT u otros sindicatos, quiénes alzan la voz en las tertulias del pueblo, sentados al sol sobre el viejo banco de madera de la plazoleta.

—¡Venga!, a que esperáis —grita el teniente.

Los dos guardias se sientan en la mesa y comienzan a escribir nombres. No saben, o quizás sí lo intuyen que, con aquella estilográfica, se pueden sesgar vidas.

—Fulano —dice uno de ellos.

—¿Fulano? No, ese no tiene nada que ver... —responde el otro.

—Apúntalo —ordena el teniente.

Así, la lista va engordando, con muchos hombres que seguro, o casi seguro, simpatizan con los sindicatos.

«La noche va a ser larga», piensa el sargento Anarte.

Se dividen los grupos de asalto; cada grupo debe registrar una de las casas de la lista, en busca de armas y detener a los sospechosos.

El teniente y el sargento comienzan los interrogatorios en cuanto empiezan

a llegar los primeros detenidos.

En la celda, el guardia golpea al detenido en la cabeza con su porra antes de entrar el teniente. El hombre queda aturdido, cae de rodillas, no puede pensar bien y el pánico se apodera de él. Todavía nadie le ha preguntado nada. El teniente se sienta en una silla frente a él. Lo mira con desdén, con odio. Enciende un pitillo. El detenido va a decir algo, pero el teniente le abofetea la cara.

—No hables hasta que no te dé permiso. Vamos a tener un poco de respeto aquí.

El bofetón duele más en el honor que en la cara, sirve para humillar al otro, para dejar claro quién manda.

El teniente solo quiere nombres. No le interesa que le expliquen historias, y lo deja muy claro a cada uno de los interrogados. A partir del sexto, es un guardia quien da los guantazos; al teniente ya le duele la mano. El suelo de la celda está lleno de sangre fresca, y huele a orines.

Al fin, dos de ellos coinciden: los asaltantes eran hijos y yerno del *Seisdedos*, un carbonero de setenta y dos años que acudía de vez en cuando a la sede del sindicato de la CNT. Se habían refugiado en su casa, una choza de barro y piedra.

El teniente, con sus guardias de asalto, acude hacia las nueve de la noche a la choza del carbonero. Los conduce uno de los delatores, Manuel Quijada, esposado y recibiendo palos. La vivienda está a las afueras, no hay más luz que la de la luna creciente.

Rafael imagina al grupo de asalto caminando en la oscuridad, bajo un frío glacial. Cuando se acercan, Quijada sale corriendo y entra en la casa. Al llegar tras él, los guardias la encuentran cerrada a cal y canto; dentro se refugia la familia.

Un guardia golpea la puerta.

—¡Escuchen los de la casa! ¡Abran a la Guardia Civil! —grita.

Dentro se oye gente. Alguna voz apagada, pero ininteligible.

—Derribadla —ordena el teniente.

Dos guardias cogen el mojón que ya traían preparado y comienzan a

golpear con él la puerta. Se oyen gritos en el interior. La pesada puerta de roble cruje.

Rafael también se imaginaba la escena dentro de la casa, aquellas nueve personas atrincheradas. ¿Por qué no huyeron cuando tuvieron ocasión? ¿Por qué no se rindieron cuando llegaron los guardias?

El viejo carbonero mira en silencio a sus hijos, están alterados, corren de ventana en ventana con la escopeta en la mano. Sus nueras tienen los ojos llorosos, están sentadas en la mesa, con la desesperación en el rostro. Su hermano, Francisco, está sentado junto a él, con las manos inquietas. El Quijada ha entrado lloriqueando, con las manos esposadas.

—¡Viene la Guardia Civil! —ha gritado—. ¡Cerrad la puerta, nos van a matar a todos!

El hombre está desquiciado. Tiene la cara ensangrentada y se ha escondido debajo del catre que hay en una pequeña habitación junto a la cocina.

—¡Abrid la puerta! —grita Josefa—. ¡La van a derribar!

—¡No! —exclama el esposo de esta, con otra escopeta en la mano—. Si abrimos nos podemos dar por muertos.

María, su nieta, se abraza con fuerza a su primo Manuel. La exasperación de su tío la asusta. El niño, de trece años, mantiene la entereza y abraza a su prima.

—Y si no abrimos, ¿qué? —responde la mujer con voz ronca—. ¡También nos van a matar!

El anciano levanta su cansado cuerpo de la silla y mira a su yerno.

—Tenemos que negociar —dice con voz pausada.

La puerta de viejo roble cruje con fuerza bajo los envites de los dos guardias. La nuera grita.

—¡Dios! —exclama Manuela.

Se oyen dos tiros, tres. Sus hijos, desde las dos ventanas de arriba han disparado. La respuesta del exterior no se hace esperar; una ráfaga suena ensordecedora contra las paredes y las ventanas de la casa. Todos se lanzan al suelo. Cuando el ruido cesa, Perico, uno de los hijos grita.

—¡Les hemos dado! ¡Hemos herido a los dos guardias de asalto!

—No disparéis más —ordena el viejo.

Tiene los tímpanos doloridos, apenas puede oír nada, pero tiene que pensar. Mira a sus dos nietos.

—Tenemos que sacar a los niños —dice.

—Si salen ahora, les dispararán —indica su hermano Francisco.

—Tenemos que resistir —apunta su hijo Paco—, los del pueblo nos ayudarán.

Seisdedos mira a su vecino Quijada, que lloriquea desde debajo de la cama.

—No creo que nos puedan ayudar —opina.

Perico sigue vigilando desde la ventana del piso superior, desde donde puede ver el cadáver de uno de los guardias. Más allá solo ve el muro del corral, y se imagina que tras el muro están los guardias.

—¿Cuántos civiles hay? —pregunta *Seisdedos* a Quijada.

—No lo sé, más de veinte, seguro.

Jerónimo, el padre de María, comienza a levantar la pesada mesa.

—Ayudadme —solicita a los otros hombres—, vamos a ponerla delante de la ventana.

Todavía la están acabando de colocar cuando se oye una voz aumentada por un altavoz. No se entiende bien lo que dice.

—¡Salgan todos con las manos en alto!, —intuye *Seisdedos*.

Los hombres siguen reforzando los puntos débiles de la casa. Otra ráfaga de disparos suena sobre las paredes exteriores, pero esta vez ningún proyectil entra en la casa. Al cabo de unos minutos el fuego cesa.

Perico dispara su escopeta a la oscuridad de la noche. No ve nada, pero quiere dejar claro que están armados.

—¡No dispaes! —ordena su padre, irritado.

—Ahorra munición —añade más calmado.

Los minutos pasan con lentitud. No se oyen más disparos. No se observa movimiento alguno. Paco releva a su hermano en la vigilancia.

—A lo mejor se han ido —dice el niño Manuel, inocente.

Nadie responde.

Seisdedos piensa que están esperando refuerzos, armas más potentes. Está pensando en ello cuando oyen la primera explosión. La casa retumba como en

un terremoto.

—Lanzan granadas —avisa Paco.

Las bombas destellan luminosas en la noche. Las mujeres se tapan los oídos y cierran los ojos con fuerza, como si al no ver ni oír pudiese desaparecer la pesadilla. Paco dispara su arma, esta vez el viejo no dice nada.

En el exterior, el teniente está decidido a aniquilar a todos los de la casa, no queda otra opción. No sabe cuántos hay dentro, ni qué armas tienen. Su temor es que, por la retaguardia, alguien de ese maldito pueblo los ataque. Por suerte el capitán Rojas viene de camino. Mientras tanto, va a utilizar todo su arsenal contra aquel nido de anarquistas.

El capitán llega hacia medianoche, con dos camiones más, llenos de guardias de asalto.

—Los insurrectos se han hecho fuertes en el interior de la vivienda, mi capitán —informa el teniente.

El capitán le mira con cara muy seria.

—Esto hay que aplacarlo con determinación. Vamos a quemar la casa.

—Lo había pensado —dice el teniente—, pero fíjese, el fuego se podría extender hasta el pueblo.

—Correremos el riesgo.

Los guardias transportan pesadas ametralladoras hasta la zona. Es artillera de gran calibre, cuando empiezan a disparar nada detiene las balas. El lanzamiento de granadas también continúa, ahora es un verdadero escenario de guerra. El capitán y el teniente contemplan el asedio con orgullo, con la adrenalina disparada.

—Lanzad ahora el fuego —ordena el capitán.

Los guardias tienen piedras envueltas en algodones empapados en gasolina, los prenden y los lanzan hacia la casa.

El interior es un infierno, cientos de proyectiles atraviesan paredes y llenan la casa de polvo y escombros. El niño Manuel ve caer muerto a su abuelo, a sus tíos... Todo está oscuro, y los destellos de fuego no ayudan a ver mejor.

—¡Vámonos! —grita a su prima.

Los dos niños, cogidos de la mano, saltan por una de las ventanas destrozadas, corren por el patio mientras las balas silban a su alrededor. De pronto, se tropiezan con un guardia que les apunta con su fusil. Manuel se ve muerto, pero el guardia duda, baja su arma y les indica un camino.

—Corred hacia allí —les dice.

Después grita:

—¡No disparéis, son dos niños!

Las llamas prenden con velocidad y el interior se convierte en un infierno. Solo quedan en pie dos personas: Manuela y Francisco; el hermano de *Seisdedos*. Milagrosamente, pueden salir de entre las brasas por la desaparecida puerta de roble. Gritan que no disparen; que se rinden. Sus siluetas se recortan con nitidez ante el fuego que consume la casa. Son un blanco fácil y una ráfaga de balas los acribilla sin piedad.

—Alto el fuego —grita al fin el teniente. Demasiado tarde, ambos yacen ya sin vida en el suelo.

Todos contemplan en silencio cómo la choza queda consumida, reducida a cenizas. La humedad de la noche invernal ayuda a sofocar el incendio. En un par de horas todo ha acabado. Los cadáveres calcinados son casi irreconocibles. Los niños, los únicos supervivientes, pueden dar nombre a los muertos.

El capitán Rojas manda retirada. Es muy tarde y todos están cansados. Se van a la fonda del pueblo, que el capitán ha requisado como cuartel general.

Sentado junto al teniente se sirve una copa de coñac. Ofrece una copa también al sargento, que la acepta sin sentarse.

—Bueno, ya ha acabado todo —comenta el subalterno.

Rojas le mira negando con la cabeza.

—No ha acabado, allí había tres o cuatro de los insurrectos, pero eran muchos más. ¿Dónde están?

—La mayoría de ellos han huido del pueblo —responde el teniente.

—Sí, y mis órdenes son acabar con la insurrección. Hay que tomar alguna medida.

El capitán apura su copa en silencio. Al acabar pide café, café para todos. Aquella noche no duermen, se une a ellos el delegado del gobernador. Esperan que aclare la madrugada para ejecutar su plan.

—Vamos a quemar el pueblo entero —dice el capitán.

El delegado se lleva las manos a la cabeza.

—Pero qué dice, un pueblo entero con las mujeres y los niños...

El teniente mira a su capitán.

—No creo que los guardias accediesen a cumplir esas órdenes.

Tiene razón, el capitán lo sabe, no puede tensar tanto a sus hombres. Si por él fuese...

A la luz del alba, los guardias registran todas las casas del pueblo. Tienen órdenes de detener a todos los hombres que encuentren para ser interrogados. No encuentran muchos. El teniente tiene razón. La mayor parte de ellos están huidos, escondidos en esa sierra de Dios. Las esposas suplican que no se los lleven, que ellos no han hecho nada. Un viejo se niega a abrir la puerta y es abatido allí mismo. El horror se extiende por todo el pueblo.

Consiguen detener a doce hombres. Los reúnen frente a la fonda, con las manos esposadas a la espalda. El capitán Rojas sale a la calle. El sol comienza a calentar y levanta las primeras brumas de la mañana. Ordena conducirlos hacia la casa quemada. Los guardias golpean con la punta de su fusil a los hombres para que caminen.

Alguna mujer valiente ha seguido a los detenidos, y en el café de la fonda reconoce al delegado del gobernador.

—Por Dios —le suplica—, los van a matar, tiene usted que detener esto. ¡Por la República!

—Yo no puedo hacer nada —se defiende—. Se ha declarado el estado de sitio, la autoridad militar tiene toda la competencia.

Los detenidos llegan hasta la casa destruida, todavía humeante. El capitán los hace entrar en las corraletas, uno de ellos tropieza y cae de rodillas. El capitán saca su pistola y le descerraja un tiro en la cabeza. El hombre cae muerto al instante. A continuación, dispara a otro de los hombres.

—¡Fuego a discreción! —ordena.

Y una descarga mortal cae sobre los doce hombres. El suelo se llena de sangre. Cuando acaban, el capitán manda traer al médico.

—Certifique estas muertes —dispone.

El hombre lo hace, con manos temblorosas, y comprueba el estado de los

hombres.

—Hay tres que todavía están vivos.

—¿Quiénes?

El médico se los señala y el capitán les da un tiro de gracia en la nuca.

Así se imaginaba Rafael los sucesos desde su celda. Unos sucesos que horrorizaron a la sociedad. Unos sucesos que se quedaron en nada comparados con las atrocidades que se iban a cometer años después durante la guerra, o con las crueldades que se estaban cometiendo ahora, en la posguerra.

«Algunos hombres malvados tienen su jardín lleno de rosas rojas, como la sangre», pensó.

Guadix, mayo de 1933

Mayo era el mes de las flores en el pueblo, el mes de las ofrendas a María. Habían pasado los días fríos y la revolución parecía olvidada, o mejor, solo dormida.

En época de siembra el trabajo siempre aumenta, y con él la alegría en los corazones de los hombres. Pronto llegarían las fiestas patronales del pueblo. Pronto pasearían por las calles de Guadix la imagen de San Torcuato, el santo evangelizador de Hispania enviado directamente por los apóstoles a la antigua Acci.

Rafael pasó por casa de Carmencita poco después de las cinco. Aquella tarde se celebraba la partida de los peregrinos. La chica se hizo esperar un rato, pero cuando al final salió, deslumbró a Rafael con un precioso vestido con mantilla y tocado. Era parecido al que muchas chicas iban a llevar esa tarde, pero con el toque especial de Carmen el conjunto parecía más moderno, sin dejar de ser tradicional.

—¡Vamos! Apremió Rafael. Llegaremos tarde.

—La salida siempre se retrasa —respondió ella con una gran sonrisa enmarcada en un rostro perfectamente maquillado.

—Estás preciosa.

—Gracias, pero no hacía falta que me esperases. Hemos quedado todos en el Arco.

—Prefiero venir a buscarte, me pilla de paso —dijo mientras le ofrecía el brazo.

—Mentiroso.

Caminaron deprisa hacia el arco de San Torcuato, lugar desde el que se iba a comenzar la peregrinación. Rafael no quería que la chica fuese sola por la calle. No, después de las insinuaciones que había recibido por parte de Genaro y de algunos de sus amigos.

La semana anterior habían asesinado a tiros a un concejal socialista de Alcudia. Se sospechaba de los radicales de Lerroux y del grupo de Genaro.

Aquella misma tarde, Genaro había soltado el «ojo por ojo», refiriéndose al asesinato, dos años atrás, del alcalde cacique de la localidad. Fue él quien había organizado en el pueblo un nutrido grupo de *cedistas* y afiliados al movimiento requeté.

Un enorme gentío ya se aglomeraba en el Arco, allí estaban casi todos los vecinos ataviados con sus mejores vestimentas. Varias carrozas profusamente adornadas encabezaban la romería y los primeros cohetes empezaban a escoltar la marcha. Aun así, no tardaron demasiado en encontrar a sus amigos; Paquillo, Juan, el Liti y Antonio ya estaban allí. También las chicas: Sole y Angelita.

—¡Qué guapa vas! —Fue el saludo de Sole al verlos.

—Hala, ya podemos ir tirando —gritó Juan.

—Sí que tienes prisa —dijo Rafael.

—Es que está ansioso por llegar a Face Retama para oír al cura —dijo Paquillo en tono burlón.

—Sí, será eso —rio Rafael.

—Hombre, yo donde haya murga, allá voy —añadió Juan.

Rafael lo miró con aspecto extrañado.

—No te has enterado, verdad —dijo Paquillo, moviendo el diario que llevaba enrollado en la mano.

—La semana que viene el Gobierno va a aprobar una ley de Congregaciones; todos los bienes de la Iglesia pasarán a ser de propiedad pública.

—No solo las iglesias y los templos —añadió Juan, con aire socarrón—, sino hasta los calzones de los curas. ¡Tómate esa!

—¡Joder! —exclamó Rafael—. El Cato Franco estará contento.

—Sí, y el obispo también —rio Juan.

—Pues yo he visto al Cato por aquí —reveló el Liti.

—¿Sí?

—Iba solo, pero con una cara de malas pulgas...

—Espero que no haga ninguna locura —dijo Carmencita interviniendo en la conversación.

—¡Déjalo! Así nos íbamos a divertir —rio otra vez Juan.

La romería transcurría por caminos polvorientos entre pelados cerros y extensos campos de cereales. No llegarían hasta la ermita de San Torcuato, en los desolados parajes de Face Retama, hasta bien entrada la noche. Allí asistirían a la misa y a la posterior procesión de las antorchas.

A los pocos minutos de comenzar la marcha, Rafael reconoció la figura de doña Dolores, la mujer iba acompañada de su hija mayor, ambas vestidas con recatados vestidos de encaje de riguroso negro. Se extrañó al no ver con ellas a Cato. No era normal que las dejase solas en una romería.

La joven Encarna se percató de su presencia. Rafael la saludó con la mano, y ella le devolvió el saludo con una amplia sonrisa. Soltó el brazo de su madre y se dirigió hacia él. La niña llevaba el pelo recogido en un oscuro moño.

—Hola, Rafael —dijo, levantando el mentón en actitud coqueta y clavando sus dilatadas pupilas en sus ojos.

—Hola, Encarna. ¿Vais de romería?

—Solo un rato. No vamos hasta la ermita, mi madre se cansaría.

Doña Dolores se acercó a ellos.

—Hola, chicos. Qué día tan estupendo, ¿verdad? —saludó mientras se abanicaba.

—Fantástico para caminar. Aunque dice su hija que no llegarán hasta la ermita.

—Oh, no. Solo quería ver un poco el ambiente. Cuando era joven nunca me perdía la peregrinación, pero ahora Torcuato no quiere venir y yo sola no me atrevo.

—Pues han visto a su marido por aquí —insinuó Paquillo, atento a la conversación.

La expresión de la cara de Dolores se mudó de natural a una de casi miedo.

—Me estará buscando. Mejor que volvamos ya para casa —comentó, mirando a su hija.

—Madre, yo puedo quedarme con ellos —suplicó la niña.

Dolores no hizo ningún caso a su hija, la cogió de la mano y se despidió.

—Bueno, jóvenes, que se lo pasen ustedes bien. Nosotras nos vamos.

Justo en ese momento, Cato apareció detrás de ellas. Llevaba los ojos

inyectados en sangre, como si fueran signos de un principio de glaucoma ocular. Rafael pensó que otra vez había bebido.

—¡Estás aquí, mujer! —gritó, cogiéndola por el brazo—. ¿Qué te había dicho yo sobre venir a la romería?

—Solo estábamos dando un paseo —respondió, sonriente, pero con cierto temblor en la voz.

—¡Y dejas solos a dos niños pequeños! —gritó de nuevo.

—Ya volvíamos a casa. Tita ya es grande para quedarse sola un rato.

—¡Anda, tira! —dijo, arrastrándola. Cato actuaba como si en ningún momento hubiese visto a Rafael ni al resto de los jóvenes.

Todos se quedaron mirando cómo el hombre se llevaba medio en volandas a su pequeña mujer. La hija los seguía dos pasos por detrás. Antes de desaparecer entre el gentío, la pequeña Encarna se giró para mirar a Rafael. Fue una mirada desoladora, que a Rafael se le clavó en el corazón.

—Cada día está más loco —soltó Carmencita.

—Pobre mujer —dijo Antonio.

Rafael no podía decir nada, sentía una extraña sensación de culpabilidad.

—Esa chiquilla está loca por ti —comentó Angelita, sacándole de su estupor.

—¡Qué dices! —respondió.

—Uy, si sabré yo de miradas apasionadas.

—Ajá —sonrió Juan—. Mi Rafael es una flecha.

—Hombre —comentó Carmencita, pensativa—, ahora que lo dices, esa chica siempre me mira mal.

—Estáis tontos —respondió Rafael.

El grupo continuó su camino entre bromas y risas. Pero Rafael se quedó con cierto desasosiego en su interior, un malestar que, en vez de disminuir, crecía a cada minuto. Finalmente, no pudo más y cogió a Carmen de la mano.

—Carmencita —afirmó muy serio—, tengo un mal presentimiento. Seguro que es una tontería, pero no puedo dejar de pensar en ello.

—Sobre él —dijo ella, indicando con su pulgar hacia el pueblo.

—Sí, necesito pasarme por su casa para ver que todo va bien. Si no voy, no me quedaré tranquilo. Temo por su mujer.

Carmen le miró alzando una ceja. Lo conocía y sabía de su preocupación

por los demás, sobre todo por las mujeres débiles.

—Os alcanzo luego en la ermita. Te prometo que llegaré antes de las antorchas —añadió.

—Tú mismo —respondió con un suspiro.

—Gracias.

Rafael, ante el asombro de los otros, informó que tenía que ir un momento al pueblo. Pasó un brazo sobre el cuello de su amigo Antonio, el más responsable de todos, para susurrarle en el oído.

—Me voy a casa de Cato, no me fio y me da muy mala espina. Acompaña a Carmencita todo el rato y, si no llego a tiempo, la llevas hasta casa.

—Vale. Pero eres tonto por meterte donde no te llaman.

—No puedo conformarme con mirar hacia otro lado.

—Seguro que doña Dolores está tan tranquila en su casa.

—Entonces, os alcanzaré antes de que lleguéis a Benalúa.

Rafael se giró y se alejó a grandes pasos, sorteando a los peregrinos que venían en dirección contraria.

En el pueblo las calles estaban bastante vacías. Notó cómo le caían por la frente gotas de sudor, aunque tampoco hacía un calor excesivo. Llegó a dos bocacalles de la casa de Cato, cuando disminuyó el paso. Hasta entonces no había pensado ninguna excusa para llamar a la puerta. ¿Y si todo estaba tranquilo, como había dicho Antonio? ¿Qué iba a decir? «Vengo a ver si tu mujer está bien, ¿si le has pegado?».

Una voz chillona vino a despejar sus dudas. Era la voz de la pequeña Angustias. Estaba en mitad de la calle, con los pelos alborotados y grandes lagrimones en su cara.

—¡Rafael, Rafael! —gritaba—. ¡Ven, que va matar a mi mami!

Corrió hacia la niña y la cogió de la mano.

—No te preocupes, Tita, vamos a ayudar a mami.

Sin soltar la mano de la pequeña, siguió corriendo hasta el taller. Allí la niña se escabulló y se escondió detrás de un banco. Como temía, Cato se estaba ensañando con su pobre esposa. La mujer tenía el vestido rasgado, totalmente despeinado y con sangre por la cara. Cato la sujetaba con fuerza por el cuello y aplastaba su cabeza contra la dura madera de uno de los bancos de

trabajo.

—¡Maldita mujer! —gritaba furioso—. ¡No es que seas tonta! ¡Es que además eres una inútil!

La joven Encarna también gritaba y forcejeaba con su padre tirándole de la camisa por detrás, sin ningún éxito.

—¡Déjala, Cato! —apuntó Rafael, acercándose a ellos.

Cato lo miró. Tenía los ojos tan rojos que Rafael dudó de que pudiese ver con claridad. El hombre cogió un hacha que había sobre el banco y la elevó sobre el cuello de su mujer.

—¡Cato! —gritó de nuevo Rafael, abalanzándose sobre el hombre.

Le sujetó la mano como pudo, pero Cato estaba tan ofuscado que parecía haber multiplicado su fuerza por diez, con la mano libre propinó un fuerte puñetazo al joven, haciéndole caer de bruces al suelo. Encarna saltó en ese momento sobre la espalda de su padre, pero este se deshizo de ella con un movimiento brusco. La niña voló por los aires y se fue a golpear la cabeza con el canto del banco.

Rafael se puso en pie y sacó del bolsillo la navaja que llevaba para protegerse de otros enemigos. Cato todavía llevaba el hacha en la mano y parecía dispuesto a saltar sobre él.

—¡Mira a tu hija! —exclamó Rafael—. Le has hecho daño.

La niña había caído al suelo como un peso muerto, sin sentido y con un reguero de sangre en la cabeza. Cato la miró, sin acabar de comprender la situación. Lanzó el hacha contra Rafael, pero este la pudo esquivar por los pelos.

Cato se quedó enajenado, contemplando el cuerpo inmóvil de su hija. Rafael guardó la navaja y se inclinó sobre la chica. Estaba blanca como la nieve y no notaba su aliento. Rafael le sujetó la cabeza, acercando el oído a su boca.

—¡Torcuato! —gritó Dolores por detrás ellos—. ¡Que has matado a la niña!

Cato pareció reaccionar al grito de su esposa. Empujó a Rafael y cogió con delicadeza el ligero cuerpo de su hija.

—¡Mi niña, mi niña! Ay, mi ángel —se lamentó mientras la abrazaba.

—Hay que llevarla al hospital —dijo Rafael.

Cato, con ella en brazos, corrió a la calle. No parecía que el peso de su hija le impidiese correr a toda velocidad. Rafael le siguió hasta la puerta. Allí se detuvo y se giró para mirar a Dolores.

—¿Está usted bien?

—Sí, no es nada —respondió, abrazando a la pequeña Tita y el aún más pequeño Torcuato, a quien Rafael no había visto hasta ahora—. Por favor, ve con él. Que la lleve al hospital.

Rafael le hizo caso y corrió detrás de Cato. Sus pasos se encaminaban hacia el hospital de la Real Caridad, que por suerte no estaba demasiado lejos. Cuando llegaron, una enfermera los atendió y pidió al hombre que dejara el cuerpo de la joven sobre una camilla con ruedas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Se ha dado un golpe en la cabeza —respondió Cato entre sollozos.

La enfermera pidió ayuda a una compañera y entre las dos empujaron la camilla hacia el interior.

—Usted espere aquí —ordenó la mujer.

Rafael observó que la herida de la cabeza no sangraba, pero no sabía si eso era una buena noticia o era indicio de que el corazón había dejado de latir.

Cato se sentó en una de las sillas que había en la solitaria sala de espera, inclinó el cuerpo y escondió el rostro entre sus grandes manos. Rafael lo oyó gemir desde varios metros de distancia. Al final optó por sentarse en una silla no muy lejos de él.

Decidió esperar hasta que tuviera alguna noticia. Al principio se temió lo peor, pero al ver que pasaban las horas pensó que al menos debía estar viva. En ningún momento cruzó una palabra con Cato, ni siquiera una mirada. Fue bastante entrada la noche cuando una enfermera salió para informarles de que la niña estaba fuera de peligro.

—Sobrevivirá, aunque se tendrá que quedar aquí algunos días. No sabemos si el golpe en la cabeza dejará secuelas.

Conocida esta información, Rafael optó por salir fuera a respirar el aire fresco de la noche. La romería se podía dar ya por perdida al ser imposible llegar a la procesión de las antorchas. Caminó despacio hasta la casa de Cato, pues aquella madre necesitaba información.

Habló con ella, la tranquilizó. Estaba esperando la llegada de su hermana

para dejarla con los niños y correr al hospital.

—Gracias Rafael, te debemos la vida.

Él deambuló por las calles solitarias, sin prisa, hacia la cueva. Un sabor amargo le ardía en la boca del estómago.

Jaén, 6 de febrero de 1941

Martínez regresó del encuentro con su esposa con lágrimas en los ojos, y también con una gran cesta en la mano.

—Tenemos pan para un mes —informó, abriendo la cesta—. También nos ha traído las longanizas.

Martínez cogió un pequeño paquetito, envuelto en un pañuelo y atado con una soguilla fina.

—Esto es para ti —dijo, ofreciéndolo a Rafael.

—Gracias.

Abrió el hatillo. Dentro había varias cuartillas de papel y tres sobres. Los inspeccionó con cuidado y los volvió a guardar. Ahora ya no tenía excusa, debía escribir sus últimas cartas. Martínez le ofreció una hogaza de pan y un trozo de salchichón.

—Sabe a gloria —informó con la boca llena.

Rafael cogió lo que le ofrecía y lo mordió con desgana.

—No sabes lo difícil que es conseguir esto —advirtió Martínez—, no es solo cuestión de dinero. Hay mucha escasez. El mundo está muy mal. Mi mujer dice que Francia está definitivamente dividida en dos, y la parte no ocupada por los alemanes ya no es una república, también tienen un Gobierno militar. Hitler quiere invadir Inglaterra y, con los apoyos que tiene, parece que lo va a conseguir.

Rafael pensó que, efectivamente, el mundo estaba muy mal y que la derrota de España había significado mucho más de lo que algunos imaginaban.

—No solo hemos perdido la guerra —comentó—, con nosotros ha muerto la esperanza en Europa. La libertad, la justicia, la igualdad... Ya nadie lucha por eso, ni siquiera en la Rusia de Stalin. El comunismo libertario está muerto, la ilusión enterrada. Nadie sueña con cambiar la sociedad, con la revolución. Solo aspiran a sobrevivir.

—Triste futuro nos espera... —se lamentó Martínez—. A veces, te juro que no entiendo cómo hemos podido llegar a esto. ¿Qué hemos hecho tan mal?

—Muchas cosas. Aunque, claro, visto ahora es fácil ver errores pasados.

Fuimos acumulando odios, hasta que al final estalló.

—Pues yo no me lo esperaba. Creía que lo del treinta y seis iba a ser otra *sanjurjada*.

Rafael miró en silencio a su amigo. No estaba de acuerdo, entre el intento de Sanjurjo en el treinta y dos y el alzamiento de Franco, habían pasado muchas cosas.

—De nada nos sirve mirar al pasado ahora —dijo, dando unas palmadas en la rodilla de su compañero.

Volvió a sacar las cuartillas de papel y cogió la estilográfica que guardaba envuelta en un pañuelo dentro del bolsillo de su gabán. Sobre una de las hojas comenzó a escribir:

«Mis queridos padres y hermanos».

Aquí se detuvo. No sabía qué decir. Bueno, sí sabía que decir, tenía muchas cosas que decir... Demasiadas cosas para tan poco papel. ¿Cómo iba a escribir todo lo que realmente sentía? ¿Era necesario que sus seres queridos lo supieran? ¿No les causaría eso un mayor sufrimiento?

«Ojalá fuese mejor escritor. Dejarles una carta con más consuelo que desesperación. Con más optimismo que tristeza. Pero, ni el mejor escritor del mundo podría hacer algo así, no en mi situación», pensó.

Desoyendo sus propios consejos, él no podía dejar de pensar en el pasado. Guardó por tercera vez la hoja, y cerró los ojos.

«¿Cómo hemos llegado a esto?». Fueron muchas las gotas que colmaron el vaso. Podía recordar perfectamente las últimas semanas del año treinta y tres, cómo todavía albergaba esperanzas en las segundas elecciones generales de la República.

Granada, octubre de 1933

Durante el último mes, sus visitas a Granada se habían intensificado bastante. A través de los contactos de José Herrera, se había afiliado al partido comunista y asistía a todas las reuniones que podía.

En sus visitas, nunca se olvidaba de pasar por casa de los Herrera. Domicilio que encontraba invariablemente cerrado. Un día le abrió un hombre, alguien que se encargaba de airear la casa y de echarle un ojo.

—Los señores Herrera no tienen previsto venir por aquí. Tienen mucho trabajo en Madrid —informó el hombre.

Aun así, no desistió, y siguió pasándose por la casa todos los días que iba a la capital, antes de coger el tren para volver a Guadix.

El partido comunista tenía pocos apoyos en Granada, sus simpatizantes naturales deberían ser los trabajadores afiliados a la CNT, pero este sindicato no les daba su apoyo. En cambio, todos los trabajadores de la UGT votaban y simpatizaban con el PSOE.

Antonio Quesada, el responsable del partido en Granada, acogió con alegría el interés de Rafael.

—Nuestra lucha está en el sindicato —dijo—. Yo también soy cenetista, del sector moderado. Tenemos que convencer a la mayor parte de nuestros compañeros para que voten.

—Es que, si no votamos, ganarán las derechas.

Antonio era un hombre bajito, afable, siempre bien vestido con traje, corbata y cuello almidonado. Sonrió a Rafael.

—Me alegro de que al menos tú lo veas claro. Entra en nuestra lista electoral, necesitamos gente como tú. Aunque ya te digo que las posibilidades de salir elegido son prácticamente nulas.

Rafael acompañó a Quesada en las reuniones y mítines de la CNT. Defender sus ideas significaba enfrentarse con la fuerza de Maroto y de su camarada Cato.

Recordaba aquellos comités tensos en el Teatro Cervantes, a veces prohibidos en el último momento por el gobernador, y siempre vigilados por

la policía política.

Una tarde de octubre, todavía calurosa, el mitin había sido prohibido, y los sindicalistas se fueron a reunir, clandestinamente, en el Centro obrero de Granada, a los pies del Albaicín.

El local era demasiado pequeño para la gran cantidad de asistentes que allí se congregaban. La discusión fue muy acalorada. Rafael, desde que fuera candidato junto a Antonio, llevaba siempre un elegante traje que se había comprado para estas ocasiones. Aunque aquel día se arrepentía de ello; se ahogaba. Acabó por quitarse la corbata y desabrocharse un par de botones de la camisa.

—... Abstención es revolución, si queremos acabar con el sistema, debemos hacerlo desde fuera —gritaba Maroto con un tono enérgico.

La abstención de la clase obrera —respondía Antonio Quesada con tono más comedido— significa regalar el poder y las instituciones de la República a la CEDA, a nuestros enemigos. Aquellos que pretenden acabar con la República.

—¿Una República que mata obreros? ¿Quién quiere una República así?

—Pero, tras la revolución —dijo Rafael—, España seguirá siendo una República Democrática. La revolución no es una ruptura total con el régimen anterior, es una transición hacia algo mejor.

—No juegues con las palabras; revolución significa romper con lo establecido y formar un sistema nuevo desde la raíz. El poder emerge del pueblo, que es la raíz, hacia la cúspide. El estado lo forma el pueblo.

—Pero el pueblo somos todos —indicó Antonio—. Ellos y nosotros. Nuestro deber es convencer, ser mayoría. ¿Cómo lo vamos a ser si no votamos?

El ambiente era asfixiante, en parte por la cantidad de hombres que estaban fumando allí. Rafael tenía los ojos enrojecidos. Al cabo de una hora de infructuosa discusión, la reunión se dividió en dos o tres corrillos. En uno de ellos, Cato Franco hablaba de la revolución.

—Mi paisano tiene razón en una parte —decía—. La CNT es un sindicato de trabajadores. Muy poderoso, pero un sindicato. Si queremos hacer la revolución tenemos que ser algo más. Pero no un partido político, deberíamos

ser una organización transversal, con fuerza de choque, preparados para la lucha.

—Somos anarquistas —aseveró uno—, funcionamos mediante asambleas, no queremos ser una organización vertical y autoritaria.

—Sí —dijo Cato—, pero no lo podemos decidir todo en asambleas. Nos hace ser lentos en nuestras reacciones y ambiguos en nuestras acciones. Fijaos en nuestros enemigos, las grandes fortunas que señorean Madrid, están a punto de presentar un nuevo partido fascista, con Primo de Rivera, el hijo del dictador.

—¿Los de las JONS?

—Sí, pero lo van a refundar con otro nombre: Falange. Por lo que sé, su organización va a ser marcial, y su objetivo será atacarnos. ¿Cómo nos vamos a defender?

—Tenemos armas —comentó otro.

—Ya, pero ¿alguien sabe cuántos arsenales tenemos? ¿Dónde están? ¿Quién los controla? Nos hace falta más unidad. El día que comience la revolución necesitaremos un líder al que seguir. España no tiene un Lenin.

Rafael se pasó un pañuelo por el cuello que tenía húmedo de sudor. Miró su reloj. En menos de una hora partiría el último tren hacia Guadix, si quería cogerlo debía salir cuanto antes.

—Por eso mismo digo que nos equivocamos —afirmó mientras recogía su abrigo de entre una pila de gabanes y capotes—, deberíamos participar en las elecciones, pedir el voto para un partido. Elegir a nuestros líderes y que defiendan nuestras ideas en el parlamento.

—El parlamento es la sede del capitalismo. La libertad vendrá de fuera, no de dentro —exclamó Cato.

Rafael hizo un gesto con la mano, como de despedida, y caminó hacia el exterior. Fuera el aire era fresco y limpio, se detuvo en el portal para respirar profundamente. Se colocó el abrigo y miró la calle, que estaba vacía, aunque al fondo había dos desconocidos, uno apoyado contra la pared y otro frente a él. Ambos miraban hacia el portal. Algo en su actitud alertó a Rafael. Miró al otro extremo de la calle y vio a dos hombres más, no iban uniformados, pero parecía evidente que eran guardias. Rafael volvió a entrar en el local, lo hizo

fingiendo tranquilidad, pero enseguida cerró la puerta y gritó a los que permanecían dentro.

—¡La Guardia Civil está ahí afuera!

La voz de alarma corrió velozmente. Maroto, Cato y dos hombres más sacaron sus pistolas, las armas las llevaban en una especie de cartucheras colgadas a la espalda.

—¡Salid por detrás! —ordenó Maroto con su arma en alto.

Algunos asistentes corrieron hacia la puerta trasera del local. Los hombres armados pasaron los primeros. Era un callejón estrecho y mal iluminado, pero con dos vías de salida. En uno de los extremos había varios guardias uniformados.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Maroto y Cato dispararon sus pistolas hacia el lugar de donde provenían las voces.

—¡Venga, salid, corred! —gritó Maroto, y una marabunta humana huyó despavorida por el callejón. Se oyeron muchos disparos que venían de parte de los guardias, pero también ellos acabaron retrocediendo ante los disparos de Maroto y los suyos. Esto dio cierta posibilidad a los escapados.

—Nos están rodeando —informó Rafael.

Aparecieron más guardias por ambos extremos del callejón. Justo enfrente de ellos había un viejo edificio deshabitado. Rafael cruzó la calle y golpeó la puerta con el hombro.

—Apártate —ordenó Cato.

Disparó dos veces contra la cerradura y esta saltó por los aires. Enseguida Rafael la pudo abrir con facilidad.

—¡Por aquí! —gritó a los otros.

Varios sindicalistas, entre ellos los pistoleros, entraron en el edificio. Estaba muy oscuro y lleno de escombros. Rafael caminó a ciegas buscando una puerta trasera. No la encontró, pero sí vio una ventana que daba a la calle de atrás, la abrió y se asomó a una travesía desierta. Los otros hombres se agolparon tras él.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Maroto con voz susurrante pero profunda.

Uno a uno fueron saltando al exterior. Rafael pudo oír el alboroto que hacían sus perseguidores al entrar en el edificio. La avenida era muy

empinada, algunos de los hombres corrieron calle abajo. Él decidió correr hacia arriba, donde posiblemente habría menos guardias. Pronto llegó a una especie de parque o bosquecillo oscuro y solitario.

Se había quedado solo, se internó en el pequeño bosque hasta la zona más densa, donde se detuvo a escuchar. Al parecer no le perseguían, se oían más disparos y gritos, pero lejanos, por la zona baja de la ciudad.

Estuvo más de media hora allí quieto. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra, podía incluso divisar la mole de la Alhambra a sus espaldas. Ya hacía rato que no oía nada, la ciudad parecía dormida, silenciosa. Tuvo un escalofrío, el sudor se había enfriado y empapado en su camisa, decidió moverse. Caminó alerta, entre las sombras, buscando callejones oscuros. Su intención era bajar hasta la estación y esperar allí el primer tren de la mañana.

Durante varios minutos caminó perdido hasta que dio con una calle conocida. Se sorprendió al descubrir que estaba cerca de la casa de Emilio Herrera, todavía bastante lejos de la estación. Caminó con precaución, la calle estaba desierta, era bastante tarde y los vecinos, después de los tiroteos que se debían haber oído en toda la ciudad, se habían encerrado en sus casas.

Unas horas antes, como siempre que visitaba Granada, había llamado a la puerta de los Herrera. Pero, como siempre también, nadie le había abierto. Ahora, desde el extremo de la avenida, veía una luz encendida en el piso superior. Se sorprendió, pensó que alguien de la familia había llegado a última hora de la tarde. Se le pasó por la cabeza la idea de llamar a la puerta. Era tarde, pero tenía la excusa de devolver el libro que llevaba en el bolsillo de su gabán, y si había luz era porque todavía estaban despiertos.

Comenzó a bajar la calle, pero enseguida se detuvo. Había un hombre parado en la acera de enfrente. No lo había visto antes porque estaba totalmente camuflado entre las sombras. Solo el destello de un pitillo lo delató a los ojos de Rafael. Por suerte, el hombre tampoco se percató de su presencia. Optó por esconderse tras una esquina para observarlo. Sin duda estaba vigilando la casa de los Herrera.

El hombre lanzó su pitillo al suelo, y enseguida encendió otro. La llama de la cerilla iluminó un segundo su rostro. Rafael vio una cara angulosa, un cabello muy rubio y corto, unos ojos extremadamente claros, azules. Era un

extranjero, alemán, ruso, polaco... De ese tipo. Su cara no le gustó nada.

Caminó para rodear la manzana por detrás y escapar así de aquel individuo. La casa de los Herrera tenía varios balcones que daban a la calle de atrás. En el balcón superior brillaba la luz de una bombilla. Una pequeña puerta trasera también daba acceso a la casa. Rafael se acercó dubitativo a la puerta, no sabía si golpearla para llamar.

Una voz susurrante, desde detrás de la puerta, le sacó de su incertidumbre.

—¿Rafael? ¿Eres tú?

Creyó reconocer la voz del joven Emilio.

—Hola, sí soy yo.

La puerta se abrió un poco, el interior estaba totalmente oscuro.

—Entra.

Rafael obedeció y enseguida cerraron la puerta a sus espaldas. La habitación permaneció a oscuras, hasta que la luz de una linterna eléctrica le apuntó directamente a la cara, deslumbrándolo. Se tuvo que proteger con las manos.

—¿Qué haces aquí?

La voz era sin duda de Emilio, aunque no podía verlo a causa de la linterna. ¿Por qué no encendía la luz?

—Pasaba por aquí, he visto luz y me he acercado...

Emilio, Pikiki, desvió la luz de sus ojos. Al fin Rafael pudo ver el rostro del joven, que le obsequiaba con aquella sonrisa suya incalificable.

—Sube, vamos arriba —dijo.

Alumbrados por la linterna, ambos subieron las escaleras hasta el piso superior, donde estaban encendidas las luces. Allí, en el pasillo, los esperaba un hombre de aspecto circunspecto, con un cuidado bigote, vestido de paisano, pero con aire militar. Tenía las manos en la espalda y los pies ligeramente separados, con el ceño fruncido. Pikiki le presentó.

—Mi padre, el teniente coronel Emilio Herrera.

—¿Tú quién eres? —preguntó el hombre sin dejar su posición marcial.

Rafael se sintió de pronto intimidado. Sin proponérselo, se puso firme antes de responder.

—Soy Rafael Fernández, señor.

—¿Eres militar?

—No...

—Entonces, ¿por qué te cuabras?

Rafael no supo qué contestar. El coronel caminó hacia él lentamente, con las manos en la espalda, mirándole con desconfianza.

—¿Para qué has venido?

—Yo... tengo un libro que me prestó su hijo, y como he visto luz he pensado que...

—¿Vienes a la una de la madrugada para devolver un libro?

—No, pasaba por aquí...

—¿A estas horas? ¿No tendrás algo que ver con el tiroteo de esta noche?

Rafael hizo un esfuerzo para no palidecer.

—No, no he tenido nada que ver con el tiroteo.

Eso era casi verdad, pues ni había disparado ni siquiera tenía armas, aparte de su navaja.

—¿Es de fiar? —preguntó Emilio a su hijo.

—Sí, padre. Es de Guadix.

El coronel todavía se acercó más, le miró fijamente, como queriendo leer en su rostro alguna cosa.

—No sé, parece un poco tonto.

Rafael se sintió ofendido, frunció el ceño y miró con desdén al coronel.

—Es buena persona, padre —salió en su defensa el joven Emilio—. Es torero y un patriota.

—No soy tonto —aseveró Rafael, enfadado, mientras sacaba el libro del bolsillo de su abrigo—. Soy pobre, pero no idiota. Aquí tiene su libro. Gracias, y adiós.

El coronel puso una mano sobre su hombro para evitar que el joven se girase.

—Espera —dijo con tono conciliador—. Disculpa. Pero es que has llegado en un momento delicado. No sabemos en quién confiar.

—Mi padre y yo hemos venido aquí de incógnito, en una misión secreta —dijo Pikiki, mirando a su padre y buscando el permiso de este—. Pero, al parecer, nuestros enemigos nos han seguido.

Rafael recordó al hombre del pitillo.

—Alguien está vigilando la puerta principal —afirmó.

—Sí, es Alexander Orlov, un tipo peligroso.

—¿Un ruso?

—Un espía ruso, aunque quizás también trabaje para los nazis.

Rafael se sorprendió.

—Sí —dijo Emilio, padre—. El escenario internacional es complejo y cualquier avance científico es codiciado por todas las potencias.

El coronel caminó hacia la sala que hacía las veces de despacho y biblioteca, sala que Rafael ya conocía. Con un gesto pidió a este que le siguiera.

—Desde hace años, mantengo correspondencia con Albert y otros físicos teóricos. Formamos una pequeña e informal comunidad en la que compartimos postulados y cálculos científicos. Algunos son alemanes y otros rusos, pero la mayoría de ellos son judíos. En realidad, se consideran más miembros de una patria judía, sin territorio, que ciudadanos de sus países de nacimiento. Y no es de extrañar, viendo la persecución a la que son sometidos tanto en Alemania como en Rusia.

—¿Albert Einstein? —preguntó Rafael.

—Sí, el físico teórico. Aunque yo soy un científico más práctico, me gusta buscar las aplicaciones reales que se pueden derivar de las últimas teorías. ¿Has oído hablar de la teoría de la relatividad?

—Algo... Bueno, es una cosa muy complicada que no tiene nada que ver con el mundo real.

El coronel le miró con el ceño fruncido, como ofendido. El joven Pikiki tomó la palabra.

—Es una teoría complicada, pero explica el mundo real. Mi padre está estudiando sus posibles aplicaciones prácticas. Unas aplicaciones que pueden ser revolucionarias. Por ejemplo, la materia se puede convertir en energía; una pequeña cantidad de materia puede generar mucha energía.

—Claro —respondió Rafael—, si quemas carbón, se convierte en calor, en energía.

—No, no es eso... Imagínate que de un gramo de materia pudieses sacar la misma energía que quemando mil toneladas de carbón.

Esta vez fue Rafael quien miró incrédulo al jovencito.

—Y esa energía se puede «sacar» de golpe o poco a poco.

El coronel se acercó a la mesa de la sala sobre la que había una cartera de cuero.

—En definitiva, estamos estudiando la forma de aprovechar la energía de los átomos. Como cualquier avance tecnológico, se puede utilizar para mejorar nuestras vidas, o para construir armas destructivas. En el futuro, la energía atómica se podrá usar para generar electricidad, habrá motores atómicos y... bombas atómicas, cuyo poder de destrucción será millones de veces superior al de las bombas actuales. Por eso, nuestro pequeño grupo de trabajo es perseguido por espías de todo el mundo. Aquí —dijo, golpeando la cartera— tengo una copia de mis últimos estudios sobre todo esto.

Rafael, sorprendido, miró la cartera.

—Solo son teorías y conjeturas —explicó el coronel—, aún nos falta mucho para poder construir nada parecido, pero me interesa compartirlo con los otros científicos para recabar su opinión y avanzar todos juntos en nuestros estudios.

—Precisamente —reveló Pikiki— hemos quedado aquí con uno de esos científicos, un colega de mi padre, para entregarle en persona los documentos. ¿Ves nuestro problema?

El joven señaló con el dedo la calle donde aguardaba el espía.

—El doctor Leo, mi colega, nos espera esta noche en una casa de Granada. Pero ahora no sabemos cómo llegar hasta allí despistando a Alexander.

—Yo —explicó Pikiki— estaba convenciendo a mi padre para ir en persona hasta el lugar del encuentro, podría correr por las callejas de Granada y despistar al ruso.

—Pero tu inesperada llegada —apuntó el coronel— puede haber sido un golpe de suerte. Nos podrías ayudar.

Rafael le miró en silencio.

—Piensa —continuó el coronel— que, con este favor, estarías haciendo un servicio a España, a la República. Alexander no te ha visto entrar, ¿verdad?

—No, no me ha visto.

—Excelente, a ti no te conoce, si sales con el maletín sin que te vea, no te seguirá.

Rafael se lo pensó durante unos segundos.

—Lo haré. Quizás así haga algo por España, algo mejor que presentarme a

estas elecciones.

—Alexander es peligroso, si te ve salir de aquí, no dudará en matarte para apropiarse del maletín —le advirtió Pikiki.

—No tengo miedo.

Por primera vez el coronel exhibió una pequeña sonrisa.

—Estoy contento de tener paisanos como tú. Es un orgullo para Granada.

—Soy de Guadix —respondió Rafael, sonriente.

El coronel le dio la dirección de su enlace. Era una calle discreta de la capital, allí se encontraría con el doctor Leo.

—Aunque es húngaro, sabe un poco de español —explicó el coronel—. De todas formas, tenemos una clave: él te preguntará «¿De dónde vienes?» y tú responderás «de Israel». Entonces le das el maletín y te alejas de allí. Es muy importante que te asegures de que nadie te sigue. Si sospechas que te acechan, no te acerques a la dirección que te he dado.

Rafael recibió el maletín de manos del coronel, y todos bajaron a la planta inferior. El jovencito miró por la rejilla de la puerta trasera.

—No hay nadie —susurró.

Abrió la puerta y Rafael salió de nuevo a la oscuridad de la noche, esta vez con un valioso encargo en la mano.

No vio a nadie en la calleja de atrás y caminó entre las sombras, calle abajo. Sabía perfectamente cómo llegar hasta la dirección del enlace, pero en su mente ya había diseñado una ruta zigzagueante para llegar hasta allí.

Estaba cruzando la plazoleta de Castillejos cuando oyó resonar unos pasos acelerados por el adoquinado de una calle adyacente. Comenzó a caminar deprisa, pues podían ser vecinos de la zona o quizás Guardias Civiles de patrulla. Al sentir que los pasos tras él se iban acercando, miró hacia atrás y vio dos sombras corriendo en su dirección: no eran guardias. Arrancó a correr también él, con el corazón en un puño, pero seguro de que podría despistar a aquellos hombres.

Giró por varias callejuelas que sabía poco iluminadas. Al voltear la última calleja, recibió de pronto un fuerte golpe en el pecho que lo derribó al suelo. Se quedó un momento sin poder respirar. Frente a él, un hombre tiró sobre el empedrado el palo que había usado para abatirlo. Los dos

perseguidores le dieron alcance. Desde el suelo, pudo ver cómo su asaltante encendía una cerilla: era el temido Alexander.

—Bueno, chico —dijo el espía con un marcado acento ruso—. Creo que tienes algo para mí.

Rafael todavía sostenía en la mano la cartera y uno de los secuaces del espía intentó cogerla. Rafael se revolvió en el suelo. Entre los dos lo agarraron y lo levantaron.

—Ja, ja —rio Alexander—, eres un español peleón.

De un tirón arrebató la cartera de su mano.

Rafael iba a decir algo, pero uno de los esbirros le pegó un puñetazo en el costado. El dolor le hizo doblarse, el sicario había soltado uno de sus brazos para golpearle, y mientras se inclinaba, introdujo su mano libre en el bolsillo del pantalón para coger la navaja.

Con un movimiento rápido asestó un navajazo al tipo que sostenía su brazo izquierdo, no fue una herida importante, pero sí suficiente para que el hombre dejara su presa. Con un amago, amenazó al otro tipo, que dio dos pasos hacia atrás.

—¡Maldita sea! —exclamó Alexander—. Acabad con él.

El sicario que le había golpeado buscó con su mano derecha detrás de la chaqueta, donde sin duda escondía un arma.

Rafael no quiso darle tiempo a reaccionar; saltó sobre Alexander con la navaja apuntando hacia su cara y con la vista fija en la cartera. Se la quitó a la carrera y continuó su huida a toda velocidad. No perdió tiempo en girarse para mirar a sus enemigos, solo corrió tan rápido como sus piernas le permitieron hacia la oscuridad de un callejón cercano.

Sonó un disparo y oyó silbar la bala cerca de su oreja, pero eso no le detuvo, siguió escapando con celeridad. Giró esquinas sin rumbo fijo, a derecha o izquierda sin ningún plan establecido.

En unos minutos, dejaron de escucharse los disparos. Tampoco se oía a sus perseguidores. Solo podía escuchar su respiración y los latidos de su propio corazón. Cuando decidió detenerse, descubrió que estaba extenuado, jadeante. Por primera vez se giró. Ni vio a nadie ni oyó nada. Respiró pausadamente hasta recobrar el aliento. Tuvo que leer el letrero de la calle para saber dónde estaba.

Por segunda vez en una misma noche había tenido que huir de las balas; primero, de la policía y, después, de espías extranjeros. Era necesario extremar las precauciones. Elaboró una ruta mental para llegar hasta su objetivo. Iría por calles anchas donde tuviese una visión amplia. Tenía que contar con la posibilidad de que los espías conociesen su destino y lo estuviesen esperando. Miró la cartera cuyo interior no había inspeccionado.

«Espero que realmente valga la pena, que estos documentos merezcan arriesgar la vida», pensó.

Tardó casi cuarenta minutos en llegar a la calle en la que le esperaba el doctor Leo. Todo parecía tranquilo. Era una calle con casas sencillas, un viejo barrio obrero. Llegó hasta el número que Emilio le había indicado, una casa pareada como todas las de la manzana. La casa estaba a oscuras, parecía abandonada. Intentó mirar por una de las ventanas, pero le fue imposible ver nada del interior. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó.

La casa continuó a oscuras y en silencio. Volvió a golpear con más fuerza. Pero, temiendo alertar a los vecinos con sus golpes, cesó en su empeño y se dispuso a esperar durante un largo rato.

En el interior de la casa no se observaba movimiento alguno. Sin duda, estaba vacía. No había nadie dentro. Caminó hasta la calle de atrás. La pequeña casita ofrecía dos pequeñas ventanas a esa vía. Oteó por una de ellas. La luz de una farola cercana le permitió ver parte del interior: una sala vacía, con algunos escombros; signos de un abandono evidente.

Volvió a la calle principal y se alejó varios metros hasta una esquina donde dos árboles le permitían vigilar la casa desde la distancia.

«¿Qué debía hacer?», se preguntó.

Allí no había nadie a quien entregar el maletín. Se apoyó en uno de los árboles y consultó su reloj. Faltaban unas tres horas para amanecer, para que saliera el primer tren hacia Guadix. Decidió esperar durante un rato, acechar la casa y ver si se acercaba alguien por allí.

Antes de una hora, al fin, una silueta caminó por la calle y se detuvo frente a la casa. No parecía ninguno de los espías de antes, pero tampoco daba la impresión de ser la figura de un hombre adulto, como él se imaginaba al tal Leo. El tipo no entró en la casa, se acercó a una de las ventanas y miró en el

interior. Después echó un vistazo a derecha e izquierda, como buscando algo. Al acercarse a una de las farolas, Rafael pudo verle la cara. Sorprendido, él mismo dio dos pasos para salir de su escondite entre los árboles y quedar a la vista, el chico miró hacia él, sonrió y le saludó con la mano.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Rafael al encontrarse con él, mientras mil ideas asaltaban su mente.

Pikiki mantenía una enorme sonrisa en el rostro, cosa que aumentaba aún más su atractivo personal.

—¡Menos mal que estás bien! —dijo a modo de saludo.

—No he podido entregar el maletín —respondió Rafael, extrañado.

El joven Emilio le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Es igual, te puedes quedar con él. El doctor Leo ya ha recibido la documentación; yo mismo se la he entregado hace una media hora.

Rafael miró a su amigo con el ceño fruncido, comenzaba a adivinar la verdad.

—Me habéis utilizado como señuelo. En esta cartera no hay documentos importantes.

Pikiki asintió con la cabeza.

—Ni esa casa es donde estaba el doctor.

—Es solo una casa abandonada, no nos podíamos arriesgar a darle la dirección correcta.

Rafael miró pensativo a su amigo.

—Supongo que me habéis explicado lo justo. Si me hubiesen capturado, Alexander pensaría que estoy al corriente, pero no podría decirle nada que él mismo no supiera ya.

—Eres listo.

—Sois unos cabrones.

—Te he avisado de que era peligroso.

—Casi me matan.

Pikiki frunció el ceño.

—Pero has podido escapar sin salir herido.

—Cosa que ellos no pueden decir —añadió Rafael con una sonrisa.

Pikiki sonrió también más relajado.

—Mi padre y yo te estamos muy agradecidos.

Rafael recapacitó pensativo:

—Así, en cuanto yo he salido, y habéis visto que los matones me seguían, has salido tú con los verdaderos documentos.

—Exacto, pero no hay documentos. Lo llevaba todo microfilmado. Solo he entregado un pequeño sobre con los negativos.

Pikiki levantó la pierna derecha para enseñar su pie a Rafael, con una mano giró el tacón del zapato dejando al descubierto un pequeño hueco secreto. Rafael recordó el cuarto oscuro en la casa de los Herrera, y soltó una carcajada que movía a risa que no se podía contener. Pikiki se contagié, y ambos rieron sonoramente. Algunas luces se encendieron en una casa cercana.

—Te acompaño a la estación —dijo Pikiki, comenzando a caminar.

—¿No te espera tu padre en casa?

—Sí, pero después de lo que te hemos hecho, lo menos es acompañarte. Mi padre puede sufrir un ratito más. ¿Te parece una venganza suficiente?

—Sí, así estamos en paz.

—Va —dijo Pikiki—, explícame cómo te has deshecho de los espías.

Ambos caminaron por las calles desiertas hasta la estación, entre risas producidas por la tensión desatada. Pikiki se quedó con él hasta que partió el primer tren.

Sentado tranquilamente en el convoy, Rafael pudo abrir la cartera y repasar los documentos que le habían regalado los Herrera: varios libros de ciencia, política y filosofía.



Guadix, diciembre de 1933

Como todo el mundo sospechaba, las segundas elecciones de la República fueron una victoria apabullante de las derechas. El partido comunista obtuvo solo un escaño: el diputado Cayetano Bolívar, por Málaga. Sería su único representante en el parlamento. La estrategia de la CNT —la abstención— había sido un éxito.

Aquella tarde, Carmencita se había acercado hasta la cueva para visitar a su cuñada Encarna, al fin felizmente casada, y muy embarazada. Acompañada por Rafael, estaban sentados en la salita de la cueva de la alfarería, cuya entrada se encontraba solo a unos metros de la cueva principal, en un callejón que daba también al gran patio de la propiedad.

—Tienes la tripa muy alta —comentó Carmen—. Eso quiere decir que será niña.

—No sé, no sé —respondió la mujer encinta—. He pasado unos días horribles, yo creo que es un niño.

Florentino, el feliz padre, entró en ese momento en la casa.

—Hombre, Rafael, tú por aquí.

—Hola, cuñado, vengo a ver cómo va mi sobrina.

—O sobrino.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó Encarna, extrañada.

—Se han suspendido todos los trenes. Nos han enviado a casa hasta mañana. Es por las insurrecciones de la CNT.

—Otro intento de revolución fallido —comentó Carmen.

—En Zaragoza han decretado el estado de guerra y está interviniendo el ejército.

—¡Virgen santa! —exclamó su hermana, santiguándose.

—En el pueblo siguen los piquetes en la fábrica de harina. Espero que la cosa no vaya a más.

Florentino miró a Rafael con un gesto que implicaba serios interrogantes. Rafael se encogió de hombros.

—En el comité alguien propuso proclamar el comunismo libertario en Guadix, pero no se llegó a un acuerdo —explicó Rafael.

—Me imagino quién es ese alguien —apuntó Carmen.

—No tenemos fuerza suficiente para eso —siguió Rafael—, hemos perdido las elecciones y no estamos en disposición de ganar por la fuerza lo que no hemos querido ganar en las urnas. Mi posición es clara; podemos presionar mediante huelgas la formación del nuevo Gobierno, pero lo que podríamos conseguir —como mucho— es adelantar de nuevo las elecciones. Mientras tanto, ellos tienen ahora el poder, intentarán echar para atrás todo lo conseguido estos dos años.

En su voz había cierto tono de abatimiento y desolación. Al acabar la frase todos quedaron en silencio durante un rato, hasta que Carmen lo rompió.

—¿Encarna, has visto qué bien he dejado la capota?

—Sí, los remiendos casi no se aprecian. Cómo se nota que eres una profesional.

La capota ya estaba guardada en su saco, a los pies de Rafael.

—¿Cómo es que no te la ha cosido tu madre? —preguntó Florentino.

Encarna rio en actitud burlona.

—Nuestro torero es capaz de enfrentarse a un toro, pero no a nuestra madre.

Rafael también sonrió, algo azorado.

—Mi madre sería capaz de romperla, en vez de zurcirla.

—Para esta tela tan gruesa la máquina del taller va mucho mejor —explicó Carmen.

Florentino golpeó sonriente el hombro de su cuñado.

—¿Para cuándo veremos la próxima corrida?

—Hay una a finales de enero, pero no sé si podré estar. Para esas fechas me incorporo a filas.

—¡Ay, pobre! —suspiró Encarna—. Un año de mili. ¡Y tan lejos!

—En Cataluña, ¿no? —inquirió Florentino.

—Sí, pero ya vendré en algún permiso.

—Pocas veces podrás venir —dijo Carmen, muy seria.

—Ay, chica —imploró su hermana—. Tú espérala, como yo esperé a mi Flo.

—Uy, si yo le esperaré, de quien no me fío es de él. Seguro que encuentra alguna catalana guapa.

—¡Venga, venga! —rio Rafael—. Que yo sepa, en el cuartel solo hay hombres.

Encarna hizo una mueca de dolor.

—¿Te pasa algo? —preguntó su joven esposo, acercándose a ella preocupado.

—No, creo que me ha dado una patadita. Tengo que ir a hacer pis.

Florentino ayudó a su mujer a incorporarse.

—Nosotros nos vamos ya —informó Carmen, levantándose del sillón.

—No, quedaos un rato más —suplicó la embarazada.

—Ya vendrá a verte otro día, mujer —dijo Rafael.

Se despidieron y salieron al exterior. El corto día de diciembre estaba a punto de dar paso a la larga noche. Ambos se abrocharon bien sus abrigos. Rafael se dispuso a acompañarla hasta su casa.

—¿No dejas el capote en la cueva? —preguntó Carmen al ver que el joven se echaba el saco a la espalda como si fuese una mochila, pasándose su única correa por el hombro derecho.

—Es que mi madre está dentro —susurró—, luego intentaré esconderla sin que me vea.

Carmen sonrió para sí, al tiempo que se cogía del brazo de su novio.

—Qué frío —se quejó.

Bajando al pueblo, cerca de la cuesta de San Miguel, oyeron una ruidosa algarabía que sonaba calle abajo.

—¡Ay, Rafael! Me parece que hay jaleo.

Unos jóvenes venían corriendo. Entre ellos venía Paquillo.

—¡Rafael, no te quedes aquí! ¡Los hijos de puta vienen armados!

Unos disparos sonaron muy cerca. Rafael apretó el brazo de Carmen y la llevó a un callejón.

—Vamos por aquí —dijo.

Al parecer, los huelguistas del sindicato se habían encontrado con un grupo de radicales y se había producido un enfrentamiento. Escondidos en el

callejón vieron pasar a ambos grupos, lanzándose piedras y otros objetos. Alguien llevaba una escopeta de caza. Cuando ya habían pasado casi todos los enfrentados, Rafael oyó un ruido tras ellos. Al girarse vio que tres hombres armados con palos se les acercaban. Eran del grupo de Genaro. Quiso salir corriendo, pero se encontró de frente con el mismo Genaro y otro de sus secuaces. El joven arrugó los labios en una mueca grosera, dejando a la vista sus relucientes dientes de oro.

—Hola, torero. ¿Te escondes como un cobarde?

Rafael no respondió. Calibró la situación. Vio que, por la anchura de la calleja, podría escapar con facilidad entre los dos, si estuviese solo, pero no podía hacerlo con Carmen. Sujetó con fuerza el saco con la capota y con la otra mano sacó su navaja, colocándose ante la chica.

—Ah, quieres proteger a tu putita.

—Eres un cabrón, Genaro —gritó Carmen, enfurecida.

Este soltó una carcajada.

—¡No te acalores, mujer! Vas a probar lo que es un hombre de verdad —la increpó mientras se llevaba una mano a sus partes—. ¡Cogedla!

Los atacantes avanzaron hacia ellos con los palos en la mano. Rafael los mantuvo un rato a distancia con la navaja hasta que, en un descuido, alguien pudo atrapar a la chica por detrás.

—¡Cabrones! —gritó entonces Rafael avanzando hacia ellos.

La lucha comenzó. Recibió varios garrotazos mal dados y rasgó las vestiduras de algunos de ellos. Genaro se abalanzó sobre él con otra navaja en la mano. Pudo esquivarlo por los pelos. El filo se clavó sobre su gabán y le produjo un dolor agudo en el brazo.

—¡Putos comunistas! —increpó este—. ¡Vais a morir todos, os ha llegado la hora!

Rafael le golpeó con la arpillera, derribándolo, y corrió directo hacia el tipo que forcejeaba con Carmen.

—¡No la toques! —gritó, mientras lanzaba un puñetazo contra su cara.

Carmen quedó libre por un momento. Al estar Genaro todavía en el suelo, había una vía de escape.

—¡Corre, Carmen! ¡Corre hasta casa!

—¡No! —exclamó ella, temiendo dejarle a solas con aquellos vándalos.

—¡Vete! —clamó él con firmeza.

Carmen corrió, pero la mano de Genaro agarró su abrigo, reteniéndola.

—No te vas a ir, gatita. ¿No decís que «todo es de todos»? —masculló mientras se ponía en pie.

Apretó a la chica por su cintura e intentó darle un lametazo en el cuello.

—Pues yo quiero mi parte —resopló Genaro.

Carmen dio un fuerte codazo en el estómago del chico y pudo zafarse de él.

—¡Capullo! —gritó ella, mientras salía corriendo por la calle principal.

Rafael se colocó en esa bocacalle, resuelto a no dejar que ninguno de ellos pudiese perseguirla. Tenía que dar una ventaja suficiente a su chica.

—¡Seguidla, seguidla! —ordenó Genaro. Pero el primero que lo intentó se llevó un fuerte golpe de saco en la cara.

—Ni cinco fachas como vosotros servís para conseguir a una de nuestras chicas. ¡Maricones! —prorrumpió Rafael.

Los insultos solo sirvieron para enfurecer más a los jóvenes. Rafael recibió más golpes en el cuerpo, pero pudo mantener a raya a sus atacantes, hasta que se oyeron las voces y los silbatos de la Guardia Civil que se acercaban hacia ellos.

Genaro ordenó con un gesto la retirada de sus hombres. Antes de huir calle arriba, dirigió una mirada burlona a Rafael, y mediante gestos obscenos le dio a entender que seguiría acosando a su novia.

Rafael, dolorido, se escondió de nuevo, esta vez para no encontrarse con los guardias. Después caminó lentamente hasta su cueva. Al llegar, su madre le preguntó horrorizada qué le había pasado.

Rafael levantó el saco con la capota.

—Me ha zarandeado una vaquilla, madre.

—¿Te has pasado por los corrales? Creía que estabas con tu novia.

—Sí —mintió—, pero después he ido un rato a practicar con Paquillo. No es nada, solo tengo que descansar un poco.

Aquella noche se fue a la cama temprano, casi sin cenar.

El domingo, de madrugada, Encarnación informó a su esposo que lo iba a acompañar al campo. Este, sorprendido, no dijo nada. Tampoco le preguntó por qué llevaba el saco con el capote de Rafael. Ni le pidió explicaciones

cuando ella misma cavó un hoyo donde enterró el saco y el capote.

Meses después, Salvador caminaba por la rambla junto a su hija pequeña, María. Esta vio a lo lejos, en mitad del campo, una mancha roja.

—¿Qué es aquello, padre? —preguntó la niña.

Las últimas lluvias habían dejado a la vista una de las esquinas del capote.

—Es una rosa —respondió el padre—, una rosa que tu madre plantó aquí en el invierno.

—¡Qué bonita! —exclamó la niña con una sonrisa en su rostro.

TERCERA ROSA

Jaén, 7 de febrero de 1941

Conforme la celda se iba vaciando de presos, otros nuevos iban ocupando su lugar. Los que salían lo hacían muy temprano, casi de madrugada. Minutos después se oían los disparos ahogados y, después, el silencio de la muerte, que no es realmente silencio, sino un rumor lejano de palas y tierra removida.

Entre los presos que entraron ese día, ingresó un hombre que estuvo deambulando un rato errabundo entre los cautivos, buscando posiblemente una cara conocida o, al menos, una cara amable.

El nuevo se detuvo frente a Rafael, y en su rostro se reflejó cierto alivio, como si verlo allí pudiese consolar de alguna forma su pena.

—¿Cabo Fernández? —preguntó.

Martínez le miró con enfado.

—Un respeto, soldado, cuando te dirijas al capitán.

Rafael puso una mano sobre su amigo y escrutó la cara del hombre para intentar recordar.

—Soy Aurelio —explicó este—, del cuartel de Sant Ferran.

Rafael sonrió. Aurelio era uno de su quinta. No lo había vuelto a ver después de la mili, aunque durante aquellos días habían congeniado bastante.

—De Andújar —apuntó Rafael.

—¡Capitán! Sí que has progresado.

Aurelio lo dijo con alegría, como si realmente en la nueva España él fuese un capitán del ejército, y no un reo condenado a muerte. Contento de ver a alguien conocido, el hombre se sentó junto a Rafael.

—¡Que buenos tiempos! —dijo.

Rafael no lo recordaba como un «buen tiempo», aunque, claro, comparado con la guerra, cualquier tiempo fue mejor.

—Hicimos el viaje juntos —explicó a Martínez— en el tren. Un viaje interminable.

—Y qué asientos tan incómodos.

—Fue en el año treinta y cuatro. Un año complicado.

—Como todos.

—Llegamos a Figueras en pleno mes de febrero. ¡Qué frío hacía! Soplaban una tramontana de mil demonios.

—¿Qué regimiento fue el tuyo? —preguntó Martínez, más animado.

—Regimiento de montaña —explicó Aurelio—. A los que sabían leer y escribir, como a Fernández, enseguida los nombraron cabos. Los demás, a chupar guardias. En las garitas del castillo se colaba el viento por todas partes...

Aurelio hablaba atropelladamente, sin seguir un nexo coherente. Su charla hacía que Rafael recordara aquellos días con más nitidez.

—Allí aprendimos mucho de caballos —comentó.

—Sí, sobre todo a limpiar la mierda —rio Aurelio—. Recuerdo que tenías una novia muy guapa, llevabas una foto suya. ¿Te casaste con ella?

—No, al final no.

—Qué lástima.

«Quizás no, quizás fue mejor así, mejor para ella y para quien al fin fue su esposo», pensó Rafael.

—Pero sí que estoy casado —explicó— y tengo una hija. Mira, esta es su foto.

Se sacó un pequeño retrato, que guardaba en una funda, de cuando Encarnita solo era un bebé.

—¡Qué guapa! —comentó Aurelio.

Pero por un rato se mantuvo callado. Si hasta entonces solo lo había sospechado, al ver el rostro del capitán, tuvo la certeza absoluta de que la niña de la foto iba a ser pronto una huérfana. Como no sabía qué decir, calló.

—¿Fuiste alguna vez a la playa? —preguntó Rafael.

—Sí, fui un par de veces a Rosas. Precioso.

Rafael asintió con la cabeza. Entrecerró los ojos para recordar aquellos días que casi había olvidado...

Figueras, abril de 1934

Hasta principios de abril no disfrutó del primer permiso. Coincidió con el final del periodo de instrucción y, para entonces, el capitán ya lo había nombrado cabo.

Algunas tardes había salido para conocer la ciudad de Figueras, a los pies del castillo de Sant Ferran. Así que, durante aquel primer permiso de tres días, decidió visitar la localidad de Cadaqués. Tenía muy presente las palabras de Lorca sobre la belleza lunar de aquellos parajes y quería verlos con sus propios ojos. También sabía que allí tenía su residencia aquel pintor enigmático, cuyos dibujos le habían cautivado.

El trayecto con el autobús fue más largo y mareante de lo que había esperado. Por suerte el día fue apacible y ya se respiraba la primavera en el ambiente. El aire se impregnaba de olor a romero y, al atravesar el macizo del Pení, el aroma se mezcló con la salobre fragancia del mar.

El autobús paró en el centro del pequeño pueblo mariner. Rafael sonrió al tocar tierra; era justo lo que se imaginaba. Una cala recogida, recortada y muy abrupta, protegía en su centro a un pueblo blanco como la espuma.

Caminó despacio hasta la playa. La brisa marina le llenó los sentidos. Respiró profundamente y dejó vagar su vista por el paisaje. Las rocas oscuras y profundamente horadadas por el viento daban una apariencia salvaje a toda la cala.

Se giró y contempló el pueblo a sus espaldas. Era el contrapunto al paisaje natural; las casas blancas de aristas suaves producían una apacible sensación de recogimiento.

Caminó por las calles, con el petate a cuestas, un buen rato hasta que se decidió a preguntar. Vio a un hombre mayor, sentado en una silla a la puerta de su morada.

—Hola, busco la casa del pintor Salvador Dalí. ¿Sabe usted dónde está?

El hombre le miró sin parpadear, pero cuando comenzó a hablar desvió la vista, eso, y el hecho de que parecía masticar las palabras, hizo que no le entendiera bien. Ni siquiera supo distinguir si le hablaba en catalán o en

castellano.

—*Aquest no viu aquí. Has d'anar a Port Lligat.*

—¿Port Lligat? —preguntó Rafael.

El hombre le señaló un sendero que bordeaba la cala.

—*Segueix es camí. No es pas gaire lluny.*

Rafael entendió que debía seguir el sendero.

—Gracias —se despidió, dirigiéndose hacia el camino que le había indicado el hombre.

Pronto se halló deambulando por una senda pedregosa, sobre los riscos. Ahora podía entender por qué el poeta calificaba de lunar aquel paisaje. Al rato, desapareció de su vista el pueblo y aumentó la sensación de estar perdido en otro mundo.

El sendero se bifurcaba continuamente, sin ninguna indicación sobre cuál era la dirección correcta. Caminó por intuición, hasta que vislumbró una pequeña cala, con alguna construcción precaria. Imaginó que sería allí.

Bajó a la cala. Era tan cerrada que parecía un lago, o alguna de las rías gallegas, que tampoco había visto nunca, pero que él imaginaba así.

Solo en la parte más resguardada había algunas construcciones. Parecían casetas de pescadores —para guardar aperos— más que viviendas. Todas excepto una: una construcción que parecía escalar la roca, una casa grande y blanca. Se acercó a ella, hasta la puerta de entrada. Golpeó la madera y esperó. Intentó mirar por una de las ventanas altas, separándose unos metros. No se veía ni se oía nada, excepto el rumor de las olas que rompían contra las rocas y el sonido lejano de alguna que otra gaviota.

De pronto, una voz le sorprendió desde atrás. Una voz de mujer, con un fuerte acento ruso. Al girarse vio a una señora de mediana edad, con una gran pámela en la cabeza, una camisa y unos pantalones sencillos de color crema. Subía las escaleras hacia la casa con un libro en la mano.

—¿Buscas alguna cosa?

Rafael se giró para mirarla de frente. Tenía uno de esos rostros enigmáticos, no era guapa ni fea, ni era fácil adivinar su edad: entre los treinta y los cuarenta años. Por algún motivo, se sintió intimidado.

—Buenos días —dijo—. ¿Es esta la casa de Salvador Dalí?

La mujer mudó su rostro al oír al joven soldado. Dio dos pasos hacia él

para escrutarlo con sus pequeños ojos.

—¿Tú no eres Federico? —preguntó, o afirmó la mujer.

—No, yo soy Rafael. Pero conozco a Lorca —contestó, adivinando a quién se refería ella—. Soy de *Graná*, como él.

La mujer pareció relajarse. Se alegraba de que no fuese Federico. Sonrió, y su sonrisa se transformó en una carcajada contenida.

—¡Tienes un acento muy gracioso! —se justificó.

«Pues anda que tú», pensó Rafael.

—¿No te enviará Lorca? —volvió a preguntar, seria.

—No. Él me habló del señor Salvador y vi algunas de sus pinturas. Como ahora estoy aquí haciendo la mili...

—Entiendo, entiendo —le cortó ella—, pero Salvador no recibe visitas imprevistas.

Rafael frunció el ceño.

—Perdone, señora, pero ¿quién es usted?

—Soy Elena Ivanovna. La esposa de Dalí —respondió, poniendo el énfasis en la palabra «esposa».

Rafael no supo qué decir, la mujer le miró de arriba abajo y le ofreció una sonrisa.

—Pero a mí, al contrario que a mi esposo, me encantan las visitas imprevistas. —Elena cogió del brazo a Rafael, pasándose el libro de una mano a otra. El título le pareció que estaba en francés—. Sobre todo, si es la visita de un joven y guapo soldado.

En ese momento se oyó un ruido detrás de la puerta principal y alguien la abrió de sopetón. Un hombre, más joven que la mujer, apareció en la entrada. Era delgado, estaba muy moreno y lucía un pequeño bigotito velazqueño. Aunque lo que más sorprendió a Rafael fue su atuendo; solo llevaba un largo camión de seda.

—¡Federico, Federico! —gritó con los ojos desorbitados—. He oído tu voz entre sueños. ¿Dónde estás?

A Rafael le vino a la mente la imagen de Don Quijote. Algo en él le recordaba a ese personaje, a un pasaje, el único, que leyeron en el colegio.

—No es Federico, Salvador —explicó su mujer, hablando pausadamente—. Es este joven andaluz que también es de Granada.

Salvador se quedó mirando atónito al joven. Era evidente que se acababa de despertar y todavía tenía el sopor del sueño encima.

Dijo algo en francés. Elena también le respondió en francés. Rafael no entendía nada. Alargó la mano hacia el hombre y se presentó.

—Soy Rafael Fernández, encantado de conocerle, señor Dalí.

Salvador miró la mano del joven, pero no la estrechó, aunque hizo el gesto de limpiarse la mano en su camión.

—¿Conoces a Federico? —preguntó.

—Sí. Hablé con él este verano.

Salvador parecía sumamente complacido.

—¿Cómo está? ¿Te dijo algo de mí? ¿Tú también eres artista? ¿No serás su amante?

Las palabras se atropellaban en la boca del pintor.

—No... Sí... Bueno, creo que está bien —respondió Rafael.

—Salvador —le dijo su mujer—, deberías subir a cambiarte.

—Sí, sí. Pero pasa, entra en casa. Gala, ofrécele algo de beber. Sé amable, quiero que me expliques cosas de Federico.

Entró en la casa con los anfitriones, tal y como se intuía desde fuera, enseguida se encontró con unas escaleras, que Dalí subió corriendo de dos en dos. Elena y él le siguieron hasta una terraza donde había unas bonitas sillas de mimbre y una mesa a juego. Elena le invitó a sentarse.

—¿Quieres tomar algo mientras le esperamos?

—No, gracias.

—Te traeré un vino. Lo hacen aquí cerca, verás lo bueno que está.

A él le parecía un poco temprano para tomar vino, pero no dijo nada.

Ella se sentó a su lado ofreciéndole uno de los vasos que traía. Cerró los ojos, girando su rostro al sol que ya brillaba con fuerza.

—¿A qué te dedicas, cuando no haces la mili?

—Soy albañil. Y también torero.

—Interesante. A Salvador le gustará. Lo de torero, no lo de albañil.

—A mí me gustaría ver algunos de sus cuadros. En Figueras he preguntado, pero nadie ha sabido decirme dónde expone.

—Son unos palurdos. Estamos exponiendo en París y en Londres. Pronto lo haremos en Nueva York.

—¿Y en España?

Elena se puso la mano sobre la frente para hacerse sombra y mirar al joven.

—Hemos expuesto en Barcelona, pero es perder el tiempo. No sirve para la promoción de Salvador. Es un genio, y lo que importa es estar en París, en América.

Rafael pensó que aquella mujer debía ser también su representante, además de su esposa.

—Vaya —dijo, decepcionado.

—Pero no te preocupes, tenemos muchos cuadros aquí. Luego te los enseñaré.

Rafael sonrió a la mujer. Esta colocó una mano sobre la suya, en un gesto nada inocente.

—Bueno, querida —dijo Salvador, apareciendo en la terraza elegantemente vestido con camisa y pantalones blancos—. ¿Qué explica nuestro invitado?

—Es torero.

Dalí se sentó al otro lado del joven, quedando así flanqueado por la pareja.

—Adoro a los toreros.

—También soy albañil.

—Odio a los obreros.

Rafael no supo si era una broma o hablaba en serio.

—Dice Elena que tiene algunos cuadros en casa.

—¿Quién es Elena?

—Su esposa.

—Mi esposa se llama *Gala*.

Rafael miró fijamente los brillantes ojos del artista. Creyó adivinar el juego del hombre.

—¿Qué me puedes decir de mi amigo Federico? —preguntó.

—Poca cosa, apenas lo conozco.

—A mí también me pasa, a veces creo no conocerle. ¿Qué te ha dicho de mí?

—Que es un gran artista. Que el surrealismo es usted.

—Esa frase es mía, me la ha robado. ¿Sabes que me han expulsado del grupo de artistas surrealistas?

—No lo sabía. ¿Qué grupo es ese?

—Un grupo de idiotas que creen que Lenin era una gran persona. ¿Me echa de menos?

—¿Quién?

—Federico.

—Creo que sí, al menos tuve la impresión de que hablaba de usted con melancolía.

Salvador se mostró muy satisfecho al conocer este dato.

—¿Va a volver a Nueva York?

—Yo creo que no, está muy ocupado con lo de la *Barraca*.

—Idiota.

—De todas formas —intervino Elena—, nosotros sí vamos a ir.

—Claro, claro —respondió su esposo.

—Federico es tonto, cree en el proletariado —añadió el pintor—. Cree que existe una especie de comunidad internacional, donde un obrero ruso, otro francés o catalán o andaluz se sienten iguales: todos son proletarios. Imbécil.

—Mucha gente lo cree. Mucha gente cree en la lucha de clases.

—Son todos unos imbéciles. No entienden la naturaleza humana.

Salvador vació su vaso de un solo trago.

—Gala, ¿no has traído la botella? No te muevas, voy yo. —De un salto, Salvador alcanzó la puerta de la cocina con dos largas zancadas y en seguida reapareció con una botella de vino.

—Un esclavo ruso se siente más cerca del amo que le flagela con su látigo que de un pobre obrero andaluz. ¿Ha visto mi película *El perro andaluz*?

—No, no la he visto.

—Lástima. Por eso he elogiado a Hitler, no porque esté de acuerdo con él. Sino porque ha captado la esencia humana. Él habla de «raza» aria, no distingue entre ricos o pobres, todos son de una misma clase: su raza.

—Pero eso no tiene lógica, no es un pensamiento racional. Todos somos personas, y en todas las razas hay gente buena y gente mala...

—El alma humana no es racional —interrumpió el artista, enfadado—. Los proletarios no existen. Solo son personas que quieren para sí las riquezas que

tienen otros. El amo que antes ha sido pobre, será el más cruel de los amos.

—No te alteres, cariño —dijo Elena sin abrir los ojos y sin abandonar su postura relajada sobre el sillón.

—Gracias, amor. Gala es una bendición para mi vida, sin ella estaría perdido. ¿Tienes mujer?

—No, pero tengo novia.

—Claro, eres bastante guapo. ¿No intentó propasarse Federico contigo?

—¡No! A mí me gustan las mujeres.

—Eso no es impedimento para ese pillín. Seguro que te invitó a su casa y te ofreció alguna bebida alcohólica.

—No hizo nada de eso.

—Nosotros sí lo hemos hecho —rio Elena.

—¡Cuidado! —gritó Salvador, divertido—. Creo que Gala te quiere engatusar.

—No entiendo qué tiene usted contra la clase obrera —dijo Rafael para cambiar de tema.

—No tenga nada. He dicho que no existe. No existen las clases sociales. Es una falacia inventada por la clase política.

—¿Entonces, sí hay una clase política?

—¿Sabes lo que es una falacia?

—¿Una mentira?

—Sí. Hay que gente que lo confunde con una felación. Se parecen, pero no es lo mismo. La política está llena de falacias y de felaciones.

En ese momento, Rafael oyó cómo alguien subía por las escaleras. Era una mujer de cierta edad, robusta y vestida totalmente de negro.

—*Bon dia* —saludó al llegar a la altura de la terraza.

—*Bon dia* —respondió Salvador—. Es Roser, la chacha.

La mujer siguió caminando hacia el interior de la vivienda.

«Así que no hay clases», pensó Rafael.

Salvador volvió a llenar los vasos de todos. Al parecer, no le iban a ofrecer comida, y él no había desayunado.

—La vida está llena de engaños —explicó Dalí—, en realidad todo es una gran mentira. Los hombres mienten hasta cuando creen decir la verdad. Nuestros ojos y nuestros oídos también nos mienten continuamente. Por eso

mis obras son una patada al cerebro.

—Me gustaría ver alguna.

Salvador se volvió a levantar de la silla, inquieto.

—Espérame aquí, vamos a jugar a una cosa —dijo mientras desaparecía por la puerta.

—Es un genio —comentó Elena—, pero como todos los genios, a veces se comporta como un niño. Crecer es perder la genialidad. El verdadero arte nunca puede ser pragmático.

—La vida es muy dura, no puedes salir adelante pensando siempre como un niño.

—¡Ja, ja! —rió ella—. Por supuesto, por eso solo los ricos pueden permitirse el lujo de no crecer.

Rafael miró a la mujer, una mujer extraña. Hablaba de su esposo con tono maternal. Salvador volvió a entrar en la terraza trayendo un gran lienzo en una mano y un juego de dardos en la otra.

—Esto será nuestra diana —dijo, apoyando el lienzo contra un arbolito. Era una pintura sin acabar, con trazos inquietantes y sugerentes; parecía una piel de toro, de la que surgía una mujer.

—Toma —dijo, dándole cuatro dardos amarillos—, cuatro para ti y cuatro para mí.

—Oh, no —exclamó Rafael—, no pienso lanzar dardos a ese cuadro.

—Lo tengo que destruir —explicó Salvador mientras contaba seis pasos desde el cuadro—. Es un ensayo horrible que nadie debería ver. La obra acabada está en París, la llamo «El gran masturbador».

—Aun así...

Salvador lanzó su primer dardo rojo que se clavó en el ojo de la mujer.

—¡Diana! —gritó—. Ahora tú.

Rafael se preparó y lanzó su dardo con vacilación. Se clavó a unos centímetros del anterior.

—¡Has fallado! —exclamó Salvador.

—¿Dónde hay que apuntar?

—Donde tú quieras. El caso es que tú siempre fallarás y yo ganaré.

Dicho esto, lanzó su segundo dardo que se clavó cerca del rabo del presunto animal.

En pocos segundos, el lienzo estuvo agujereado por ocho dardos.

—Ahora buscaremos un juez imparcial —explicó el artista—, pero antes voy a dar unos retoques al cuadro.

Con un pincel y una paleta con óleo, dibujó un círculo alrededor de cada dardo rojo, y un punto en el centro; donde estaba clavado el dardo. Rafael sonrió.

Al acabar su obra, Salvador gritó llamando a la chacha. La mujer apareció arrastrando los pies.

—Roser —preguntó Dalí, señalando el cuadro con los dardos: *Qui diries que ha guanyat, ¿els dards grocs o els vermells?*

La mujer miró impassible el cuadro acribillado y con voz átona respondió:

—*Els vermells.*

—¡Ja! —respondió Salvador—. Ha dicho los rojos. *Gràcies, Roser.*

La mujer volvió a sus quehaceres.

—Claro —rio Rafael—, has hecho trampas.

—Esto es una falacia. Primero lanzo los dardos y después fijo mis objetivos. Según como lo planteo, el pueblo cree que he acertado en todo.

—Pero en realidad has engañado «al pueblo».

—No, amigo torero, no he engañado a la Roser, solo le he preguntado quién creía ella que había ganado. No le he dicho que el objetivo era clavar los dardos en el centro de la diana; eso lo ha pensado ella sola. En una falacia, como en una felación, se necesita la cooperación de dos personas; el que engaña y el que se deja engañar.

—A lo mejor estás conchabado con ella; es tu chacha, y antes le has dicho que dijera los rojos o, si no, la despedías.

Salvador le miró con ojos desorbitados.

—¡Me gustas! —exclamó—. En ese caso soy un cacique como los que hay en tu tierra. Pero no, esa es una opción demasiado sencilla para un catalán. Es cierto que he hablado con Roser, pero solo para decirle que preparase también algo de comer para ti. ¿Te quedas a comer con nosotros?

—No quisiera abusar...

—No hay problema, en realidad estoy aburrido. No hemos tenido visitas esta semana, y Gala despidió a nuestro secretario ayer. ¿Tú sabes escribir?

—Sí.

—¿En francés?

—No, solo en español.

—¿Te interesaría ser nuestro secretario?

—¡Pero si estoy haciendo la mili!

—Lástima. Pues eres divertido y guapo.

Rafael volvió a sonreír para sí.

«¿Qué tipo de secretario buscan?», pensó.

—Entonces, cuando acabes la mili, ¿serás torero?

—Me gustaría...

—¿Cómo que te gustaría? Si quieres serlo, lo serás. No debes dudar. ¿Si tú no crees en ti, cómo van a creer los demás?

—Yo confío en mí, pero el futuro es incierto. Puede pasar cualquier cosa, incluso podría morir esta misma tarde, en un accidente volviendo a Figueras con el autobús, así que quién sabe...

Dalí se revolvió en su silla y golpeó con las manos la mesa mientras hacía el símbolo de los cuernos con los dedos índice y meñique.

—¡No digas esas cosas! No tientes al diablo —exclamó, alterado.

Elena miró interesada a Rafael.

—¿No crees en el destino?

Rafael se encogió de hombros.

—Nuestro destino puede estar escrito o no, pero eso solo Dios lo sabe.

—¡Ja! —clamó Salvador—. Veo que eres un descreído.

—Creo en Dios.

—Pero no crees en la magia, en las ciencias ocultas, ¿me equivoco?

—No, no mucho. Creo en Dios y en el hombre, no creo que Dios necesite intermediarios.

—¿De verdad crees que el mundo es tan simple? ¿No sabes que, desde hace milenios, los hombres más inteligentes de la Tierra se han dedicado al estudio de lo oculto?

—Si hablas de los científicos, ellos no tienen nada que ver con la magia.

—Claro, tú no sabes nada de Pitágoras, de Newton, del hermetismo, la teúrgia... No es extraño, porque todos los gobiernos quieren mantener en secreto ese poder. Pero yo tengo mi propio talismán; Gala es una gran pitonisa. Si quieres, puede adivinar tu futuro.

Rafael miró a la mujer, que le seguía observando con una sonrisa enigmática.

—Échale las cartas —le pidió Dalí.

—Ahora no es un momento propicio —contestó ella con suavidad—. Después de comer.

—Háblale de Grigori.

Elena se sentó más erguida en la silla. Sus ojos se iluminaron con un brillo especial cuando comenzó a hablar y a recordar:

—Grigori Rasputín era un gran mago. Un hombre con unas aptitudes especiales. Llegó a ser el principal consejero de la zarina y del mismo zar Nicolás. Yo diría que fue el hombre más famoso de Rusia en su tiempo. Sus sesiones eran orgiásticas, auténticos aquelarres. Muchas mujeres se acercaron a él para experimentar procesos orgásmicos que las llevaran al éxtasis místico. Yo me aproximé a él para aprender. La primera vez que lo vi comprendí de dónde venía su poder; su mirada te hipnotizaba; él podía ver tu alma.

—Pues no debió aconsejar muy bien al zar Nicolás, por cómo acabó él y toda su familia —replicó Rafael.

—¡Ja, ja! —rio Elena—. Desde luego, nunca pude descifrar las verdaderas intenciones de Grigori. Además, lo asesinaron poco antes de la revolución y la caída de los Romanov.

—¿Sabes cómo lo asesinaron? —intervino Salvador, divertido—. El príncipe Félix Yusupov, y otros nobles, planearon su muerte. Le invitaron a su palacio y allí lo envenenaron con cianuro. Pusieron veneno suficiente para tumbar a un caballo, pero a Rasputín no le hizo ningún efecto. Al final, el príncipe, exasperado, sacó su arma y le disparó un tiro en la cabeza. El mago cayó muerto en el suelo de la bodega. El príncipe subió para avisar a sus compinches, pero al bajar para retirar el cadáver, se encontraron con el hombre vivito y coleando. Uno de los duques le volvió a disparar varias veces, pero al parecer Rasputín se negaba a morir. Al final le golpearon con hierros en la cabeza y consiguieron atarlo con pesadas cadenas de acero aseguradas con candados. De esta forma lo lanzaron a las frías aguas del Deva en pleno mes de noviembre. Allí fue encontrado dos días después y enterrado finalmente junto a la villa de los zares cerca de San Petersburgo.

—Un mes después —siguió explicando Elena—, se produjo la revolución de febrero; el fin de los zares y el principio de la Rusia soviética. Lo primero que hicieron los revolucionarios al conquistar el palacio imperial fue desenterrar a Grigori. Llevaron su cadáver al bosque de Pargolovo, allí lo quemaron y esparcieron sus cenizas siguiendo un ritual mágico.

—Era un hombre fuerte —admitió Rafael.

—Sí —corroboró Elena—, tenía una gran envergadura, medía casi dos metros.

—Excelente palabra: «*En verga dura*» —deletreó Salvador.

—No ha sido el único gobierno que ha buscado el consejo de los médiums —explicó Elena, sonriendo a su marido.

—Eso son cosas del pasado —planteó Rafael—. No creo que los estados modernos se dejen influir por esas leyendas.

—Te equivocas totalmente —le corrigió ella—. Son los estados modernos los que destinan más medios y recursos a estos aspectos. Hitler es un nigromante, un experto en magia negra. Todo su régimen se basa secretamente en las artes oscuras. Sus ayudantes más directos son grandes magos. Fíjate en la esvástica; es un símbolo arcaico y representa el bien, el equilibrio natural, al mismo Dios. Presente en todas las culturas, se dibuja girando hacia la izquierda, al contrario de las manecillas del reloj. Sin embargo, Hitler lo ha adoptado dándole la vuelta, girando al revés; hacia la derecha. Representa el mal: el demonio.

—Y no es el único —ratificó Salvador—. El Gobierno de Bulgaria tiene una agencia de inteligencia paranormal. Trabajan con una bruja, una vidente ciega llamada *Baba Vanga*. Predijo la muerte de Lenin y tiene una lista de predicciones que llega hasta el fin del mundo.

—Según Baba —explicó Elena—, la humanidad colonizará otros planetas y contactaremos con extraterrestres, pero antes sufriremos grandes catástrofes: inundaciones por el deshielo de los polos, cambios climáticos... Incluso dice que Europa será invadida por los musulmanes a partir del año 2016...

—No creo que vivamos para verlo —reflexionó Rafael.

—Yo no pienso morir nunca, me aterra solo pensarlo —aseveró Salvador.

Roser apareció por la puerta, silenciosa.

—*El dinar està preparat* —anunció la comida.

Era temprano, pero Rafael tenía hambre. Al parecer para sus anfitriones también era el primer refrigerio del día.

—Bien —dijo Salvador, poniéndose en pie de un salto—. Pasemos al comedor.

A este se accedía por unas cortas escaleras. Al lado de la estancia había una pequeña habitación hacia la que se dirigió el artista.

—Mira —dijo, invitando a que entrara—. Aquí tengo algunos bocetos.

La salita estaba llena de lienzos apoyados en la pared, unos sobre otros. Algunos en blanco y otros muchos con pinturas a medio realizar. En un rincón se apilaban unos cuantos cuadros de pequeño formato con figuras de toreros en plena faena. Eran dibujos monocromáticos, difusos, pero dotados de gran movilidad. Tanto los toreros como los animales estaban en evolución. Rafael los miró con atención.

—¿Qué te parecen? —preguntó Salvador.

—Me gustan. Has intentado captar el arte del toreo, no solo las figuras del toro y el hombre.

—Lo he intentado, pero ¿lo he conseguido?

—Yo creo que sí.

—¡Bien!

Elena los llamó para que se sentasen a la mesa. La comida fue ligera y fría: un plato con una ensalada variada, otro con pan con tomate, tostado con aceite y ajo y, un tercero, con embutidos.

—Nos gusta comer temprano —explicó Salvador—, como es costumbre en París.

—¿Has probado la butifarra catalana? —preguntó Elena, señalando los embutidos.

—Una especie de morcilla —respondió él.

—Mucho más suave, no contiene grasa, solo carne magra. Prueba esta.

Rafael cogió una rodaja y le sorprendió su sabor agri dulce.

—Tiene miel, es mi favorita —indicó Salvador.

No tardaron mucho en dar fin al frugal refrigerio. Al acabar, Dalí informó que quería trabajar.

—¿Te gustaría hacer de modelo? —preguntó a Rafael.

Este se sorprendió.

—Nunca lo he hecho.

—Es fácil, solo tienes que estarte quieto.

Le invitaron a subir a otra planta, donde estaba el estudio del artista. Una sala diáfana y bien iluminada. En el suelo había varios objetos difíciles de definir y dos o tres maniqués rotos. Sobre un caballete descansaba un cuadro de madera de pequeño formato. Al llegar, Rafael descubrió que Elena, la Gala de Dalí, también iba a posar.

—Colocaos aquí —indicó el pintor.

Gala se quitó los pantalones y la camisa. Su desnudez turbó al torero, que desvió la mirada.

—Tú también deberías quitarte la camisa —le pidió Salvador.

Él se la quitó. Mientras tanto, Gala se había colocado una camisa muy grande, que le llegaba y tapaba los muslos. Rafael lo agradeció en silencio. Pero la mujer dejó varios botones sin abrochar, por lo que de vez en cuando dejaba a la vista alguno de sus senos.

Salvador estuvo mucho tiempo colocando a ambos modelos en posiciones imposibles; ninguna de ellas parecía gustarle. Al final quedaron colocados en una inestable posición; Rafael semitendido en el suelo y Gala sentada en el aire, sobre él. Rafael la sujetaba de la cintura y por uno de los brazos. Una posición muy incómoda para ambos, pero con la que el artista parecía satisfecho. Trabajó con los óleos durante varios minutos. Gala acabó apoyando una rodilla en el suelo. El artista no se quejó por el cambio de posición. Rafael tuvo que mover los brazos en varias ocasiones, pues acababa sintiendo un hormigueo en ellos. Pensó que sería mucho mejor hacer una foto y que el pintor trabajara sobre ella. Así lo comentó al cabo de casi una hora.

—Una foto no me serviría para nada —exclamó Salvador, ofendido—. No pinto vuestras figuras, sino vuestra esencia. Eso no aparece en las fotos.

Fue la mujer quien dio por acabada la sesión. Estiró la espalda e hizo crujir algunas vértebras de su cuello.

—Sube dentro de un rato —dijo a Rafael—, te echaré las cartas.

Gala salió de la habitación sin cambiarse y sin echar una ojeada a la pintura.

Rafael no se pudo contener y se colocó detrás del pintor para ver el

resultado. Lo que vio le defraudó bastante; lo que debía ser la figura de Gala, era solo un amasijo horrible de carne que se deshacía de sus huesos, sin cabeza ni pies, y con unos almohadones en el pecho y la cintura. Lo suyo era aún peor; no aparecía. En el cuadro, el desfigurado cuerpo estaba sujetado por dos toscas muletas de madera.

—¿Eso es una esencia? ¿De qué? —preguntó.

Dalí se molestó visiblemente por la pregunta.

—¿No lo has notado? —inquirió—. Gala y tú desprendéis *sex appeal*. El pintor no explicó más. Estaba concentrado en pintar una figura muy pequeña, totalmente fuera de escala. Era un niño, pintado con primoroso detalle.

—¿Eso qué es?

—¡Ese soy yo, mirádoos! —puntualizó Dalí—. ¡Vete de aquí y déjame trabajar!

Rafael salió de la estancia y comenzó a subir el siguiente tramo de escaleras. Una palabra rondó su cabeza, no era bueno con las palabras, pero sabía que había una que definía aquello.

«Narcisismo», pensó al fin. Eso era, la única figura bien dibujada era la suya. Pero ¿por qué tan pequeña?

Al final de las escaleras llegó a una sala oscura. Varias velas iluminaban el interior. Algunas hierbas —o quizás incienso— quemaban en pequeños cuencos de arcilla. Las paredes estaban decoradas con extraños dibujos y una pequeña mesa redonda presidía el centro. Gala seguía aún vestida con la misma camisa, el cabello alborotado y la mirada perdida. Fumaba algo que no era tabaco, se acercó a él y acarició su torso, se acercó tanto que casi rozó su rostro con los labios. Colocó el pitillo en su boca, él inspiró, y un aroma dulzón invadió sus pulmones, estuvo a punto de toser.

—Siéntate —susurró ella.

Tomó asiento en una de las dos sillas que había junto a la mesa. Ella se colocó detrás de él y hundió la cara en su cabello, mientras con ambas manos le sujetaba el mentón. Aspiró profundamente durante unos segundos, como queriendo oler la esencia del hombre. Después caminó hasta la otra silla.

—¿En qué fecha naciste? —preguntó mientras mezclaba entre sus manos una baraja de cartas del Tarot.

Rafael respondió. El humo de las hierbas y la luz trémula producían un ambiente sibilino que lentamente fue embriagándole. La mujer colocaba las cartas con determinación sobre la mesa, formando una especie de cruz. Estaba completamente concentrada en lo que hacía. Al acabar miró a Rafael directamente a los ojos, su rostro tenía una luminosidad enigmática.

—Veo muchas cosas —susurró—. Una vida intensa. Enemigos peligrosos, la muerte te acecha.

Volvió a centrarse en las cartas.

—No te fíes de los que están cerca de ti. Veo traición.

Gala se inclinó sobre la mesa.

—No eres especial. La muerte ronda a tu país; la veo por todas partes. También rondaba a mi querida Rusia antes de la guerra. No te puedes esconder de ella; solo puedes huir.

Rafael sonrió, pero se sentía abotagado, como borracho.

—No suelo huir ni esconderme de nada —respondió.

—Eso también lo veo. Te gusta afrontar de cara al toro. Saltar a la arena.

Gala sonrió y emitió una aguda y breve carcajada. Se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta donde él se encontraba, lo abrazó por detrás y le mordió el cuello.

Él se levantó y se encaró con ella. La mujer apretó su cuerpo contra el suyo, le mordisqueó el mentón y el labio inferior. Con manos hábiles desabrochó su pantalón. Él la levantó del suelo, sujetándola de las nalgas, pesaba poco. Ella gimió, moviendo la cabeza hacia atrás. Le obligó a volverse a sentar en la silla, colocándose ella a horcajadas sobre él. Movía su cuerpo de forma rítmica y ondulante, como si estuviera en trance. Con sus manos, le agarró con fuerza los cabellos, y empujó su cabeza entre sus pechos.

Rafael se sentía extraño, hipnotizado por aquella mujer. Con la mente en blanco, abandonado completamente a sus instintos más básicos. Era una sensación placentera, desinhibido de cualquier prejuicio. Era la libertad en su grado máximo, como solo los animales la pueden sentir; si tengo hambre como, si tengo sueño duermo, coge lo que te plazca cuando te plazca.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo que lo devolvió a la realidad. Salvador estaba tras el quicio de la puerta, observándolos.

Rafael gritó alterado. Gala le giró la cara para mirarle a los ojos.

—Ignóralo, solo está mirando.

Pero no podía, para él toda la magia se había roto.

—Lo siento —dijo, levantándose de la silla y cogiendo sus pantalones. Ella se apoyó en la mesa, con la respiración agitada.

Salió azorado de la sala, casi tropezando con su anfitrión.

—Lo siento, lo siento... —se lamentó, notando cómo se sonrojaba.

—No hace falta que te vayas —dijo Salvador al pasar a su lado—. Quédate, ya es muy tarde.

Rafael no le prestó atención. Bajó corriendo las escaleras, cogió su petate y salió al fin a la calle. Era cierto, ya había oscurecido y comenzaba a refrescar. Pero agradeció poder respirar unas bocanadas de aire fresco.

Caminó por la playa, apenas iluminada por las estrellas. Ya no podía coger ningún autobús hasta el día siguiente. Con la mente más despejada pensó en el acontecimiento que había vivido. Comprendió la similitud con el cuadro; Dalí de niño, observando a hurtadillas una escena de alcoba, quizás la de sus padres. El recuerdo debía ser asqueroso u obsceno, por eso el cuadro era tan horrible... carne que se deshace... Sin embargo, de adulto se había aficionado a mirar.

Difícil de entender, ¿no sentía celos? ¿Cómo puede excitarte ver a tu esposa con otro? Recordó su propia sensación; desinhibición total, quizás la respuesta estaba por ahí.

«Rafael, solo eres un pueblerino bastante zoquete», se dijo mientras se sentaba cerca de unos arbustos frente al mar. Sacó una pequeña manta militar del petate y se tapó con ella. De hecho, la noche era agradable. Se estiró y miró las estrellas. Recordó los libros de Emilio, Pikiki. Quiso imaginar cuáles de ellas eran planetas. ¿Dónde estaba Marte o Júpiter? ¿Y Venus? No, Venus solo se ve al amanecer: el lucero del alba. Era más fácil descubrir las constelaciones: el carro pequeño, el grande, la estrella polar. Todas a «años luz» de distancia, vaya medida más rara, para significar que lucían infinitamente lejos. Aunque si su luz estaba allí, entrando por sus pupilas. Tan lejos no podían estar.

Sus ojos se estaban empezando a cerrar cuando oyó unas pisadas que se acercaban. Se incorporó y enseguida pudo distinguir la silueta de Gala, de

Elena, que caminaba hacia él. Ahora totalmente vestida y abrigada con una gruesa rebeca. Se sentó a su lado. En la mano llevaba un cigarrillo encendido, miró hacia el mar oscuro.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró con su marcado acento.

—Sí.

—Puedes volver y pasar la noche. Aquí no hay donde ir. No te vamos a molestar.

—Gracias, pero puedo dormir aquí. No se está mal. Ya he abusado demasiado de vuestra hospitalidad, solo soy un desconocido.

Ella no respondió, dio una profunda calada a su cigarrillo y después se lo ofreció a él.

—Tranquilo, es solo tabaco.

Rafael sonrió y cogió el cigarrillo.

—No quiero parecer descortés, pero es que no me siento cómodo con estas cosas.

—Pues no es nada raro —explicó ella—, te sorprendería saber cuántos hombres se excitan observando. Y a cuántos los excita que los observen.

—Salvador es un hombre al que admiro, pero no le envidio. Aunque es afortunado por tener a alguien como tú. Debe ser difícil encontrar una mujer que acepte estos juegos.

—Él me quiere, a su manera, pero me quiere. Lo sé. Aunque no es él quien escoge a mis amantes; eso es cosa mía —dijo, mirándole a los ojos.

—Eres una gran «hechicera» —respondió con una sonrisa.

—Soy como el diablo —rio ella—. ¿Cómo es eso que dicen: «El diablo sabe más por viejo que por diablo»? A mí me pasa lo mismo; sé más cosas por mi experiencia que por ser pitonisa. Lo que te he dicho antes es cierto: Vuestro país me recuerda al mío antes de la guerra; los mismos rencores, los mismos odios... Créeme, acabará mal.

—Y tu solución es huir.

—Sí, en cuanto pueda me llevaré a Salvador a América. Allí estaremos a salvo. Europa no es segura para nosotros. Tú deberías hacer lo mismo.

—Eso es imposible para mí, no tengo vuestros medios. Soy pobre.

—Miles de pobres emigran a América cada día. La cuestión no es poder, sino querer.

Rafael pensó en silencio un rato.

—Tienes razón, yo no quiero huir. Quiero luchar por mi país, por mi gente.

—Quieres ser un héroe —dijo ella con tono sarcástico—. El mundo está lleno de héroes muertos.

Rafael dio otra calada al cigarro antes de devolvérselo.

—Sí, y de toreros muertos.

—Muchos tontos muertos...

—Y listos. ¿Quién es inmortal?

—Mi Dalí.

Rafael sonrió.

—Quizás su pintura lo sea.

—¿No crees en la reencarnación? Es una forma de inmortalidad —puntualizó.

—¿Renacer en el cuerpo de otra persona? No.

Lo miró fijamente.

—Solo renace tu esencia, la carne queda atrás, y con la carne también los pecados. Míralo de otra forma; cuando naces tienes un alma, una esencia humana. ¿Crees que antes de tu nacimiento esa esencia no existía? Todos nacemos con unos conocimientos innatos, hay olores que nos gustan y otros que nos desagradan, también colores, sonidos, personas... ¿No te preguntas de dónde viene la esencia de tu ser?

—De mis padres.

—¿Les gustan a ellos los toros?

Rafael la miró con el ceño fruncido.

—No.

Siguieron hablando durante un largo rato, en la oscuridad de la noche, bajo las estrellas, y acompañados por el arrullo de las olas del mar.

Jaén, 7 de febrero de 1941

Aurelio continuaba con su charla, divagando sobre el periodo que pasó en Cataluña. Rafael había perdido el hilo, le cortó con una pregunta.

—¿De qué te acusan?

El hombre calló y agachó la cabeza.

—De saqueos, como a la mayoría.

—¿Tienen algo?

La pregunta se refería a si la acusación contaba con pruebas, aunque a menudo las denuncias solo se basaban en las palabras de testigos de tercer orden: «Saquearon el pueblo, dicen que entre los soldados estaba fulano y mengano».

—Joder, mi compañía requisó algunas cosas, pero solo cumplíamos órdenes. Yo nunca me quedé nada para mí —se defendió Aurelio.

Era lo de siempre, sin duda, nada le iba a librar de una condena de varios años.

—Tranquilo, hombre.

—Es que no lo entienden —siguió hablando bastante alterado—. Estábamos en guerra, el Gobierno había decretado una ley de guerra. El ejército tenía que requisar lo necesario para poder funcionar; teníamos que comer. ¡Joder! Ellos también lo hacían. Eso no eran saqueos, cumplíamos la ley.

—Por supuesto —añadió Martínez—. A mí me pasa lo mismo. Para saqueos, los que se hicieron antes de la guerra.

Aurelio pasó del enfado a la risa.

—Sí, cabo; perdón, capitán —exclamó—. ¿Te acuerdas de *Estat Català*? Esos sí que eran la hostia.

—No me hables, en la vida habíamos visto algo así. Allí aprendimos lo que es el fascismo.

—En el treinta y cuatro la liaron.

—Y a nosotros nos pilló en medio.

Rafael, en su Granada natal, siempre había sido consciente de la división

de clases: pobres y ricos, señoritos y jornaleros, obreros y patronos. Pero no conocía la discriminación nacionalista. Nadie le había dicho que era superior a él por ser de otra nación. Incluso los gitanos, tan suyos, no se creían mejores o peores que los payos. En realidad, todos se consideraban miembros de una misma nación: España.

—¿Recuerdas cómo desfilaban los *escamots*?

—Daban miedo.

Aurelio sonrió sin que se notara.

—Un día fuimos a Barcelona durante un permiso. Viajó con nosotros aquel chico de Segovia, ¿cómo se llamaba?

Rafael hizo memoria.

—Rodrigo. Era de un pueblo de la meseta.

—Sí, vaya zoquete. ¡Después dicen de los andaluces! Un chaval más bruto que un *arao*.

—Pero un buen chico.

—Caminaba por la ciudad como un cazurro; saltaba a la legua que no era de allí.

—A nosotros también se nos notaba.

—Bueno, solo por el acento.

—Suerte de aquellos cenetistas —recordó Rafael— que nos avisaron.

Martínez miró interesado a su amigo. Rafael se explicó.

—Llegamos a Barcelona por la mañana, temprano. El tren nos dejó en la estación de Francia. Íbamos dispuestos a patearnos la ciudad; paseamos por la Ciudadela, el barrio gótico, la catedral, las Ramblas... Acabamos en el Paralelo y subimos, a última hora de la mañana, hasta las fuentes de Montjuic.

—No teníamos ni idea —continuó Aurelio—, pero allí estaban desfilando los *escamots*. Con sus uniformes y sus corrajes de cuero, llevaban banderas, *esteladas* gigantes, y nosotros nos pusimos en primera fila para verlos... ¡Ja, ja!

—En aquella época muchos admiraban con interés a los gobiernos ultranacionalistas de Mussolini y Hitler... Fíjate ahora lo que han conseguido; guerra en toda Europa.

—Y Franco es su aliado —añadió Martínez, cabizbajo.

Barcelona, verano de 1934

El día era espléndido, y los tres soldados tenían exenta la retreta, así que podían regresar tarde al cuartel; antes del toque de diana.

—Joder, ¡Tarzán con el «guesmules»! —exclamó Rodrigo cuando llegaron ante la cartelera del cine Céntrico—. Esta tarde podemos venir a verla.

Rodrigo era un joven rollizo, alto y fuerte, con las mejillas permanentemente sonrojadas, orejas algo separadas y de mirada directa y franca.

Rafael consultó otra de las carteleras.

—Pues esta tampoco está mal: *El hombre que sabía demasiado* de Hitchcock. Es de espías.

—¿Ese quién es? No jodas. Vendremos a ver Tarzán.

Aurelio negó con la cabeza.

—Ni de coña —dijo—. Esta tarde vamos al Moulin Rouge, no nos vamos a meter en un cine...

—No tengo tanto dinero... —se quejó Rodrigo.

Aurelio le pasó el brazo por encima del hombro.

—No te preocupes, con la tarjeta militar nos hacen descuento.

—Es temprano —indicó Rafael—, vamos a pasarnos por el Paralelo para ver los horarios y los precios.

De hecho, era demasiado temprano. El famoso cabaré todavía estaba cerrado a cal y canto. Así que los chicos siguieron caminando por la avenida Francesc Layret, popularmente conocida como el *Paralelo*.

—¡Estoy *reventao*! ¿Cuándo vamos a buscar un sitio para comer? —se quejó Aurelio cuando ya estaban llegando a la plaza de España.

—¡Venga, hombre! Pero, si esto no es *na* —le respondió Rodrigo—. ¡En mi pueblo te querría yo ver! Allí te tiras dos horas para subir a los campos.

Rafael no se podía imaginar cómo era posible que, en Castilla, los campos llanos estuviesen arriba, y las montañas abajo.

—No te preocupes —añadió—, después volveremos en metro.

La avenida de María Cristina estaba cortada al tráfico y un tumulto de gente se agolpaba en las aceras. Los soldados se acercaron curiosos. El centro de la avenida estaba ocupado por una especie de regimiento de hombres uniformados, portando grandes banderas de *Estat català*.

Unas jóvenes, también uniformadas, repartían banderitas y brazaletes entre el público. Una de ellas ofreció unas cuantas a Rafael con una gran sonrisa.

—Gracias —dijo él, cogiéndolas y guardándolas en su petate.

Algunos de su alrededor los miraron con el ceño fruncido. Pero en ese momento pasaba la cabeza del desfile por allí y todos alzaron la mano con los dedos estirados.

—*Nosaltres sols!* —gritaban todos. Todos, menos los tres desconcertados soldados en un día de permiso.

Uno de los espectadores, un joven con brazalete, se enfrentó a ellos.

—*Vosaltres sou espanyols!*

Rafael lo miró extrañado. Por supuesto que eran españoles, como todos ellos.

—*Inmigrants de merda!* —increpó otro.

—No somos emigrantes —contestó Rafael, ofendido—. Somos soldados.

Sus palabras provocaron una gran indignación entre los espectadores. Sin mediar más palabras, varios jóvenes comenzaron a golpearlos; en unos segundos se vieron inmersos en una pelea multitudinaria. No tenían ni idea de por qué se peleaban, pero estaba claro que tenían las de perder; eran todos contra ellos.

Si el desconcierto era poco, de pronto apareció un vehículo oscuro; una camioneta con vidrios tintados que, derrapando, se detuvo bruscamente sobre la acera. De ella salieron tres individuos, con pañuelos ocultando su rostro. En las manos llevaban botellas ardiendo; cócteles molotov.

—¡Revolución o muerte! —gritó uno de ellos, mientras las botellas comenzaron a volar por los aires. Las explosiones de fuego ocasionaron una estampida entre las personas que estaban allí congregadas. En cambio, para los tres soldados fue un momento de respiro. Rafael se fijó en la camisa de unos de los asaltantes; llevaba bordadas las iniciales CNT.

—Camarada —dijo—, somos del sindicato.

El hombre los miró extrañado.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿Queréis que os maten?

Después de un segundo de duda, les hizo un gesto con la mano.

—Venid, os sacaremos de aquí.

Mientras los otros dos lanzaban unas cuantas botellas más, Rafael y sus compañeros irrumpieron dentro de la furgoneta. La parte trasera carecía de asientos y estaba llena de cajas y carteles. Los tres cenetistas entraron a la carrera dentro del vehículo que habían dejado en marcha y se sentaron en los asientos de delante. El conductor arrancó a toda velocidad. Los tres soldados cayeron dolorosamente al suelo y durante unos minutos les fue imposible ponerse en pie. Al final, el pequeño camión redujo la marcha. Uno de los cenetistas, ya sin el pañuelo, se giró para hablar con ellos.

—¿Así que sois camaradas?

—Sección de la construcción de Granada —respondió Rafael—. Este y yo somos andaluces, estamos haciendo la mili aquí. Nuestro compañero es de Segovia.

—Yo no soy de la CNT, ni de *ná* —explicó el segoviano.

—Pues habéis tenido suerte de que apareciésemos. Si no, ahora solo seríais tres cadáveres más en las calles de Barcelona.

—¿Tan mal estáis por aquí?

El hombre, un tipo de aspecto rudo, de espesa barba y pelo muy corto los miró, manteniéndose circunspecto.

—Primero me presentaré: soy Manuel Álvarez. Del Sector textil. Ahora vamos a nuestra sede. Nos podéis acompañar, allí os podréis asear. Con esas pintas no podéis ir a parte alguna.

Rafael se secó con el puño un rastro de sangre que le goteaba de la nariz. Sus compañeros también presentaban un estado lamentable. Aurelio tenía una manga de su camisa arrancada y Rodrigo sangraba de una de sus cejas.

—Gracias —respondió Rafael.

—Y sí, las cosas están muy mal por aquí.

Álvarez se giró de nuevo, al cabo de un rato el vehículo hizo unas maniobras y aparcó.

Estaban en una calle ancha, a las afueras, en una zona industrial cerca del

Besós. Como era festivo, muchas naves y talleres estaban cerrados. Había poco movimiento. De hecho, solo se veía ajeteo frente a uno de los locales. La sede de la CNT parecía una nave industrial más, excepto por las grandes letras grabadas en la fachada sobre la puerta de entrada:

«Sindicato único del arte fabril y textil. CNT».

En el exterior se reunían varios trabajadores. La puerta estaba vigilada por dos hombres armados.

—¿Tenéis reunión hoy? —preguntó Rafael mientras caminaban hacia la puerta.

—No, hoy hay un funeral —respondió Manuel Álvarez, deteniéndose en la entrada.

—Vienen con nosotros —dijo a los hombres que la vigilaban.

Estos procedieron a cachearlos.

—¡Qué cojones tocas! —se quejó Rodrigo.

—Déjalos —se explicó Rafael—, solo se aseguran de que no vamos armados.

—¿Y quién es el muerto? —preguntó, cuando ya franqueaban la entrada.

—Mi hermano.

Rafael se detuvo en seco. La sala estaba repleta de camaradas. Del techo colgaban carteles con multitud de consignas. En un lugar preferente estaba colocado un ataúd abierto.

—Lo siento —respondió en voz baja.

Álvarez hizo un gesto con la mano, queriendo decir «ya nada se puede hacer».

—Esos hijos de puta lo mataron ayer.

Rafael entendió que los «hijos de puta» eran los mismos que desfilaban en la avenida de María Cristina.

—Allí están los baños —añadió, señalando unas puertas al fondo de la sala. Aurelio y Rodrigo se encaminaron hacia allí. Rafael optó por quedarse durante un rato más con el hermano del difunto.

—¿No lo podéis denunciar a las autoridades? —preguntó.

Álvarez sonrió, indulgente.

—¿Autoridades? No sabes quiénes son ellos, ¿verdad? Los *escamots*. Son

grupos paramilitares de las juventudes de Esquerra Republicana y de *Estat Català*. Desde siempre han campado a sus anchas por aquí. Pero, desde enero, con Companys como presidente, son «extraoficialmente» el ejército catalán. Sus dirigentes, Dencàs y Badia, unos asesinos, son ahora los que gobiernan las fuerzas del orden. Uno es el consejero de sanidad y dirigente de los *escamots*, el otro es el jefe superior de la policía. ¿No sabes que desde hace meses no tenemos gobierno civil? El Estado español está ausente de Cataluña.

Un hombre bien vestido, con unas gafas de montura circular, se acercó a ellos, flanqueado por dos hombres más.

—Manuel —dijo, dándole la mano a Álvarez—. No sabes cuánto lo siento.

—Gracias, Andrés.

El hombre miró a Rafael frunciendo el ceño.

—¿Y a usted que le ha pasado?

Rafael se intentó peinar con la mano y colocarse bien la camisa.

—Nada —respondió Álvarez por él—. Le hemos salvado de un encuentro con los de Badia.

—Terrible —musitó en voz baja—. Soy Andrés Nin, cenetista y miembro del partido de la izquierda comunista de España —dijo, dándole la mano.

—He oído hablar de usted —respondió Rafael—. Yo también estoy en el partido comunista, de Granada.

—Espero que haya oído hablar bien. Aunque no somos del mismo partido comunista.

—Sé que usted es miembro fundador. Hay demasiados partidos comunistas en España.

Nin sonrió.

—Sí, será necesario unificarnos, si queremos contar para algo en este país. En Cataluña el panorama es complejo.

—Un gobierno regional que mata a los trabajadores. ¡Como si no tuviéramos suficiente con el Gobierno de España! —se quejó Rafael.

—¡Veo que estás al día! Sí, a los de la CNT nos hostigan pistoleros pagados por la burguesía: nuestros propios jefes. Nos persigue el Gobierno de Lerroix o el de Samper. Y nos acosan desde la Generalidad, con sus cachorros armados. Pueden llamarse *escamots*, o *nosaltres sols* o *juventuts d'esquerra*,

pero todos son lo mismo: nacionalistas excluyentes.

—Y armados —recalcó Rafael.

—Sí, casi todo su arsenal lo requisaron al somatén. Es un grave problema, no podemos luchar contra el nacionalismo, pero podemos transformarlo en un nacionalismo inclusivo. A los comunistas no nos deben importar las naciones, siempre que todos los trabajadores de las mismas estén unidos en una causa común.

—Yo no estoy de acuerdo —intervino Álvarez—. El nacionalismo es nuestro enemigo, nunca podrán ser una verdadera izquierda, cuando anteponen sus ideas racistas a la lucha de clases.

—Tú ahora estás muy afectado, Manuel. En política hay que pensar con la cabeza fría.

—Pues mi cabeza me dice que, si no hacemos pronto la revolución, no estaremos a tiempo.

Andrés se quedó durante un momento con la mirada perdida. Justo cuando Aurelio y Rodrigo se unían al grupo.

—Pronto todo se precipitará —acabó reconociendo Nin—. Companys decretó hace poco la esperada reforma agraria que el Gobierno de Azaña no supo concretar. Pero su ley de contratos de cultivo para los *rabassaires* acaba de ser derogada por el Tribunal de Garantías Constitucionales.

Uno de los hombres que acompañaban a Nin intervino diciendo:

—La *Lliga*, el partido nacionalista de los burgueses catalanes, fue quien pidió su derogación. Pero los nacionalistas lo ven como un ataque del Gobierno estatal.

—Se está redactando otra ley, pero el tribunal ya ha dicho que eso es una competencia estatal —aclaró Nin—. Se volverá a anular.

—Y el fascista de Dencàs lo aprovechará para presionar al *president* —afirmó Álvarez.

—Sí —suspiró Nin—. Companys es rehén de los radicales.

—No entiendo —dijo Rafael—. ¿Qué puede hacer la Generalidad? ¿Con qué fuerzas cuenta, con los *escamots*?

—Apenas con unos cientos de *mossos* y varios miles del *exercit català*, pero estos solo obedecen a Badia y a Dencàs, por eso Companys está en sus manos.

—Están esperando cualquier excusa para proclamar el estado catalán y levantar al pueblo en armas.

Aurelio se llevó las manos a la cabeza, articulando también la sorpresa de sus amigos.

—¡No jodas! ¡Que nosotros somos soldados aquí!

—Pues no te extrañes si se acaba declarando el estado de guerra.

La palabra quedó flotando en el aire, como un mal presagio. Hasta que Álvarez volvió a tomar la palabra.

—Tenemos que hacer algo antes. La CNT debe tomar decisiones importantes muy pronto.

—Es complicado —negó Nin—. Acabo de volver de Rusia, y os aseguro que allí no lo tuvieron tan difícil como lo tenemos nosotros.

Se hizo un momento de pausa en la conversación, que Rafael aprovechó para visitar el baño.

Era un baño sencillo y estaba menos sucio de lo que se había esperado. Frente al espejo vio que la herida del labio apenas se notaba, y con el peine y un poco de agua quedó como nuevo. Le fastidió descubrir un pequeño descosido en su camisa y pensó que lo remendaría en cuanto volviese al cuartel.

Pensar en la costura le hizo recordar a Carmencita. Hacía meses que no la veía, pero se escribían con regularidad. Pronto les darían el permiso de verano; tiempo suficiente para viajar hasta Guadix. Mientras tanto la echaba de menos y sufría por su seguridad. Antes de irse había pedido a su amigo Antonio que cuidase de ella, al ser él en quien más confiaba, y por las cartas de ella sabía que así lo estaba haciendo:

«Antonio es muy amable, me acompaña todas las tardes hasta casa. Yo le digo que no hace falta, y él me dice que no importa, entonces le digo que sé que tú se lo has pedido, y me dice que lo haría, aunque no se lo hubieses pedido. No sabía que fuese tan divertido. Intento que Angelita y Sole también nos acompañen, no me gusta que nos vean caminar a los dos solos, ya sabes cómo es la gente en el pueblo. Además, a lo mejor sacamos algún partido de esto, aunque es difícil ¡Él es siempre tan respetuoso! Pero yo soy persistente, y no desisto en mi papel de Celestina...».

Rafael se miró en el espejo. Se sentía culpable, aunque tampoco estaba

seguro si lo de Cadaqués se podía catalogar como infidelidad. Si Álvarez tenía razón, y declaraban el estado de guerra, ya se podía despedir de su permiso.

Cuando salió del baño, la sala continuaba igual de repleta, pero los grupos se habían redistribuido; sus amigos estaban junto a Álvarez, frente al ataúd, con las manos cruzadas en actitud de respeto, y Nin estaba más lejos, charlando con los dos mismos hombres de antes a los que se había añadido un tercero.

Caminó decidido hacia el centro de la sala, donde estaba situado el féretro y sus compañeros. Mientras caminaba echó una ojeada a Nin, hablaba animadamente con el tercer hombre, al que veía de perfil. Le llamó la atención su cabello rubio. De pronto se detuvo en seco.

Conocía aquel hombre, aunque para nada esperaba encontrárselo allí. Instintivamente se llevó una mano a la cara, como si se rascara la cabeza, para ocultarse y continuó caminando.

—Mi más sentido pésame —dijo al llegar junto a ellos y santiguarse. Se colocó también frente al cadáver con las manos cruzadas, pero intentando dar la espalda al grupito de Nin.

El muerto era un hombre joven, sin barba. Debía ser el hermano pequeño de Manuel. Sintió un escalofrío al verlo allí tendido, sin vida. Pero al cabo de unos segundos preguntó:

—¿Con quién habla Nin?

Todos se giraron a la vez, alarmando a Rafael.

—Ah, es el ruso. Alexander —dijo Álvarez.

—¿De qué lo conocéis?

—Es un asesor, amigo de Nin. Ellos ya han hecho la revolución. Nos enseñan cómo organizarnos. Oficialmente no está en España.

—Por favor, no os volváis a girar —pidió Rafael—. Pero yo conozco a ese hombre, no es ningún asesor. Es un espía, y no está aquí para ayudarnos.

Rodrigo se volvió a girar para mirar al espía.

—¡Joder, Rodrigo! —se quejó Rafael—. Perdón, Manuel —añadió al percatarse del difunto.

—¿Estás seguro?

—Sin duda, no olvidaré esa cara jamás. ¿De qué estarán hablando?

—Quién sabe, hablan en ruso. Andrés es un intelectual polígloto.

—Habrá que avisarle.

Álvarez negó con la cabeza.

—Necesitamos más pruebas, no podemos ir con una acusación así sin más.

El hombre miró a Rafael con el ceño fruncido.

—¿Me enseñas tu carné?

La pregunta era clara, quería ver su carné de la CNT. Quería corroborar su historia.

Por suerte, lo llevaba en su cartera.

—Está bien —dijo el hombre, devolviéndoselo—, haremos una cosa, cuando salga de aquí le seguiremos. Vamos a espiar al espía.

Aurelio miró su reloj.

—Entonces, ¿no vamos a ir al Moulin Rouge?

—Tú haz lo que quieras, yo prefiero ayudar a Manuel.

Alexander no tardó mucho en salir afuera. Le siguieron disimuladamente.

El ruso encendió un pitillo y esperó. Al cabo de unos segundos apareció un coche, un Chrysler marrón. Se subió a él y el vehículo se puso en marcha.

—¡Vamos! —gritó Álvarez.

Los cuatro soldados corrieron tras el sindicalista, que se detuvo frente a una motocicleta aparcada en la acera.

—¡Qué chula! —exclamó Aurelio.

Era una *giler*a deportiva. Álvarez arrancó el motor al primer golpe de pedal.

—¡Sube!

Rafael se sentó detrás de él, en un incómodo asiento metálico.

—Vosotros esperadme aquí —ordenó cuando la moto ya estaba en movimiento.

Siguieron el vehículo de Alexander a cierta distancia. Volvían al centro, recorrieron la Gran Vía hasta la plaza de toros «La Monumental». Rafael pudo ver algunos carteles que anunciaban la próxima corrida: «Ricardo Torres tomará la alternativa...».

No pudo leer más, giraron por la calle Marina; una especie de riera donde el vehículo disminuyó de velocidad. Rafael, agarrado a la cadera del

sindicalista, notó con la mano el bulto inconfundible de una pistola bajo el cinturón del hombre. Giraron un par de bocacalles más, hasta que el vehículo de Alexander se detuvo frente a un gran edificio en cuyos bajos estaba situada la sede de *Estat Català*. Ellos estacionaron la motocicleta un poco más allá.

Que aquel era un local del grupo separatista era evidente; un enorme cartel de más de seis metros cubría toda la anchura del edificio con la leyenda *Estat Català* y una gran bandera *estelada* presidía la entrada del local.

—Cabrón —susurró Álvarez mientras caminaban por la acera de enfrente.

Alexander entró por la puerta custodiada por varios paramilitares uniformados y armados con fusiles. Rafael se fijó en que entró sin problemas, sin identificarse en la entrada.

—Vamos —dijo Manuel, señalando un bar que había más o menos enfrente del local.

Era un bar humilde, de barrio. Se sentaron en una mesa junto a la ventana, desde donde se veía perfectamente el establecimiento.

La sede de *Estat Català* tenía dos grandes vidrieras que flanqueaban la puerta de entrada. Quizás, anteriormente, había sido un establecimiento comercial. A través de los escaparates se vislumbraba parte del interior: algunos sillones y mesas, y una barra de bar al fondo. Parecía un ateneo o local social. En aquel momento había varias personas en su interior. Alexander tomó asiento en un pequeño sofá, sin hablar con nadie.

Ya en el bar les preguntaron:

—¿Qué quieren tomar?

Rafael no había visto acercarse al dueño del bar, un hombre rechoncho, con un delantal no demasiado limpio. De pronto, descubrió que estaba hambriento, que era tarde y que todavía no había comido nada.

—Un bocadillo de tortilla y una caña —pidió.

—Otra caña para mí —encargó Álvarez sin apartar la vista del cristal desde el que podía seguir los movimientos del ruso.

—¿No tienes hambre? —preguntó Rafael.

—Hoy no. Soy incapaz de tragar nada sólido.

Rafael miró al hombre rudo que tenía delante. Aparentaba fortaleza, pero sin duda el duelo por su hermano le minaba por dentro.

«Es natural», pensó.

Estuvieron vigilando durante un largo rato. Les dio tiempo para apurar sus jarras y comerse el bocadillo. Mientras, el ruso seguía allí sentado, sin hablar con nadie.

—¿Vamos a esperar mucho más? —inquirió Rafael—. Ya tienes la prueba de que es un traidor.

—Para mí es una prueba suficiente, pero necesitaríamos algo más para convencer a Nin. Alexander podría dar una excusa convincente de por qué ha entrado ahí. Es un tipo listo ese ruso. Si supiéramos el motivo...

Ya estaba avanzando la tarde cuando vieron a otro vehículo detenerse ante la puerta. De él bajó un hombre elegantemente vestido con traje claro, corbata a rayas y sombrero panamá, acompañado por una mujer de esbelta figura, vestido largo y zapatos altos de tacón.

Álvarez se revolvió en su silla.

—¿Quiénes son?

—El hijo de puta que ha matado a mi hermano. Miquel Badia, el jefe de policía.

Álvarez tenía los ojos inyectados en sangre. Con su mano derecha sacó la pistola que guardaba e hizo ademán de levantarse. Rafael sujetó su brazo con fuerza.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Ni siquiera te podrás acercar a él.

—Mi hermano yace muerto en su féretro, y ese canalla se pasea tan campante de la mano de su puta.

Rafael intentó tranquilizar al hombre.

—Siéntate, por favor, y respira. Recuerda que la venganza en caliente no es venganza, sino locura. ¿Quién es la mujer? Explícame.

—Su amante, Carme Ballester. Una zorra que también es amante de Companys.

—¿El *president*?

—Sí, ya ves, una mujer que le fascina el poder. Su marido es el mayor cornudo de Cataluña.

La última frase la dijo con una sonrisa en la boca. Rafael se alegró; parecía que el hombre se estaba controlando.

Observaron cómo los recién llegados se acercaban al ruso, que se levantó,

estrechó la mano al hombre y besó la de la mujer.

—Parecen muy amigos —susurró Rafael.

Charlaron de pie, sin volverse a sentar.

—¿Con eso tienes suficiente?

—Quizás... Espera, que entra alguien más.

Un hombre con gafas de montura redonda estaba traspasando la puerta en aquel momento. Rafael lo podría haber confundido con Nin, pero el hombre tenía menos pelo y lo llevaba muy engominado, peinado hacia atrás.

—¿Es Dencàs! El *conceller* —exclamó Álvarez.

—¿El de sanidad?

—El mismo, algo se está cociendo aquí. ¡Joder! Ojalá pudiésemos saber de qué va todo esto.

—Quizás lo podamos averiguar —musitó Rafael, pensativo.

Dencàs se reunió con los otros y caminaron todos juntos hacia la izquierda, desapareciendo de la vista.

—Me acabas de decir que no me acerque. ¿Y quieres ir tú? —dijo Álvarez, leyéndole el pensamiento—. En cuanto abras la boca, te echan a patadas.

—No hace falta que hable —respondió, guiñándole el ojo.

Todavía conservaba los brazaletes y las banderitas que le habían dado en el desfile. Se colocó uno, con la bandera *estelada*, en el brazo. Después, dobló una de las banderitas, dejando a la vista el logotipo de los separatistas: un águila con un escudo en el pecho y una estrella sobre su cabeza. La fijó en el ojal de su camisa, a modo de insignia.

—Espérame aquí —dijo al sindicalista.

Álvarez le miró entre sorprendido y divertido.

—Si no sales en una hora, entraré a buscarte —avisó, golpeando con la mano la zona donde escondía el arma.



Rafael cruzó la calle con paso decidido, se encaminó directamente hacia la puerta de entrada, sin titubeos. Al acercarse a los hombres que la custodiaban, levantó la mano con los cuatro dedos extendidos y gritó:

—*Visca Catalunya!*

Sin darles tiempo a replicar, abrió la puerta y entró. Por un segundo temió que le siguieran. Pero no fue así, había accedido sin problemas. Le chocó la falta de precaución, ni siquiera le habían cacheado.

Miró a derecha e izquierda, buscando la presencia del ruso. Pero ni él ni sus amigos estaban entre los presentes. Solo vio a la mujer, la amante, que estaba sentada en la barra del bar con una copa en la mano.

El resto de las personas eran hombres jóvenes. Rafael se fijó en ellos; ni eran obreros ni jornaleros, no tenían callos en las manos, ni su piel estaba curtida. Eran jóvenes muy diferentes a los que había visto en el local de la CNT. Charlaban distendidos, alegres. Muchos de ellos llevaban cuidados flequillos, uñas impecables...

Sobre las mesitas del salón había varios ejemplares del boletín *Ara*, la gaceta propagandística de *Estat Català*. Y una música melódica sonaba en un moderno gramófono. Era el último disco de Carlos Gardel; en ese momento, el aparato entonaba *Mi Buenos Aires querido*.

Caminó hacia la barra, se apoyó de espaldas a ella, a unos metros de la mujer, a quien saludó con un movimiento de cabeza. Carme se fijó en él y se acercó lentamente, insinuante, con su copa en la mano. Era una mujer de unos treinta y cuatro años, atractiva y segura de sí misma.

—*Hola, maco. ¿Busques alguna cosa?* —preguntó una vez estuvo a su lado.

Rafael sonrió, y sin cambiar de pose le respondió:

—Tengo un mensaje para Alexander.

Ella alzó una ceja. Estaba sorprendida.

—Ah, vienes con él.

—Lo estoy buscando.

La mujer hizo un gesto al camarero, y pidió un güisqui con hielo para Rafael.

—No hace falta que me invite, señora.

—¿Señora? ¿Tan mayor te parezco? —dijo, aparentando estar ofendida.

—En absoluto. ¿Prefiere que la llame señorita? Veo que lleva anillo de casada.

Rafael señaló con la mirada la mano de la mujer, después añadió en un tono risueño:

—Me parece una dama de gran belleza. Y sospecho que muy inteligente.

—Adulador. Pero me gusta que me adulen. Puedes llamarme *Carme*. Tu amigo ahora está reunido, tendrás que esperar.

Carme miró de reojo a unas escaleras que bajaban al sótano.

—Me desconcierta que su esposo la haya dejado aquí sola; no es muy decoroso.

—He venido con un amigo. Y al parecer, alguien no quería tenerme presente en la reunión.

Rafael simuló asombro, y exclamó:

—¡Acompaña usted a Badia!

Ella le miró, con los ojos achinados, sopesándole. El camarero le dejó el güisqui sobre la barra y Rafael lo cogió.

—Somos compañeros de partido, compartimos ideología.

Rafael dio un sorbo a su vaso.

—Sin embargo, «alguien» desconfía de usted.

Carme dio un largo trago, consumiendo todo el líquido de su copa. Al acabar se encogió de hombros.

—Sospecho que hablarán de Lluís, de todas formas, me acabaré enterando.

—¿De Companys?

—Sí, creen que es un político mediocre y Dencàs aspira a sustituirlo.

—¿Companys también es «amigo» suyo?

—El problema del *president* es que tenía una esposa vulgar, débil, sin ambiciones. Por suerte, se acaba de separar de ella.

—¿Y eso le hacía mediocre? —preguntó Rafael—. Usted cree que detrás de un gran hombre, siempre debe haber una gran mujer.

Carme pidió otra copa al camarero antes de responder:

—Detrás, al lado, o delante. No importa, un hombre necesita siempre a una mujer que le dé confianza, que le anime en el momento de actuar, que le aconseje a la hora de decidir.

—Una mujer como usted.

Ella le brindó una sonrisa sibilina, enigmática y sensual a la vez.

—Los hombres sois capaces de hacer cualquier cosa por una mujer.

—Sin duda —dijo, dejando su vaso sobre la barra—. Voy a ver si mi «amigo» me puede atender.

Se despidió de Carme con una inclinación y caminó hacia las escaleras del sótano.

En un rellano, el tramo giraba a la derecha. Descendió tres escalones más y se detuvo. Se oían unas voces apagadas. Asomó la cabeza por la esquina y descubrió una gran sala en la que había varios sofás de piel, más allá una mesa de billar y al fondo un mueble bar. Los tres hombres estaban junto al mueble, sirviéndose unas bebidas.

Rafael entrevió a Alexander de perfil, pero no dudó que era él. Aunque, ahora que se fijaba, presentaba una fea cicatriz en la mejilla, bajo la nariz. Miró hacia atrás, nadie bajaba por las escaleras, pero no podía quedarse allí. Aprovechando que todos estaban de espaldas, se escurrió hasta el sofá más cercano y se escondió debajo. El espacio era tan estrecho que apenas podía respirar, pero gracias a una banda de flecos en la parte inferior del diván, quedó totalmente oculto a cualquier mirada.

—... Pronto pasaré a ser «*conceller de Governació*» —la voz de Dencàs se aproximaba hacia el sofá—, entre ambos tendremos el control total de las fuerzas catalanas.

—¿Y el control del *president*?

La voz de Alexander, con su fuerte acento ruso, era inconfundible.

—No hay problema, la presión sobre él será insoportable; las juventudes de Esquerra harán lo que nosotros dictemos.

Rafael notó cómo los hombres se sentaban en los sillones y el sofá.

—Lo que nos interesa —dijo Badia con voz autoritaria— es tener el apoyo de las potencias extranjeras.

—Amigo Miquel, por eso no debes preocuparte. Tanto Hitler como Stalin reconocerán el nuevo estado. Cuando deis el paso, España quedará rota para siempre.

El aliento del ruso reconfortó a los dos separatistas.

—Mi amigo Mussolini también nos ofrece todo su apoyo —afirmó Dencàs, satisfecho.

—Apoyo «moral». —La voz de Miquel Badia sonaba despectiva—. *Collons!*, con apoyos morales no se gana una guerra.

—Tenéis armas y miles de hombres —comentó el ruso—. Y lo más importante, la Generalidad domina los medios de comunicación locales.

—¡Ja, ja! —exclamó Miquel—. Los *escamots* están bien para desfilas y perseguir anarquistas... Pero no para hacer una guerra. Esos niños de papá se cagarán cuando vean al ejército. Te lo digo yo. Una cosa es unirse a las *joventuts* para cabrear a sus padres, la mayoría seguidores de Cambó, y otra muy diferente es dar la vida por la patria.

—No será necesario que ellos den su vida —le tranquilizó Dencàs—, el pueblo catalán será el que se levante contra el ejército invasor.

—Exacto —afirmó el ruso—, ahí está la clave. Hay que hacer que el pueblo se movilice. Por eso es imprescindible el control de los medios, y también es necesaria la implicación total del *president*. El día que suceda hay que hacer creer al pueblo que el alzamiento es imparable, que el resto de España os apoya, que todos los poderes nos secundan. El *president* debe ser contundente por la radio, categórico, su discurso triunfante, su actitud segura. Tenemos experiencia en esto. Os podremos ayudar.

—No sé si Companys estará a la altura —comentó Dencàs—. Es una lástima que el viejo Macià se muriera.

Hubo una pausa en la conversación. Rafael imaginó que los hombres estaban degustando el licor de sus copas. Finalmente volvió a oír la voz de Alexander, como un susurro, marcando las palabras.

—Toda causa necesita su mártir. Durante la revuelta, Companys podría morir, como un patriota. Y el nuevo estado independiente podría tener un

nuevo *president*, más autoritario.

Estaba claro que el ruso se refería a Dencàs.

—Si queréis el apoyo total de vuestros aliados —añadió—, debéis acabar con el anarcosindicalismo, el trotskismo debe desaparecer.

—Companys tiene demasiados amigos en la CNT —dijo Badia—. No podemos eliminar a Nin. El *president* podría tomar represalias.

—Yo me puedo ocupar de Nin —se ofreció el ruso—, vosotros ocupaos del resto.

El ruso hizo una nueva pausa antes de seguir.

—A Stalin le preocupa la situación en España. Cuando acabe su depuración solo habrá un comunismo en el mundo; el nuestro. No podemos permitir que aquí se instaure un comunismo libertario; la palabra «anarquismo» debe quedar maldita para siempre. Anarquismo será sinónimo de desorden, caos, confusión, indisciplina...

Rafael estuvo a punto de moverse en su incómodo escondite. Estaba indignado. Intentar manipular así las personas; «¿dónde se ha visto?». Había asistido a muchas reuniones de obreros, de trabajadores de la CNT, allí nadie perseguía el desorden. Al contrario, estaban buscando una nueva forma de organización social, más libre, más igualitaria y justa: Eliminar las jerarquías, trabajar en red, fomentar la cooperación. Hizo un esfuerzo mental para tranquilizarse y seguir escuchando.

—No te preocupes —dijo Badia—. Si tú te ocupas de Nin, nosotros nos encargaremos de acabar con todos esos sindicalistas españoles. Esos hijos de puta vienen a Cataluña, les damos trabajo y nos lo agradecen revelándose contra nosotros. Cuando seamos un estado los expulsaremos a todos. Los verdaderos catalanes saben reconocer a su amo, no se revuelven contra él y saben ser agradecidos.

—No solo es necesario preservar la jerarquía —intervino Dencàs— sino el mismo concepto de «jerarquía».

Rafael notó cómo Dencàs se removía en su asiento antes de seguir hablando.

—Amigo Alexander, todavía no nos has explicado qué contraprestaciones esperan nuestros aliados por su apoyo.

Alexander sonrió abiertamente.

—Eres suspicaz, amigo. Hitler estará contento si puede contar con un país amigo al sur de Francia. Ya veremos, cuando seáis independientes quizás os interese un acuerdo militar. Quizás Alemania pueda tener alguna base de operaciones en vuestro territorio; un acceso al Mediterráneo. En cuanto a Stalin, bueno, ya os lo he dicho, el comunismo español debe ser estalinista, o no ser nada. Una Cataluña en el eje alemán acercaría al resto de España a las posiciones soviéticas.

—¿Y tú? —preguntó Badia—. ¿Qué esperas sacar tú de todo esto?

—Mis pretensiones son humildes, podría volver a España de forma oficial, como director del NKVD —policía secreta soviética— y asesorar a un nuevo Gobierno amigo sobre temas de seguridad. He oído decir que el Banco de España cuenta con unas inmensas reservas de oro. Los últimos vestigios del antiguo imperio.

Alexander calló un momento mientras se encendía un pitillo. Después soltó:

—¿No deberíais reclamar parte de ese oro para vuestro nuevo estado?

—¡Maldición! ¡La mitad de ese oro pertenece a Cataluña! —gritó Badia, exaltado.

El mismo Alexander intentó apaciguarle.

—Tranquilo, todo a su debido tiempo. Ahora hay que preparar el primer paso. Convencer al *president*. En vuestro país no pasan más de cuatro meses sin revueltas importantes, hay que aprovechar la primera oportunidad para dar el golpe.

—La injerencia del constitucional en nuestro autogobierno ayuda a mantener los ánimos caldeados —comentó Dencàs—. Pero el *president* está en contacto con Semper para buscar una fórmula que permita a la nueva ley de cultivos adaptarse a la constitución.

—¡Puto Companys! —gritó Badia—. ¡Hay que romper esas negociaciones!

—Déjalo en mis manos, Miquel —afirmó Dencàs—. Tú preocúpate de que los *mossos* y los *escamots* estén preparados. Nuestro gran día está próximo.

Badia se levantó del sillón para palmear el hombro de Dencàs.

—¡Pronto tendremos un *president* de verdad, un *president* del *Estat Català*! *Visca el president Dencàs*!

Rafael oyó cómo el júbilo de Miquel Badia se interrumpía por un ruido

que provenía de las escaleras. Alguien bajaba al sótano. Pudo ver cuatro botas militares detenerse cerca de él.

—*Qué voleu vosaltres!* —gritó el jefe de policía, colérico.

—Señor —dijo uno de los recién llegados—, nos informan de que hay un intruso en la sede.

—¿Y lo buscáis aquí?

Rafael se puso tenso. Oyó una respiración jadeante en su cogote, giró la cabeza y descubrió horrorizado el hocico de un pastor alemán asomando entre los flecos del sofá.

—¡Está aquí debajo! —gritó uno de los uniformados cuando el perro comenzó a ladrar.

Lo sacaron a tirones de su escondite. Al principio se resistió, pero los paramilitares llevaban fusiles de asalto, así que acabó por levantar las manos.

—¡Quién cojones eres! —exclamó Badia a dos centímetros de su cara.

Alexander lo apartó con la mano para observar mejor al espía.

—Yo te conozco —dijo, acariciándose la cicatriz de su cara.

—Es un espía de la República. Un espía español —acabó diciendo.

—¿Quién te manda? —preguntó Dencàs.

Rafael se mantuvo callado.

Badia le golpeó en la cara con la mano abierta.

—¡Responde! —le conminó.

Rafael levantó la mandíbula de forma que el golpe dio en el hueso, sonando hueco.

—No me envía nadie. Soy un soldado de permiso y estoy aquí por casualidad. Pensaba que era un bar de copas.

Alexander sonrió. Badia estaba dispuesto a volverle a golpear, pero Dencàs le detuvo.

—Registradle —ordenó a los guardias.

Sacaron su cartera del bolsillo y la entregaron a Dencàs.

—Cabo Fernández. Así que estás en el ejército —musitó—. Ajajá, carné de la CNT. ¿Trabajas para Nin?

—No sé de quién me hablas.

—Puto andaluz —susurró Badia, asqueado.

—Trabaja para el teniente coronel Herrera —explicó Alexander.

—Nos tenemos que deshacer de él —propuso Badia.

—Sí, pero no aquí. No en nuestra sede —admitió Dencàs—. Atadlo.

Los paramilitares le ligaron de manos y le pusieron una venda en los ojos y otra sujetando un trapo sucio dentro de su boca. Sintió náuseas primero, y después como si se ahogara, hasta que se concentró en respirar profundamente por la nariz.

Subieron las escaleras y le empujaron dentro de un cuarto, cayó al suelo y alguien le ató también los pies. Después, por lo que intuyó, cerraron la puerta y lo dejaron solo. ¿Qué hacer? Ya habían dicho que se iban a «deshacer» de él; lo iban a matar. No podía quedarse impasible y tenía que pensar en algo.

Se arrastró por el suelo hasta que su cabeza chocó con una de las paredes. Restregó la cabeza contra la misma, intentando que la venda de los ojos cediera lo suficiente para ver algo. La habitación estaba a oscuras. Era una especie de despacho. Desde el suelo no podía distinguir casi nada. Intentó ponerse en pie, pero le habían atado los pies hasta la altura de las rodillas; era muy difícil. Utilizó de nuevo la pared para conseguirlo. Una vez estuvo erguido, pudo ver mejor la habitación: una mesa, una silla y un mueble escritorio. Por suerte observó sobre la mesa algo que podría utilizar; un abrecartas de metal, pequeño, pero no veía otra cosa a mano.

Dio varios saltos hasta la mesa, y de espaldas a ella intentó coger la pequeña herramienta. Tanteó a ciegas un rato sin lograr cogerla. Oyó ruido detrás de la puerta, al parecer venían a por él. Pensó que no conseguiría atrapar el maldito abrecartas a tiempo, pero al fin lo pudo coger, se arrodilló y se dejó caer al suelo, justo en el momento que abrían la puerta.

—¡Sujetadlo! —dijo la voz de Badia.

Entre dos tipos le cogieron en volandas. Uno al observar un resquicio de su venda, se la recolocó para que no pudiese ver. Un coche en marcha le esperaba junto a la entrada del local. Había anochecido. Lo lanzaron a los asientos de atrás del auto y enseguida se puso en movimiento.

Rafael sujetó el abrecartas con una mano, introduciéndolo entre dos cuerdas y comenzó a cortar, consciente de que no era tarea fácil. Con el traqueteo, la venda de los ojos volvió a caer un poco; observó a los dos hombres sentados delante. El que no conducía llevaba un arma, que parecía una escopeta, estaba girado vigilándolo, le golpeó con el cañón en los riñones.

—*Qué fas!*—El que conducía era Badia—. No dispaes dentro del coche, esta tapicería es nueva, espera a que lleguemos.

Rafael deseó que el lugar al que le llevaban estuviese lo suficientemente lejos. Necesitaba unos minutos para acabar de cortar la cuerda.

Subían por una carretera con muchas curvas. Badia conducía a bandazos. Aun así, por fin la cuerda cedió; sus manos quedaron libres.

No se lo pensó dos veces, apoyó las manos en el asiento y catapultó sus pies atados contra el conductor. El coche se desbocó y dos segundos después se estrellaron contra un árbol.

Rafael se golpeó las rodillas, los hombros y la cabeza, pero agradeció conservar el conocimiento. Con las manos libres, abrió la puerta y se arrastró fuera del coche.

Intentó quitarse las ataduras de los pies. Miró de reojo los asientos de delante, el acompañante estaba aturdido o desmayado. No podía ver al conductor. Se encontraban en una zona desolada, uno de los caminos solitarios de acceso a la montaña del Tibidabo.

Ya casi se había deshecho de las ligaduras, cuando oyó un ruido al otro lado del coche. Se irguió y se encontró con Badia que le apuntaba con un máuser por encima del capó. No tenía dónde esconderse, y se temió lo peor.

Un disparo sonó atronador en el silencio de la noche. Rafael se sorprendió al no notarse herido. Pronto reparó que el tirador no había sido Badia. Al otro lado de la carretera había un hombre de pie, a horcajadas sobre una moto, con una pistola humeante en la mano.

—¡Vamos, Rafael, muévete!—gritó Álvarez.

Rafael corrió rápido hacia su amigo, mientras se deshacía de las ligaduras. Otro disparo volvió a sonar; esta vez sí había sido Badia. La bala silbó no muy lejos de su cabeza. Saltó sobre el asiento trasero de su moto *gilera*, Álvarez disparó una última vez antes de arrancar y salir huyendo por la estrecha y serpenteante carretera.

Se había hecho muy tarde. El local de la CNT ya estaba cerrado, Rodrigo y Aurelio habían cogido el último tren hacia Figueras.

—Te van a meter un puro—bromeó Álvarez mientras le dejaba en la estación de Francia, a la espera del primer tren de la mañana.

Rafael sonrió. No le preocupaban las posibles sanciones o castigos, había salvado la vida por los pelos; todo lo demás era asumible.

—Me has salvado la vida. Te debo una.

—No me debes nada, la información que nos has proporcionado es importante.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. Dentro de unas horas, al amanecer, enterraremos a mi hermano. Era un buen chico. En serio, él sí era un buen chico.

Álvarez hizo una pausa antes de seguir. Rafael sabía que pensaba en el asesino de su hermano, o en quien él creía que era su asesino.

—Hoy se me ha escapado. Pero algún día acabaré con él. Se la tengo jurada.

—Eso no te devolverá a tu hermano.

Álvarez volvió a subir sobre su moto y arrancó.

—No. Pero traerá paz a mi alma.

Máquina y hombre desaparecieron, estruendosos, por el Arco de Triunfo de la ciudad.

Rafael llegó tarde a diana, solo media hora, pero tarde. El capitán del cuartel le interrogó exhibiendo su mejor cara agria. Rafael le explicó por encima su aventura, sin entrar en demasiados detalles.

El capitán no pudo disimular su regocijo por lo que le explicó el cabo. El episodio de lanzar bombas incendiarias al desfile de los *escamots* parecía satisfacerle especialmente.

—Así que esos cabrones te retuvieron contra tu voluntad —dijo para sí.

Al final se acercó al cabo y le dio unas palmaditas amistosas en la cara.

—Tienes cojones, Fernández. No te puedo salvar del calabozo esta semana, pero me gustan tus cojones, cabo.

Rafael no supo cómo tomarse el cumplido. No, el capitán no pudo evitarle el calabozo, pero antes de acabar la semana, una visita inesperada sí le levantó el castigo.

Guadix, verano de 1934

Desde la ventana del tren, Rafael contemplaba el paisaje árido de una tierra conocida. Las primeras luces del amanecer levantaban destellos rojos sobre los cerros descarnados de la sierra almeriense.

Durante la noche solo había dormido a ratos, y ahora le dolía la espalda.

«Qué grande es España», había pensado más de una vez. El viaje parecía interminable.

Estaba nervioso. Volvía a casa después de casi seis meses. Su primer permiso largo había llegado de forma inesperada. Pronto vería a su familia, a su madre, su sobrinita... a Carmen.

Pensar en Carmen le recordó a su amigo Antonio.

—Los dirigibles deberían hacer la ruta de Sevilla a Barcelona, no a Buenos Aires —pensó—. ¿Quién hace la mili en Argentina? De todas formas, tampoco podría pagarse el billete. Qué más da.

Durante el trayecto se había cansado de pensar en ambos. De darle mil vueltas a la cabeza. La voz de Carmen por teléfono, su tono...

—¡Vuelvo a casa!

—¡Qué bien! Así podremos hablar...

«¿Podremos hablar?». ¿Qué significaba eso? Conseguir el permiso había sido algo atípico, sorprendente, Carmen se debería haber alegrado mucho. En todo el cuartel él era el único con permiso de verano. La situación política en Cataluña era muy delicada, el acuartelamiento estaba en situación de alerta máxima.

Llevaba dos días en el calabozo, aburrido como una ostra, cuando el capitán le visitó. Vestía un uniforme impecable, el rostro recién afeitado, el pelo engominado.

—Cabo, sígueme. Te quieren ver.

Rafael siguió en silencio a su capitán. Caminaron hasta su oficina. Antes de entrar, el capitán le instó a que se arreglase la camisa. Solo entonces llamó a la puerta de su propio despacho. Una voz contestó desde el interior.

—Adelante.

Entraron en la dependencia. En ella estaba un hombre uniformado, sentado en la mesa del capitán. Antes de ver sus galones, Rafael oyó decir a su superior.

—El cabo Fernández, mi general.

Al momento Rafael se puso firme y dijo:

—A las órdenes de usía, mi general —dijo, aun sin estar seguro de si era ese el tratamiento correcto.

El general Batet, capitán general de Cataluña, no levantó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Gracias, capitán. Puede retirarse.

El capitán dejó la estancia con un sonoro golpe de tacones. Rafael se quedó en posición de firme, mirando al general que seguía absorto en su lectura. Era un hombre sesentón, con bigote militar y con unas gafas de varilla que sujetaba en la punta de su nariz.

Cuando al fin alzó la vista, lo contempló por encima de las gafas unos instantes, antes de dirigirse a él.

—Cabo Rafael Fernández García, de Guadix. Eso está cerca de Granada.

Rafael no supo si era una pregunta o una afirmación. Al final optó por responder.

—Sí, mi general.

—Militante de la CNT y del partido comunista. De profesión albañil.

El general se levantó y se acercó a él lentamente.

—A parte de todo eso, ¿eres un patriota?

—Sí, mi general.

—Has vacilado —dijo con voz neutra, como constatando un hecho.

—Me han explicado tu «excursión» a Barcelona del otro día. Tuviste un encuentro con un «ruso». ¿Era Alexander Orlov?

—No lo sé, mi general. No recuerdo su apellido.

El general Batet se acercó más a él. Rafael pudo oler su aliento ligeramente agrio.

—Mira cabo, yo también soy un patriota. Fui leal al Rey, y ahora soy leal a la República. ¿Sabes qué es para mí ser un patriota? Es ser fiel a España, defenderla de sus enemigos, externos e internos. Un buen soldado se dedica a

evitar guerras más que a ganarlas. ¿Estás de acuerdo?

Rafael le miró directamente y asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, mi general.

Batet caminó de nuevo hacia la mesa, dándole la espalda.

—En ese caso, quiero que me lo expliques todo. Descansa, y no vuelvas a decir «mi general» después de cada frase; me da dolor de cabeza.

—Sí, mi...

Batet cogió una fotografía de la mesa y se la mostró a Rafael.

—¿Es este el ruso?

—Sí, es él.

—¿Seguro? Porque nuestro embajador en Moscú me ha informado de que este hombre está ahora allí, y oficialmente ha estado en la capital rusa todo el mes.

—Seguro, es él.

—Bien. Entonces, empieza por el principio, a qué hora llegó vuestro tren a la estación de Francia...

Durante más de dos horas el general interrogó exhaustivamente al cabo. Le interesaban todos los detalles: «cómo era su tono cuando dijo eso», «qué sentiste en ese momento», «cómo iba vestido», «de qué color era el coche». Al acabar, Rafael se sorprendió de la cantidad de información que llevaba en su cabeza sin ser consciente de ello.

—Bien, hijo —acabó diciendo el general—. Herrera tenía razón cuando me habló de ti. Eres un buen soldado.

Rafael no dijo nada, llevaba demasiado tiempo hablando.

—Así que, en definitiva —reflexionó el general—, solo cuentan con la sublevación civil. Esa es su baza. Esperan que nuestro contragolpe sea tan desproporcionado que avive la ira del pueblo y se levante contra nosotros. Todos esos viajes de Ventura a Bélgica para comprar fusiles y ametralladoras no les servirán de nada si no tienen un pueblo alzado. Disponen de un ejército de cobardes. Lo tendremos en cuenta —añadió con media sonrisa en los labios.

—Usted debería hablar con el *president* Companys. Evitar ese golpe rupturista.

La sonrisa del general se tornó amarga.

—He hablado muchas veces con él. No es tan fácil. Pero volveré a hacerlo, sí.

—Cabo, ¿no has pensado reengancharte cuando acabes el servicio? Nuestro ejército necesita hombres como tú. Ingresarías directamente como sargento.

—Gracias, mi general, pero no me atrae la carrera militar.

—De todas formas, ordenaré al capitán que lo formalice en tu expediente, así te lo puedes pensar durante estos meses. Retírate. Pero recuerda tu orden de confidencialidad.

—Sí, mi general.

Rafael ya se disponía a salir cuando el general le volvió a llamar.

—Un momento —dijo—. Todavía no has ido a tu pueblo, ¿verdad?

—No.

—Te voy a firmar un permiso de dos semanas. Descansa, sal con tu novia y vuelve con fuerzas renovadas, nos esperan días complicados.

—¡Mil gracias, mi general!

El tren estaba ya llegando a la estación de Guadix. Una punzada de nostalgia avispó el corazón de Rafael al volver a ver los caminos y las veredas por los que tantas veces había transitado. Tenía la impresión de recuperar algo que había perdido.

«No, no es la sensación de que esta es mi tierra, es al revés, es la convicción de que yo le pertenezco; yo formo parte de ella», pensó.

Por un momento, imaginó verse a sí mismo caminando por la *ramblilla* del Marqués, como tantas veces había hecho. Podría ser uno de los cuadros de Dalí; él desde el tren observando como «otro» Rafael, más joven, casi un niño, levanta la cabeza del camino polvoriento para mirar el convoy, y saludar risueño con la mano.

El pitido de la máquina le despertó de su ensoñación. Estaban a punto de parar en la estación. Rafael se levantó y con el petate a cuestas caminó por el pasillo hacia la puerta. Llegaban antes de la hora prevista, solo otro hombre de mediana edad también se levantó. No le sonaba su cara, no debía ser del

pueblo. La estación estaba vacía a esa hora tan temprana. Pensó que quizás vería a su cuñado, Florentino, si es que trabajaba en aquel turno.

El aire de la mañana era fresco. En pocas horas el calor sería asfixiante, pero de momento se agradecía la temperatura. Los olores de su tierra volvieron a aguijónar su añoranza. No vio a nadie conocido. El otro hombre entró en la estación, él cruzó las vías hacia la carretera, bordeando el apeadero.

Caminó por un pequeño sendero que atajaba hasta la carretera de Baza. Desde allí vio cómo una pareja se dirigía hacia la estación. Antes de subir las escaleras, ellos también lo vieron.

Era Carmencita acompañada por su amigo Antonio. Levantó la mano para captar su atención y le dijo algo al hombre:

«Espera aquí» —adivinó Rafael.

Acto seguido, caminó a su encuentro.

A Rafael le palpitó el corazón con fuerza al reconocer aquellos andares elegantes y el contoneo de su cuerpo. Se reunieron a mitad de camino, apenas treinta metros de donde esperaba Antonio.

Los mismos ojos grandes, la misma sonrisa amplia, pero también algo diferente, sutil, una línea de tristeza bajo sus ojos.

—Hola.

—Hola —respondió él mientras acercaba su mano a la mejilla de la chica. Ella cogió la mano y la mantuvo entre las suyas—. ¿Cómo estás?

Rafael se inclinó para besarla. Fueron dos besos en la mejilla. Notó cómo su rostro ardía en sus labios.

—Bien, ¿y tú?

Rafael solo sonrió. Cogidos de la mano, quiso andar hacia la estación, pero ella tiró de él en sentido contrario.

—Ven, vamos a hablar —dijo con voz temblorosa. Y caminaron varios pasos en silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

Lo miró con ojos vidriosos.

—Muchas cosas, Rafael. No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio. ¿Ya no me quieres?

—No eso, no es eso...

—¿Entonces?

Bajó la mirada para responder.

—Las cosas han cambiado, con el nuevo Gobierno, el poder ha vuelto a manos de los de siempre. Pero mucho peor que antes.

—Has tenido problemas con Genaro.

—Ahora son requetés... Se pasean uniformados y armados por las calles, con la aprobación del nuevo alcalde y la Guardia Civil. Sí, se han metido conmigo. Más de lo que te he explicado en las cartas. Si no hubiese sido por Antonio... Se ha portado como un valiente, la última vez casi lo matan.

—¿Te ha acompañado a todas partes?

—Sí, aunque últimamente casi ni salimos. Rafael, no se puede vivir en este pueblo. Atacaron la sastrería, rompieron los cristales y escribieron cosas horribles. Don Julián me ha pedido que no vuelva.

—¿Te ha despedido? —preguntó Rafael, disgustado.

—Sí, pero no le culpo. Era eso o arriesgarse a que la sastrería ardiese cualquier noche.

—¿Por qué no me has explicado todo esto?

—¿Para qué? ¿Para ponerte mala sangre? Suerte que Antonio siempre ha estado a mi lado. Es muy bueno y muy inteligente, le han concedido una beca para estudiar en la escuela de ingenieros de Aerotecnia, en Madrid.

Rafael se sorprendió.

—Entonces, se va.

—Sí, y me ha pedido que me vaya con él.

Rafael se detuvo en seco y cerró los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas.

—Pero, pero... No te vayas, mis hermanos cuidarán de ti...

—Paco, ¿va a dejar a la «civilera» para cuidarme? Y tu hermano Antonio solo es un crío. Además, no es eso...

—Ya, tú te quieres ir con él.

—He conseguido un puesto de oficiala modista en una firma importante de Madrid. Es lo que siempre he soñado. Quedarse aquí es morir.

—Pero ¿tú le quieres?

Rafael levantó el mentón de la chica con el dorso de la mano. Su cara estaba cubierta de lágrimas. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Carmen

asintió con la cabeza.

Rafael notó que una nube se instalaba en su mente. Sus temores se confirmaban. Se giró hacia donde esperaba su «amigo» Antonio. Traidor. Volvió a mirar a Carmen con la esperanza de haber visto mal; quizás, en realidad había negado con la cabeza. Pero no, su mirada la delataba, estaba enamorada de Antonio y se iba a ir con él.

Con los puños cerrados y los nudillos blancos, Rafael caminó a paso decidido hacia Antonio. Carmen le siguió medio corriendo.

—Rafael, déjalo, por favor —le suplicaba.

Antonio estaba de pie, bajo la marquesina de la entrada a la estación, con su sombrero entre las manos. Mirando de frente a su amigo. Al acercarse pudo ver un enorme hematoma en su ojo izquierdo y el labio partido. Su aspecto era deplorable. Sin duda obra de Genaro y su gente. Pero lo peor de todo era su mirada, abatida, culpable...

En su mente se agolpaban sentimientos contradictorios, deseaba con todas sus fuerzas golpear al traidor, pero a la vez también deseaba abrazar al amigo. Al llegar frente a él solo pudo decir:

—Joder, Antonio. Joder.

De forma impulsiva golpeó la columna metálica de la marquesina, el dolor se transmitió por todo su brazo.

—Lo siento, Rafael —susurró Antonio.

Rafael giró la cara para no mirarle y para que él no viera las lágrimas que acudían a sus ojos.

Carmen llegó hasta ellos.

—Rafael... —comenzó a decir, pero él levantó una mano para hacerla callar. No quería escuchar nada más. Sin mirar a ninguno de los dos, les dio la espalda y caminó raudo de nuevo hacia la carretera.

A la altura de las nuevas instalaciones del club de fútbol, ya se le habían secado las lágrimas de sus ojos, pero persistía el dolor en la mano. Observó cómo se comenzaba a inflamar. Desde la otra punta de la calle dos figuras conocidas se acercaban hacia él. Eran Paco y Antonio, sus hermanos.

—¡Rafael! ¡Guapetón! ¡Ven aquí! —gritó Paco con los brazos abiertos.

Los abrazó con fuerza. Paco le quitó la mochila y se la dio a Antonio.

—Vaya. Vuelves hecho un hombre —le dijo en tono burlón.

—¡Pero si se te saltan las lágrimas! —añadió Antonio.

—Calla enano —respondió Rafael, revolviendo el cabello de su hermano pequeño. Se sentía realmente contento de volverlos a ver.

Durante el trayecto hasta casa, sus hermanos le pusieron al día de todo lo que se cocía en el pueblo. Cuando llegaron a la cuesta de la cueva el calor ya comenzaba a picar. Las gallinas correteaban por el patio y su madre salió por enésima vez a la puerta de la casa, secándose las manos con un trapo, para ver si llegaban ya. Esta vez sí subían sus hijos por la cuesta.

Rafael la miró con una sonrisa, se conmovió de verla tan guapa, tan delgada y grácil después de haber tenido tantos hijos. Estaba como siempre, pero la veía con nuevos ojos. Vestida de negro, porque una madre que ha perdido un hijo, aunque fuera uno chiquito, no podía llevar otro color en su alma.

Corrió hacia ella.

—Madre.

Ella se inclinó para llegar a la altura de sus mejillas y se lo comió a besos.

—¡Ay, mi niño! ¿Cómo estás? ¿Has comido bien?

Salió también su padre. Menos expresivo, pero con la mirada llena de ternura. Rafael se sintió afortunado. Estaba rodeado de la gente que le quería. En la vida no todo podían ser rosas, también debía haber espinas para equilibrar las cosas.

Unos días después, Rafael se encontraba en el café con sus amigos. No estaba Antonio, por supuesto, y nadie comentó nada sobre ello. Las conversaciones versaban a ratos de las próximas verbenas, que llenaban el mes de julio, y a ratos de política, como no podía ser de otra forma.

—Pues el cabronazo —reía Paquillo con un ejemplar de la *Voz* en la mano — sacó la pistola en mitad de la pelea.

En el diario se veía la caricatura del socialista Indalecio Prieto con una pistola en la mano amenazando desde su escaño de diputado.

—¡Habrase visto! —rio también Juan—. Liarse a hostias en el parlamento, eso solo puede pasar en España.

—Discutían sobre la situación en Cataluña —dijo Paquillo—. ¿Qué pasa

por allí, Rafael?

Rafael estaba algo distraído, seguía con la mirada a Adela. La señora que trabajaba en el café los fines de semana, sirviendo mesas. Era una mujer de treinta y tantos, casada, con dos niños pequeños, pero de muy buen ver. Antes no se hubiese atrevido a hacerlo, pero ahora, se sentía con libertad para flirtear con cualquier mujer que le gustase, sin importarle su estado civil. ¿No es lo que hacían todos? Podía ver el deseo en los ojos de la mujer, cómo le devolvía la mirada a hurtadillas. Él sonreía abiertamente, con descaro. El juego, ciertamente peligroso, excitaba a la mujer.

Paquillo golpeó con el diario a su amigo para llamarle la atención.

—Oh, sí —dijo al fin—, la cosa está jodida, es una apuesta a demasiadas bandas. Nadie puede saber por dónde saldrá la carambola.

—¡Joder, Rafael! No te entiendo, ya pareces catalán. ¿Qué quieres decir? —le increpó Juan.

—A ver, allí por un lado están los de derechas, la *Lliga*, el partido de los ricachones. Es como la CEDA aquí: monárquicos y fachas. Todos muy catalanes, algunos muy separatistas y otros no tanto. Después están los de *Esquerra*, sobre todo son separatistas, algunos con ideas socialistas y otros con ideas fascistas. Y por último están los sindicalistas, como aquí, de la UGT y de la CNT; muchos son trabajadores de fuera de Cataluña, no son separatistas. A estos, los de la *Lliga* los odian por sindicalistas, por sus reivindicaciones libertarias, y contratan pistoleros para cargárselos. Los de *Esquerra* también los odian, por ser españoles y no ser separatistas. Estos están organizados en un ejército paramilitar, los *escamots* protegidos por la Generalidad, y que también luchan contra los anarcosindicalistas.

—Vamos —resumió Juan—, que todos se quieren cargar a los trabajadores. Como siempre, somos los más desgraciados.

—Pero ¿qué quieren? —comentó Paquillo—. ¿Qué pase como en la Primera República? Una federación de estados que acabó como el rosario de la aurora.

Rafael volvía a estar despistado. Adela se entretenía limpiando una mesa frente a él, inclinada de tal forma que dejaba visible su escote. Pasaba el paño con un movimiento rítmico, sobre una superficie de la mesa que ya estaba limpia, mientras mantenía la mirada fija en el joven.

Entró en ese momento el Cato Franco en el local, acompañado por dos de sus acólitos. Se sentaron en su mesa habitual, mientras los jóvenes le saludaban con la cabeza. Cato no tardó ni un segundo en descubrir el juego entre la camarera y el soldado. Sonrió para sus adentros.

—Cato —preguntó Paquillo, siempre dispuesto a crear polémica—, ¿qué opina de lo del congreso?

—Una pantomima, solo demuestra que la CNT no nos equivocamos al no querer participar en ese circo.

Cato miraba directamente a Rafael, aunque había sido Paquillo quien le había preguntado.

—Ni este Gobierno ni este parlamento representan al pueblo de España. No son ellos quienes van a conseguir la libertad que todos buscamos. Ojalá se maten entre ellos.

—Y la revolución se hará en las calles —comentó Rafael sin mirarle.

—Sí, no es tema sencillo, pero algunos peleamos por conseguirlo.

Rafael se giró para mirarle a la cara.

—¿Y no sería más fácil si tuviéramos un parlamento de izquierdas? ¿Es más fácil cuando tenemos que luchar contra todos?

—Para luchar necesitamos un enemigo. Si el enemigo te confunde, te hacen creer que es tu amigo, no puedes luchar, y sin lucha no hay victoria; eso hacen las izquierdas en España.

—Escuchas demasiado a Maroto.

—¡Ja, ja! Hace tiempo que no le veo, ni siquiera sé si sigue en Granada. Allí todos los delegados están ahora en la cárcel.

—¿Y desde la cárcel van a hacer la revolución?

—Ahora son las Juventudes Libertarias las que actúan —explicó Paquillo a su amigo.

Cato miró a Rafael con los ojos semicerrados.

—Esperaremos el momento oportuno. En la vida todo tiene su momento. Algunos lo llaman destino; otros, providencia. Yo creo que existe un equilibrio *nomotético* que rige las sociedades humanas.

Nadie lo entendió. Últimamente le pasaba a menudo. Cato soltaba algunas palabras y frases que desconcertaban a sus seguidores.

—¿Un equilibrio monótono? —preguntó Juan—. ¿Qué quiere decir?

Cato abrió los ojos un momento para volverlos a cerrar.

—Existe un equilibrio universal, que no somos capaces de entender porque no somos lo suficientemente inteligentes. Por eso se inventaron las religiones. Si creemos en Dios, no es para explicar el brillo del sol o las fases de la luna. Eso le importa una mierda a la gente, necesitamos a Dios porque no entendemos la sociedad. ¿Por qué algunas personas triunfan y otras fracasan? ¿Por qué algunos se enriquecen y otros mueren en la miseria? ¿Por qué unos enloquecen a las mujeres y muchos ni las catan?

—Eso es fácil —dijo el Liti, golpeando el hombro de Rafael—, porque los guapos se las llevan todas.

Los hombres rieron la ocurrencia del joven. Cato continuó su monólogo con voz ronca.

—Nadie pide a Dios conocimientos. Pedimos salud, dinero y amor. Pedimos que el equilibrio natural se incline a nuestro favor. Pero Dios no puede hacer nada. Nadie es tan tonto como para pedir a Dios que el agua de una cascada suba en vez de bajar, pues sería antinatural. Sin embargo, pedimos otras cosas que también lo son. Nuestra vida como individuos y como sociedad se rige por una ley tan natural como la gravedad. Solo que desconocemos los principios de esa ley.

—Joder —dijo Paquillo—, quieres decir que estamos predestinados.

—Yo no he dicho eso. El agua fluye hasta que alcanza su equilibrio; por ejemplo, en un pantano. Nuestras sociedades también fluyen, y su punto de equilibrio final es el anarquismo libertario. Eso no quiere decir que no debemos luchar para conseguirlo. El momento oportuno llegará.

—Hablas como un cura —dijo Rafael.

—No os pido ningún acto de fe. Solo manifiesto lo que pienso.

—Me gusta la idea del pantano —intervino uno de los hombres—. Un mundo quieto, plácido. Estoy harto de jaleos. A mí lo que me gusta es vivir tranquilo.

—No te hagas ilusiones —respondió Cato—, antes tendremos que saltar por muchos despeñaderos.

Rafael volvía a estar despistado. Adela hablaba con el dueño del establecimiento. Apenas podía oírlos. Al parecer ella le explicaba que tenía que salir un momento para un recado, aunque con sus ojos decía a Rafael algo

diferente.

—Bueno, camaradas —intervino este levantándose de la mesa—, os dejo. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Ya te vas? —se quejó Paquillo.

—Sí.

—¿Nos vemos mañana en la verbena de Santa Ana?

—Allí nos veremos —confirmó, saliendo por la puerta bajo la atenta mirada de Cato.

En la calle, caminó resuelto hacia la parte de atrás del café, por donde estaba la puerta de servicio que utilizaba Adela. Daba a un pequeño callejón desierto. Se detuvo en mitad de la calle y miró a izquierda y derecha. Escuchó un chasquido cerca del pequeño pajar que pertenecía también a la taberna. En la penumbra del interior, se recortaba la silueta de la mujer, se acercó a ella.

—Aquí están los ojos más bonitos de Guadix —saludó Rafael.

Al aproximarse notó su respiración jadeante. Le cogió las manos, estaban algo frías y temblorosas. Las besó.

—Hueles a fruta madura recién cogida del árbol.

Ella sonrió, mordiéndose el labio inferior.

—No te creas que soy una de esas...

Le puso un dedo sobre los labios.

—Eres una mujer llena de vida, por eso eres tan bella. Una fuente de agua fresca que dice «bébeme, no dejes que me pierda en el río».

Se apretaron con fuerza. Ella lo besó salvajemente. Él la levantó en volandas y la tumbó sobre un montón de paja. También era una mujer cálida y húmeda, pero Rafael ya no dijo más palabras.

En aquellos tiempos convulsos, llenos de incertidumbre y de peligros, parecía que la gente se quisiera divertir con más afán, como si desearan aprovechar la vida de forma más intensa. Así que Rafael recordaba aquellas verbenas como las más alegres de su vida.

En el barrio de Santa Ana, la orquesta tocaba sin pausa boleros y pasodobles. La pequeña plaza estaba atestada de vecinos que bailaban sin cesar. Multitud de puestos ambulantes ofrecían cualquier cosa que los

asistentes pudieran demandar: bebidas de todo tipo, surtidos de dulces, churros y porras, e incluso alhajas y bisutería que las gitanas siempre llevaban encima.



Rafael y sus amigos se divertían en un extremo de la zona de baile. Mientras Juan bromeaba con una botella de tinto en la mano, Rafael miraba a la concurrencia en busca de caras conocidas. En realidad, no quería «encontrar» ciertas caras conocidas. Sabía que, si veía allí a Carmen y Antonio, se tendría que ir, pues no podría soportar su presencia.

No muy lejos de él, la joven Encarna Franco no le quitaba ojo. Ya había cumplido los catorce, pero aparentaba —muy a su pesar— menos edad. Mientras algunas de sus amigas ya estaban plenamente desarrolladas, ella todavía era demasiado baja, en extremo delgada, y muy niña aún... A escondidas de su madre, se había maquillado para aparentar más edad y se había puesto zapatos con tacón. En un rincón de la plaza, ayudada por una amiga, se había soltado el pelo, se había deshecho el maldito moño que su madre había tardado casi media hora en preparar. Ahora su cabellera negra caía indómita sobre su rostro, como muchas veces había observado en el espejo de su habitación.

Cuando sus amigas estallaron en risitas, ella las secundó con una pequeña

carcajada, aunque no había oído el comentario. No era la única que miraba a Rafael, otras chicas, más mayores, más desarrolladas, estaban al acecho. Todas sabían que había roto con Carmencita. Encarna pensó que solo tendría una oportunidad si se adelantaba a las demás.

—Vamos a bailar —dijo a sus amigas.

La noche anterior habían ido a ver *La alegre divorciada*, protagonizada por Fred Astaire y Ginger Rogers. En la película no hacían más que bailar, les había encantado a todas, y ahora creían que podían emular, sin problemas, a sus ídolos en la atestada plaza del pueblo.

Encarna se las arregló para dirigir al grupo hacia la zona donde estaba Rafael.

—¡Hola, Encarna!, —la saludó cuando ella se plantó frente él—. ¿Cómo estás?

La pregunta no era gratuita. Rafael se preocupaba realmente por la salud de la chica, después de los días que había pasado en coma en el hospital.

—Muy bien, gracias —respondió ella con una gran sonrisa—. ¿Bailas?

Rafael cogió la mano tendida y se internaron entre las parejas que bailaban en ese momento un viejo tango melancólico y tristón: *Caminito*:

*«Caminito que el tiempo ha borrado
que juntos un día nos viste pasar».*

Ninguno de los dos sabía bailar correctamente un tango, pero se dejaron mecer por la música, como muchos otros en la plaza. Encarna estaba encantada. Casi chocan con otra pareja, la mujer que trabajaba en el café de la plaza, que bailaba con su marido. Rafael los saludó amablemente con una inclinación de cabeza. Continuaron bailando todo el tiempo que sonó la balada. Encarna se sentía como en una nube. No fue consciente de que la canción había acabado hasta que él la soltó y le hizo una exagerada reverencia.

Tampoco vio cómo, justo detrás de ella, se había acercado una chica alta, guapa y elegante.

—Vaya bailarín que estás hecho —dijo la chica.

Encarna se giró. Era esa amiga de Carmencita, la tal Angelita. Llevaba un

escote indecente y le pareció muy descarada.

—Qué va —respondió, sonriente—. Tengo mucho que aprender.

La música volvió a sonar, esta vez la banda tocaba un pasodoble: *Claveles de Granada*.

—¿Me quieres enseñar? —pidió Rafael a la joven.

Encarna se mordió el labio, dolida. ¿Cómo se atrevía a dejarla así? Si en aquel momento hubiese tenido un puñal en la mano se lo hubiese clavado a aquella ladrona. Pero se limitó a quedarse allí plantada, como una pasmarota.

Angelita acababa de cumplir los diecinueve y era una chica espléndida. Rafael conocía bien su desparpajo y sabía cómo tratarla sin problemas. Solo esperaba que ella no le hablase de Carmen. Y así fue, no se mencionó el nombre de la «ex» en momento alguno, y Rafael bailó con ella durante el resto de la noche.

Más tarde pasearon por la rambla de la acequia de las ranas, en busca de fresquito e intimidad. El lugar hacía honor a su nombre, el croar de los anfibios los acompañó durante todo el camino. Bajo un álamo, al que llamaban *llorón*, se detuvieron para besarse largamente.

—No te voy a engañar, Angelita, la semana que viene me vuelvo para Cataluña, me falta medio año más de mili, y no tengo ánimo para comenzar ninguna relación seria.

—Lo sé —sonrió—. ¿Quién te ha dicho a ti que yo quiero una relación seria?

Se volvieron a besar, lenta e intensamente, sin prisas. Al acabar él se quitó la chaqueta y la extendió en el suelo, sobre la hierba húmeda. Ambos se sentaron encima.

—Considérame solo un capricho —susurró ella.

—Uy, un hombre encaprichado puede ser peor que uno enamorado —bromeó.

Ella dejó escapar una sonora carcajada. Una risotada desinhibida. Se estiró sobre el suelo y cogió su mano.

—Ven —dijo—, acaríciame despacio, muy despacio...

Entre las sombras alguien los observaba. Encarna había oído la odiosa

risa de la chica, y a la débil luz de la luna podía ver, imaginar, lo que estaban haciendo. ¿Por qué los había seguido? ¿Qué otra cosa esperaba ver? Los ojos se le llenaron de lágrimas, provocadas por una rabia contenida. Sintió unos deseos enormes de salir corriendo, pero no quería que esos dos la descubriesen. Así que se deslizó sigilosa hasta salir de la rambla. Caminó perezosamente por las calles de vuelta a casa, quería llegar tarde. Deseaba que su madre la regañase.

«Ojalá mi padre me pegue una paliza y me mate», pensó.

El resto del camino se imaginó que estaba muerta y que Rafael venía al funeral llorando, sabiéndose culpable de su desgracia.

«Ahora es demasiado tarde», le diría ella desde la tumba.

Pasaron los días, pero ni la bebida ni las mujeres reconfortaron a Rafael. Finalmente tuvo que reconocer que estaba deprimido. Echaba de menos a Carmen y también echaba en falta a su amigo Antonio. Eso era así, era un hecho incontestable.

Llevaba dos días trabajando con su padre, sin salir con los amigos.

—No hace falta que me ayudes —le recalcaba—, no tenemos tanto trabajo.

Por desgracia era cierto, si no fuera por los frutos del campo, del trozo de tierra que trabajaban, la familia estaría pasando hambre por primera vez. Nadie tenía trabajo, ni en Guadix ni en Granada ni en ningún sitio.

Hastiado, salió a caminar en solitario por las ardientes calles del pueblo a primera hora de la tarde. Por primera vez, sí que deseaba encontrarse con Antonio por casualidad, cruzar algunas palabras con él. Sabía que al día siguiente se marchaba, se iban, a Madrid en el primer tren de la mañana.

Aunque «el hado del destino», quizás debido a ese equilibrio del que hablaba Cato, nunca te llevaba con las personas que deseabas encontrar, sino con las que no querías ver.

Al llegar a la plaza de la Virgen, cerca de la calle del Obispo, se encontró de bruces con el grupo de Genaro. Todos llevaban un extraño uniforme, ahora eran carlistas, aunque en realidad no buscaban instaurar ninguna nueva monarquía. Más bien era una reacción contra los otros, contra las juventudes de izquierdas y libertarias. A Rafael le recordó los grupos de los *escamots*, una tropa de señoritingos con el fusil a la espalda.

—El soldado Rafael —exclamó Genaro.

Al menos eran diez hombres y diez fusiles. Le habían pillado desprevenido. Se maldijo por su falta de atención y por no llevar su navaja en el bolsillo, aunque poco podría hacer con ella frente a tantas armas.

Genaro llevaba ahora un bigotito corto, del tipo que Hitler había puesto de moda.

—Me han dicho que tu putita te ha dejado —dijo en un tono socarrón.

—Soy un hombre libre —respondió mientras buscaba con la mirada alguna vía de escape—. Muchas mujeres se alegran de ello, como tu hermana y tu madre.

La sonrisa de Genaro desapareció de su boca, pero la voz sonó igual de tranquila y amenazante.

—Fernández, Fernández. Parece que no te enteras, ahora mandamos nosotros. Nadie va a echar de menos a un cuevero.

Al decir esto sus compinches levantaron sus largos fusiles apuntando en su dirección. Rafael sabía que estaba en lo cierto; le podían disparar impunemente, nadie iba a realizar una investigación para esclarecer su muerte.

Detrás de él había un muro de piedra que podía saltar fácilmente. Sabía, por las maniobras en el cuartel, lo difícil que era trepar una pared con el fusil a la espalda, tal y como lo llevaban sus enemigos. Pero necesitaba unos segundos de ventaja, un golpe de suerte...

—Al ejército no le gustan los requetés. Sobre todo, si matan a un soldado de servicio. No estoy de permiso, estamos en alerta máxima, no dan permisos a nadie. —Rafael había captado la atención de algunos de ellos—. El general Batet me ha enviado en misión reservada, espera que vuelva.

Sin demorarse más, confiando en la pequeña duda creada, saltó hacia el muro, franqueando sus dos metros de altura a gran velocidad. El primer disparo sonó cuando ya caía al otro lado.

Era el pequeño patio de una casa. Se movió rápido; subió por la reja de una ventana hasta el tejado de la vivienda. Las tejas estaban sueltas, varias se movieron bajo sus pies, pero logró pasar a la terraza de otra de las casas de la calle.

Mientras, algunos de sus perseguidores ya habían saltado el muro, y otros se habían alejado calle arriba para tener una mejor visión. Los disparos

sonaron lejos de él, era imposible acertar con aquellos viejos fusiles a más de diez metros de distancia.

Sus perseguidores se habían quedado atascados en el primer tejado y el resto aún estaba en la plaza. Caminó más tranquilo por las terrazas de algunas casas hasta que pudo bajar a una calle alejada.

La acción le alegraba, debía ser efecto de la adrenalina, se encontraba mucho más animado que antes de su encuentro con Genaro. Este era el responsable real de su desgracia; Carmen y Antonio solo eran unas víctimas más. Con este pensamiento en la cabeza, caminó, dando un rodeo, hasta casa de Antonio.

Observó la puerta de la vivienda desde cierta distancia. Desconocía si Carmen estaba allí con él; no se sentía con fuerzas para enfrentarse a los dos... Se acercó despacio, intentó escuchar a través de una ventana, pero no le fue posible. No sabía si llamar a la puerta, ¿qué iba a decir si era Carmen quien le abría? Deambuló durante un rato frente a la pequeña y humilde morada de una planta. ¿Y si no hay nadie? ¿Y si solo está su madre? Demasiados «y si...» se acumulaban en su mente. Pero, de pronto la puerta se entreabrió.

—¿Rafael?

Antonio asomó la cabeza. La herida del labio estaba mucho mejor, pero el hematoma seguía teniendo un aspecto horrible.

—Hola —saludó Rafael. No podía evitar sonreír a su amigo—. Mañana os vais, ¿no?

Antonio salió de la casa.

—Sí, saldremos temprano para Granada, queremos coger el tren de las diez hacia Madrid...

—Listos para conquistar la capital...

—Mira, Rafael —dijo, cabizbajo—, yo lo siento mucho, no ha sido nada planeado. Pasamos tanto tiempo juntos, charlando... Surgió algo entre nosotros, algo mágico, no se puede describir...

Rafael levantó una mano para indicarle que se callase.

—Vale, no hay nada que explicar. Os habéis enamorado. Lo acepto. Os he odiado por eso, pero odiar no me hace más feliz. Egoístamente, es mejor para

mí decidir que os quiero.

Antonio sonrió.

—¿Nos perdonas? Carmen se alegrará mucho.

—No digo que os perdone. Intento vivir con ello. Puedes querer a un amigo y no perdonarle algunas cosas.

—Gracias.

—Espero que cuides bien de ella, que no se arrepienta de esto.

—Lo haré.

—¿Escuela de Aerotecnia? —preguntó Rafael con el ceño fruncido.

—Es una oportunidad única. Está en Cuatro Vientos, haré allí la mili mientras estudio, y la paga no está mal, junto con lo que ella gane, podremos alquilar algo pequeño... Y más adelante... Espero que nos podamos casar cuanto antes. No la puedo dejar en Guadix, aquí no se puede vivir.

—Lo sé.

—Tú también te tendrías que ir, no es seguro. ¿No has oído los disparos?

—Sí, los he oído.

—En Madrid el ambiente es más liberal.

—¿No es en Cuatro Vientos donde está el laboratorio de Astronáutica de Herrera?

—Sí, con un poco de suerte podré trabajar a sus órdenes.

—Pues si lo ves, le das recuerdos de mi parte.

Antonio frunció el ceño.

—Te escribiré.

—Eso espero...

Rafael charló con su amigo, sentados en el portal, hasta el ocaso. Tardaría mucho tiempo en volverlo a ver.

Jaén, 7 de febrero de 1941

La celda era tan pequeña que los presos debían organizarse para caminar. A cierta hora de la tarde, de forma más o menos espontánea, se formaba una fila de hombres que caminaban alrededor del recinto. Si uno se detenía, todos tenían que hacerlo. En el centro se quedaban los que no querían, no les apetecía o no podían caminar.

Aquella tarde el capitán Fernández se unió a la peregrinación, sentía frío. Otra vez estaba nevando, pero sospechaba que el frío le venía de dentro. El recuerdo de su ruptura con Carmen evidenciaba el vacío que sentía en su corazón, pues allí había un sitio guardado para ella. No importa el tiempo que pasase, el sentimiento de pérdida estaba ahí para siempre, al acecho, preparado para dejarse notar en cualquier momento.

Aurelio caminó detrás de él, el hombre todavía tenía ganas de charlar.

—Dicen que es el invierno más frío de la historia —comentó—. Por si no tuviéramos bastante, este año no habrá cosechas.

—Pasa lo mismo en toda Europa —informó Martínez.

—Parece como si el tiempo reaccionase al comportamiento de los hombres —añadió Rafael.

—O al revés —comentó Martínez—. Este tiempo loco, vuelve locos a los hombres.

—No creo —opinó el capitán—, esta guerra se planificó hace mucho. Por hombres malvados, pero no locos.

—La guerra se ha extendido al norte de África —expuso Aurelio—. Ya están implicados los italianos contra los ingleses.

—Acabará extendiéndose por todo el mundo.

—Franco ha dicho que no apoyará a Hitler. España no entrará en esta guerra.

Rafael sonrió. Tiempo atrás él también había sido tan ingenuo como para creer que las cosas eran tan simples.

—La guerra comenzó aquí; hemos sido sus conejillos de indias. Y aquí sigue. ¿Crees que nuestra guerra ha acabado? Nos hemos rendido, hemos sido

vencidos, pero la guerra no ha acabado.

—Ya no hay batallas. No hay ejército republicano. Se ha acabado — aseveró Martínez.

Rafael negó con la cabeza.

—Estamos en la fase de exterminio. Franco quiere exterminar a sus enemigos. ¿No es eso una guerra? Una de las partes, nosotros, no nos podemos defender; pero la guerra sigue, siguen usando las armas para matar a sus enemigos. Impunemente, es la peor de todas las guerras.

Caminaron un rato en silencio hasta que Aurelio volvió a hablar.

—Dicen que el asesino de Trotsky es un español; un comunista catalán al servicio de Stalin.

—Un pobre desgraciado, seguramente —sentenció Rafael—. Stalin ha manipulado a nuestros camaradas a su antojo. Ha adulterado la esencia del comunismo en el mundo, ha destruido el verdadero comunismo libertario.

—Nosotros tenemos claro que el fascismo es nuestro enemigo, no hay duda —dijo Martínez, mostrando el ceño fruncido—. En cambio, Stalin apoya a Hitler. ¿Qué comunismo es ese?

—Ni siquiera creo que Hitler sea realmente fascista —terció Rafael.

Aurelio rio por la ocurrencia del capitán. Quien siguió verbalizando sus pensamientos.

—Es un imperialista, un megalómano. Alguien más parecido a Julio César o a Napoleón, que a un político moderno. Quiere dominar el mundo. Su idea de una raza aria superior tiene mucha influencia mágica.

—¿Mágica?

—Sí, cree antiguas leyendas nórdicas... —Rafael hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia—. Pero utiliza la ciencia y la tecnología para verificarlas.

—¡Y dices que no son locos! —rio Aurelio—. ¡Locos de atar! Me recuerdan a los nacionalistas catalanes. ¿Te acuerdas del lío del seis de octubre? Todavía no entiendo por qué lo hicieron, no tenían ninguna posibilidad.

Rafael se acordaba perfectamente. Fue un plan bien trazado. Tenían muchas posibilidades de triunfar, pero la estrategia del general Batet, otro catalán, los derrotó.

Un guardia gritó su nombre desde el otro lado de las rejas. Rafael se acercó a él.

—Soy yo.

—Ven —dijo el guardia—. Tienes visita.

Rafael levantó las cejas, sorprendido. Los reos en espera de ejecución no podían recibir visitas. No de familiares o amigos...

Barcelona, 6 de octubre de 1934

Llevaban varios días atrincherados en el cuartel, en alerta máxima, desde que se había declarado la huelga general, y en Asturias se había desatado una auténtica guerra.

Rafael, como otros soldados, vivía pendiente de la radio. Las noticias que llegaban eran confusas.

Esta vez, habían sido el PSOE y la UGT los convocantes de la huelga; la CNT no la secundaba. Era el paso lógico de los socialistas para acceder al poder, ahora que habían optado por la insurrección y abandonaban la lucha «legal» en el parlamento.

Pero el Gobierno de las derechas estaba actuando con contundencia; habían designado al general Franco como responsable militar para dirigir la represión de los insurgentes en el principado, situándolo por encima de su paisano, el jefe del estado mayor general Masquelet, quien en teoría era su superior.

Franco trajo sus tropas de Marruecos para la lucha; la batalla fue sangrienta. Hubo miles de muertos, Oviedo quedó totalmente destruido y se hicieron más de treinta mil detenciones.

Por suerte, en Cataluña, aunque la huelga estaba siendo un éxito, se mantenía la paz. Solo padecían algunos altercados producidos por las persecuciones de anarcosindicalistas, ordenadas por Dencàs, el nuevo *conceller* de Gobernación.

—Ellos a la suya —comentó Aurelio, sentado cerca de la radio, que hablaba de las detenciones de anarquistas.

—Cualquier excusa es buena para golpear a la CNT —apuntó Rafael—. ¡Pero si no estamos secundando la huelga!

—Se supone que la Generalidad es un gobierno de izquierdas...

—Por desgracia, solo son nacionalistas.

—No se unirán a la revolución...

—No, pero puede que la aprovechen para declarar su *Estat Català*.

La conversación se interrumpió por un toque de corneta que los llamaba a formar.

Todos los soldados se levantaron de sus asientos y literas, colocándose bien el uniforme y corriendo al patio. El sargento vino a azuzarlos.

—¡Todos a formar! El último queda arrestado.

A los pocos minutos, la compañía quedó perfectamente ordenada y alineada en el regio patio del castillo de Sant Ferran. En silencio, esperaron la llegada de los mandos. Solo la tramontaba se oía rugir entre las fortificaciones.

El capitán apareció acompañado del comandante, sin duda les iban a comunicar algo importante. Fue este último el que tomó la palabra.

—Compañía del Regimiento de Montaña. Por orden del general en jefe de la IV División Orgánica, don Domingo Batet Mestres. Una sección de esta compañía se desplazará a Barcelona, en apoyo de nuestro Regimiento en la capital. La sección estará comandada por vuestro capitán. El resto de la compañía se quedará en este cuartel de retén y bajo mis órdenes. Ahora el capitán nombrará a los miembros de la sección que darán un paso al frente.

El oficial comenzó a gritar los nombres de los soldados que iban a formar la sección. Los dictaba de memoria, cosa que demostraba su conocimiento de la tropa. Rafael estaba entre los elegidos. Al acabar, mandó romper filas al resto y los envió de nuevo al interior.

—Sección —dijo a continuación—. Ahora iréis con el cabo furriel que os repartirá el equipo de campaña, y después pasáis por la armería. En cuarenta minutos volveremos a formar en el patio y saldremos hacia la estación.

Después del parlamento, el capitán mandó romper filas. Con la orden, un murmullo general se desató en el patio.

—Joder, joder, joder —exclamó Aurelio.

—Yo contra los trabajadores no pienso disparar —se encaró Rodrigo con el cabo Rafael, como si él le acabase de dar esa orden.

—No vamos a disparar al pueblo. Nuestro general no va a pedirnos eso.

—¿Cómo lo sabes? ¡Mira lo que pasa en Asturias!

—No todos los generales son iguales. Además, allí han enviado a los moros; el ejército mercenario de Franco. No están luchando los soldados de leva.

Fueron caminando lentamente hacia el interior. La tramontana comenzaba a soplar fría. Rafael se levantó la solapa de su casaca antes de añadir:

—Bueno, si hay suerte, todo pasará en unos días.

Los treinta y pico miembros de la sección que partían hacia Barcelona se acomodaron en dos camiones descubiertos. Todos llevaban su fusil de asalto. Junto a Rafael se sentaron los seis miembros de la banda militar, con sus instrumentos. Rafael señaló los aparejos, extrañado, y ellos se encogieron de hombros indicando su estupor.

La estación estaba cerca, pero tardaron más de una hora en subir los camiones al vagón de carga y conseguir que el tren se pusiera en marcha. Ya oscurecía cuando el convoy comenzó a recorrer el amplio paisaje ampurdanés.

El capitán se acercó a sus asientos y se sentó cerca de ellos.

—Hola, muchachos —saludó.

Todos se cohibían un poco en su presencia, solo Rafael se atrevió a preguntar.

—Cómo está la cosa, mi capitán, ¿tendremos que entrar en combate?

—No sé más que vosotros. El general no me ha dado ninguna explicación.

—El capitán miró a Rafael interesado—. Pero sí me ha pedido que te trajera a ti. ¿Qué puede significar?

Rafael se encogió de hombros.

—Solo hablé una vez con él, aquella noche. Y únicamente sobre los planes de la Generalidad para declarar el estado catalán.

—Entonces, por ahí deben ir los tiros.

—¿Han declarado la independencia? —preguntó Aurelio, espantado.

—No he oído nada. Si así fuera, seguro que lo sabríamos. Debe ser que el general se lo teme. Él también tiene sus confidentes.

—Yo no pienso disparar al pueblo —volvió a repetir Rodrigo.

El capitán lo miró, irritado.

—¡Tú harás lo que se te ordene, joder! ¿No sabes que eso es insubordinación? Si se declara el estado de guerra te pueden acusar de traición.

—No creo que el general nos ordene algo así —afirmó Rafael para calmar los ánimos—. No lo creo.

Dejó la vista vagar por los oscuros paisajes que veía a través de la ventanilla. Lo creía, pero no estaba seguro.

Cuando al fin llegaron a Barcelona, la estación era un caos. Había un pelotón de ocho soldados esperándoles. El sargento al mando estaba muy alterado.

—¡Estado de guerra! —Era el grito que corría como pólvora entre los soldados.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Rafael al sargento.

—El *president* Companys ha proclamado el Estado catalán. Lo ha dicho por la radio hace menos de una hora. Al parecer, ha llamado al general Batet para que se ponga a sus órdenes.

—¿Y qué ha dicho el general?

—Supongo que ni *pa trás*. Hemos recibido un comunicado del Gobierno de España, directamente del ministro de la Guerra, don Diego Hidalgo Durán, decretando el Estado de Guerra en todo el territorio nacional. A partir de ahora, la máxima y única autoridad en la región catalana es el general en jefe de la IV División Orgánica, don Domingo Batet Mestres.

Los soldados comenzaron a desatar los dos camiones para bajarlos y dejarlos operativos sobre la calzada. El capitán se acercó a ellos y pidió al sargento y al cabo Rafael que le acompañasen. En la oficina del jefe de la estación había un teléfono con línea directa con Capitanía.

—Tenemos comunicación pendiente con el general —les informó el capitán. El teléfono tenía un altavoz que el encargado conectó.

Rafael pudo reconocer la voz del general Batet por el aparato.

—Capitán, estamos en un momento crítico, llegan ustedes justo a tiempo. Los sublevados son pocos, de momento. Companys está en el palacio de la Generalitat, defendido por algunos *mossos*. En frente, está el ayuntamiento, pobremente defendido. Nuestro objetivo «alfa» es hacernos fuertes en la plaza de la República, entre ambos edificios, para conseguir su rendición.

—Aparte de los *mossos* —preguntó el capitán—, ¿cuentan con más fuerzas?

—En teoría la guardia de asalto todavía no se ha definido. Pero esto es comprensible; yo mismo he pedido una hora al *president* para darle respuesta,

aún cree que me voy a poner de su parte. Es un pequeño as en la manga que debemos aprovechar. Cuando los guardias vean que se tienen que enfrentar al ejército, se rendirán.

—¿Y los *escamots*?, mi general —preguntó Rafael.

—Hola, cabo Fernández. Los *escamots*, como tú ya sabes, solo son un grupo de niños cobardes. No me preocupan. Lo que me intranquiliza es que los anarquistas se sumen a ellos. No quiero que Barcelona se convierta en un Oviedo.

—¿Unirse a sus enemigos?

—Cosas peores he visto. Por eso nuestro objetivo «beta» es evitar un alzamiento civil. Companys y Dencàs no paran de gritar proclamas para que el pueblo catalán se levante en armas. El loco de Dencàs ya dice que son millares los hombres que se han unido a la lucha, cosa totalmente incierta. Para eso cuento con ustedes, capitán. El sargento tiene una caja con copias del bando que debe distribuirse por la ciudad. Los ciudadanos deben saber que el ejército está de su parte. Envíe al cabo con una escuadra para repartirlas, y que los acompañe la banda.

—A la orden, mi general.

El plan estaba trazado. Los camiones se dirigieron a vía Layetana. Las calles estaban vacías. Al llegar a la vía Layetana se encontraron con la primera barricada. Eran guardias de asalto, algunos llevaban también el brazalete de *Estat Català*. El convoy se detuvo frente a ellos.

—Somos soldados a las órdenes del general Batet —gritó el capitán.

La tensión era palpable. Los guardias parlamentaron entre ellos.

—¿A dónde vais?, —acabaron preguntando.

—A la plaza del Ángel.

Rafael le susurró algo, y este añadió.

—Nuestras órdenes son defender la ciudad de Barcelona.

Los guardias los dejaron pasar. Recorrieron unos metros hasta la plaza mencionada, desde allí se podía girar por la calle Jaume I y llegar hasta el palacio de la Generalidad.

Detuvieron los camiones y se bajaron, el capitán ordenó tomar posiciones. Rafael cogió la caja con los bandos. En las hojas se informaba, sucintamente,

a los ciudadanos que se había declarado el Estado de Guerra, que el ejército tomaba el mando y que nadie saliera de casa.

La orquesta comenzó a tocar. Rafael podía ver perfectamente el edificio de la consejería de Gobernación, un poco más arriba, en la misma vía Layetana. Un grupo de hombres armados estaban en la entrada, y era evidente que dentro del edificio había muchos más. Lo que no sabía Rafael era que, en su interior, también estaban el *conceller* Dencàs y el jefe de la policía, Miquel Badia, vestidos con trajes militares y con una botella de champán abierta.

—Vamos por aquí —ordenó Rafael al grupo.

Se encaminaron justo en dirección contraria, entre las callejas de la Bajada de la Librería, por detrás de la catedral.

La música sonaba alegre y marcial, los soldados se colocaron sus fusiles a la espalda y se dedicaron a colgar los panfletos. No eran muchos los vecinos que se les acercaban, Rafael le dijo al primero de ellos:

—El ejército está aquí para defender a Barcelona y sus ciudadanos.

A partir de entonces esa fue la frase que usaron el resto de soldados.

En una de las bocacalles descubrió a un grupo de hombres reunidos en un portal. Por su experiencia, adivinó que eran sindicalistas.

—Esperadme aquí —dijo a los otros.

Era un poco arriesgado acercarse, pero se dirigió a ellos con las manos a la vista para evitar malentendidos.

—Camaradas —gritó cuando estuvo suficientemente cerca.

Pudo ver pistolas en el cinto de varios de ellos.

—Camaradas, soy cenetista —repitió al ver la desconfianza pintada en sus rostros—. Estamos informando que se ha declarado el estado de guerra.

—No es eso lo que dicen por la radio —respondió uno, malhumorado.

Otro de los hombres se acercó a él.

—Te conozco, estabas en el funeral de Álvarez. Hablabas con Nin.

—Sí.

Esto calmó a los hombres. Se pudo acercar más. En el portal había muchos más sindicalistas. Era un pequeño patio interior repleto de gente. La radio sonaba en el fondo.

—¿Ha comenzado la revolución? —preguntó uno de ellos.

—No, no —respondió—. Todo lo que dicen por la radio es mentira, deberías escuchar una emisora estatal.

—Este trasto solo coge Radio Barcelona.

—¿Y os vais a creer a Dencàs?

—También ha hablado Azaña, se ve que está aquí.

Rafael no supo qué decir a esto.

—No hay ninguna revolución, solo es un intento de sedición, pero nadie les secunda. Mañana el general Batet tendrá controlada la situación. No vale la pena luchar por nada. ¿Qué dice la dirección de la CNT?

—Nin dice que no nos involucremos. Que mañana vayamos a trabajar como siempre.

—Tiene razón. Quedaos en casa, no sigáis el juego a Badia y su gente.

Con solo pronunciar su nombre varios de los hombres se alteraron.

—Tampoco intentéis nada contra ellos. El ejército se ocupará. Nuestro general es fiel a la República. Y por lo que me decís, más que Azaña.

Los hombres parecían bastante convencidos. Rafael se alegró, solo hacía falta que corrieran la voz.

Los dejó para unirse a sus soldados. Ya habían repartido casi todos los bandos. Aurelio le preguntó, contento:

—¿Y ahora qué?

Rafael no pudo contestar, en ese momento sonaron atronadoras ráfagas de disparos. El ruido venía de las Ramblas. En la de Santa Mónica, no muy lejos de Colón ni de Capitanía, estaba la sede del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y la Industria (CADCI). Un sindicato asociado a la UGT y cercano al movimiento separatista. Allí, un grupo de hombres, siguiendo las indicaciones de los socialistas que clamaban a la revolución en toda España, se habían hecho fuertes. Cuando los soldados se acercaron al edificio para leer el bando, les dispararon, matando a un sargento y a varios soldados.

Como si hubiese sido una señal, se comenzaron a escuchar disparos por todas partes.

—¡Volvamos con nuestra sección! —exclamó Rafael.

Con el fusil en mano, los soldados corrieron de nuevo hacia la plaza del Ángel. Ya tenían la explanada a la vista, cuando una ráfaga barrió la plaza.

—¡A cubierto! —gritó Rafael.

Les disparaban desde la azotea de Gobernación y desde algunas terrazas de los edificios colindantes. Rafael vio cómo tres o cuatro de sus compañeros caían al suelo heridos, entre ellos cayó el capitán.

Parapetándose en el camión, Rafael se acercó a su oficial. No había nada que hacer, yacía muerto con un nítido boquete en la cabeza.

—¡Rafael! —Alguien le gritó desde el suelo. Era Rodrigo. Su pierna izquierda estaba sangrando.

Disparó un par de veces hacia el terrado desde el que los instigaban, y dejó su fusil junto a la rueda del camión. De un salto se colocó sobre Rodrigo y lo arrastró por el suelo hasta ponerlo a cubierto junto al vehículo. Sus alaridos de dolor eran terribles, pero Rafael no podía entretenerse, tenía que tirar de él.

—¡Cómo pesas, cabrón! —dijo al dejarlo de nuevo sobre el firme.

Observó la herida. No le pareció que sangrase en abundancia. Le golpeó en la cara para espabilarlo.

—No te duermas, eh. Te vamos a sacar de aquí.

—Cómo quieres que me duerma, hijoputa —respondió, dolorido.

Los disparos habían cesado. Al menos en su zona, porque en las Ramblas seguían sonando disparos y algunos cañonazos de artillería.

Aurelio corrió hasta su posición.

—¿Y ahora qué hacemos, cabo?

Rafael arrugó la nariz al oír de nuevo la misma pregunta. Pero tenía razón, el capitán estaba muerto y el sargento desaparecido; él era en aquel momento el soldado de mayor graduación y, por lo tanto, el militar al mando.

Miró al resto de los hombres. Todos estaban a cubierto, con sus fusiles preparados. Después observó a sus enemigos. Desde el edificio de Gobernación tenían un mal ángulo, gran parte de la plaza quedaba a salvo de sus balas. El problema lo tenían con los apostados en una terraza que había justo en frente de ellos, en la vía Layetana.

—Ven —dijo mientras salía corriendo hacia una parte protegida de la plaza donde se parapetaban varios soldados. Recibieron disparos, pero sin apuntar, las esquirlas saltaron lejos de ellos.

—Oriol —se dirigió a uno de los soldados—, tú vives por aquí, ¿verdad?

El joven asintió con la cabeza.

—¿Tiene ese edificio alguna entrada trasera?

Oriol dudó un segundo.

—Sí, creo que sí.

—Bien, vamos a rodear la manzana y buscar esa entrada. Vosotros cuatro venid conmigo. El resto quiero que les disparéis una vez cada treinta segundos, más o menos. Cuando nos veáis arriba, dejáis de disparar. Ninguno de vosotros es un francotirador, y no quiero recibir un balazo vuestro en el culo.

La última frase la acompañó con un guiño, cosa que hizo sonreír a un par de soldados.

Solo tardaron unos minutos. Oriol les indicó la mejor forma de rodear las callejuelas para llegar hasta la calle de San Ignacio.

—Este edificio es de la Generalidad, creo que es la Cámara de la Propiedad. Tiene que tener una entrada por aquí.

Entre los cuatro pudieron forzar la pequeña puerta trasera sin problemas. Por suerte, el edificio carecía de vigilancia y sus plantas inferiores estaban vacías. Era tan grande y laberíntico que les costó bastante encontrar el acceso a la azotea.

—¡Joder! —se quejó Aurelio—. Nos vamos a pasar el día en este puto edificio.

Pero al fin encontraron la escalera. Se pudieron orientar por el ruido de los disparos. Rafael comenzó a subir con cautela, seguido del resto. La puerta de entrada al terrado estaba abierta, eso dio una idea a Rafael de lo poco «profesionales» que eran los tiradores.

Se trataba de tres hombres, miembros de los *escamots*, agazapados detrás de un pequeño muro de la terraza. Se acercaron por la espalda, con el estrépito del exterior era imposible que los oyeran. Por un momento, Rafael temió más los disparos de sus compañeros que el peligro que podían suponer aquellos hombres.

—¡Soltad las armas! —gritó cuando estuvieron suficientemente cerca.

Los hombres apenas se movieron, hasta que uno gritó:

—¡Vale, no disparen!

Los tres fusiles cayeron al suelo. Rafael hizo señas de alto el fuego a sus compañeros de la plaza.

Después, no fue difícil atar a los hombres y encerrarlos con llave en una pequeña habitación del interior que parecía ser un archivo.

—Bien, aseguraremos esta posición. Vosotros dos os quedaréis aquí, atentos a la plaza. Si os tengo que ordenar algo lo haré desde allí. ¿Recordáis el código de signos militar?

Nadie respondió. Rafael pensó que de cualquier forma ya se entenderían con otros «signos», universales o inventados, sobre la marcha.

Antes de irse observó la ciudad desde la altura. Podía ver el palacio de la Generalidad y el ayuntamiento no muy lejos de allí. En esa zona sonaban disparos esporádicos, y una espesa humareda salía de más allá, en las Ramblas, donde continuaban los combates. El edificio de Gobernación quedaba a su derecha.

—Oriol —preguntó—, ¿ese edificio tiene puertas traseras?

El soldado se asomó, dubitativo.

—Quizás haya una salida por el *carrer del oli*.

Aurelio, Oriol y él bajaron de nuevo a la parte trasera y se acercaron a la isleta o manzana del edificio de Gobernación. Dieron con un gran portalón cerrado, que les hizo pensar que era un acceso de vehículos, pero ninguna señal indicaba que perteneciera al edificio oficial, aunque parecía lógico que lo fuera. Era una moderna puerta corredera, de metal. Entre la puerta y la pared quedaba un hueco de unos milímetros ajustado con un tapajuntas metálico.

Rafael sacó su cuchillo-bayoneta y pidió a los otros que le imitaran. Con ellos hicieron palanca para quitar el tapajuntas y dejar libre el estrecho hueco que había entre la pared y la puerta corredera. Los soldados metieron sus cuchillos en la ranura hasta la empuñadura y después los golpearon con la culata de sus fusiles, con eso pretendían trabar la puerta e impedir que desde dentro la pudiesen abrir. Con el último golpe, Rafael oyó un crujido; una de las ruedas correderas se había salido de la guía, con eso quedó satisfecho.

—Bien —exclamó.

Pero el ruido de los golpes también había alertado a los de dentro. Desde

las ventanas traseras les dispararon, los tres corrieron entre los silbidos de las balas.

—¡Joder! —exclamó Aurelio—. Por los pelos.

—Volvamos a la plaza —ordenó Rafael.

Al menos, así se aseguraban que la única entrada y salida del edificio estaba en la calle principal, en la vía Layetana.

De vuelta a la plaza del Ángel, Rafael colocó a sus hombres en puntos seguros, desde los que podían controlar perfectamente el edificio de Gobernación.

—Me voy a acercar hasta la plaza de la República, allí habrá alguien a quien pueda pedir instrucciones. No está lejos, volveré pronto con nuevas órdenes —dijo a los soldados.

Corrió con precaución por Jaume I, con el fusil en mano, por si acaso. Al aproximarse a la plaza, descubrió que había allí un gran despliegue de medios: varios camiones y elementos de artillería; morteros y ametralladoras.

Junto a un camión, unos soldados envolvían tres cadáveres en una bolsa. Como Rafael se quedó observando, uno de ellos le habló visiblemente enfadado.

—Son compañeros nuestros. Con un megáfono, hemos pedido a los *mossos* que se rindan, siguiendo las órdenes del general, y esta ha sido su respuesta.

—Espero que Batet se deje de tonterías y ordene bombardear de una vez a esos asesinos —añadió el otro soldado.

Rafael buscó con la mirada hasta que vio entre un grupo de soldados al general. Se acercó a él, aunque parecía ocupado. Sonó en ese momento el estruendo de un disparo de cañón, el proyectil voló hasta el palacio y entró por una claraboya. No se oyó ninguna explosión.

—Mi general —gritó para llamar su atención.

—Cabo —respondió sin mirarlo, atento al proyectil recién lanzado.

—Les hemos quitado las espoletas. No queremos destruir ese edificio tan bonito —comentó Batet.

—Mi general, han atacado a nuestra sección en la plaza del Ángel. El capitán ha muerto. Están atrincherados en Gobernación.

—Vaya, ¿habéis asegurado una posición?

—Sí.

—Esperaremos. No tenemos prisa.

—Hay heridos que evacuar.

—Os enviaré un vehículo. ¿Tú estás al mando?

—Sí.

—Sacaremos a los muertos y heridos de allí. Y quedaos a la espera. Dencàs está en ese edificio. Si sucede algo me avisas.

Rafael regresó con la ambulancia que el general le había asignado. La noche iba a ser larga.

—¿Cómo va todo? —preguntó a Aurelio, mientras los sanitarios atendían a los heridos.

—¡Joder! Han salido un montón de guardias de asalto. Han tirado los fusiles al suelo y se han ido corriendo con las manos en alto.

—Se rinden.

—Yo diría que más bien huyen.

—¿Les habéis disparado?

—¡Joder! No. No nos has dicho que disparásemos.

—Vale. Mejor, si ven que no disparamos desertarán más. Y deja de decir «joder».

Se acercó a uno de los enfermeros, que estaba entrando en la parte trasera del vehículo, con los heridos.

—Bueno, Rodrigo. Al final no has tenido que disparar a nadie.

—Pues me he quedado con las ganas.

Rafael sonrió al comprobar que su compañero estaba bien.

—Decidle al general que los guardias de Gobernación están huyendo. Y que no vamos a hacer nada si él no ordena lo contrario —dijo al enfermero.

Desde la plaza, se comunicó por señas con los dos hombres que había dejado en la terraza de enfrente. No fue fácil, pero al parecer entendieron que debían seguir esperando.

Después, se subió a uno de los camiones, posición desde la que podía observar perfectamente el edificio.

Miró su reloj. Eran más de las tres de la madrugada. No podía creer lo rápido que había pasado el tiempo. Durante la siguiente hora descansó, oyendo

como ruido de fondo algunos disparos esporádicos. No había peligro de que se durmiera, pero pensó que quizás algún otro sí podía hacerlo, así que salió para hacer una ronda y pararse a charlar con todos los soldados que seguían apostados en sus puestos.

A los chicos les gustó que su cabo se parase a hablar con ellos durante un rato. De cosas intrascendentes, claro está. En la compañía se conocían todos, aunque con alguno de ellos no había intimado mucho. Aun así, charlaron como auténticos camaradas.

Al acabar, anduvo por la plaza y se fijó en algo que no había visto antes; en un rincón había una cabina telefónica de uso público. Se acercó a ella y buscó el número. Necesitaba información y esa podría ser la solución. Llamó.

—Soy Rafael. Escucha, Aurelio, memoriza este número de teléfono y te vas a donde esté el general, te presentas a él de mi parte y le dices que cualquier orden me la envíe a este número.

—¿Ahora?

—Sí, claro, ve ahora. Solo tienes que seguir las detonaciones del mortero.

—Joder...

Rafael se sentó en el suelo, junto a la cabina. El cielo comenzaba a tomar los tonos rojizos del amanecer. Había perdido la cuenta de la cantidad de desertores que habían salido del edificio de la consejería.

«¿Pero todavía queda alguien dentro?», pensó.

Al rato, le embargó una extraña sensación, no supo a qué se debía hasta que el soldado Oriol se le acercó.

—Cabo, ¿escucha? No se oye nada.

Era cierto. Hacía varios minutos que en la ciudad solo se oía el silencio de la mañana. Rafael se puso en pie.

—¿Queda gente dentro?

—Creo que sí, hace un rato vimos algunas sombras en las ventanas.

Rafael descolgó el teléfono para comprobar si seguía teniendo línea. Un tono agudo le dijo que sí. Colgó el auricular, y todavía lo tenía en la mano cuando sonó.

—Diga.

—¿Rafael? Soy Aurelio. Se han rendido.

—¿Los *mossos*?

—Todos, el *president* Companys lo ha dicho por la radio. Están saliendo con las manos en alto de la Generalidad y del Ayuntamiento.

Rafael pensó un segundo.

—Entonces, todo se ha acabado. Todo el mundo conoce estas noticias.

—Hombre... Lo están repitiendo continuamente por la radio.

—Vale, quédate ahí.

Colgó el teléfono y miró de nuevo el cielo. Todavía no había amanecido, pero ya todo se había acabado.

—¿Qué dicen? —preguntó Oriol a su lado.

—Se han rendido. Se acabó.

El soldado soltó un suspiro de alivio.

En seguida corrió la noticia entre el resto de los soldados y los vítores de alegría rodearon la plaza. Algunos hombres salieron a plena vía Layetana para celebrarlo.

—¡Eh, vosotros! ¡Volved aquí! —gritó Rafael, enfurecido. Se estaban poniendo a tiro.

Los jóvenes obedecieron sin prisa, volviendo a la plaza entre risotadas.

—Quedaos todos a cubierto. Esos de ahí todavía no se han rendido —puntualizó muy serio.

Desde una esquina de la plaza podía ver perfectamente todo el edificio de Gobernación, pero no podía saber cuánta gente había todavía dentro. Se colocó las manos en la boca, para hacer de altavoz y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Ah, los de dentro! ¡Ríndanse, salgan todos con las manos en alto!

Sin duda lo habían oído, pero en el edificio nada se movió.

—Anda, Oriol, grita lo mismo en catalán.

El joven soldado lo hizo, añadiendo que Companys ya se había rendido y que todo se había acabado.

Al momento, varios disparos atinaron cerca de ellos, Rafael y Oriol se tumbaron en el suelo, y sus compañeros respondieron el ataque con ráfagas de disparos hacia el edificio. Cuando Rafael se arrastró hasta quedar fuera de peligro, ordenó alto el fuego.

—¿Qué cojones? —se quejó uno de los soldados—. ¿Están locos? ¿No

tienen radio?

—Sí la tienen —respondió Rafael con el ceño fruncido—. Pero no sé qué pretenden.

Pasaron los minutos sin observar movimiento alguno. Nadie salía del edificio ni se veía nada a través de las ventanas. Un capitán del ejército que había llegado en un vehículo militar desde la retaguardia, desde la ya pacificada plaza de la República, se acercó hasta ellos.

—¿Siguen atrincherados?

—Sí, mi capitán.

El oficial llevaba un megáfono en la mano. Con él gritó varias órdenes, incluso explicó con detalle la situación.

Ningún signo de vida surgió del edificio.

—¿Puede ser que hayan huido? —preguntó el capitán.

—Hemos atascado la puerta de atrás, pero a lo mejor han conseguido derribarla.

Rafael miró a los soldados de la azotea y les preguntó por señas si habían visto algo; los soldados se señalaron los ojos y negaron con las manos.

—Bueno —decidió el capitán—, habrá que acercarse.

El oficial dividió la sección en dos, unos se quedaron apostados en la plaza, y los otros fueron a asaltar el edificio. Antes de moverse, dispararon a discreción hacia todas las ventanas; una lluvia de vidrios rotos y esquirlas cayó sobre la acera, en ese momento el capitán ordenó avanzar.

Corrieron en zigzag a través de la ancha avenida. Rafael fue uno de los primeros en llegar frente a la puerta principal. De momento nadie los había tiroteado. El capitán sacó su pistola y disparó a la cerradura. Con la ayuda de algunas patadas la puerta se abrió.

Los soldados entraron con precaución. En la planta baja no había nadie. El capitán los distribuyó para registrar todo el edificio. No tardaron en descubrir que, planta tras planta, todo el edificio estaba vacío.

Al cabo de unos minutos, Rafael se volvió a encontrar con el capitán en el distribuidor de la planta baja.

—Mi capitán, ¿han huido por detrás? —preguntó.

—Qué va, el portalón sigue atascado —respondió, confuso.

—Mi capitán —gritó un soldado desde una sala cercana—. ¡Venga aquí!

El capitán y Rafael entraron en los baños de la planta baja. El soldado les indicó un agujero en el suelo, un registro de bajantes que se había agrandado lo suficiente como para que cupiese una persona. El agujero estaba perfectamente excavado. Rafael pudo ver un perfecto trabajo de albañilería. Una tapa de madera a la medida del orificio estaba sobre el suelo, donde el soldado la había dejado.

—¿Y esto qué es? —preguntó el capitán.

—Un acceso a las alcantarillas de la ciudad —respondió Rafael—, por eso el edificio está vacío.

El capitán se asomó arrugando la nariz, el hedor era nauseabundo.

—Habrá que perseguirlos.

—Mi capitán —comentó Rafael—, lo tenían preparado, deben tener planos del subsuelo y linternas, quizás entraron ahí hace más de media hora, cuando oímos los últimos disparos.

El capitán asintió con el ceño fruncido.

—Tienes razón, volved a tapar esa madriguera. Solo las ratas huyen por las alcantarillas.

Condujeron los camiones hasta la cercana plaza de la República. Allí el escenario era dantesco; filas de cadáveres llenaban el suelo.

Después, sabría que la noche fatídica había dejado cuarenta y seis muertos en las calles de Barcelona. Una larga fila de *mossos* eran custodiados por la Guardia Civil, había tantos detenidos que el general Batet tuvo que requisar un barco del puerto, el «Uruguay», para encarcelarlos.

Vio cómo Batet se acercaba al abatido Companys y le estrechaba la mano, casi le abrazó. Hablándole en tono paternal le recriminó su actitud. Aunque conversaban en catalán, Rafael pudo entender perfectamente lo que decían.

—¿Qué necesidad hay de acudir a la violencia? ¿No vivimos en una democracia? ¿No es el respeto a la ley lo primero? —dijo el general.

Companys lo miró con gesto lánguido y desanimado.

—No estoy aquí para que me aconsejes —contestó.

—Lo sé, pero yo necesito decírtelo. Hemos estado al borde del precipicio;

de sufrir una masacre inútil.

Rafael miró los cadáveres, entre ellos estaba el capitán de su compañía.

«No, quizás se ha evitado una guerra, pero no hemos evitado una masacre», pensó.

Dencàs y Badia desaparecieron del mapa, al menos durante algún tiempo nadie supo nada de ellos. Se suspendió la autonomía catalana y se intervinieron muchos ayuntamientos.

Rafael volvió a su cuartel como cabo primero, eso significaba dos pesetas más al mes, una miseria. Estaba ansioso porque llegase el nuevo año 35 para licenciarse y no volver a vestir un uniforme militar nunca más.

CUARTA ROSA

Jaén, 8 de febrero de 1941

Aquella noche apenas había dormido. Pero a diferencia de otras noches no se debía a esa ansiedad deprimente que se aferraba a su corazón como una lapa, recordándole a cada instante que sus minutos estaban contados, que la verdadera pesadilla comenzaba al abrir los ojos. No, esa noche fue otro motivo mucho más agradable el que había venido a desvelarle.

La visita del día anterior había dado un soplo a su vida, algo en lo que pensar, una misión, un misterio, un objetivo. Dada su situación, era consciente que se agarraba a ello con más entusiasmo del que realmente requería.

Primero le sorprendió que le anunciaran una visita, cuando se las habían prohibido todas. Después le extrañó que el sargento le condujese hasta un calabozo privado, y sobre todo le turbó que allí, sentado en una silla frente a una mesa rudimentaria, le esperase su amigo Antonio.

—Tienen diez minutos —anunció el sargento antes de dejarlos solos.

Antonio se levantó para abrazarlo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Rafael con lágrimas en los ojos.

Antonio tenía buen aspecto, iba bien vestido y un grueso abrigo descansaba sobre el respaldo de la silla. No era de extrañar, siendo un «pez gordo» de Cuatro Vientos.

—¿Cómo estás? —preguntó Antonio con la voz quebrada.

—Dentro de lo que cabe, bien. ¿Y tú? ¿Y Carmen? ¿Y la niña?

Antonio hizo un gesto con la mano.

—Todos bien. Carmen te manda muchos besos. ¿Y tu familia?

Rafael se encogió de hombros, no sabía qué responder a eso.

—Pero ¿cómo es que te han dejado verme? —volvió a preguntar.

Antonio le sonrió.

—No ha sido fácil. Sabes que cuando Herrera huyó a Francia, pensé que Franco me mandaría detener, pero por suerte, no había nadie más que supiera cómo funcionaban los laboratorios, así que me mantuvieron en el puesto.

—¡Director del Centro de Investigaciones Aeronáuticas! Lo sé bien.

—En realidad, oficialmente, el director es el coronel al mando. Yo solo

soy el adjunto científico. Me necesitan, pero no se fían de mí.

Antonio miró hacia la puerta antes de susurrar.

—Sigo en contacto con Emilio.

—¿Herrera?

Antonio asintió con la cabeza.

—¿Cómo está?

—Las cosas en Francia y en toda Europa están muy jodidas. Hitler ha invadido el país.

—Lo sé. Esas noticias también llegan aquí.

—El mundo anda loco.

Antonio se sentó y decidió ir al grano:

—Los nazis pretenden construir un arma atómica, con ella conseguirían dominar el planeta.

—Recuerdo que Herrera también trabajaba sobre la energía atómica.

—Sí, es el tema de moda en física y en la ingeniería moderna; todos buscamos el modo de extraer la energía del átomo. Como siempre, los gobiernos están más interesados en sus aplicaciones bélicas. No están por el desarrollo de centrales o motores atómicos, como querría Herrera y otros científicos.

—La bomba atómica —dijo Rafael—, el arma «total» según Pikiki.

—Sí, ahora mismo existe una carrera contrarreloj entre varios países para conseguirla. Es mucho más peligrosa de lo que la mayoría piensa. Después de la muerte de Marie Curie en el 34, hay estudios que indican que la simple radiación puede matar. Los alemanes cuentan con científicos muy importantes trabajando en el proyecto: Niels Bohr, Werner Heisenberg, Otto Hahn...

Rafael sonrió a su amigo.

—Supongo que no has venido para hablarme de ciencia. No conozco a ninguno de ellos.

Antonio volvió a mirar a la puerta.

—Intento hacer todo lo posible para sacarte de aquí.

—Amigo, no pretendas darme falsas esperanzas.

—Le he prometido a Carmen que lucharé hasta el último momento.

—No hay nada que hacer. No se puede recurrir la sentencia.

—Ya no aspiro a eso —dijo él de modo misterioso—. He oído que se

puede sobornar a algunos soldados, incluso al médico. Hay «fusilados» cuyos cuerpos han desaparecido misteriosamente después de la ejecución.

—Son tonterías, los soldados del pelotón van rotando, nadie sabe el día anterior a quién le va a tocar. Se debería involucrar a demasiada gente. Si los cuerpos desaparecen es porque alguien trafica con los cadáveres.

Antonio se levantó y caminó agitado por la sala.

—Lo voy a intentar.

Se volvió a sentar mirándole a los ojos.

—Hay algo más. Sí que he venido a hablarte de ciencia. Herrera está en contacto con un grupo de científicos judíos que también trabajan en el proyecto de la bomba atómica, como nuestro amigo Leo Szilárd.

—Este nombre sí que me suena.

—Quieren conseguir la bomba antes que los nazis y ponerla a disposición de los aliados.

—¿De los ingleses?

—O de los americanos. Herrera también cree que es lo mejor.

—Vale.

—Mira, construir ese tipo de bomba no es tan complicado como parece. Lo difícil es producir la cantidad necesaria de material enriquecido, una vez consigues concentrar la masa crítica, la reacción en cadena se produce de forma natural.

—Sí, ya veo que es muy fácil —respondió Rafael, irónico.

Antonio continuó sin hacer caso del comentario:

—El problema está en «controlar» esa reacción en cadena.

—Ya veo. La bomba puede explotar en las manos de quien la fabrique.

—Más o menos. El profesor Otto Hahn se vanagloria de ser el descubridor de la fisión nuclear, pero no es exactamente cierto. Una persona de su equipo fue la verdadera descubridora de la reacción en cadena: la doctora Lise Meitner.

—Ese nombre también me suena —comentó con el ceño fruncido, intentando recordar dónde lo había oído antes.

—Lise acabó huyendo del régimen nazi y ahora trabaja en Noruega. Creemos que ella tiene la clave para el control de la fisión. Pero nuestros científicos no pueden contactar con ella.

—¿Es la mujer de la que hablaba Pikiki! —dijo Rafael, recordando al fin.

—Exacto. Emilio hijo pasó por Noruega después de su entrenamiento como piloto de caza en Moscú. Creemos que Lise le pudo dar esa información. Emilio debía pasarla a su padre, pero ya sabes que eso nunca ocurrió. Aunque tú sí estuviste con él aquellos días.

Rafael abrió los ojos enormemente asombrado.

—¿Crees que Pikiki me dio esa información?

—Ya sabemos cómo era él, quizás te comentó algo.

—Si me lo comentó, yo no lo entendí. Lo siento, no os podré ayudar. Ni siquiera sé muy bien de qué me hablas.

—Piensa, Rafael, no conocemos a nadie más que compartiera con él aquellos últimos días. ¿Nunca habló del secreto de átomo? ¿Del control de la energía?

Rafael negó con la cabeza.

En ese momento el sargento de guardia abrió la puerta.

—Ya han pasado los diez minutos.

El soldado se dirigió hacia Rafael para conducirlo de nuevo a la celda.

—¡Un momento! —gritó Antonio—. ¿No recuerdas nada?

Rafael siguió negando, mientras se levantaba de la silla. De pronto su cara se iluminó.

—Dominar al monstruo —dijo.

—Sí, ¿te explicó cómo dominar al monstruo?

—Me hizo un dibujo en un papel y me dijo: «En esta rosa está la clave para dominar al monstruo».

Rafael ya caminaba custodiado por el sargento hacia el pasillo.

—¿Conservas ese dibujo?

Rafael sonrió.

—Búscalos en la cueva.

—Volveré —dijo Antonio cuando Rafael ya no podía verlo.

La visita le había dejado lleno de viejos recuerdos. Al joven Pikiki lo volvió a ver comenzada ya la guerra. Una época horrible, aunque como todo, tuvo sus cosas buenas y sus cosas malas. Entre las buenas: el nacimiento de su hijita, un rayo de sol en un mundo de sombras. Entre las malas... Hubo tantas

aquellos días.

Parecía mentira que, durante la guerra, hubiese vivido sus dos grandes historias de amor. Una, su hija, y otra, su esposa. La historia con Encarna comenzó una cálida noche de San Juan...

Guadix, finales del 1935

Cuando Rafael volvió de la mili en febrero del 35, se dedicó con tesón a ayudar a la familia. Aunque Encarna, su hermana mayor, ya estaba casada, los cuatro pequeños: Angustias, Salvador, Isabel y María crecían sin cesar, y con ellos aumentaban las necesidades. Los tres hermanos mayores se veían obligados a trabajar duramente para mantener una vida mínimamente digna. El clan de los *Ocones*, como eran conocidos, tenía demasiado orgullo para pedir caridad, o incluso para quejarse de su situación. Muy al contrario, en aquellos días infortunados, ellos siempre estaban dispuestos a ayudar a sus vecinos.

Pronto le tocó a Antonio ofrecer un año de su vida, prácticamente gratis, al servicio militar. Eso obligaba a Rafael y a Paco, quien demoraba sin remisión su ansiada boda, a redoblar los esfuerzos.

Los primeros meses del año se dedicaron a excavar una habitación extra en la cueva. Una estancia que comunicaba directamente con el comedor y que debía servir para desahogo de la familia. Excavaron un pequeño pasillo abovedado, hacia el lateral, que daba a la vecina cueva de su hermana Encarna, pues existía una estricta regla no escrita, que delimitaba las excavaciones a ciertos límites de la propiedad. La habitación no la excavaron muy grande, de forma que el techo quedó con más forma de cúpula que de bóveda, y el contorno ligeramente circular. También excavaron un hueco que haría las veces de armario empotrado, y que se abría hacia la cueva vecina; así ambas quedaban conectadas como una compleja red subterránea. Una estrecha puerta en el fondo del armario daba acceso a la cocina de su hermana.

Al no estar Antonio en el momento que la acabaron, Rafael no tuvo problemas en quedarse la nueva habitación, y dejar la más grande, que compartía con Paco, para el hermano mayor.

El acceso a la habitación era tan estrecho que tuvo que desmontar la cama para entrarla y volverla a montar en el interior. Sobre el lecho colocó un viejo colchón de lana, que había comprado de segunda mano al tío Jumilla. Así, pudo disfrutar, por primera vez en su vida, de cierta intimidad, que se le antojó

total, cuando colgó en el pórtico excavado, una cortina azul, de flecos, que su madre tenía guardada desde hacía tiempo en un viejo baúl.

—Nadie puede entrar sin mi permiso —gritó con cara muy seria a sus hermanos menores.

Aunque la primera semana, las pequeñas Isabel y María se pasaron los días enteros dentro de la habitación, jugando con muñecas. Rafael no tuvo más remedio que esperar a que las niñas olvidaran la novedad de la nueva estancia y acabaran desviando su atención a otras cosas.

Ese día llegó cuando Paco, sorprendiendo a todos, apareció con una radio casi nueva: una preciosa Telefunken-Marconi; era el pago de uno de los muchos trabajos que todavía les faltaban por cobrar.

Paco conectó el aparato en uno de los dos enchufes de la casa y el milagro se produjo: la familia se reunió por primera vez en silencio alrededor del aparato. Cuando corrió la noticia, fueron muchos los vecinos que también se les unieron en silencio.

Salvador, el padre, fue el único que dejó la reunión radiofónica disimuladamente para salir afuera y mirar con atención el contador de luz que la compañía había instalado en el patio.

Fue la radio la que posibilitó que se enteraran de las últimas noticias, también de escuchar las radionovelas que Unión Radio emitía diariamente, y por supuesto de las retransmisiones de las mejores corridas de toros.

A Rafael le enojaron mucho algunas cosas que los gobiernos de derechas legislaron a finales del 35: como ilegalizar las huelgas, o dar el poder militar a generales antidemocráticos, como Franco, que fue nombrado jefe del Estado Mayor, y a quien Rafael consideraba un sanguinario.

Pero cuando el presidente Alcalá Zamora convocó nuevas elecciones para febrero del 36, todos pensaron que las cosas podrían mejorar. Esa vez la CNT no pidió la abstención de los trabajadores, y las coaliciones de izquierda, el Frente Popular, tenían muchas posibilidades de ganar.

Rafael hizo una campaña activa en pro del Frente Popular, no importaba a quién votasen los trabajadores, decía en todas las reuniones, mientras fuese alguno de los partidos del frente: El PSOE, el PCE o cualquiera de los partidos republicanos. Esta vez no quiso ir en las listas. Le resultaba

demasiado agobiante participar en todos los mítines y le fatigaba llevar siempre corbata, además, solían acabar en altercados. Y todo esto sabiendo que nunca saldría elegido.

Por supuesto, seguía habiendo dirigentes de la CNT que clamaban por la abstención, como su paisano Cato. Pero sus consignas revolucionarias ya no convencían a la mayoría.

Al final consiguieron su objetivo. El Frente Popular ganó, por estrecho margen, a las derechas. La CEDA y sus aliados perdieron el poder. El nuevo Gobierno, con Azaña al frente, comenzó a revertir las libertadas perdidas en el bienio anterior.

Poca gente lo sabía, pero ese mismo mes de febrero, también se comenzó a gestar el golpe de estado militar.

Gracias a la radio se enteró también de que, en marzo, se reinstauró la Generalidad de Cataluña y Companys volvió ser el *president*. Asimismo se enteró por la radio que los hermanos Badia fueron asesinados en abril.

«Se sospecha de un ajuste de cuentas por parte de anarcosindicalistas», comentó el locutor, y Rafael estuvo de acuerdo con el diagnóstico.

Todo parecía suceder muy deprisa: se reinstauraron los alcaldes y los concejales elegidos en el 31, las huelgas y los derechos sindicales volvieron a ser legales y se retomó la reforma agraria...

Algunos represores de los anarquistas huyeron de España, para no volver jamás. Como su conocido catalán, el exconsejero Dencàs, que se refugió con su amigo Mussolini, y muchos años después, acabaría sus días en África.

Rafael acogió con alegría el anuncio de que las juventudes comunistas y las socialistas se iban a unir en una sola organización. Tenía visos de convertirse en realidad. Sin duda, eso era el presagio de un futuro donde el PSOE y PCE también se acabarían fundiendo.

Él y Paquillo cogieron el tren hacia Granada para asistir a la reunión donde se presentaba el nuevo grupo unificado.

—Juventud Socialista Unificada —dijo Paquillo, leyendo la nota que había repartido el Partido Comunista—. Ese será el nuevo nombre. Nos tendremos que acostumbrar a él.

—Hasta que lo cambien por otro —comentó Rafael.

Paquillo sonrió asintiendo.

—¡En España tenemos más siglas que los rusos! El ponente es un tal Santiago Carrillo.

—A ver si ahora, que todos forman parte de la coalición en el Gobierno, comienzan a ponerse de acuerdo.

—Como tú siempre habías dicho: la revolución desde las instituciones.

La reunión en la casa del pueblo tenía un ambiente festivo, muy diferente al de los últimos encuentros clandestinos de la CNT. Multitud de jóvenes *granaiños* atestaban el local. A la entrada había unas pilas de panfletos para los asistentes. Rafael cogió uno. En la tarima de los ponentes se encontraban cuatro hombres encargados de preparar el evento, uno de ellos era el joven Carrillo, que Rafael conocía solo de oídas, los otros rostros no le decían nada. A la derecha de Carrillo había un hombre extranjero, a Rafael se le antojó ruso, que susurraba junto al oído del joven. De alguna forma le recordó a Alexander, y eso no le gustó.

—¿Quién es ese? —preguntó a un chico que tenía cerca.

—Es un catalán, se ve que en Cataluña también van a fundar un partido unificado parecido.

—No —rectificó Rafael—, quiero decir el tipo de las gafas redondas.

—Ah, ese es Mijaíl Koltsov, un famoso periodista ruso.

—Claro.

La reunión comenzó. Carrillo habló largo y tendido sobre el proceso de unificación y lo que eso iba a significar para España; pronto seríamos una república socialista soviética, de carácter marxista-leninista, hermanada con Moscú.

Rafael no podía creer lo que oía. ¿España iba a seguir los pasos de Rusia? ¿Íbamos a ponernos en manos de Stalin? ¿Dónde estaba el comunismo libertario español?

En un momento determinado, Carrillo dio la palabra al catalán. Este se reafirmó en la misma idea, pero aún fue más allá; según él, Cataluña se iba a convertir en una república soviética «asociada» a la URSS.

En ese punto ya no se pudo contener más, se levantó con la mano en alto.

—Me gustaría saber qué opina el POUM catalán, y Andrés Nin de este posicionamiento o actitud.

Gritó la pregunta sin que le dieran la palabra, cosa que ocasionó murmullos entre los asistentes. El ruso volvió a susurrar a la oreja de Carrillo antes de que este respondiera a quien les había interrumpido.

—Las izquierdas debemos aproximar nuestras posiciones, por supuesto todavía hay muchos grupos con los que discrepamos. Pero hay un hecho del que no podemos escapar; nuestros aliados naturales son los rusos, no hay ninguna otra nación en el mundo donde haya triunfado el comunismo.

Rafael debería haberse callado, pues con esta respuesta el dirigente daba por concluido el debate. Pero no pudo dejar de gritar:

—¿El comunismo? Stalin ha matado el comunismo. Vosotros no tenéis ni idea de lo que significa esa palabra.

Diciendo esto se abrió paso entre los asistentes hacia la salida, seguido de cerca por Paquillo. Varios de ellos le abuchearon.

El aire de la calle olía a primavera, eso le apaciguó un poco.

—Te has enfadado mucho —comentó Paquillo.

—Sabes lo que opino de la Rusia de Stalin. Además, ¿has visto al ruso? Le dictaba a Carrillo lo que debía decir.

—No sé...

—Créeme, Stalin no está interesado en el bienestar de los obreros españoles. Ni siquiera le interesan los obreros rusos.

Paquillo guardó silencio. Hasta que al cabo de un rato dijo:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué de qué?

—¿No apoyamos el comunismo?

Rafael detuvo su marcha para mirar a su amigo.

—Son ellos quienes no lo apoyan. Nosotros seguimos apoyando la libertad y la justicia. ¿No querías afiliarte a las Juventudes Libertarias?

Paquillo sonrió a su amigo.

—Sí, aunque creo que con el carné de la CNT es como si ya lo estuviéramos.

Las calles de Granada bullían de actividad. El buen tiempo alegraba el ánimo de los ciudadanos. Rafael recordó a Lorca.

—¿Qué diría Federico?

Paquillo, como experto lector de prensa que era, respondió:

—En un diario le hicieron esa pregunta, y él respondió: «me siento a la vez católico, comunista, anarquista, libertario, tradicionalista y monárquico».

Al fin consiguió que Rafael volviese a sonreír.

—Deberías hacerte periodista.

—Lo tengo pedido en *La voz de Guadix*.

Guadix, 23 y 24 de junio de 1936

Rafael y sus amigos se habían gastado casi toda la semana en petardos. Desde primera hora de la tarde habían estado tirando cohetes en la plaza de las Palomas.

—Tan grandecitos y con tanta tontería —les habían recriminado unas señoras que paseaban por la plaza.

Era cierto, Paquillo, Juan, el Liti... Rafael, todos habían cumplido ya los veintidós. Pero continuaban solteros y sin novia formal. Corrían tiempos duros para los jóvenes, el trabajo escaseaba y la situación social continuaba convulsa. Aquel día de San Juan, los amigos buscaban divertirse y olvidarse, por unas horas, de todos los problemas que los acuciaban.

La primavera había dejado paso al verano. La noche prometía ser cálida en muchos aspectos. La provisión de petardos y bengalas iba a durar muchas horas. En realidad, era una tradición valenciana, pero Juan los había convencido a todos para importarla al pueblo.

—Este es para el culo del Genaro —dijo Juan mientras colocaba un enorme petardo en el suelo y lo encendía.

La explosión retumbó en el oído de Rafael, y dejó una fea mancha negra sobre el pavimento.

—Podríamos ir a la Alcazaba —propuso el Liti.

En la zona de la Alcazaba era por donde se reunían últimamente Genaro y su gente. El nuevo alcalde, ahora no permitía grupos armados por las calles, así que los milicianos hacían sus maniobras y juegos bélicos en aquella zona menos habitada, aunque seguía estando en el interior de la población.

Como muchos otros, desde que perdieran las elecciones, el grupo de requetés de Guadix se había afiliado a la Falange. Su misión no era otra que hostigar cualquier intento de «apropiación» de tierras o bienes por parte de los jornaleros.

Unos días antes habían tiroteado a un grupo de hombres que pasaba por el melojar del marquesado, con la excusa de que era un bosque privado. Los

jornaleros solo atajaban camino, pero a Genaro le bastó con declarar ante la Guardia Civil que los hombres pretendían talar algunos robles sin permiso, para salir impune.

—Sí, hombre, vamos a ir allí con petardos, para que esos capullos nos acribillen —dijo Paquillo, dándole una colleja al Liti.

—Dada su puntería, no nos darían, aunque llevásemos una diana en el culo —comentó Rafael.

—Entonces, ¿vamos?, —se picó Juan con un puñado de petardos en la mano.

Rafael negó con la cabeza.

—No, hoy no me apetece lidiar con esos memos. La verbena está a punto de comenzar, vamos a ir tirando.

Juan lanzó uno de los petardos a Rafael, obligándole a dar un salto. Este encendió enseguida otro de los petardos con su pitillo y se lo devolvió a su amigo.

—¡Como me churrasques los pantalones, te mato! —gritó, bromeando al tiempo que se apartaba de él.

La verbena estaba en la plaza de detrás de la catedral. La explanada era tan grande que también se habían instalado unos feriantes con atracciones que seducían a gente de toda la comarca: había tiovivos, autos de choques, tómbolas, casetas de tiros... y todo tipo de puestos con golosinas y delicadezas del paladar.

Encarna Franco hacía más de una hora que deambulaba por allí con las amigas. Se habían encontrado a todo Guadix, incluso una vez casi se da de bruces con su padre, Cato. Por suerte, pudo escabullirse entre el gentío antes de que él la viera. Estaba todo el mundo menos Rafael, ¿dónde se había metido? Seguro que andaba con los amigos. Aún era temprano, no tardaría en aparecer.

Sabía que su «amiguita» ocasional, Angelita, estaba saliendo con un chico del barrio de Santa Ana, los había visto en una caseta de tiro. Así que, sin duda, él tenía que estar con sus amigos.

—Encarna, vamos a comprar unos tejerings —dijo una de las chicas.

—Yo no tengo hambre —respondió.

No había comido casi nada. Tenía un nudo en el estómago que le impedía ingerir cualquier alimento. Solo tomaba limonada que, en realidad, era agua con hielo y polvos.

En el puesto de churros había cola, sus dos amigas se colocaron detrás de unas mamás con niños pequeños, y ella se quedó dos pasos por detrás con su vaso de papel lleno de limonada.

Entonces lo vio, andaba por donde el tiovivo, acompañado por sus amigos. Se dirigían directamente hacia su posición, aunque todavía no había reparado en su presencia.

Encarna se alisó el vestido nuevo y se atusó el pelo. Se había esmerado mucho en el conjunto de falda plisada y blusa color crema, que hacían juego con sus zapatos de charol y el pequeño bolso de piel sintética.

Estaba convencida de que Rafael se había enamorado de Carmen, entre otras cosas, debido a la elegancia que la chica tenía al vestir. De forma que había comenzado a imitar el estilo de la antigua novia.

Lanzó el vaso en la rebosante papelería que había junto al puesto y después de asegurarse de que los chicos iban a pasar justo por su lado, desvió la mirada y se hizo la despistada. Rafael casi choca con ella.

—Hola, Encarna. ¿Cómo estás?

Ella simuló sorpresa.

—¡Hola, Rafael! No te había visto. Estoy aquí, con mis amigas —dijo, señalando con el dedo la cola de la parada.

Rafael sonrió, pues hacía rato que había descubierto cómo la muchacha le observaba.

—Estás muy guapa —la piropeó.

Realmente Encarna había crecido, no era muy alta, pero su cuerpo al fin había dado el cambio a mujer. Rafael hizo un cálculo mental, la chica ya habría cumplido los dieciséis, de hecho, no le faltaba mucho para los diecisiete. Su cabello oscuro caía en tirabuzones sobre su blanco rostro, con la mirada inquieta buscaba constantemente sus ojos. Llevaba los labios rojos, fulgurantes, estirados en una sonrisa nerviosa.

—¿Qué tal el colegio?

Encarna arrugó el ceño algo disgustada, eso era lo que se preguntaba a los

niños. Por otro lado, podría presumir de pertenecer al restringido grupo de accitanos que podían costearse estudios intermedios.

—Lo he aprobado todo. Ya he acabado el bachillerato —respondió muy rápido, y enseguida quiso cambiar de tema—. ¿Habéis entrado en la casa embrujada? A mí me encantaría, pero a mis amigas les da miedo. ¿Por qué no nos acompañas?

Los chicos no parecían muy convencidos.

—¿Quiénes son tus amigas? —preguntó Juan. No estaba dispuesto a gastarse dinero en una atracción solo para complacer a unas niñas.

Encarna señaló a las dos chicas, que ahora sí los miraban y saludaron con la mano cuando ellos lo hicieron.

—No están mal —comentó Juan, achinando los ojos para calibrar mejor a las muchachas.

—Venga, no seas impertinente —dijo Rafael mientras ofrecía su brazo a Encarna—. Vamos a acompañar a estas señoritas a la casa del terror.

—Es la casa embrujada —puntualizó el Liti.

Encarna se agarró con fuerza al brazo y conminó a sus amigas a acompañarles a la atracción.

La casa embrujada no era más que un túnel decorado como un castillo en ruinas y con estatuas de monstruos; había un nosferatu, una momia, dos brujas y el plato fuerte era un gorila gigante, que simulaba a King Kong y que, acechando en la sombra, se iluminaba con una luz roja cuando los visitantes se acercaban. Por supuesto, un par de feriantes disfrazados, también salían de improviso para asustar a las chicas que golpeaban con una imitación de hacha ensangrentada.

En cuanto entraron, las chicas comenzaron a gritar. Encarna se apretó a Rafael y parecía realmente asustada, aunque en gran parte debía ser simulado, pues en la entrada solo había algunos murciélagos de papel colgados del techo con hilos.

A Rafael le sorprendía la capacidad que tenían las chicas para crear un clímax colectivo de histeria. En cuanto empezaron a chillar y patalear, el efecto se contagió a las otras chicas que también entraban en la atracción. Casi no era necesaria la participación de los feriantes disfrazados. Aquello era para las chicas una especie de catarsis emocional. ¿Por qué los hombres no

eran capaces de alcanzar un estado semejante?

Por debajo de los gritos sonaba una música de terror que sí conseguía ponerle los pelos de punta. Si hubiese estado solo, en la espesura de un bosque, esa música le hubiese hecho mirar constantemente hacia atrás, tragando saliva, inquieto.

Paquillo le explicó después que era la música de la película *Nosferatu*.

—¡Qué miedo he pasado! —exclamó Encarna al salir, sin dejar el brazo de Rafael.

Un poco más allá, en mitad de la plaza, la música había comenzado.

—¡Ya tocan! —apuntó ella—. ¡Vamos a bailar!

Encarna se sentía exultante, como si estuviese borracha de adrenalina, aunque todavía no había probado el alcohol. A Rafael le asombraba la vitalidad de la chica, su energía desbordante, su cara radiante de felicidad.

Corrieron cogidos de la mano hacía la plaza, como si el tiempo apremiara, como si no tuviesen toda la noche por delante. Encarna lo arrastró hacia la zona de baile. Durante la primera hora, una primera orquesta solía tocar unos ritmos modernos, lo que llamaban *jazz*. En aquel momento sonaba *Sing, sing, sing (with a swing)*. Ella parecía conocer los pasos a la perfección, Rafael solo intentó seguirla. No tardó en hacerse un pequeño corro a su alrededor admirados por el brío del baile.

Al acabar la canción, Rafael le dijo:

—Vamos a tomar algo.

Así la arrastró hasta la zona del bar, donde estaban sus amigos.

—¡Bailas muy bien! —comentó Paquillo a Encarna.

Ella tenía unas pequeñas gotas de sudor en la frente, y su pecho subía y bajaba jadeante.

—Gracias —respondió, feliz.

—¿Qué quieres? —preguntó Rafael.

—Lo mismo que tú.

—¿Vino?

—Vale.

Los chicos fueron a pedir bebidas con sus vasos de papel.

—Ten cuidado, Rafael —le advirtió Paquillo, divertido—. Es la hija de Cato.

—¿Y qué?

Paquillo levantó una ceja. Juan se les acercó por detrás.

—¿Y qué? A que no tienes huevos de liarte con ella.

Rafael hizo un gesto con la mano para quitarse de encima a su amigo.

—Hombre —añadió Paquillo—. Cato te mata si se entera.

—Somos libres de hacer lo que queramos. ¿No es eso lo que él predica, la libertad? —respondió Rafael con los dos vasos de vino en la mano—. Pero no me voy a «liar» con ella. La conozco desde que era pequeña.

Llevaron las bebidas a las chicas. Encarna bebió la suya casi de un trago, no estaba acostumbrada al alcohol, pero tenía tanta adrenalina en la sangre que el líquido casi ni le afectó.

La primera orquesta seguía tocando. En ese momento, un charleston. La música alegre se contagiaba entre los jóvenes. Mientras que los más mayores esperaban a que subiera la otra orquesta y comenzaran los pasodobles. En cuanto Rafael acabó su bebida, Encarna lo arrastró a bailar de nuevo.

Ella se sentía realmente feliz; al fin él la miraba como a una mujer, no como a una niña. Le parecía estar viviendo un sueño. Le amaba, quería estar con él, ser su esposa y pasar toda la vida juntos. En su mente, en ese momento, «toda la vida» significaba un tiempo sin fin.

Bailaron mucho, sudaron y bebieron. La noche fue cálida y pegajosa. Rafael propuso a la chica descansar un poco y pasear por la orilla de la rambla, por donde llegaba, tenue, la luz de la verbena.

Él observó su perfil mientras caminaban por el sendero de tierra. Realmente, ya no era una niña, era una mujer de finos rasgos. Ese tipo de mujer que siempre parece joven, que siempre mantiene la ilusión en la mirada.

Ella, consciente de que la contemplaba, desvió la vista hacia él solo un instante, para enseguida volverse a concentrar en el suelo. En ese momento se quitó los zapatos, por una extraña razón, sintió la necesidad de rozar con sus pies la hierba, la tierra, la naturaleza viva que los rodeaba. Aunque casi al instante se arrepintió, pues había perdido esos pocos centímetros que la acercaban a su altura. En ese momento, si él la quisiera besar, tendría que inclinarse.

Rafael cogió su mano, anduvieron un rato en silencio. A lo lejos sonaban

los últimos pasodobles de la fiesta. En el cielo brillaban las estrellas. Se detuvo y cogió su otra mano. Encarna se quedó frente a él, con la mirada fija en el suelo. Lentamente levantó la cabeza, en sus ojos negros, Rafael pudo ver el misterio que solo se puede esconder en los ojos de una mujer. Un misterio natural y salvaje; el misterio de la vida y la muerte.

La besó con dulzura, consciente de que, para ella, era su primer beso. Después, estrechó su brazo y siguieron paseando.

—¿No tienes que volver a casa? —preguntó.

—Puedo quedarme hasta que amanezca, hoy es San Juan —mintió.

Llegaron hasta una zona en la que había un pequeño banco de arena. En invierno, por allí brotaba una fuente de agua, pero en junio estaba completamente seca. Encarna se sentó. Él también lo hizo, y dejó que ella se tumbara, apoyando la cabeza sobre su muslo.

—Qué bonitas las estrellas —exclamó.

—Sí —admitió, mirándola a los ojos y acariciando su pelo.

—Pero si no las miras, tonto.

Él sonrió. Quiso imaginarse cómo sería vivir con Cato, ser su hija. ¿Todavía golpeaba a su mujer? En apariencia, sus hijos tenían de todo, nunca carecían de nada, pero con aquel carácter tan especial... ¿Eran realmente felices? Encarna desbordaba alegría.

—¿Sabes? —dijo ella—. La primera vez que te vi, cuando era muy pequeña, me enamoré de ti.

—Te lo debes imaginar, seguro que ni te acuerdas.

—Lo recuerdo perfectamente. Yo estaba en las escaleras de casa y tú me guiñaste un ojo.

—¿Seguro que era yo?

—¡Síiiii! No te rías de mí. Te pareceré tonta, pero desde entonces me gusta imaginarme que soy tu mujer, que vivimos en una casita, como las que hay por San Miguel, que tenemos muchos hijos, y que cada mañana me despierto a tu lado. Te hago el desayuno y...

—Uy, demasiadas cosas, ¿no vas a dejar nada para el azar?

Ella soltó una risita.

—No, ya lo tengo todo pensado...

Él la besó de nuevo inclinándose sobre ella.

—No dejes de besarme nunca —susurró.

La noche pasó deprisa, casi estaba a punto de amanecer. Le había explicado todos sus sueños, o al menos una gran parte. Se habían besado, pero Rafael no quiso llegar a más. Cuando se levantaron y ella se volvió a poner los zapatos, le dijo:

—Llévame contigo.

En su mirada vio por primera vez un atisbo de tristeza, de desesperación.

—Casi es de día. Tengo que llevarte a tu casa.

—No quiero ir. No quiero volver a casa.

Rafael la miró comprendiendo que, además de tristeza, había terror.

—Está bien, ven conmigo.

Llegaron a la cueva al alba. Los gallos comenzaban a cacarear, pero todavía no había nadie en pie. Rafael entró sigiloso para no despertar a la familia. Condujo a Encarna hasta su habitación a oscuras y corrió la cortina. Ella se sentó sonriente en el esponjoso colchón, casi queda engullida por él, cosa que le provocó una risa nerviosa.

—¡Chis!... —dijo él mientras encendía el candil que tenía sobre una pequeña mesita de noche. La instalación eléctrica solo llegaba al comedor, la cocina y el dormitorio de sus padres.

La luz titilante iluminó la blanca estancia.

—¡Guau! —exclamó ella al ver la cúpula sobre su cabeza. No tenía muchos amigos en las cuevas, y le seguían sorprendiendo esas construcciones.

También le sobrevino un escalofrío. Otra de las cosas que le sorprendía de las cuevas.

—Tienes frío.

—Un poco.

Él la abrazó. Se desnudaron y se perdieron entre las sábanas.

Aunque en realidad, alguien de la casa sí se había percatado de su presencia a pesar de todo el sigilo. La madre, desde su habitación, había sido consciente de la intrusión furtiva, de que su hijo no entraba solo, de quién era ella y de que eso solo iba a traerle problemas.

Por la mañana, Paco y su padre desayunaron en silencio, y no solo porque

Paco tuviese resaca, que la tenía, sino porque su madre así se lo había pedido.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —preguntó Salvador con el ceño fruncido. A pesar de su templanza natural, era partidario de sacar «a esos dos» de la cama con la correa en la mano.

—Marchaos —dijo ella, tajante.

Era San Juan, día festivo, pero en el campo siempre hay trabajo y mejor si es una mañana fresca de verano. Encarnación les pidió que no volvieran demasiado pronto.

Después se levantaron los pequeños, desayunaron soñolientos y, como no había colegio, los dejó jugar en el patio, aunque Angustias prefería ayudar a su madre, y así poder ejercer de «hermana mayor mandona» como la llamaba a menudo la pequeña María.

El sol de la mañana comenzaba a picar cuando Encarnación notó que alguien subía por la cuesta. Lo adivinó por un sutil cambio en la algarabía que hacían los niños jugando en el patio. Se secó las manos, dispuesta a salir a la puerta, cuando un vozarrón ronco sonó desde afuera.

—¡Fernández, vengo a buscar a mi hija!

Encarnación salió al patio. El cambio de luz, de penumbra a radiante sol, la deslumbró como siempre. Se llevó una mano a la frente para hacerse sombra en los ojos y ver mejor a Cato, que estaba allí plantado, con los ojos rojos, la mirada furibunda y con cara de muy pocos amigos.

—¿Está aquí mi hija? —bramó.

Encarnación asintió levemente con la cabeza. Mientras, bloqueaba la puerta con su cuerpo.

—Apártate, me la voy a llevar. Y voy a matar a tu hijo —dijo, dando dos pasos hacia ella.

—Ni se te ocurra tocarme.

Encarnación le habló con firmeza, fijando una mirada gélida en el hombre. Por un momento, Cato estuvo tentado a derribarla de un golpe, pero por algún motivo que no supo discernir, se contuvo.

—¿A qué juega Rafael? —espetó—. ¿Se piensa que se puede llevar así a mi hija? ¿Humillarme de esta manera?

—Encarna está aquí porque quiere. Nadie te humilla.

—Ella es la rosa de mi corazón. Una rosa que he cuidado durante años. Y hora ese desalmado ha venido para deshojarla, deshonrarla...

La ira de Cato aumentaba por momentos. Los niños, que ya no jugaban, se escondieron en el corral.

—Es extraño que precisamente tú hables así. Si ella es tu rosa, Rafael es mi clavel. Una flor sin espinas. Tu hija no podría encontrar a nadie mejor. Quizás deberías preguntarte por qué ella huye de ti.

Cato no se pudo contener más, sacó su pistola del bolsillo trasero y apuntó con ella a la mujer.

—¡Ella no huye de mí! ¡Vete a saber qué le ha contado tu hijo!

Encarnación ni siquiera pestañeó.

—Con esa pistola no vas a conseguir nada. No vas a entrar en mi casa de esa forma.

Durante unos segundos, Cato estuvo tentado a disparar, acabar con aquella mujer insolente. Se imaginó a la mujer muerta, ensangrentada en el suelo del patio, y entrando él dentro para recuperar a su hija.

No era algo plausible. Ella le seguía mirando desafiante, qué diferente a su propia esposa, siempre tan sumisa. Por un instante deseó que su mujer también tuviese esa fuerza de carácter.

Encarnación vio con claridad que ya no iba a disparar, ni la iba a tirar al suelo de un golpe; el peligro había pasado.

—Vuelve a casa —dijo con voz calmada—, yo hablaré con ella, y después la acompañaré hasta allí.

Bajó el arma. La ira se había transformado en tristeza, y la tristeza se le anudó en la garganta.

—Dile que la quiero mucho, que vuelva a casa.

Se giró, con la pistola en la mano, dispuesto a regresar por el camino.

—Cato, déjala que viva su vida. Nosotros no podemos hacer nada.

Cuando el hombre se fue, Encarnación se acercó al corral. Sonrió a los niños y los alentó para que siguieran jugando. Al salir se encontró con Rafael en la puerta de la cueva, solo llevaba los pantalones, con el torso desnudo y sin zapatos. Ella lo miró con gravedad. En realidad, él era su clavel, pero era un clavel con espinas, al menos una, que se clavaba en su corazón cada vez que lo miraba.

—Se ha ido —confirmó.

—Lo siento —se excusó.

—¿Cómo se te ocurre?

—Madre, ese hombre no es bueno. He visto los cardenales en su cuerpo —dijo, refiriéndose a la joven Encarna.

La madre estuvo tentada a decirle: «Y que más te da, no es asunto tuyo. No te incumbe». Pero eso solo enfadaría a su hijo. Pensaba como ella; no podía quedarse con los brazos cruzados, mirar hacia otro lado, cuando veía una injusticia. No podía dejar de defender a una mujer, aunque fuese de su propio esposo o padre.

—Pero las cosas no se pueden hacer así —se oyó decir la madre, al fin—. Después la acompañaremos a su casa —dijo la mujer, de tal forma que no admitía discusiones.

Unos minutos antes, Rafael se había despertado en su habitación. A su lado notó el cálido cuerpo de la chica. Encendió el candil con cuidado para no despertarla. Dormía plácidamente, como una niña. La contempló con una sonrisa en los labios. Al dormirse desnudos y despertar también desnudos, pudo observar su cuerpo con tranquilidad. Podía ver los cardenales que tenía en diversas partes; algunos más recientes, otros a punto de desaparecer. No hacía falta ser un genio para adivinar las causas. Sintió una oleada de ternura por ella, unas ganas infinitas de protegerla. La besó con delicadeza y se deslizó de entre las sábanas.

Cuando se estaba poniendo los pantalones oyó unos gritos fuera. Salió de la habitación y entonces las palabras sonaron más nítidas. Cato estaba en el patio discutiendo con su madre. Entre las lamas de la cortina podía atisbar algo de la escena. El corazón se le aceleró cuando vio que Cato llevaba un arma en la mano. Estuvo a punto de salir, pero entonces oyó las palabras del hombre; estaba gimoteando, parecía que iba a llorar. Su madre controlaba la situación. Entendió que, si él salía, la cosa podía empeorar, y Cato seguía teniendo la pistola en la mano. Solo salió cuando el hombre desapareció del patio.

Después de hablar con su madre volvió a la habitación. Encarna estaba ya despierta sobre la cama, ajena a lo que había ocurrido. Le miró amorosamente

y levantó los brazos pidiéndole que se acercara.

—Buenos días —susurró mientras se volvían a besar.

Encarna no podía creer que todo aquello fuese real. Lo acontecido la noche anterior se le antojaba un sueño. Pero allí estaba, junto a Rafael. En aquella habitación sin ventanas le parecía oír cantar a los ángeles, aunque solo fuese su sangre palpitando en los oídos.

—¿Vas a pasarte el día en la cama? —preguntó, poniendo en su voz un tono de broma.

—Si me acompañas, sí —contestó.

Él la golpeó con la almohada.

—Anda, vístete.

Se vistió. Mientras se calzaba los zapatos le preguntó con el ceño fruncido:

—¿Está tu madre?

—Claro.

Se quedó en silencio, aunque era evidente que tenía cierto miedo a encontrarse con ella.

Rafael la abrazó y le dijo:

—Desayunaremos y hablaremos con ella.

Al salir se encontró con la mirada severa de la matrona.

—Hola, doña Encarnación —la saludó con una sonrisa forzada.

Les indicó que se sentaran a la mesa. Les puso delante dos platos con gachas, y ella misma se sentó con ellos.

La mujer les habló larga y pausadamente. Quería que sus palabras calaran en los jóvenes; que las entendiera la niña.

—Hay que hacer las cosas bien. No podéis dormir juntos en nuestra casa sin estar casados. Un hombre debe pedir la mano de una mujer a sus padres, casarse y dejar claro a todos que ella es su esposa. No hace falta hacerlo por la iglesia, pero hay que hacerlo. A veces, aunque no te gusten las normas, hay que seguirlas, para poder convivir en paz con tus vecinos.

Ellos escucharon con paciencia, pero al final Encarna tenía las lágrimas tan a flor de piel que no se pudo contener.

—Doña Encarnación —le suplicó—, es que no quiero volver a mi casa. No estoy bien allí.

—Su padre le pega —afirmó Rafael, pasándole una mano por la espalda.

—A veces es muy bueno, pero en ocasiones se vuelve como loco, y lo peor no es que nos pegue, es que nos da mucho miedo. No quiero vivir más con él. —Encarna lloraba a lágrima viva.

A la madre aquello le parecía una rabieta algo infantil, aunque no podía negar que Cato era una persona difícil e imprevisible.

—Aquí no te puedes quedar —intentó decir con firmeza.

—Madre —comenzó a hablar Rafael—, podríamos dejarle la habitación, como a una invitada, yo volvería a dormir con Paco. Al menos durante un tiempo.

La joven Encarna le miró con los ojos muy abiertos, esperanzada.

Encarnación pensó que era una idea poco sensata.

—Eso tenemos que hablarlo con su familia. Encarna, solo tienes dieciséis años.

Unas horas más tarde, los tres se dirigían hacia el taller de la familia Franco. Encarna sentía una debilidad en las piernas, solo en parte producida por el hambre, pues antes no había sido capaz de probar las gachas y, al parecer, los Fernández no volverían a comer hasta muy entrada la tarde.

El taller tenía el portalón abierto, dentro se oía el ruido de algunas máquinas. Rafael pudo ver a dos de los aprendices de Cato. Varias imágenes religiosas ocupan el centro del taller. A Rafael siempre le había parecido paradójico que el mejor cliente de Cato fuese el Obispado, y también que la Iglesia utilizase los servicios del anarquista, pero al parecer una cosa eran los negocios y otra la ideología. También influía que Cato fuese el mejor ebanista del pueblo.

Antes de llamar a la puerta lateral del taller, la que accedía directamente a la vivienda, esta se abrió. Seguramente doña Dolores los había visto acercarse por la calle.

La mujer de Cato salió seguida de la pequeña Angustias de diez años y el aún más pequeño Torcuato. Encarnación hacía mucho tiempo que no veía a la mujer y se sorprendió al ver su estado. Estaba realmente desmejorada. Se apoyaba en un bastón y en su rostro se reflejaba un cansancio enfermizo.

—¿Cómo se encuentra, Dolores?

La pregunta de Encarnación no era solo de cortesía.

—Ay, hija. Cada día peor. Pero luchando mientras Dios me dé fuerzas.

—No sabía que estuvieses tan enferma.

En ese momento Cato apareció por el portalón del taller.

—Siempre ha tenido una salud delicada —explicó el hombre.

Cato parecía mucho calmado que por la mañana. Encarnación intuyó que su carácter cambiante estaba ahora en un buen momento.

—Pues ya ves que venimos con tu hija, como te prometí.

Cato miró con una mezcla de tristeza y culpabilidad a su hija, y enseguida desvió la mirada hacia Rafael.

—No te voy a perdonar tu traición —le recordó con dureza.

Rafael se mordió la lengua, para cumplir con lo que le había prometido a su madre. Aunque no supo exactamente a qué traición se refería, pues le dio la impresión de que el hombre hablaba de otra cosa.

Encarna se limitaba a mirar el suelo o sus propios zapatos.

Encarnación suspiró, pues tenía que defender algo en lo que no creía.

—Mira Cato, tu hija quiere quedarse unos días en mi casa. En una habitación solo para ella —puntualizó—. Como ahora comienzan las vacaciones de verano, y tu mujer está enferma, quizás os vaya bien a todos.

Dolores miró desconcertada a la mujer, quizás por su enfermedad no era capaz de asimilar las palabras.

—Ni hablar —rechazó Cato.

—¡Papá! —se quejó Encarna.

—La cuidaremos bien —terció Rafael, rompiendo el silencio que había prometido antes a su madre.

—Ya sé cómo la quieres cuidar —respondió el padre con un tono totalmente hostil.

—Mejor que tú.

Encarnación puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—Pero yo quiero irme con él... —interrumpió Encarna.

Cato pareció dudar.

—Entra en casa, mañana lo hablaremos.

La chica entró con su madre y hermanos al interior del domicilio.

—No se te ocurra ponerle una mano encima —le advirtió Rafael.

—Tú no me vas a decir lo que puedo hacer en mi casa.

Cato volvió a entrar en el taller y Encarnación tiró de su hijo para alejarse de allí.

—Vamos, Rafael. Mañana será otro día.

Realmente, el día siguiente fue otro día. A media mañana, cuando solo Encarnación estaba en casa, acompañada de la pequeña María, que al estar constipada no había asistido al colegio, Encarna apareció en la puerta de la cueva con una maleta a cuestas.

La joven estaba sonriente, y entregó una carta en un sobre a la mujer. La carta estaba firmada por Torcuato Franco, solo decía «cuídela». Dentro del sobre había también cincuenta pesetas.

Guadix, 17 de julio de 1936

Rafael se despertó temprano aquella mañana. El cuerpo de Encarna yacía cálido junto al suyo.

La condición de dormir separados apenas había durado tres días. Su madre comprendió que era inútil negar lo evidente, y que era más funcional colocar a la pareja juntos en la habitación.

Se levantó en la oscuridad para vestirse en la penumbra que había junto a la puerta, por la que se filtraba algo de luz. Los últimos veinte días habían sido como una luna de miel. Llenos de la ilusión, la emoción y la inocencia propios del enamoramiento juvenil. ¡Era tan fácil para él dejarse llevar por los ensueños de su joven compañera!

Rafael discurría sobre los sueños de un futuro utópico, de la sociedad libertaria que iban a construir entre todos. Ella, en cambio, le hablaba de otra utopía, más doméstica, de una vida en común; juntos viajarían, descubrirían ocultos rincones de España y también grandes ciudades del mundo. Todos, lugares fantásticos y de gran belleza, porque iban a ser testigos de su amor.

En el comedor ya estaban sentados sus padres y Paco. Salvador tenía encendida la radio, a volumen muy bajo. Le interesaban las noticias de la mañana.

—¿Qué dicen? —preguntó Rafael, sentándose con ellos.

—Nada, solo tonterías.

Pocos días atrás, habían asesinado en Madrid al político de derechas Calvo Sotelo. Y se oían rumores de malestar entre las filas del ejército. Como su hermano Antonio estaba en la mili, sus padres sentían cierta preocupación.

—En el cuartelillo la tensión es máxima —comentó Paco, refiriéndose al cuartel de la Guardia Civil del pueblo, donde vivía su novia Ana.

Encarnación estaba sentada con ellos, aunque no compartía el desayuno.

—¿Todavía duerme? —preguntó.

—Sí.

—¡Tu novia es un lirón! —rio Paco—. O es que la agotas...

La broma no gustó al padre, quien reaccionó apartando su plato a medio terminar.

—Esto no puede continuar así —dijo a su hijo—. Debes hacer alguna cosa.

Rafael pensó que era un buen momento para anunciar algo que ya tenía decidido.

—Nos vamos a casar.

Todos se quedaron en silencio. Solo Paco respondió algo mosqueado, pues él hacía años que ahorraba para casarse.

—Ah, ¿sí? ¿Sin más? Sin casa, sin ajuar...

—Solo significa legalizar nuestra situación. Todo lo demás puede venir luego...

—No, hijo —interrumpió la madre—, no es solo una cuestión legal. Casarse significa comprometerse, formar una familia.

—Lo sé, madre. Estoy preparado para ello.

—Tú quizás. Pero ¿ella está preparada? Es una niña. Y no solo por la edad.

—Ya crecerá, aprenderá. Es lista.

—Pues yo me alegro —dijo al fin su padre—. Es lo que un hombre debe hacer. Ahora todo el mundo habla del amor libre, y esas cosas, pero a mí me hace sentir incómodo, veros así juntos, sin estar casados. Parece que te aproveches de la chica, y nosotros no nos aprovechamos de nadie. Y menos de las mujeres.

Salvador no era hombre muy hablador, pero cuando decía algo su palabra era concluyente. De esta forma el asunto quedó zanjado.

—Madre —requirió Rafael—, no le digas nada a ella. Ya se lo diré yo a la tarde.

Paco se quedó con la boca abierta. Pero no emitió ningún sonido, solo señaló la habitación de su hermano, en un gesto divertido.

Aquel viernes fue tórrido, y la obra de aquella semana era en el exterior. Así que comenzaban cada día muy pronto, antes del alba, para acabar, más o menos, cuando el sol de la tarde se volvía insoportable.

Encarna tenía por costumbre acercarse hasta la obra una hora antes de

finalizar la jornada con la excusa de llevarles agua fresca en un botijo. Así podía quedarse cerca de Rafael, verlo trabajar y charlar un poco con él.

Odiaba quedarse en casa con su «suegra». Encarnación era una buena mujer, pero le parecía que la miraba mal. Por eso se demoraba en la habitación tanto como podía, y solo salía cuando oía a los niños en el comedor.

—Buenos días —saludó, sonriente, a los cuatro hijos pequeños.

Angustias solo era dos años menor que ella y ya no iba al colegio. Ayudaba a su madre en casa, como antes lo había hecho la hermana mayor, Encarnación. Le gustaba tener a la novia de Rafael en casa, era una novedad y le parecía divertido.

—Hola, Encarna —saludó.

—¿Te ayudo? —se ofreció, viendo que la chica emplataba las torrijas.

En su casa solo las cocinaban en cuaresma, pero los Fernández las usaban para desayunar. Además, las hacían muy sosas; solo era pan duro mojado en leche y frito.

—¿Nos acompañas a la escuela? —le pidió Isabel que, aunque era un año menor que Salvador, siempre llevaba la voz cantante.

—Si tu madre no me necesita... —respondió Encarna.

—No te necesito —dijo Encarnación, entrando por la puerta con tres huevos en las manos.

«Eso» era lo que no gustaba a Encarna, la forma de decir «no te necesito».

—Ya habéis hecho las torrijas sin huevos —se lamentó la madre.

A doña Encarnación a veces le costaba encontrar el sitio en el que las gallinas se decidían a poner.

«En mi casa, hasta las gallinas son rebeldes», se quejaba a menudo.

—Entonces —dijo Encarna a los tres más pequeños—, os acompañaré.

A Isabel y María les encantaba llegar a la escuela del padre Poveda en compañía de la novia de su hermano; una señorita bien arreglada, con las uñas pintadas y que hablaba de forma elegante, como las locutoras de la radio.

Encarna también estaba satisfecha. No le había sido difícil camelarse a las niñas, incluso al padre. Solo la madre se le resistía.

Esa mujer la observaba en silencio, veía todos sus errores, incluso los que ella desconocía. No le decía nada, no con palabras, pero sí con la mirada.

«No sabes cocinar», «no sabes coser», «no eres buena para mi hijo».

Cuando dejase a los niños en el cole, quizás pasaría a ver a su madre. Doña Dolores sí era una buena mujer, nunca le había gritado, siempre la había entendido. Aunque cada día estaba más enferma. Casi no podía caminar y la enfermedad ya le afectaba a la mente. A veces, le hablaba y ella no parecía entender nada de lo que le decía.

«Ojalá no se hubiese casado nunca con mi padre», pensó. Aunque era algo absurdo. ¿Cómo, si no, podría existir ella?

Demoró su paseo matutino tanto como pudo. Volvió a la cueva cuando el calor comenzaba a ser sofocante. El interior, tan fresco, era agradable, y charló con Angustias mientras la ayudaba a remendar varias prendas. Ella sabía hacer ganchillo, y se puso con una labor que había comenzado días antes.

—Pero ¿cuándo os vais a casar? —preguntó Angustias—. Porque os casaréis, ¿no?

Encarna esbozó una gran sonrisa.

—Lo importante es que estamos juntos. Lo otro ya se verá...

—Yo no sería capaz de escaparme con mi novio.

—No me he escapado. Además, tú no tienes novio.

—Tú tampoco lo tenías hace un mes.

—Pero yo le amo desde hace mucho...

—Encarna —susurró Angustias—, ¿qué haces para no quedarte...? Ya sabes...

Ella le lanzó un ovillo, mientras miraba hacia la puerta, su suegra andaba por el patio, charlando con su otra hija, y no quería que oyera aquello.

—¡Chis! Cállate.

La chica emitió una risita ahogada.

—He pasado a ver a mi madre —añadió Encarna para cambiar de tema.

—¿Le has preguntado...?

—Sí. Me ha dicho que la señora Ana necesita a una chica. Interina, claro.

Angustias arrugó la nariz.

—¿La señora Ana?

—Sí, de la familia Alarcón, ya sabes, los del poeta.

—¡Ah, sí! Son muy buena gente.

Angustias buscaba trabajo como sirvienta. Era mucho mejor que trabajar en la azucarera, o en algún taller como aprendiz, donde el salario era mísero. El problema radicaba en que todo el mundo buscaba interinas, eso significaba dejar su casa. Y se le hacía un vacío en el estómago solo con pensarlo.

—Puedes ir de su parte. Seguro que te cogen.

—Ay, pues gracias —suspiró con más tristeza que alegría.

En ese momento entró la madre.

—Hola —saludó muy seria, dirigiéndose a la cocina con la bolsa del pan, y mirando de reojo a su futura nuera.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Angustias, detectando un matiz de desánimo en su voz.

—Nada, he comprado un poco de pan. Luego les llevas unas hogazas, Encarna.

Se refería a los hombres que trabajaban en la obra. Además del botijo con agua fresca, les llevaría las hogazas de pan recién horneado.

—Me preocupa lo que se habla por el pueblo —reconoció Encarnación—. La cosa está muy mal, tengo muy malas sensaciones. Y mi Antoñito en el ejército...

—Mi padre dice que la revolución está cerca —dijo Encarna.

—Malditas revoluciones que solo sirven para llevarse la vida de los jóvenes.

—Dice que la Iglesia y el Estado son los enemigos del pueblo, que coaccionan nuestra libertad como individuos.

—Tu padre siempre buscando enemigos...

—Él dice que los enemigos están ahí, siempre han estado, solo hay que abrir los ojos para verlos.

Encarna salió pronto hacia la obra. Aun así, el sol ya quemaba como una antorcha. Anduvo arrimada a las paredes, buscando la escasa sombra, hasta llegar a la explanada donde los Fernández trabajaban reformando un viejo cobertizo. Allí se sentó bajo un raquítico almendro, mientras observaba trabajar a los tres hombres.

Paco la miró con una sonrisa guasona en la cara, eso significaba que

habían estado hablando de ella.

—¿Qué te pasa? —le reprendió. Se moría de ganas por saber qué habrían dicho de ella los hombres.

—Nada señorita —respondió sin cambiar su actitud burlona.

Al cabo de un rato, Rafael se acercó a ella. Su padre y su hermano dejaron de trabajar para observarlos. Los chicos hablaban en susurros. Rafael le cogió las manos mientras conversaba, ella lo miraba con los ojos muy abiertos. De pronto emitió un grito de excitación, se lanzó a su cuello y le besó con fuerza. Después dio varios saltitos de júbilo.

—¡Nos casamos! ¡Nos casamos! —gritó a los dos hombres.

Paco continuó con su amplia sonrisa. Salvador también sonrió, aunque con mucha más prudencia.

Se fueron a celebrar su compromiso al café. Como todos los viernes por la tarde, allí se encontrarían con sus amigos.

Encarna tenía ganas de gritarlo a los siete vientos; a los pocos minutos, toda la gente de la plaza conocía la nueva noticia.

—¿Cuándo? —les preguntaban.

—Pronto. Será una ceremonia sencilla. Solo iremos al registro civil...

—¿Mi madre? No, todavía no lo sabe. Ay, tengo que pasar a decírselo...

Encarna estaba encantada de ser el centro de atención aquella tarde, recibir felicitaciones y las miradas de envidia de otras mujeres, incluso de mujeres casadas, como doña Adela, la empleada del café.

Pero, para su decepción, la noticia de su boda pasó a segundo término cuando Paquillo llegó con otras novedades:

—El ejército se ha sublevado en África. Dicen que es un intento de golpe de estado militar.

Todos los presentes se alteraron por la noticia. Paquillo se acercó a la radio del café y sintonizó *Unión Radio*.

—Es otra *sanjurjada* —explicó—. El general Sanjurjo está detrás, desde Portugal.

—Pero ¿lo secunda el ejército? ¿Qué dicen? —preguntó uno de los hombres.

—No se sabe nada, pero las tropas moras ya tienen el control en el norte

de Marruecos.

—No les saldrá bien —dijo Rafael—, hay muchos generales fieles a la República.

—Pero otros no —puntualizó Juan.

—Las tropas están acuarteladas en todos los regimientos —informó otro hombre.

—Han fusilado al alcalde de Melilla.

Las noticias corrían confusas por el local y por toda la plaza.

Su hermano Paco llegó al café, pálido.

—La Guardia Civil se ha encerrado en el recinto y no abren a nadie.

—¿Y Ana? —preguntó Rafael.

—No he podido hablar con ella. Solo me han gritado desde los disparaderos que me fuese.

—Tenemos que hablar con Granada —pensó Rafael—. Necesitamos estar informados.

Aquella noche, en la cueva, la radio estuvo funcionando ininterrumpidamente. Apenas durmieron, las noticias eran confusas, pero al parecer el Gobierno había reaccionado con contundencia; la Armada ya estaba frente a las costas marroquíes, y en el aeródromo de Sevilla se estaban agrupando los bombarderos. No había noticias de nuevos alzamientos en otras partes de España. Los mensajes radiofónicos eran tranquilizadores; el Gobierno aseguraba que la rebelión no iba a llegar a la península.

Guadix, 18 de julio de 1936

Al amanecer, Rafael pensó que quizás las cosas se calmarían. Había una reunión de la CNT en el taller de Cato, no le apetecía ir, pero tampoco podía negarse. Dejó a su novia dormida. Los niños no iban a acudir al colegio aquel día, y su padre, Salvador, también se quedaría en casa, junto a la radio, pendiente de las noticias.

Bajo la silente mirada de su madre salieron los dos hermanos, muy temprano, al patio de la casa. Ya estaba allí Paquillo esperándoles.

—Franco, en las Canarias, también se ha sublevado —les informó con un pitillo entre los labios.

—Lo sabemos. Al parecer hay varios generales involucrados. No es difícil adivinar quiénes son.

Los tres comenzaron a bajar la cuesta hacia el pueblo.

—Hay huelga general en toda España. Huelga conjunta de la CNT y la UGT.

—Pues menos mal que se ponen de acuerdo para algo —concluyó Paco.

Frente al taller de Cato, la aglomeración de hombres era ingente. Habían colocado varios bancos en las calles, pues el pequeño local no tenía capacidad suficiente para tal afluencia de personas.

Entre los congregados corrían mil rumores sobre la situación en los diferentes puntos de España. Todos tenían algún conocido o familiar que por teléfono les habían informado de realidades dispares: sublevaciones, asaltos, tiroteos... Las crónicas eran caóticas.

Rafael no vio a Cato por parte alguna, alguien le dijo que estaba al teléfono, intentando averiguar qué pasaba en Granada.

Entre el gentío, sentados a la puerta del taller, estaban los hijos pequeños de Cato: Angustias y Torcuato. La niña al verle se acercó a él, seguida de su hermanito.

—¡Hola, Rafael!

—Hola —saludó con una sonrisa.

Se sentó en un banco, dejándole un sitio a su lado.

—¿Ya estáis despiertos, tan pronto?

—Es que hay mucho ruido —explicó la niña.

—Siéntate conmigo, Torcuato —pidió al niño, haciéndole un hueco entre él y su hermana.

—¿Cuántos años tienes?

El niño era muy tímido, respondió cabizbajo:

—Seis.

—¿Va a haber una guerra? —se interesó la niña.

—¡No! No va a pasar nada.

—Mi madre dice que unos hombres malos quieren hacer una guerra.

—No les dejaremos, por eso estamos todos aquí, para impedirlo.

La niña balanceó sus pies que no alcanzaban el suelo. Todavía tenía el ceño fruncido.

—Los hombres malos son soldados, tienen pistolas y vosotros no tenéis armas.

—Pero somos muchos más, cuando vean cuántos somos, se rendirán. Además, sí tenemos armas. El ejército de España tiene tanques, barcos, aviones... ¿Habéis visto los aviones?

—No, —dijo el pequeño.

—¿No has visto nunca un avión? —preguntó Rafael, simulando sorpresa.

—Lo vimos en una película, tonto —le corrigió su hermana, más animada.

—Mira —dijo Rafael, cogiendo al niño y poniéndolo a caballito sobre sus hombros—. Los aviones tienen dos alas muy grandes y vuelan muy deprisa.

Corrió con el niño encima, imitando el ruido de un avión. El niño comenzó a reír agarrándose con fuerza a su cuello.

—¡Eh! —gritó, acercándose a Paquillo—. ¿Este es un hombre malo?

—¡No! —contestó el niño entre risas.

—¿Este? —preguntó, acercándose a Paco—. Este sí es malo. Le vamos a atacar con el avión.

Rafael corrió detrás de Paco, como si fuese un caza, haciéndolo huir entre la gente. El niño se destornillaba de risa. Al fin, volvió donde la niña y bajó al pequeño de sus hombros.

—¿Ves como sí tenemos armas? Ganaremos a todos los hombres malos.

Angustias, le miró convencida de que así sería; Rafael los vencería a todos.

—Eres un payaso —le recriminó Paco mientras se peinaba.

Rafael seguía sentado junto a los niños, y ahora les hacía cosquillas. Estuvieron jugando durante un rato hasta que Cato salió de casa, iba seguido por varios dirigentes sindicales, entre ellos Juan Cortés, de la UGT. Lanzó una mirada a Rafael, y los niños corrieron a esconderse. Todos se congregaron a su alrededor.

—Camaradas —habló con voz alta y fuerte—. Estamos ante una verdadera rebelión militar. Todavía no se sabe cuántos oficiales están a favor de esta sublevación, pero pueden ser muchos. En Granada, los sindicatos han pactado vigilar todos los acuartelamientos, y pedir armas al gobernador civil. Poco podremos hacer sin armas.

—¿Y quién nos va a facilitar armamento a nosotros? —preguntó uno.

Cato se mordió el labio antes de responder.

—En este pueblo las armas están en el cuartelillo. Pero ya sabemos que se han atrincherado. Esos fascistas están a favor del golpe. También hay algunas en el ayuntamiento, el alguacil tiene una pequeña armería. Propongo ir a hablar con el alcalde y pedirle que la abra para nosotros. Pero primero debemos hacer un acopio de todas las escopetas de caza que tengáis en vuestros hogares. Nos vamos a dividir en grupos, iremos a requisar armas en todas las casas.

—¿No deberíamos hablar primero con el alcalde? —preguntó un hombre.

—El alcalde está ahora reunido con el obispo. De verdad crees que podemos confiarnos a él.

Nadie lo puso en tela de juicio. Todos sabían que el alcalde socialista era demasiado amigo de los poderes fácticos, y una persona que nunca se comprometía abiertamente en sus decisiones.

—Entonces, haremos un acopio de armas, y esta tarde las repartiremos.

Cato señaló a otros sindicalistas que estaban a su lado.

—Nuestros compañeros de la UGT y la FAI están de acuerdo. Vamos a crear un comité conjunto y nos vamos a trasladar a la casa del pueblo, en la calle San Marcos. Será nuestro cuartel general.

—¿Y qué hacemos con los requetés, con los falangistas? —se interesó

Rafael.

—También habrá que vigilarlos. ¿Te ocupas tú?

Rafael soportó la dura mirada de Cato. No podía negar que en aquellas circunstancias sabía controlar la situación y actuar como líder.

—Sí —respondió.

Y mirando a Paquillo y a su hermano añadió:

—¿Nos ocupamos nosotros tres?

Era conocido que el grupo se había reunido en uno de los cortijos propiedad de Genaro, a pocos kilómetros del pueblo. No eran muchos más de una treintena, pero estaban fuertemente armados y disponían de mucha munición, así como vehículos de apoyo: desde motocicletas hasta enormes camiones comerciales.

Los hermanos Fernández y Paquillo cogieron unas escopetas de caza que algunos hombres ya habían llevado hasta el taller y se encaminaron hacia la carretera de Paulenca, más allá del cementerio.

—Tengo miedo —confesó Paquillo, mientras caminaban por el polvoriento camino.

—Todos lo tenemos —comentó Paco.

—Tú tienes mucha relación con los civiles. ¿Qué crees que harán? —preguntó Paquillo.

Paco tardó en responder.

—Harán lo que les ordenen. Los militares tienen tendencia a cumplir órdenes. Es una estructura jerárquica, social y mentalmente. Les es fácil creer que lo que dicen los mandos es lo correcto, que es lo mejor para España, que hay que hacer las cosas como Dios manda...

—No son diferentes a nosotros —añadió Rafael—. Los españoles no tenemos asimilado el concepto de democracia. Nosotros queremos hacer la revolución por la fuerza, porque creemos que es lo mejor. Y ellos quieren usar la fuerza para imponer a un dictador, por el mismo motivo.

—O sea que, en última instancia, dependerá de la actitud que adopten los generales y los mandos. Pues lo tenemos crudo... —reflexionó Paquillo.

Se desviaron por varios senderos que recorrían tierras áridas sembradas

de olivos. Al llegar cerca de la hacienda, dejaron los caminos y marcharon agazapados hacia una pequeña colina, pelada y muy erosionada, desde donde se podía otear el cortijo.

—Ahí están —confirmó Rafael.

En el patio del caserón agrícola había dos camiones, dos coches y al menos una motocicleta. Entre los vehículos, dos individuos armados hacían guardia. En el interior debían estar el resto de falangistas, o carlistas o requetés... Rafael no sabía muy bien cómo se denominaban a sí mismos, pero los conocía en persona y estaba al tanto de sus ideas; eran los que vivían bien con el antiguo régimen, los que querían volver a la España monárquica, católica y caciquil.

—¿Y qué hacemos? —susurró Paco—. ¿Nos quedamos aquí para vigilar? Si deciden irse con los vehículos no los podremos perseguir a pie, ni avisar a nadie a tiempo...

Rafael calculó mentalmente. Les separaban unos ochenta metros.

—Vamos a inutilizar los vehículos. Vosotros esperadme aquí y me cubrís.

—¿Cubrirte? ¡Pero si habrá docenas de ellos dentro!, —se espantó Paquillo.

—Hermano, no me gusta tu idea —advirtió Paco.

—¿Tienes otra?

—Sí. Disparemos desde aquí a los vehículos y salgamos corriendo.

—Ya, con esto vamos a acertar —dijo, señalando las escopetas—. ¿Y no crees que nos atraparán si no conseguimos estropear todos los autos?

—Joder —susurró Paquillo.

—Confíad —pidió Rafael, colocándose el fusil en bandolera.

En cuanto los dos vigilantes les dieron la espalda, salió corriendo hacia un grupo de matorrales cercano y se lanzó al suelo. Repitió la operación varias veces hasta que estuvo muy cerca de los tipos, que charlaban entre ellos ajenos a las maniobras de Rafael.

—El general pronto se hará con Sevilla —decía uno de los hombres—. Y Granada caerá también.

—¿Estás seguro? —dijo el otro—. En esta provincia hay mucho rojo.

—Queipo de Llano es un gran estratega, y estos rojos son gilipollas, la

mayoría de ellos no saben ni dónde tienen la cara. Los engañará sin problemas, ya verás —respondió alegremente el otro.

Rafael se colocó junto a uno de los camiones; el que estaba más alejado de los hombres. Sacó su navaja y pinchó con ella el neumático de una de las ruedas. La navaja no se clavó a la primera, estaba muy afilada, pero hacía falta más presión. Volvió a pinchar con mucha más fuerza, esta vez sí se clavó y un ruido sibilante surgió de la hendidura. Rafael se aterroró, el escape de aire era muy estridente. Con el corazón a cien, aguzó el oído.

—Cuando caiga Granada, hacernos con Guadix será coser y cantar...

Increíblemente, los hombres no se habían percatado del silbido, o lo habían confundido con el murmullo ambiental. De todas formas, no se quería arriesgar, rodó debajo del camión y buscó el tubo del agua o del aceite. Lo que sabía de coches lo había aprendido en la mili, y no era mucho. Cortó un tubo y un líquido denso comenzó a salir. Rodó justo a tiempo para evitar que el aceite le cayese encima. Al menos la operación era silenciosa. Observando los pies de los hombres, buscó el momento para arrastrarse hasta el otro camión, donde repitió la maniobra.

—La verdad, es que prefiero a Sanjurjo antes que al rey. —Seguían charlando los hombres.

Rodar debajo de los coches fue más complicado, al ser más bajos, en el primer auto se golpeó en el codo, y no consiguió esconder los pies. Cortó el tubo y salió con mucha dificultad, rezando para que los hombres no lo viesan. Se agazapó junto al último coche, sin estar seguro si sería capaz de meterse debajo. Pero en ese momento alguien salió de la casa y se quedó sorprendido, mirándole de frente.

Genaro no daba crédito a lo que veía; Rafael estaba allí mismo, torpemente escondido detrás de su coche, y los gilipollas de Armando y Torcuato no se daban cuenta de nada.

—¡Eh, tú! —gritó.

Rafael reaccionó con velocidad, apuntó su escopeta a las ruedas del coche y con dos rápidos disparos las reventó.

Los dos hombres al fin se percataron de su presencia, y apuntaron sus rifles hacia el intruso.

—¡Disparad, cojones, disparad! —berreó Genaro.

Rafael ya corría como alma que lleva el diablo, y los disparos de su hermano Paco y de Paquillo atronaron cerca de los hombres, desviando su puntería. Las balas de sus enemigos apenas le rozaron.

—¡Corre, Rafael!

En pocos segundos llegó hasta sus amigos. De la casa salieron decenas de hombres armados, que no tardaron en disparar también. Los motores de los coches rugieron.

«¿Cuánto tiempo puede funcionar un motor sin aceite?», pensó Rafael, preocupado.

Por suerte, lo comprobó en seguida; no más de seis segundos. Giró la cabeza y pudo ver dos coches humeantes. Los tres corrieron campo a través tan rápido como sus piernas le permitían. Los disparos dejaron de sonar al girar por detrás del cerro. Nadie los perseguía, pero no dejaron de correr hasta volver a entrar en las calles del pueblo.

—¡Qué pasada! —exclamó Paquillo, muy alterado.

El peligro y la carrera los habían dejado cansados, pero exaltados a los tres.

—Ahora tendrán que moverse a pie.

—Creo que les queda una moto.

—Bueno, una moto para treinta.

Caminaron hacia la calle San Marcos, el sol del mediodía era ya insoportable. Frente a la puerta de la casa del pueblo se aglutinaban cientos de hombres, ocupando toda la calle. En el interior ya se había improvisado una armería con muchas escopetas; la mayoría de muy baja calidad, podían servir para cazar perdices a lanzar perdigonadas, pero eran poco eficaces para una milicia.

En la planta superior, los delegados sindicalistas organizaban grupos, la radio se oía a todo volumen, y el teléfono echaba humo.

Rafael se acercó para informarles de lo ocurrido en el cortijo.

—Debemos dejar a un par de hombres vigilando la carretera del cementerio para que nos avisen si se acercan por allí —sugirió.

—Bien hecho. Ocúpate —respondió Cato.

—¿Qué noticias hay?

—Malas. Muchos generales se han sumado a la sublevación: en Zaragoza, Burgos, Vitoria... Y los putos gobernadores civiles se han rendido sin armar al pueblo. Acabarán dominando una franja del norte desde Galicia hasta Zaragoza, sin contar con Asturias ni con los vascos por supuesto.

—¿Y aquí qué?

—Ese Queipo de Llano se ha hecho con el mando en Sevilla. ¿No era de Valladolid el cabrón, qué hace aquí? No me entra en la cabeza que lo haya podido hacer, ha llamado a la sublevación a todas las guarniciones de Andalucía, creo que le siguen en Cádiz, Córdoba y Málaga...

—¿Granada no?

—No, Granada no.

—Eso es bueno.

Cato le miró desafiante.

—¿Bueno? El puto gobernador civil, César Torres, se niega a dar armas a los sindicalistas. Nuestros compañeros han acudido al presidente de la diputación, Virgilio Castilla, y también se ha negado. Hasta los putos socialistas nos las han negado.

Cato estaba muy cabreado. Cortés, el delegado socialista, le puso una mano encima y explicó a Rafael:

—El Gobierno de Madrid sí lo ha hecho; ha repartido armas para defender la República, y ha ordenado a los gobernadores que también lo hagan, pero fíjate, aquí se niegan. En Granada, en la fábrica de explosivos y armas, hay más de veinticinco mil fusiles de asalto nuevos, de precisión, en los almacenes. Es un punto crítico que no debe caer en manos de los rebeldes.

—La Generalidad de Cataluña también se niega a armar a los sindicalistas —añadió Cato.

—No me extraña —musitó Rafael.

—El anarcosindicalismo es fuerte en dos zonas: aquí y en Cataluña, justo los lugares donde el Estado se niega a armarnos —explicó Cato—. Prefieren que nos masacren unos asesinos, volver a un estado prácticamente medieval, antes de que el pensamiento libertario tenga un mínimo de poder, una mínima posibilidad de existir. Solo podemos contar con nuestras propias fuerzas.

Aquella misma tarde, un nutrido grupo de sindicalistas se dirigió al

ayuntamiento. Rafael estuvo presente en la entrevista. El alcalde estaba superado por la situación, no fue una negociación, los sindicalistas tomaron la iniciativa y se ocuparon de defender el consistorio. La cantidad de armas que guardaba el alguacil era decepcionantemente ridícula.

Cuando los hermanos volvieron a casa al anochecer, encontraron a la familia reunida y pendiente de la radio. Encarna se abrazó a Rafael y permanecieron así durante casi toda la noche. A las diez en punto, los Fernández oyeron por primera vez la voz de Queipo, escalofriantemente paternal, por Unión Radio Sevilla.

El general hablaba de muerte, de forzar mujeres, de capar rojos, de extender el terror por toda Andalucía. Y lo hacía como si estuviese regañando a unos niños traviesos. En Cádiz, su ejército moro ya había asesinado a miles de cobardes. Habían violado a las mujeres y a las niñas, cortado los genitales a los padres y se los habían hecho comer. No existían juicios, casi ni fusilamientos; los soldados solo tenían que disparar en la cabeza a los hombres de las barriadas o rebanarles el cuello con sus dagas. Queipo los animaba a ello, y avisaba al resto de los andaluces que se fuesen preparando, que más de treinta mil moros estaban esperando en Ceuta ansiosos por cruzar el estrecho.

A partir de entonces, todos los días a las diez, el general no faltó nunca a su cita radiofónica. El que pronto se convertiría en el virrey de Andalucía, se deleitaba con sus sermones sangrientos.

Guadix, 19 de julio de 1936

Otro caluroso día de verano, otro día en el que el implacable sol parecía incendiar las almas de los hombres.

La radio andaba loca. En Madrid se nombraban y dimitían gobiernos. Al fin José Giral asumió el mando. Su primera orden fue armar al pueblo. En la capital se cumplió, pero las órdenes del Gobierno no parecían llegar a Levante, ni por supuesto a Granada. Ni los gobernadores civiles, ni los militares fieles a la República estaban dispuestos a armar al pueblo, fuesen sindicalistas o no.

En Granada se perdía el tiempo, sin formar ni organizar milicias. El general Campins no secundaba la sublevación, pero tampoco hacía nada para neutralizarla. Mientras, Queipo luchaba a sangre y fuego en las calles de Sevilla, de Málaga...

—¡Es la guerra! —bramaba Cato en la asamblea de la mañana—. ¡Están ciegos o qué! Si no reaccionamos nos matarán como a conejos. Guadix debe estar preparado.

Los grupos de milicianos ya se habían formado, patrullaban las calles y vigilaban la caserna de la Guardia Civil. Allí, la dotación continuaba fortificada, en una tensa tregua. El cuartel estaba junto al palacio episcopal, y don Manuel Medina, el obispo, había pedido paz. En una ciudad como Guadix, la palabra del prelado era respetada por casi todos, sindicalistas o no.

—Hay que tomar medidas contundentes —continuó Cato—. Es hora de confiscar alguna iglesia y hacer que realmente sirva al pueblo.

—¿Para qué quieres una iglesia? —preguntó Cortés.

Guadix era una ciudad repleta de templos, y cada cual tenía sus devotos. Cato explicó:

—Todos sabemos quiénes están a favor de la sublevación. No son muchos vecinos, pero deberíamos tenerlos controlados, retenerlos en alguna parte, en una iglesia, por ejemplo.

—¿Hacer una cárcel?

—Solo algo provisional, para asegurarnos de que no nos atacan por la

espalda. Es por nuestra seguridad, y por la de ellos también.

La propuesta ocasionó muchas discusiones. El ambiente dentro de la casa del pueblo era tan caldeado que Rafael decidió salir afuera un rato.

—Pronto necesitaremos las iglesias para reunirnos —resopló Paquillo—. ¡Aquí no cabe ni un alfiler!

En el exterior, el ambiente no era mucho más fresco. Rafael se acercó a la sombra de unos árboles que había próximos.

—¿Has oído que han arrestado al general Batet? —soltó Rafael.

—Sí, en Burgos. Le van a hacer un consejo de guerra por no secundar el alzamiento. Para mí que tiene los días contados. El general Mola no tiene compasión ni con sus amigos.

—Es buena persona, aunque demasiado crédulo —comentó Rafael—. Hoy en día las palabras y el honor de los hombres no valen nada.

—Pues dicen que Batet también es amigo de Queipo.

Rafael tardó en contestar. Recordaba el carácter afable de Batet y aunque a Queipo solo lo había oído por la radio, no se lo podía imaginar como a alguien humanitario.

—Extrañas amistades.

Paquillo ofreció tabaco a su compañero. Ambos dedicaron unos segundos a la delicada ceremonia de liar los pitillos.

—Las Baleares han caído en manos de los sublevados. Dicen que Mussolini va instalar allí una base militar.

—¡Vaya!, nos envían a los moros por el sur y a los italianos por el este, después dicen que ellos son los patriotas.

—Pues yo aquí veo la mano de nuestro «amado» rey. Alfonso XIII ha dicho que él es un «falangista de primera» y apoya la sublevación. Seguro que desde Roma conspira con Mussolini.

—No lo entiendo, porque si gobierna Sanjurjo, él aquí no va a pintar nada.

—Ya veremos, ya veremos...

Una voz llamó desde atrás.

—¡Rafael! Estás aquí.

Encarna se había plantado frente a ellos. Llevaba puestos unos pantalones y una camisa de Rafael, que le iba grande, metida dentro de los pantalones y con las mangas remangadas. Calzaba unas botas militares. Un atuendo del todo

inusual en ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido.

—Vengo a estar contigo —respondió, sonriente, con los brazos en jarras—. Me aburre estar todo el día en casa, entre tu madre y tus hermanas. No tengo nada que hacer allí. Quizás aquí os pueda ayudar.

Rafael sonrió.

—Si tu padre te ve así, seguro que me mata.

—La verdad —añadió Paquillo— es que nosotros tampoco tenemos mucho que hacer, más que esperar y vigilar.

—Anda —dijo Rafael—, vamos a pasar la ronda, que ya es hora.

Había varios puestos de vigilancia en las principales vías de entrada a la población. Se habían organizado unos grupos de rondas para visitar estos puestos y recoger información que después se ponía en común en la casa del pueblo. Paquillo tenía razón; era muy poco lo que se podía hacer en aquellos primeros días de caos, pues nadie sabía qué guarniciones militares iban a secundar la sublevación. Estaba claro que en Sevilla capital, Queipo se había hecho el amo, así como en la provincia de Cádiz. En Málaga, los combates eran sangrientos, pero el pueblo resistía. En Córdoba, el gobernador también se había sublevado. El resto de Andalucía y las zonas rurales, parecían hallarse en una calma tensa.

En la carretera del cementerio, Rafael había dejado a tres hombres; sus amigos Juan y el Liti, y a un hombre vecino suyo, también llamado Juan. Los tres estaban sentados a la sombra de un árbol.

—Sin novedad en el frente —bromeó Juan al verlos llegar.

—Hola, Encarna —saludó el Liti, poniéndose en pie.

—Espero que traigáis algo —dijo Juan.

Paquillo llevaba un saco con agua y avituallamientos.

—Aquí tenéis, os he reservado las mejores morcillas.

Rafael miró la ardiente y larga carretera que se perdía casi en el horizonte.

—¿No ha venido nadie?

—Ni una mosca.

—Habría que hacer una barricada —comentó Rafael—. Por aquí puede venir un auto a mucha velocidad y no podríais darle el alto.

—Una barricada —se quejó Juan.

—No será difícil —dijo Rafael, dándole una palmada en la espalda.

Los márgenes estaban plagados de piedras. Rafael cogió una de buen tamaño y la colocó en mitad de la calzada.

—Haremos media barrera aquí y media allá —explicó.

Entre todos movieron varias piedras, haciendo dos medias barricadas separadas unos diez metros entre sí. Si se acercaba un vehículo, debería disminuir la velocidad hasta casi pararse para maniobrar y esquivar los obstáculos.

Al acabar se volvieron a sentar a la sombra, sudorosos. Encarna tenía los brazos doloridos, pero se había empeñado en coger piedras como los hombres para demostrar que era fuerte y que podían contar con ella. Se sentó a descansar junto a Rafael, que tenía la vista perdida en el horizonte. Ella lo observaba de perfil. Le había dicho que se iban a casar, y se había sentido como en una nube, transportada a otro mundo. Pero había sido antes de todo aquello, ahora parecía haberse olvidado. Definitivamente, no iba a ser posible. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¿Por qué tenía que haber comenzado aquella maldita guerra precisamente ahora?

«Al menos por la noche es solo mío. En nuestra cueva, nuestra caverna particular, es todo para mí. Allí la guerra no existe, solo estamos él y yo, en un agujero muy muy profundo, casi en el centro de la Tierra», se dejó llevar de sus íntimos pensamientos.

Guadix, 21 y 22 de julio de 1936

Al fin sucedió lo que todos temían, el día anterior, un coronel se había rebelado contra Campins y había tomado el control de Granada. El pueblo, desarmado, apenas podía resistir en el Albaicín. Militares, guardias de asalto y Guardia Civil se habían sublevado, y puesto a las órdenes de Queipo.

En Guadix la información era confusa, pero nadie dudaba de que Granada, abandonada por los políticos, caería en manos de los rebeldes.

La actividad en la casa del pueblo era frenética, las reuniones y discusiones, acaloradas.

—La Guardia Civil del pueblo ha declarado el estado de guerra, siguen las órdenes de sus superiores en Granada —explicó el delegado de la UGT en la reunión del pequeño comité de defensa reunido en la planta superior del edificio.

—Granada está perdida —comentó Cato—. Guadix no debe seguir sus pasos, debemos hacer algo.

—Tenemos que asaltar el cuartel —exhortó un joven cenetista.

—Hay mujeres y niños dentro —puntualizó Rafael, pensando en la novia de su hermano.

—¿Y por eso no lo debemos asaltar? —preguntó Cato.

—Solo digo que lo tengamos en cuenta.

El alcalde asistía circunspecto, sentado en una esquina de la gran mesa de reuniones.

—¿Qué noticias tiene, alcalde? —preguntó Rafael—. ¿Con qué apoyos contamos de la autoridad civil?

El hombre le miró alzando las cejas.

—¿Autoridad civil? No hay ninguna autoridad civil. Carecemos de gobernador. La diputación está tomada. En Madrid nadie me atiende... Estamos solos.

—Señores —clamó Cato con voz grave—, es el momento de que tomemos decisiones. Debemos crear un órgano que asuma el control de la ciudad. Un Comité Revolucionario de Defensa.

Los reunidos asintieron, todos parecían estar de acuerdo.

—Un comité paritario —pidió el alcalde—. Con una amplia representación: socialistas, anarquistas... Todos los que estamos al lado de la República.

Se discutieron y aprobaron las resoluciones. Al finalizar la reunión, Guadix contaba con un Comité que asumía todas las competencias de gobierno en el municipio y, por extensión, en la comarca. El mismo alcalde firmó su dependencia del nuevo órgano de poder.

En un momento que Cato estuvo a solas con Rafael, aprovechó para hablarle.

—¿Cómo está mi hija?

—Está bien. Muy bien, diría yo.

—Dolores dice que os vais a casar.

Rafael miró el rostro del hombre, sopesando su posible reacción, siempre imprevisible.

—Sí, en cuanto sea posible.

Cato negó con la cabeza.

—No puedes hacer eso. Es demasiado joven. Ahora está atontada contigo, pero en un tiempo se le pasará. No os podéis casar.

—Torcuato, estará bien conmigo, te lo he dicho muchas veces. Ella está convencida, y yo también.

—¡Joder! ¿Piensas que no te he visto tontear con las mujeres? Hasta con Adela, la del café, que está casada y con niños. Te digo que te olvides de bodas. Cuando acabe el verano, y todo esto se haya solucionado, volverá a casa.

—Ya veremos.

Un joven vino a interrumpirles.

—¡Cato! Hay jaleo en la calle San Miguel.

Ambos se giraron para mirar al joven miliciano.

—¡Cuatro tanquetas, parece que vienen de Granada! ¡Están disparando!

Cato cogió su pistola y Rafael, uno de los pocos fusiles de que disponían. Salieron afuera detrás del chico. El ruido de los disparos sonaba con claridad en el exterior.

Otros hombres armados corrían hacia la zona del conflicto.

—¡Son Guardias Civiles! —gritó uno.

Cuando llegaron a las inmediaciones, Rafael vio que no eran tanquetas sino furgonetas blindadas de la Guardia Civil que se dirigían al cuartel. En su interior debían ir varios guardias, y disparaban a quien se ponía en su camino.

Los autos se detuvieron frente al cuartel, haciendo una barrera ante la puerta principal. Los del interior ayudaron a despejar la calle, disparando también a los hombres que vigilaban la comandancia.

Unos treinta individuos armados salieron de las furgonetas y entraron en el edificio. Al cabo de unos segundos, el tiroteo cesó.

En un momento, habían quedado tirados en la calle un montón de heridos. El ruido de las detonaciones, dio paso a una comparsa de gritos y lamentos. Rafael se acercó a un chico que tenía la pierna herida y lo arrastró fuera de la zona de peligro.

—Tranquilo, Yiyo, te vas a curar —dijo al joven que conocía de vista.

Improvisaron camillas y llevaron a los heridos al hospital. Cuando llegó acompañando al joven, vio al menos cinco heridos en la sala. En un rincón, en el suelo, había dos cuerpos más a los que el doctor Valera acababa de colocar una sábana blanca cubriéndolos totalmente. Al lado, sentado también en el suelo, vio a su amigo Juan, con el rostro entre las manos en actitud abatida.

—¿Estás bien? —se interesó, acercándose a él.

Juan levantó la mirada, tenía los ojos enrojecidos y la cara desencajada.

—Es el Liti —informó con voz entrecortada y señalando a uno de los cuerpos.

Rafael retiró un poco la sábana que cubría el cadáver. Efectivamente, el rostro de su amigo quedó al descubierto. Tenía los ojos cerrados y parecía dormido. Un escalofrío recorrió su espalda y volvió a cubrirlo. Se sentó también en el suelo.

—Venían de la carretera de Granada, ni siquiera le hemos dado el alto, cuando los hemos visto nos hemos escondido detrás de un árbol. Pero al ver la barricada, y al vernos armados —supongo— han comenzado a disparar desde el vehículo... —explicó Juan.

—¿No estabais en la carretera del cementerio?

Juan le miró abatido.

—Esta mañana nos habíamos cambiado porque la otra carretera era muy aburrida. Fue una idea mía.

Rafael pasó el brazo sobre el cuello de Juan. En ese momento, dos enfermeros vinieron para llevarse los cuerpos al tanatorio.

—¿Se sabe quiénes son?

Juan dio los nombres y las direcciones de los dos hombres. El enfermero los escribió en un cartoncillo que después ató a la muñeca de cada uno.

Ya se los llevaban cuando vieron entrar a Paquillo y a su hermano Paco por la puerta.

—¿Es cierto eso...? —preguntó Paquillo, muy alterado, al llegar hasta ellos.

—Sí. El Liti. Pobrecillo.

Paquillo se quedó sin palabras y comenzó a respirar agitadamente.

—¡Por Dios! —exclamó al fin.

—Aquí no hacemos nada —señaló Rafael— y no tengo ganas de ver a su madre y hermanas cuando vengan. ¿Vamos hacia el cuartel a ver qué se puede hacer?

Los cuatro salieron del hospital en silencio. Al girar por la calle de la Puerta Alta, Paquillo lo rompió.

—Deben ser refuerzos enviados desde Granada. La gente ha contado unos treinta, y algunos iban de paisano. Han descargado rifles y munición.

—Hay que preparar una estrategia de defensa —comentó Rafael.

En la calle adyacente al cuartel estaban reunidos varios hombres, Cato entre ellos.

—¿Han hecho alguna cosa? —preguntó Rafael.

—Están todos dentro. Se deben estar preparando —respondió Cato.

—No podemos perder el tiempo. —Rafael estudió los edificios de la calle—. Hay que tomar posiciones enseguida. Necesitamos hombres allí y allí.

Señaló las azoteas y los balcones de varios edificios.

—Por suerte, ese cuartel es una ratonera, solo tiene una vía de salida.

De entre los presentes formó tres cuadrillas y encargó a cada una de ellas tomar una de las posiciones. Los hombres, soliviantados por la violencia del ataque, aceptaron de forma natural el liderazgo de Rafael.

—Hay que colocar barricadas en estas tres calles. No podemos dejar que vuelvan a usar los vehículos. Y acordonaremos el ayuntamiento, es un edificio que hay que defender.

—El obispado está más cerca —puntualizó un hombre—. ¿No lo vamos a salvaguardar?

—No creo que sea necesario. La Iglesia ya se ha posicionado al lado de los sublevados, y ya sabemos lo que piensa don Manuel.

—¿Defenderlo? —gritó Cato—, lo que deberíamos hacer es detenerlo a él y a todos los que apoyan la rebelión.

La cosa quedó clara, y los milicianos comenzaron a trabajar bajo la dirección de Rafael. Al atardecer, el cuartel estaba rodeado de barricadas y vigilado por hombres armados desde las azoteas.

El Comité pactó pedir la rendición a los atrincherados. Cato, con un megáfono, se acercó a la barricada más cercana y vociferó:

—¡El Comité de Defensa y el Ayuntamiento, como representantes legítimos de la autoridad republicana, os ordena que depongáis las armas, salgáis con las manos en alto y os rindáis!

Desde el interior, alguien entreabrió una de las ventanas y se pudo ver el extremo de otro megáfono.

—Vamos a dejar salir a los civiles. Mujeres y niños. Repito: mujeres y niños. Pero esta guarnición no obedece órdenes de nadie más que de su comandante en jefe: el general Queipo de Llano.

—Hijos de puta —susurró Cato entre dientes.

En unos segundos las puertas del cuartel se abrieron, y salieron varias mujeres con tres niños. Paco se dirigió a ellas con las manos en alto.

—Joder, que te van a matar —murmuró Paquillo.

A Rafael se le erizaron los pelos. Pero Paco llegó hasta el grupo y las acompañó con palabras tranquilizadoras hasta una de las esquinas de la calle. Nadie disparó.

—Paco, Paco, Paco... —gimió Ana al llegar a uno de los portales de la calle—, mi padre está dentro. No podéis disparar.

Él la abrazó, la chica estaba temblando a pesar del calor.

—Nadie le va a disparar. ¿Por qué no salen? Sería lo mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Ha venido un teniente de Granada, tiene órdenes de tomar el pueblo. Nadie puede desobedecer.

—Vale —dijo, abrazándola y acompañando al pequeño grupo hasta la casa del pueblo.

La noche llegó y la tensión del asedio parecía incrementarse con el paso de las horas.

—Hemos pedido ayuda a los mineros de Alquife —explicó Cato a los hombres apostados en el ayuntamiento, en plena plaza de las Palomas.

—¿Dinamita? —inquirió Rafael.

—Sí. Los guardias de dentro tienen rifles, granadas, lanza morteros... Y nosotros escopetas viejas, necesitamos ayuda.

Rafael asintió, pensativo.

—Sanjurjo ha muerto —soltó Cato de repente—. Un accidente aéreo.

—Qué casualidad —comentó Rafael, sarcástico—. Y entonces, ¿qué van a hacer ahora?

—Mola ha creado una Junta de Defensa Nacional en Burgos. Y Queipo dice que ellos representan a la verdadera «República» democrática.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Quién se lo puede creer?

—Tiene un receptor de radio, y la gente cree lo que escucha por la radio.

Una serie de disparos en el exterior interrumpió la conversación. Ambos se asomaron al balcón del ayuntamiento. Desde las azoteas de algunas casas cercanas, hombres armados disparaban al consistorio. No eran guardias, sino vecinos que los apoyaban. Rafael pensó en Genaro y sus hombres, de los que no sabía nada desde hacía un par de días.

—¡Fuego a discreción! —gritó Cato mientras con su pistola también se disponía a disparar hacia los tejados.

En unos segundos todo el centro del pueblo se había convertido en un atronador campo de batalla. Disparaban desde el palacio episcopal y desde otros edificios del obispado, donde residían algunos curas y funcionarios eclesiásticos.

De alguna forma, el bando de los sublevados había tomado posiciones en diferentes puntos estratégicos y las primeras explosiones comenzaron a sonar.

—¡Granadas! —exclamó Rafael—. ¿Cómo las han sacado del cuartel?

No lo sabían, pero el hecho era que los artefactos volaban hasta el interior de los edificios ocupados por los milicianos.

La batalla duró toda la noche. Rafael sabía que ellos contaban con poca munición y que sus enemigos la tenían en abundancia, así que obligó a sus hombres a reservarla, para lo cual tuvo que gritar y amenazar a más de uno de ellos.

Con los primeros rayos de sol, cuando parecía que los tiroteos no podían ir a más, los guardias atrincherados salieron del cuartel. La resistencia en el exterior había mermado mucho, así que pudieron llegar casi sin problemas al medio de la plaza para asediar el ayuntamiento.

Por suerte, todavía conservaban parte de la munición y pudieron detener su avance.

—¡Cato! —gritó Rafael—. ¡Llama a los de la casa del pueblo, que tomen posiciones por la parte del café Mercantil!

Por suerte, el teléfono todavía funcionaba y se pudieron coordinar con los hombres de la retaguardia.

Los primeros edificios de la plaza de las Palomas comenzaron a arder y numerosas granadas explotaron en los bajos del ayuntamiento. Todos los hombres del interior se refugiaron en los pisos superiores. Rafael ordenó a tres de ellos que se dedicaran exclusivamente a mojar con cubos de agua las escaleras y la zona inferior; no serviría de nada resistir las balas, si iban a morir quemados en aquel edificio.

El día veintidós se hizo terriblemente largo. Rafael recontaba exasperado cada media hora la munición. No tenían forma de reponerla, aunque sus compañeros habían tomado posiciones al otro lado de la plaza y hostigaban sin tregua a los guardias.

—No vamos a resistir —se quejó Paquillo—, en media hora más nos quedamos sin munición.

Rafael miró por la ventana. La plaza estaba plagada de cadáveres de ambos bandos. El cuerpo de un guardia yacía cerca de una de las grandes farolas del centro de la plaza. Llevaba un cincho con una cartuchera porta

granadas. Si no había usado ninguna, podría haber hasta seis granadas en la pequeña mochila. El problema era que la farola estaba a más de quince metros de la puerta del ayuntamiento.

—Cubridme —dijo a Paquillo, mientras señalaba el cuerpo del guardia.

—Oh, no —exclamó este.

Rafael se fue hasta las escaleras, cogió uno de los cubos de agua que llevaba su compañero y se lo echó por encima. Con las ropas empapadas bajó al piso inferior. Estaba todo lleno de humo y tuvo que buscar a tientas la puerta, no pudo evitar en el último momento inspirar una gran bocanada que le provocó un ataque de tos instantáneo. Por suerte, ya estaba en la entrada por donde penetraba aire fresco.

Desde abajo, la farola parecía estar muy lejos y los enemigos muy cerca. Los guardias estaban apostados tras las columnas de los soportales de la plaza. Sabía que usaban rifles de precisión y que eran hombres entrenados, por lo que no iba a ser fácil.

Cogió aire y salió corriendo en zigzag. Oyó silbar las balas muy cerca, pero también escuchó cómo sus compañeros descargaban la poca munición que les quedaba sobre sus enemigos. Alcanzó la farola, intacto. Era tan ancha que le ofrecía una protección perfecta, pero vio que el hombre caído no estaba tan cerca como le había parecido antes. Estiró un brazo hacia él, y varias balas alcanzaron el cuerpo del cadáver muy cerca de su mano. Agarró la solapa del muerto y tiró de él con todas sus fuerzas. Tuvo que clavar los dos pies en la base de la farola para poderlo mover. Realmente entendió el dicho: «pesas como un muerto». Al fin pudo tener la bolsa de granadas al alcance de la mano y la cogió. Solo entonces especuló qué hubiera pasado si alguno de los disparos hubiese alcanzado la cartuchera.

«Eres un inconsciente», pensó.

Dentro de la cartuchera estaban todas las granadas, no tardó ni un segundo en activar la primera y lanzarla bajo los soportales. Se alegró de haber aprendido a usarlas en Figueras, durante la mili. La bomba estalló haciendo que los oídos le pitasen. Varios guardias tuvieron que moverse, en seguida lanzó otra granada, y otra... No podía dar la opción de reaccionar a los guardias. En un momento las posiciones bajo los soportales se convirtieron en una gran nube de humo y polvo. Las primeras maderas del artesonado

comenzaron a prender. Todavía le quedaban dos artefactos en la bolsa cuando oyó gritar retirada al teniente de los guardias.

Los sublevados corrieron de nuevo hacia el cuartel, desapareciendo de la plaza. Habían ganado una pequeña batalla, pero muchos civiles, simpatizantes de los acuartelados, todavía disparaban desde algunas azoteas. Cuando Rafael se incorporó para volver al ayuntamiento notó de pronto un ardor terrible junto a la sien, no había oído el disparo, pero aquella bala perdida le había alcanzado. Solo fue consciente de ver cómo el suelo se acercaba a él, y la oscuridad lo llenaba todo.

Recobró el conocimiento en su cama de la cueva, abrió los ojos y sintió náuseas. Llevaba una venda en la cabeza. Pensó que si no estaba en el hospital no debía ser muy grave. Encarna estaba a su lado, cuando vio que abría los ojos se incorporó sobre él.

—¿Rafael? ¿Estás despierto?

Intentó asentir con la cabeza, pero el movimiento le causó un fuerte dolor.

—Sí —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Encarna sonrió y le acarició el rostro.

—Te han disparado, pero la bala solo te rozó. Has tenido suerte.

A él no le parecía que eso fuese suerte. Ella continuó hablando.

—Los guardias están otra vez recluidos en el cuartel. Pero la lucha ha acabado. De momento.

Rafael intentó incorporarse, sintió un fuerte mareo que casi le hace perder el conocimiento de nuevo.

—Eh, no te muevas. Tienes que descansar. ¿Quieres beber agua?

—No. ¿Cómo están, Paco...?

Las palabras casi no le salían, cualquier movimiento le producía náuseas.

—Están bien. Bueno, no todos. Oh, Rafael, hay muchos muertos. Es terrible. No entiendo por qué pasa esto.

El desconcierto de Encarna era manifiesto y se le veía pintado en el rostro.

«Por qué», sus palabras resonaron en su dolida cabeza. «Por qué, por qué...».

Cerró los ojos y se durmió.

Guadix, 23 de julio de 1936

Cuando despertó de madrugada, las náuseas habían desaparecido, no así el dolor de cabeza. Se levantó y se encontró con su madre en el comedor. Afuera en el patio se oía gente.

—Hijo, ¿estás bien?

Él sonrió.

—Perfectamente.

—Ven —dijo la madre.

Se acercó, le hizo sentarse en una silla y le quitó la venda con cuidado.

—Es una locura, hijo —comentó.

Apenas tenía un rasguño en la sien. La madre se alegró de ver que la herida no estaba infectada y que ya se estaba formando costra.

—¿Quién hay fuera? —preguntó.

—Gente. Hay gente por todas partes.

Rafael no entendió bien el significado de sus palabras hasta que salió afuera. Paco, rodeado de sus hermanas pequeñas, hablaba con unos extraños. Encarna al verlo se le acercó.

—Te has despertado. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo, restando importancia a su estado e interesándose por aquellas personas.

—Vienen de Granada —informó Paco.

Era un grupo de cinco personas, tres mujeres y dos hombres. Su aspecto era lamentable.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó de nuevo su hermano.

—Sí.

Su madre le ofreció un pequeño bocadillo de aceitunas.

—No tengo hambre.

—Cómelo, y bebe algo. De no hacerlo, no te dejes volver al pueblo.

Rafael cogió el bocadillo y bebió agua del botijo. Descubrió que estaba muy sediento. Su madre no se apartó de él hasta que le vio dar un pequeño bocado al pan.

Paco le puso una mano sobre el hombro.

—Entonces, vamos a la iglesia de San Diego.

El grupo de refugiados también siguió a Paco.

—¿Qué pasa?

—Han ocupado Granada. Mucha gente está huyendo de allí. Explican cosas horribles.

Uno de los hombres le habló, se notaba que aquello ya lo había explicado muchas veces, pero que no se cansaría de explicarlo nunca:

—Están masacrando la ciudad. Se llevan a los hombres en carretas hasta el cementerio y allí los fusilan sin miramientos, sin juicios... Pasan por los barrios obreros y los cogen a todos, no importa si eres comunista o de la CEDA, solo por vivir allí ya te llevan al patíbulo.

El otro hombre añadió:

—Violan a las mujeres, de cualquier edad...

Al bajar al pueblo, Rafael comenzó a ver gente que deambulaba por las calles, con alguna maleta, o con solo un hatillo de ropa. Había cientos de personas, parecían almas en pena.

—¿Eso lo hacen los soldados? —preguntó Rafael, espantado.

—Sí, Queipo ha enviado a un coronel del ejército de África, con su tropa, un tal González, dicen que es un carnicero.

En las puertas de San Diego se congregaba una muchedumbre.

—El Comité ha decidido confiscar todas las iglesias para cubrir las necesidades del pueblo —explicó Paco.

Desde el interior salía la ronca voz de Cato. Encarna se escondió detrás de Rafael al oírlo.

—¡Maldita sea! —gritaba desde el púlpito—. Esta no es la casa de Dios, esta estatua no es «la Virgen». ¡Es solo un trozo de madera!

Rafael preguntó a un hombre qué estaba pasando.

—Hay unos cuantos que se niegan a ocupar las iglesias, dicen que son la casa de Dios, lugares sagrados que no se pueden profanar. Eso ha sacado de sus casillas a Cato.

Desde arriba, su suegro seguía vociferando.

—Aquí no hay nada sagrado. Lo único sagrado es el trabajo de los

hombres que con su sudor construyeron este templo. Dios no está aquí, esto no es patrimonio de los curas. Dios estará contento si damos a estos edificios un uso más humano.

Uno de los aprendices de Cato había traído un hacha del taller, a petición de su patrón. Este la cogió y la levantó sobre su cabeza.

—Esto solo es una imagen, un trozo de madera tallado y pintado, no le debemos adoración.

Diciendo esto descargó un fuerte golpe sobre la imagen de María, que cayó de su pedestal al suelo.

Varios hombres se santiguaron horrorizados, pero otros jalearon al carpintero.

—Esta iglesia ya no se utilizará nunca más para doblegar la voluntad de los hombres —exclamó, mientras descargaba sobre la imagen fuertes golpes de hacha. La cabeza de la imagen de la Virgen se partió por la mitad, y el cuerpo quedó hecho astillas bajo el afilado filo.

Encarna sollozó hundiendo su cabeza en el regazo de Rafael. Este estuvo a punto de ir a detener al hombre, no era bueno para él ni para su familia ese exceso de ira. Pero Encarna tiró de su brazo.

—Vámonos —suplicó.

Rafael abrazó a Encarna y la condujo afuera. Intentó calmarla, su llanto era más de rabia que de desconsuelo. A la puerta de la iglesia, Cato y otros hombres acumularon los restos de la imagen destrozada y le prendieron fuego. A las llamas añadieron el resto de las imágenes de madera que había en el templo, e incluso algunas de yeso, que también quedaron destruidas.

Rafael llevó a Encarna lejos de allí, ansioso por apartarla de todo aquello. Solo entonces ella se sosegó.

—Lo siento —se disculpó la chica—, pero es que no soporto verlo así.

—Vuelve a casa —le pidió.

Ella se dirigió de nuevo hacia la barriada de las cuevas y él volvió a San Diego. La hoguera consumió muy rápido la madera vieja, y el calor del verano se tornó aún más insoportable en la plazoleta de la iglesia.

En el interior, los hombres estaban retirando bancos y acondicionando el lugar como su nuevo cuartel general. En el centro, se reunió el Comité, rodeado por infinidad de hombres, como en una gran asamblea.

—Camaradas —dijo el delegado Cortés—, están llegando multitud de refugiados a nuestro pueblo. Todos vienen de Granada, huyen de la barbarie. Por lo que nos cuentan, posiblemente vendrán más. Tenemos que prepararnos para acogerlos.

—En Guadix hay iglesias y conventos de sobra para albergar a todo Granada si es necesario —aseveró Cato.

—Propongo hacer una lista de necesidades y de edificaciones que se pueden adaptar —dijo el delegado de la UGT.

—Señores —volvió a decir Cato—, os recuerdo que hay una cuestión de seguridad que, si no resolvemos, de nada servirá todo lo demás.

Todos estuvieron de acuerdo. Tenían dos graves problemas, la guarnición rebelde atrincherada en el cuartel y los grupos fascistas armados que todavía se escondían en el pueblo. Decidieron nombrar a Cato, comisario político de seguridad interior y al socialista Cortés, comisario de guerra. Este pidió a Rafael que se encargara de solucionar el problema del cuartel.

—Mañana llegan los mineros de Alquife con miles de kilos de dinamita —informó Cato.

—Necesitamos organizar la milicia. Sin organización no tendremos éxito —apuntó Rafael.

El secretario del ayuntamiento, un hombre entrado en años, con anteojos y adustamente vestido, carraspeó:

—He podido contactar con Madrid hace unas horas. A la vista de que no tenemos ningún tipo de fuerzas del orden, y que no se prevé la llegada de ningún refuerzo en días, nos han autorizado a formar nuestra propia milicia, de forma que oficialmente se llama a filas a todos los vecinos de la quinta del 34 al 35. He elaborado una lista.

—Perfecto —dijo Rafael, cogiendo esa lista—. Formaremos cuadrillas con estas personas y con los voluntarios que se quieran añadir.

La lista de las personas no era muy extensa. Él mismo figuraba como sargento, y era el soldado de mayor graduación, cosa que ya se imaginaba. Muchos de la lista ni siquiera estaban en el pueblo.

Según le había informado Cortés, podían usar la iglesia de La Concepción como cuartel. Hacia allí se dirigió con algunos de los alistados, y hacia allí

pidió que se dirigiesen todos los demás.

—Retiraremos las imágenes antes de que Cato las vea —dijo medio en broma a sus hombres.

Acumularon las estatuas al fondo de la sacristía y comenzó a encomendar funciones entre los reclutas y los voluntarios de los trabajos que se habían de hacer.

No iba a ser tarea fácil, pues los guardias acuartelados estaban armados hasta los dientes y eran militares instruidos en la lucha. De momento, lo único que podía hacer era afianzar la vigilancia del edificio y asegurar todos los inmuebles colindantes de la calle.

Al atardecer, acompañó a una cuadrilla hasta la Alcazaba. Había sido un lugar privilegiado quinientos años atrás para controlar toda la vega, y lo seguía siendo.

Se sorprendió al encontrar allí a Cato. Contemplaba absorto la extensa llanura que el ocaso hacía brillar con fuertes tonos escarlatas. El hombre estaba extrañamente sereno, incluso sonrió a Rafael cuando lo vio aparecer. Con el dedo señaló la carretera de Granada, una interminable fila de refugiados la transitaba, como hormigas, cientos de hombres, mujeres y niños, caminaban hacia Guadix en una proscrita peregrinación.

—Mira, ¿sabes qué significa eso? —preguntó.

Rafael no respondió nada, aunque muchas cosas se le pasaron por la cabeza: miseria, dolor, hambre...

Cato respondió su propia pregunta retórica:

—Eso significa que la revolución ha comenzado.

Guadix, 24 de julio de 1936

Los mineros de Alquife llegaron temprano, vinieron en varios camiones, donde traían los explosivos.

El comité de defensa discutió acaloradamente qué uso se le debía dar. Unos pretendían volar todo el cuartel, con los guardias dentro.

—Eso es una locura —opinó Cortés.

—Debemos hacerles salir, y cogerlos prisioneros —propuso Cato.

—Vaya, ¿ahora eres un moderado? —bromeó uno de la UGT.

—Soy un hombre sensato. Si realizamos una matanza, muchos hombres del pueblo que ahora están de nuestro lado, los podríamos tener en contra.

Rafael, por una vez, estaba de acuerdo. Pero conseguir su rendición no iba a ser cosa fácil.

—Se lo hemos pedido de todas las formas posibles —explicó—, pero lo único que hemos obtenido es una ráfaga de disparos.

—En ese caso —volvió a gritar uno de los más radicales—, coloquemos las cargas y los mandamos a la mierda.

De nuevo el interior de San Diego se convirtió en una algarabía ininteligible.

—¡Compañeros, por favor! —gritó Rafael—. Tengo un pequeño plan, ya que me habéis nombrado responsable, dejad que lo ponga en práctica. Espero que con él nadie salga herido.

Después de varios baladros y llamadas a la revolución, decidieron darle carta blanca.

Rafael pidió a los artificieros que distribuyeran cargas de dinamita por diferentes puntos, alrededor del cuartel y en algunos edificios cercanos. Cada carga sería controlada por un minero, que solo la activaría según las órdenes de Rafael. Una vez preparado, toda la responsabilidad recaía en su habilidad para negociar con los de dentro.

Cogió el megáfono con la mano sudorosa y carraspeó antes de hablar.

—¡Atención, los de dentro! ¡Hemos colocado explosivos alrededor del

edificio! Tenéis un minuto para salir con las manos en alto.

La respuesta del interior apenas tardó unos segundos.

—¡Nunca nos rendiremos! ¡Moriremos luchando, si es necesario!

—¡Estáis rodeados! ¡Os quedan treinta segundos!

El tiempo pasó en un tenso silencio. Al fin, Rafael ordenó a uno de los mineros detonar la dinamita que habían colocado en la pared trasera del cuartel. La explosión rugió como un volcán. La pared daba a un pequeño patio interior, era de piedra tosca y argamasa de baja calidad. El muro cayó con facilidad, levantando una enorme nube de polvo.

Esperó unos segundos antes de ordenar la detonación de la segunda carga. Esta vez fue en la esquina oeste del edificio, junto a la valla de una casa colindante. Otra enorme nube de polvo evolucionó por la calle.

En ese momento los guardias comenzaron a salir del cuartel. Salían armados y disparando. Rafael ya había previsto algo así. Ordenó explosionar una tercera carga, justo la que estaba en la barricada frente a la puerta. Cientos de sacos de tierra volaron por los aires. La nube de polvo, que ya se estaba formando, se multiplicó por mil. Los guardias no solo no veían nada, sino que, además, apenas podían respirar.

Rafael levantó la mano derecha, indicando a sus hombres que no disparasen más. Los guardias, desconcertados, solo tuvieron una vía de escape; el callejón que daba a la plazoleta de los carros. Por allí corrieron los civiles, hacia las afueras del pueblo. Rafael todavía mandó denotar una última carga, colocada en otra barricada de esa misma plaza, el objetivo era hacerlos huir de Guadix tan rápido como fuese posible. Así se lo había prometido a su hermano Paco.

Solo unos hombres apostados en la terraza de la fábrica de fideos tenían a los fugitivos a tiro, aunque a mucha distancia. Sonaron tres disparos, y uno de los guardias cayó al suelo. Resultó ser el teniente que había venido desde Granada. Al resto de los demás hombres no los volvieron a ver.

—¡Es vergonzoso que los hayas dejado huir! —gritó Cato cuando los milicianos entraron en el cuartel.

Pero nadie atendía a sus palabras. Todos estaban asombrados por el impresionante arsenal que los guardias habían abandonado allí.

—¡Guadix ya es una ciudad libre! —proclamó Rafael.

Los hombres cantaron diversas consignas y lemas mientras se incautaban del botín.

De esta forma, con Granada en manos de los sublevados, Guadix pasó a ser la capital republicana de la provincia y el centro estratégico del frente sur.

Jaén, 8 de febrero de 1941

—Rafael. ¿Rafael?

La voz sonó lejana en su cabeza.

—¿Qué? Me he adormecido.

—Perdona, creí que estabas despierto —la voz de Martínez sonó esta vez con claridad—. Estamos comiendo un poco, y tú no has probado bocado en todo el día.

Martínez le ofreció un trozo de embutido con pan.

—No tengo hambre —lo rechazó.

—Venga, hombre. Que no nos vean desfallecer...

Ante la insistencia, cogió lo que su amigo le ofrecía. Aunque no se lo llevó a la boca.

—Estaba pensando en el principio de la guerra, parece que hayan pasado tantos años...

—Sí, por el treinta y seis. Me acuerdo cuando nos llamaron a los de mi quinta. Fue cuando te conocí.

—Ya nos conocíamos de antes...

—Pero solo de vista. Entonces te convertiste en mi sargento, y fue cuando realmente trabamos amistad —recordó Martínez con un punto de nostalgia—. Parece mentira que, en una guerra, mientras la gente se mata, sea también cuando afloran los sentimientos más nobles.

—Forma parte del carácter humano.

—Por aquel entonces creíamos que ganaríamos la guerra.

—No solo eso —añadió Rafael—, confiábamos que la revolución saldría victoriosa.

—No calibramos bien a nuestros enemigos.

—La revolución tenía enemigos en el frente y en la retaguardia.

—Pero aquellos primeros meses, parecía que realmente iba a funcionar —dijo Martínez, volviéndose a poner melancólico.

—Guadix multiplicó su población en pocos días; era un foco de atracción para todo el mundo. Vinieron refugiados, pero también compañías enteras de

soldados y Guardias Civiles leales a la República.

—Recuerdo que el comité acabó confiscando todas las iglesias del pueblo. En algunas hasta se montaron cines.

—No solo se confiscaron las iglesias, sino tierras y fábricas. Se organizaron colectivizaciones obreras... No éramos conscientes, pero creo que fue la primera vez en el mundo que se organizó una sociedad libertaria...

Aurelio se acercó a ellos.

—Yo estaba en Jaén por entonces. Para nosotros Guadix era el frente, un lugar peligroso con luchas diarias...

—No era para tanto. Claro que estábamos en guerra, y por los cortijos y los pueblecitos siempre se escondían rebeldes. En muchas confiscaciones los encargados de los cortijos luchaban a muerte por defender la propiedad de unos amos que estaban ausentes...

—En el pueblo se respiraba cierto aire de tranquilidad —añadió Rafael—. Era el centro de las operaciones de los ejércitos republicanos. Teníamos cárceles con presos, pero en general uno se sentía seguro. Excepto por los bombardeos.

—Primero fue la aviación italiana y después, la alemana. Esos sí que causaron víctimas indiscriminadas: mujeres, niños, ancianos...

—Nos refugiábamos en la catedral y algunas iglesias que, por lo general, eran respetadas. Con el tiempo, se llegaron a cavar refugios en el barrio de las cuevas.

—El capitán se casó en aquella época, ¿verdad? —recordó Martínez, algo risueño.

—¿Con la chica de la foto? —preguntó Aurelio.

—No. Ya te dije que no. Carmen se había ido a Madrid. Me casé con Encarna. Mi mujer.

—Debió de ser una pasada... —sonrió Aurelio.

—Hombre, sí. Fue un día para recordar.

Guadix, 27 de julio de 1936

A finales de julio, la Guerra Civil ya era una guerra total. España estaba dividida en dos frentes: El republicano y el sublevado, que empezaban a llamarse a sí mismos *frente nacional*.

Al ejército regular se habían unido columnas de anarquistas, como la de Durruti, formadas por milicianos dispuestos a defender España.

A Guadix todavía no había llegado nadie en representación de la autoridad, ni ejército ni delegaciones del Gobierno. El Comité adquiría cada día más relevancia y poder.

—Maroto está organizando una columna en Alicante y pronto llegarán aquí —comentó Paquillo, mientras acompañaban a la delegación del Comité hasta el palacio episcopal.

—Espero que se den prisa, cada día que pasa es más trágico —dijo Rafael.

Se refería a las noticias que traían los refugiados de la capital. Cada día se realizaban fusilamientos masivos. Los cadáveres, sin identificar, se amontonaban en la tapia del cementerio de Granada: entre ochenta y cien asesinatos diarios.

—La consigna de la columna es liberar Granada. Su objetivo es claro.

Llegaron hasta la puerta del palacio. En el séquito iban el alcalde y Cato. Su cometido era registrar el obispado y detener a don Manuel. La orden había venido directa de Almería, pero el Comité discutió largamente la conveniencia del acto.

Uno de los sacerdotes los recibió en la puerta.

—Tenemos orden de registrar el edificio —afirmó el alcalde.

—¿Órdenes de quién? —inquirió el clérigo, desafiante.

—De la única autoridad que hay. Vamos, don Domingo, déjenos pasar por las buenas.

El cura los dejó entrar de mala gana. Cato pidió a dos hombres que los

acompañasen y el resto se quedó en la puerta.

—¿Adónde lo van a llevar? —preguntó Paquillo cuando se quedaron solos en la puerta del palacio.

—A Almería.

—Ya lo sé, quiero decir, ¿lo meterán en una cárcel?

—No creo. Están agrupando a todos los obispos allí, quizás en el obispado de Almería.

Por la calle pasaron unos niños que llevaban un balón en las manos. Corrían y bromeaban a carcajadas. Paquillo los miró.

—Qué suerte, parece que no se enteren de nada.

—La vida sigue —comentó Rafael.

Pasaron unos segundos en silencio, esperando que saliesen los de dentro.

—Mañana me caso —soltó Rafael de pronto.

—¡Joder! ¡Felicidades! —exclamó Paquillo, sorprendido.

—Haremos algo sencillo, con el alcalde. Ahora que el ayuntamiento está destruido, su intención es acondicionar este palacio como sede municipal.

—Pues iremos todos. ¿Cómo es que no lo habías dicho antes?

Paquillo miró de pronto a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Lo sabe Cato?

—Sí, bueno, no. Conoce nuestra intención de casarnos, pero todavía no le he dicho que lo haremos mañana.

—¡Vaya!

—Ya sabes que es complicado. Se lo diré hoy.

En ese momento, salieron del obispado los hombres de Cato, cada uno de ellos llevaba una gran caja en las manos.

—Esto queda confiscado —explicó el que iba delante.

Tras ellos salieron el obispo y tres de los clérigos que trabajaban en el palacio. Los acompañaban Cato y el alcalde.

—Don Manuel —dijo el alcalde a modo de despedida—, no hacía falta llegar a esto, ya sabe lo que le propuse el otro día.

—No voy a huir. Este es mi sitio, y si me queréis ver fuera, solo lo conseguiréis así; llevándome arrestado. Que todo el pueblo sepa lo que hacéis.

Cato los llevó hasta el vehículo del obispo, un coche modelo *tudor sedan*, de lujo. Uno de los curas se sentó al volante, pues los milicianos no sabían

conducirlo. Cato se sentó a su lado y detrás se ubicaron los tres religiosos, Paquillo y Rafael. Por suerte, aquel vehículo era amplio.

—A la estación —ordenó Cato.

El trayecto fue corto, pero por seguridad, habían decidido usar el vehículo. No era conveniente que por el pueblo viesan caminar a don Manuel a punta de pistola.

Uno de los pocos trenes que todavía circulaban entre Almería y Guadix, los estaba esperando.

—Todavía estáis a tiempo —dijo Cato—. Podéis coger el coche y largaros a Lanteira, tu pueblo natal. Diremos que estáis huidos y no conocemos vuestro paradero.

Los curas miraron a su obispo con mirada suplicante. Pero este era un hombre testarudo.

—No mareas la perdiz, Torcuato —aseveró el obispo mientras subía al vagón.

Dos de los clérigos le siguieron, el tercero dudó. Negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró a Cato, que también subía al convoy.

—Haz lo que quieras —dijo Cato—, pero que no te vea por el pueblo.

Se giró y comenzó a caminar por el pasillo del vagón, detrás de los otros.

—¡Y el coche, ni tocarlo! —advirtió al cura a gritos, sin girarse.

Rafael y Paquillo vieron cómo el párroco marchó caminando a paso ligero hacia la carretera de Baza.

—Espérame aquí —dijo Rafael a Paquillo, mientras subía también al vagón.

Cato iba a custodiar a los detenidos hasta Almería y regresaría enseguida en el siguiente tren. Rafael pensó que era buen momento para hablar con él.

—Cato —comenzó a decir—, tú ya sabes que Encarna y yo nos queremos casar.

El hombre le respondió con un gruñido. Rafael continuó hablando:

—Sé lo que piensas. Pero eso es así, te guste o no. Solo te pido que no hagas más daño a tu hija, y que nos dejes en paz.

Rafael tragó saliva antes de continuar.

—Mañana a mediodía iremos a inscribirnos en el registro de casados del

ayuntamiento. Bueno, a las nuevas dependencias.

Cato no pareció entender en un principio, hasta que de pronto su rostro mudó.

—¿Os vais a casar mañana? —Rafael pudo ver la furia en sus ojos.

—Sí. Ya lo sabes. Y prefiero que ni siquiera aparezcas por allí.

Cato avanzó amenazador hacia él.

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Nunca daré mi consentimiento!

Rafael retrocedió, el tren hizo un pequeño movimiento y se puso en marcha.

—Piénsalo —dijo—. Es mejor así.

Cato sacó su pistola y caminó por el traqueteante pasillo tras Rafael.

—¡Eres un traidor rastrero!

Rafael corrió hasta la puerta del vagón y saltó afuera cuando la velocidad comenzaba a ser peligrosa, dio unos traspiés, pero consiguió no caer al suelo.

Cato se asomó a la puerta, con la pistola en la mano y lanzando improperios y bravatas que Rafael no pudo entender.

Paquillo se acercó sonriente.

—¡Vaya! Se lo has dicho.

Ambos observaron cómo el tren se perdía en la distancia.

—Pues no se lo ha tomado tan mal, ¿no? —se burló Paquillo—. ¿Sabes? En la mili conduje una vez un camión.

—Vaya peligro —respondió Rafael, caminando por el andén.

—No vamos a dejar esa preciosidad aquí —señaló Paquillo.

Los jóvenes optaron por conducirlo y lo llevaron, alegres, de vuelta al pueblo. No sabían que, unos meses después, en Almería, el obispo de Guadix y otros prelados serían fusilados por apoyar la sublevación militar.

Guadix, 28 de julio de 1936

Encarna se puso su mejor vestido. No era un traje de novia, pero casi lo parecía: color crema, falda larga y plisada, cuerpo de encaje...

—Estás guapísima —dijo su cuñada Angustias.

Encarna, la hija mayor de los Fernández, también estaba allí, con la pequeña María Benita, de dos años, correteando a su alrededor y con su segundo embarazo muy avanzado.

—Ay, hija —se quejó—. Disfruta de estos días, que son los más bonitos, porque cuando empiezas con los hijos...

—Anda, te quejarás tú...

—Es que este calor me está matando. —La embarazada se sentó en una de las sillas.

—No puedes entrar antes que el novio —advirtió Angustias, que parecía tan entusiasmada como la prometida.

—Ya lo sé. Esperaré en otra sala hasta que llegue.

Rafael se estaba vistiendo en la cueva de al lado, en la casa de su hermana Encarna, acompañado por el resto de hombres de la familia. Como daban puerta con puerta, habían decidido que primero saldría ella, y después ya iría él.

Isabel sujetaba un pequeño espejo con las manos, que movía según las indicaciones de la novia.

Encarna estaba encantada con el resultado. Solo esperaba que su madre pudiese ir para verla. Dado su estado de salud, habían quedado en el mismo palacio. Y eso si su padre no ponía problemas. Cruzó los dedos.

Su suegra estaba en la cocina, preparando un montón de comida.

—Todos los que quieran venir, están invitados —había dicho.

A Encarna le asombraba los malabares que hacía su suegra para poder confeccionar tantas tortitas, melindros, bizcochos, pastas, frituras diversas y roscones rellenos, tanto dulces como salados.

Por la escasez de alimentos que ya se estaba dando, doña Encarnación tiró más de imaginación que nunca, estirando las posibilidades de la harina hasta

límites insospechados.

Luego, sacarían todo aquello en unas mesas a la sombra de la parra, para deleite de los invitados y los amigos.

Rafael no tardó mucho en vestirse, y persuadió a sus amigos para que fuesen tirando. Él debía esperar a que Encarna, y las mujeres, partieran de la cueva antes de salir.

Hasta ese momento, la boda no había sido más que un regalo para ella. Le preocupaban mil cosas más que aquella ceremonia. Pero, en aquel momento, sentía cosquillas en el estómago. De pronto, fue consciente de que se iba a casar, que iba a formar una familia, que ella iba a ser su esposa. Tuvo que reconocer que todo aquello le afectaba más de lo que había pensado. No era simplemente poner por escrito un compromiso, era mucho más. Notó cómo le apretaba demasiado el cuello de la camisa.

—¡Ya queda poco! —exclamó Paquillo.

Solo su amigo, su hermano Paco y su padre le iban a acompañar hasta el palacio.

—Aún estás a tiempo para arrepentirte —rió Paco.

Rafael le dio un manotazo en el hombro.

—Yo no soy de esos.

—Eres un Fernández —le recordó su padre—, un cabezota que cuando quiere algo no para hasta conseguirlo.

Rafael lo miró. Salvador sonreía, eso significaba que estaba realmente orgulloso.

—Por supuesto —dijo—. Solo lamento que Antonio no esté aquí.

Salvador dejó de sonreír por un momento. Él también deseaba que su hijo estuviese allí, con el resto de la familia, pero dadas las circunstancias, era imposible que Antonio pudiese dejar el cuartel donde cumplía el servicio. Con un poco de suerte, quizás podría venir pronto.

—Bueno, ya es hora —anunció Paquillo—. Como tenemos que ir andando...

Paquillo había insistido en llevarle con el coche confiscado modelo tudor sedan confiscado, y que ya conducía aceptablemente bien. Pero Rafael se había negado en redondo:

—Ese coche no es nuestro, es del pueblo, y solo se va a usar para asuntos del pueblo.

—Pero si apenas son unos metros, no es nada —intentó convencerle.

—Sí que lo es, Paquillo. Es mucho. Es la diferencia que hay entre hacer la revolución, o ser como ellos.

El camino era corto, pero bajo el inclemente sol, Rafael temió acabar empapado de sudor. También temía la reacción de Cato. Le habían dicho que llegó muy tarde de Almería, pero no sabía nada de él desde entonces. Temía que el hombre irrumpiese en la ceremonia empuñando su pistola...

A la altura de San Diego, todo estaba desierto a causa del calor. En la calle no se encontraba ni una sombra y solo se oía el chirriar de las cigarras.

Ninguno de los cuatro hombres sospechó nada hasta que sonó el disparo. Varias esquirlas saltaron de la pared que tenían en frente. Tras ellos, a varios metros de distancia, estaba la figura de Cato, que caminaba tambaleante, pero con decisión.

—¡Joder! —gritó Paquillo, mientras todos comenzaron a correr agazapados.

—¡No te vas a llevar a mi rosa! —vociferó Cato, volviendo a disparar.

Su voz ronca y acuosa delataba que el hombre había bebido. Todos sabían lo que unas gotas de alcohol podían hacer en su organismo. Si un Cato sobrio era peligroso, uno borracho, era imprevisible.

Rafael corrió hacia la pared de la iglesia, la que daba al patio. Sabía que, colocando los pies entre las grietas de las piedras, la podría escalar. Los demás se quedaron agachados al otro lado de la calle. Cato no parecía ni verlos; solo tenía ojos para Rafael.

Mientras escalaba la pared, los disparos cada vez se acercaban más, cuando ya casi estaba en la cima, sintió un dolor lacerante en la mano; una bala le había alcanzado en el músculo entre el índice y el pulgar. Antes de saltar al otro lado echó una ojeada y vio cómo su padre, su hermano y Paquillo saltaban sobre el hombre derribándolo al suelo.

Al caer al otro lado se cogió la mano que sangraba profusamente.

—¿Rafael?

Varios hombres, que estaban dentro de la iglesia, habían acudido al ruido

de los disparos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondió, viendo horrorizado cómo la sangre le había manchado el traje—. No es nada, está todo controlado.

Uno de los hombres miró la herida.

—Uy, esto hay que curarlo.

Se lo llevó dentro, donde tenían un botiquín. Al limpiar la herida, pudo comprobar que era menos grave de lo que parecía por la cantidad de sangre. El hombre enseguida le hizo un buen vendaje.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque no sé por qué todo el mundo quiere matarme en este pueblo.

—¿No te casabas hoy?

—Eso espero.

Las puertas de la iglesia se abrieron. Su padre y su hermano llevaban a Cato cogido por los brazos. Paquillo cargaba con la pistola del hombre.

Lo sentaron en un banco, pero Cato no se dejaba dominar, daba manotazos y golpes, sin dejarse intimidar lo más mínimo por la pistola con la que Paquillo le apuntaba.

Salvador estaba muy cabreado, miró a su hijo y vio que estaba bien. Cogió por el hombro a Cato, apretándole la clavícula como si su mano fuese una prensa. En otro hombre, esa presión le hubiese quebrado los huesos, en Cato solo provocó el dolor suficiente para mantenerlo quieto. Salvador se acercó al oído del hombre y le susurró:

—En el pueblo, haz lo que quieras. Pero a mi hijo, y a mi nuera, ni te acerques. Y si alguna vez vuelves a encañonar a mi mujer; te mato.

Salvador no era hombre dado a amenazar, entre otras cosas porque creía que la palabra dada se debía cumplir. Cato también lo sabía, así que se mantuvo quieto y callado cuando el hombre lo soltó.

Paco le quitó la pistola a Paquillo.

—Id a la boda —le dijo al resto—, yo me quedaré aquí vigilándolo.

Cato se inclinó hundiendo la cabeza en su regazo. De pronto parecía muy cansado.

Salvador lo miró y dijo a su hijo:

—Vámonos.

Encarnación sintió un pinchazo en el corazón cuando vio a su hijo con la mano vendada y evidentes manchas de sangre en el pantalón. Pero se calmó al cruzar la mirada con su Salvador. En ella su marido le decía que todo estaba correcto.

Encarna también se percató de todo, para ella era evidente lo que había pasado. No supo cómo reaccionar mientras caminaba, junto a su madre, hacia la mesa donde la esperaban Rafael y el alcalde. Una sonrisa nerviosa se le instaló en la cara. Por un instante, la vista se le nubló. Por suerte Rafael cogió su mano antes de que desfalleciera. Con su contacto todos los miedos volvieron a desaparecer. Encarna volvió a sentir que a su lado todo acabaría saliendo bien.

En el convite de la boda todos rieron, comieron, lloraron... fue una boda como muchas otras, y durante un rato, casi, casi, olvidaron que estaban en guerra.

QUINTA ROSA

Jaén, 9 de febrero de 1941

Otro día más. La noche anterior «salieron» tres hombres. Uno solo era un muchacho de dieciséis años. Temblaba, y nadie lo pudo consolar.

Una vez, en el hospital de Guadix, un médico le había explicado que en medicina llamaban *exitus* —que significa «salida» en latín—, al proceso final que llevaba a un enfermo irremediablemente a la muerte.

Esa palabra fue la que le vino a la mente en aquel momento. Aquellos hombres salían de la celda hacia una muerte inexorable. Era un *exitus*, pero ellos ni estaban enfermos ni heridos. Eran jóvenes saludables y tenían toda una vida por delante.

¿Cuándo iba a acabar la muerte? ¿Cuándo iba a finalizar el odio?

—No me iré odiando —dijo en voz alta—. No conseguirán eso de mí.

Martínez todavía dormía a su lado, nadie oyó sus palabras.

De pronto sintió frío. Se levantó para mover las piernas que tenía entumecidas. Entre sus cosas todavía conservaba las cuartillas donde tenía escritas sus cartas, pero sin acabar. Después de la visita de Antonio, había pensado dárselas a él, así se aseguraría que llegarían a su destino.

Antonio le había dicho que volvería, pero ¿cuándo?

—No tengo todo el tiempo del mundo —se oyó decir.

Sonrió al descubrir que podía bromear sobre su situación.

Pensó entonces en la rosa, en el dibujo de Pikiki. El chico, entre sus muchas habilidades, dibujaba bastante bien y siempre llevaba consigo un block de notas y algunos lapiceros. Lo había visto dibujar solo para centrarse, y hacer en segundos bosquejos geniales, dibujos de memoria; flores, insectos, aviones... Cualquiera cosa, y aquella rosa era uno más. No tenía nada especial, no había allí ningún mensaje secreto. Lo hizo, y como vio que a Rafael le gustaba, se lo regaló.

«Toma, quédatelo si te gusta», le dijo.

Y después, como en broma, añadió aquello de:

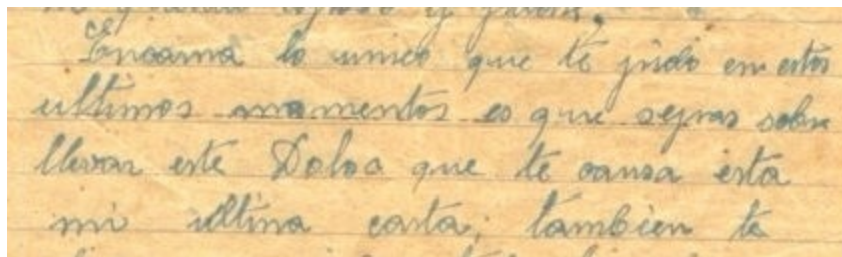
«En esta rosa está la clave para dominar al monstruo».

Rafael pensó que se refería a alguna de sus historias: la fábula de San

Jorge, que salva a la doncella y mata al dragón. La sangre del dragón cae sobre la tierra y se convierte en una rosa, que el caballero regala a la dama. La alegoría era que el monstruo dominado pasaba a convertirse en algo bello y bueno...

¿Pero, Pikiki dijo exactamente aquella frase? Ahora no estaba seguro. Era difícil recordar una expresión palabra por palabra. El sentido general era aquel.

Cogió sus cartas sin terminar, tanto si Antonio volvía a tiempo, como si no, él debía acabar sus cartas.



«Encarna, lo único que te pido en estos últimos momentos es que sepas sobrellevar este dolor que te causa esta mi última carta;». [sic].

Dejó la estilográfica durante unos segundos.

«No, no quiero que mi hija lea jamás palabras de odio o de rencor escritas de mi puño. Mi cuerpo está preso, pero mi mente es libre. Tengo libertad para decidir lo que mi corazón siente», se sumergió de nuevo en sus pensamientos.

Cerró los ojos y buscó dentro sí, quiso buscar un mar en calma y lo encontró. Eso era la paz, y desde el mar en calma pudo volar libre como una gaviota a otro tiempo y otro lugar...

Una mujer le llevó a Pikiki, y a la mujer la encontró en una misión. La misión se la encomendó un hombre que había regresado a su tierra como un libertador, como un héroe, con la fuerza de un huracán. Un huracán que puede arrasarse con todo, incluso con las personas que ha venido a salvar.

Maroto llegó a Guadix en agosto, seguido por una columna de mil soldados, mil hombres leales, dispuestos a liberar Granada y encabezar la revolución...

Guadix, agosto de 1936

Aunque se les esperaba para ese día, el revuelo que causó su llegada fue espectacular.

La columna de Maroto llegó en camiones y en vehículos todoterreno, con banderas rojinegras en los laterales. Los hombres sacaban medio cuerpo afuera, a través de las ventanillas, enseñando sus fusiles. Los cláxones se oyeron mucho antes de que la caravana entrase en el pueblo. A Rafael le pareció lo menos parecido a un ejército regular. Aun así, él también se alegró de verlos llegar, al fin alguien parecía acordarse de ellos.

El Comité y Cato habían acondicionado el convento de La Presentación como cuartel general para Maroto y sus hombres. Los recibieron a las puertas del convento.

—¡Camarada! —exclamó Maroto, bajando del vehículo de un salto.

—¡Amigo Maroto! —saludó a su vez Cato. Ambos hombres se abrazaron dándose fuertes golpes en la espalda.

—Veo que aquí estáis bien organizados —afirmó Maroto mientras se dirigían al interior.

—Guadix tiene edificios de sobra. Aun así, si la llegada de los refugiados continúa al mismo ritmo, pronto nos veremos desbordados.

—¿Qué hacéis con ellos?

—Los realojamos en edificios confiscados, en casas de vecinos...

Maroto frunció el ceño.

—Los refugiados no deben ser una carga, sino una oportunidad. Cada hombre debe ser un soldado, y cada mujer un refuerzo en la retaguardia.

—Todavía nos estamos organizando —se defendió Cato.

Maroto sonrió para sí.

—Cuando liberemos Granada, toda esta gente podrá volver a sus casas.

—También está el problema de los infiltrados —soltó Cato.

—Entiendo —asintió el otro—, entre los refugiados vienen traidores.

—Llega gente de toda la comarca, y la mayoría de ellos sin documentos que los identifiquen. Lo único que podemos hacer es preguntar a personas de

confianza, pedir referencias y al final interrogar a los sospechosos.

—Habrás que establecer un servicio de información que se ocupe de esto. No hay nada peor que tener a los enemigos en tus propias filas.

Maroto colocó su mano sobre el hombro de Cato.

—Camarada, confío que tú te puedas ocupar de eso. Veo que el Comité te ha nombrado comisario de seguridad, debes concentrar todos tus esfuerzos en esta tarea. Tendrás todo mi apoyo, pero yo debo centrarme en el frente. Granada no puede esperar.

Cató miró muy serio a su amigo, y siguió enseñándole las dependencias.

«Como siempre, me deja el trabajo sucio. Él se lleva la gloria luchando en el frente, y yo me quedo aquí, lavando los trapos sucios», pensó.

Rafael y Paco esperaron a la columna en la carretera de Baza. Saludaban a todos los camiones que invariablemente tocaban el claxon al cruzarse con ellos. En realidad, solo estaban interesados en uno de los integrantes del grupo, pero como no sabían dónde vendría, hacían señas a todos los vehículos.

Al fin vieron asomar por la ventanilla de uno de ellos la sonriente cara de su hermano Antonio.

—¡Antoñito! —gritó Rafael.

El camión paró un instante y el joven cabo se apeó con su petate.

Los tres hermanos se abrazaron con júbilo. Las noticias habían sido tan confusas últimamente que la familia había temido por el joven recluta.

—¡Pero si has engordado y todo!

—¿Es verdad eso que he oído? ¿Te has casado, hermano? —preguntó Antonio mientras caminaban hacia la cueva.

—Sí, el loco de tu hermano se ha casado con Encarna, la del Cato Franco —respondió Paco.

Antonio detuvo su paso un momento para mirar mejor a Rafael.

—¡Felicidades! —exclamó al fin.

—Bueno, enano, cuenta cómo está todo por ahí.

—Pues ahora ya se van aclarando las cosas. Los sublevados están casi todos detenidos o huidos. Pero, al principio era un no vivir; no sabías si tu compañía iba a estar de un lado o del otro, si tus compañeros iban a secundar la rebelión o no. En mi cuartel, el capitán y un sargento acabaron a tiros, y al

final resultó que los dos estaban en el mismo bando, solo fue una confusión.

—Menos mal que has podido alistarte a la columna.

—Sí, en teoría todos estamos al mando del coronel Salafranca, soldados y milicianos. Él es el encargado de organizar el frente de Guadix. Pero a la práctica, Maroto hace y deshace a su antojo; los milicianos solo obedecen sus órdenes. Por suerte, se lleva genial con nuestro capitán, y eso que Burguete es guardia civil. Es como siuviésemos dos capitanes.

Los hermanos llegaron a la cueva, donde su madre y el resto de la familia recibieron al pequeño con besos y lágrimas. Aunque no pudieron disfrutar de su presencia tanto como hubiesen querido; el coronel había ordenado a todos los soldados presentarse en la iglesia de San Miguel, donde había instalado su centro de mando. Rafael y Antonio tuvieron que partir pronto hacia allí. Paco no los acompañó, su quinta todavía no había sido llamada a filas, y el padre le había pedido que estuviese con la familia tanto tiempo como pudiese. Él hubiese querido apuntarse a la milicia y acompañar a sus hermanos pequeños.

—Paco —le dijo Salvador—, todo llegará. Al final hasta los viejos como yo tendremos que tomar partido. Hasta entonces, nuestro deber es quedarnos aquí y cuidar de los nuestros.

Su padre no se equivocaba; antes de un año, todos los hombres menores de cuarenta serían llamados a filas.

En unos días se organizó la ofensiva republicana. El coronel Salafranca era consciente de que aquello no era un verdadero ejército. Pero sabía que desde Madrid no le iban a enviar ningún otro apoyo. El Gobierno destinaba todos sus recursos a la defensa de la capital del Estado. Andalucía solo era un frente secundario. De todas formas, era el momento oportuno para atacar. Granada era un bastión rebelde aislado, con la población en contra, y con solo algunos soldados para defender todo su perímetro.

Franco ya estaba instalado en Sevilla, y sus tropas moras seguían desembarcando en Cádiz. Cuando el general Valera iniciase su avance hacia Granada, nada podría detener al ejército africano. Salafranca lo conocía bien, su única posibilidad era tomar Granada antes. Quizás, con el entusiasmo de los milicianos y la ayuda de Dios, lo podrían conseguir.

De esta forma, partieron de Guadix varias columnas con el objetivo de

rodear la capital andaluza. La expedición no comenzó con buen pie, pues mientras los soldados partían, las primeras bombas de la aviación italiana comenzaron a caer sobre la población.



—Ya no podemos avanzar más —comunicó el conductor del camión.

La información era superflua, pues era evidente que los vehículos no podían seguir mucho más por aquel camino de carros. Desde que se desviaran por Tocón de Quéntar, el traqueteo, los baches y las curvas cerradas casi habían mareado a Rafael. Al fin, él y su pelotón bajaron del furgón. El frío de las alturas se dejaba notar a aquellas horas de la madrugada, los picos más elevados de Sierra Nevada no estaban muy lejos de allí.

Los vehículos se detuvieron formando un semicírculo en la pequeña explanada que se abría frente a los muros escarpados de la montaña. Todos los jefes de pelotón se reunieron en el centro, donde Maroto había extendido un mapa topográfico. Rafael apenas se asomó a él, conocía bien aquellas tierras, dejó que los otros mandos se acercasen más.

—Nuestro objetivo es tomar Güejar de la Sierra. Esta localidad está a la entrada de Granada en la zona de montaña. Tendremos el Generalife a un tiro

de piedra —explicó Maroto—. Primero subiremos hasta el pico del Mirador, lo tenemos enfrente. Desde allí gozaremos de una vista excelente del escenario. En principio solo hay una guarnición en el collado del Alguacil, será la que tendremos que neutralizar antes de entrar al pueblo. Nos desplegaremos de forma envolvente, por aquí y por aquí.

Rafael se inclinó para ver qué zonas del mapa indicaba.

—Así cogemos a la guarnición por sorpresa, rodeada por los cuatro flancos. Cuando atacemos, no sabrán de dónde les vienen los golpes.

Rafael arrugó la nariz, sabía que no era algo tan fácil, pronto subirían a más de dos mil metros de altitud, y allí no sería sencillo ponerse a correr.

—Deberíamos sincronizar los relojes —se atrevió a sugerir.

—Está bien —aceptó Maroto—, cuando llegemos arriba, fijaremos un plan de ataque.

El grueso de la columna caminó hacia el pico. Solo algunos soldados se quedaron junto a los camiones, que sería su campo base improvisado. Casi tardaron una hora en subir. Caminaban campo a través y, en ocasiones, tenían que ayudar a los porteadores de las ametralladoras a ascender algunos tramos. El pelotón de Rafael estaba formado por diez hombres, entre ellos su hermano Antonio y varios de sus amigos. También, por primera vez, venía Martínez quien, acostumbrado a las alturas, era el que menos notaba los efectos de la montaña.

Todos resoplaban cuando al fin alcanzaron la cumbre. Rafael quedó maravillado por las vistas, un mar de montañas escabrosas se cernía ante ellos, con el picacho del Veleta al fondo, a más de tres mil metros de altura. La naturaleza salvaje los rodeaba, se le antojó estúpido que un grupo de hombres fuesen hasta allí para pelearse, luchar y morir. Pero, bajando la vista, al pie de una suave pendiente, pudieron ver la guarnición enemiga.

El lugar no era inadecuado. Se podía llegar hasta él por una carretera en condiciones. Se encontraron con una gran zona despejada, imposible de tomar por sorpresa, y las fuerzas concentradas allí eran mucho más importantes de lo que Maroto, o Salafranca, imaginaban.

Una antigua majada hacía las veces de búnker. A su alrededor había varias construcciones prefabricadas y algunas barricadas levantadas con sacos, tras

las que se apostaban nidos de ametralladoras. Una larga valla de espinos rodeaba el conjunto, conformando un verdadero fortín. Podría haber allí casi cien soldados.

—Bien —dijo Maroto sin dejarse impresionar por las tropas de los sublevados—. Está claro que deberemos dar grandes rodeos para tomar posiciones. Las escuadras de ametralladoras os colocaréis aquí, en el punto central. Los pelotones de fusileros se dividirán en dos columnas, una por el flanco derecho y otra por el izquierdo.

Maroto miró a Rafael antes de seguir.

—Cada pelotón tomará posiciones aquí, y aquí, cubriendo este semicírculo. Rafael, vosotros tenéis que llegar hasta el otro lado, para envolver el flanco sur.

—Eso significa bajar por estos barrancos, hasta el río Maitena, y subir después por aquí. Es la ruta más larga —comentó Rafael.

—Sí, por eso no deberíamos comenzar el ataque hasta que vosotros estéis en posición. ¿Cuánto crees que podéis tardar?

Rafael miró a lo lejos, los primeros rayos de sol comenzaban a destellar entre las rocas.

—Una hora, sí. Sesenta minutos —respondió al fin.

—Bien, dentro de una hora yo efectuaré el primer disparo. Esperad la señal, que nadie comience antes.

Antes de dar por terminada la reunión, Rafael señaló dos de los picos que tenían justo enfrente.

—Si tienen alguna patrulla por los altos, nos verán.

—Tardaríamos horas en llegar hasta esas dos cimas. ¿Crees que hay alguien por allí? —preguntó Maroto, mirando hacia la zona señalada.

Rafael se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo digo que es un riesgo, yo me aseguraría antes.

Maroto lo sopesó durante unos segundos.

—Correremos el riesgo. No podemos esperar aquí hasta el mediodía.

Antes de comenzar el despliegue, Maroto habló a solas con Rafael.

—Siempre he pensado que eras un buen activo para la causa. Confío en ti. Podremos hacer grandes cosas juntos.

—No te engañes —dijo—, no soy uno de esos seguidores tuyos que te

adoran sin condición. Yo lucho por los míos, por el bien de Andalucía y por el de España.

Maroto sonrió.

—Entonces, somos iguales.

Rafael no dijo nada, le seguía sin caer bien ese hombre. Quizás era porque se parecía demasiado a Cato.

Su sección se desplegó siguiendo las órdenes. Al cabo de veinte minutos, dejaron atrás al último pelotón. A su grupo todavía le quedaba un largo camino hasta alcanzar el flanco sur. Comenzaron a bajar uno de los barrancos, acuclillados y casi resbalando como en un tobogán.

—¡Pues todo esto que bajamos, después lo tendremos que subir! —gritó Martínez, sonriente.

—No hace falta que nos des ánimos —se quejó Paquillo.

Con los fusiles en alto, corrían sin poder frenar. Al fondo fluía el Maitena, alimentado por los deshielos del verano, como un torrente saltarín entre las rocas. Caminaron por el margen, empapándose el precario calzado.

—¡Tened cuidado! ¡Me salpicáis la cartuchera!

Rafael miraba de vez en cuando su reloj. Tenían tiempo de sobra, aunque aún les faltaba la subida. De todas formas, prefería llegar con antelación.

—Venga, no nos entretengamos —arengó al grupo.

Todavía estaban en el fondo del valle cuando oyeron los disparos. Todos se quedaron quietos aguzando el oído.

Varias ráfagas sonaron por arriba.

—Joder, pero ¿qué pasa? ¿No es muy pronto? —preguntó Antonio.

—Ha habido algún problema —dijo Rafael—, nos han detectado. Tenemos que ir más deprisa, pero con los ojos muy abiertos.

El resto del camino lo anduvieron en silencio, acompañados por las ráfagas de ametralladoras que cada vez se oían más atronadoras.

La subida por la pared del barranco parecía una escalada. Rafael rezó para que no apareciese nadie por arriba, pues en esa posición no se podrían defender. Al llegar a la zona alta, hizo un gesto a sus hombres, y se acercó con Paquillo a una roca desde donde tenían una vista del campo de batalla. Los sublevados estaban afianzados en su posición, les llovían proyectiles de tres

flancos. Pero también había un grupo en una cima cercana, como él había temido, que estaban masacrando a sus compañeros de la sección.

Rafael, mediante señas, indicó al pelotón su plan; iban a rodear el alto y sorprender por detrás al grupo de la cima. Debían seguir ascendiendo campo a través. Los rostros de sus hombres estaban sudorosos. La adrenalina los mantenía activos, pero en cualquier momento, la falta de oxígeno se dejaría notar. Él mismo oía su respiración jadeante.

Arriba había cuatro hombres. Cuatro soldados enemigos que estaban cuerpo a tierra y que disparaban con sus máuseres en modo semiautomático. Rafael avanzó hacia ellos acompañado por sus tres hombres de confianza. El resto del pelotón los seguía de cerca, con sus armas al hombro, dispuestos a disparar.

En tres segundos estuvieron sobre cada uno de los soldados y con un fuerte golpe de culata los desarmaron. Tres de ellos quedaron sin sentido, al recibir los golpes. El último se giró aturdido y al ver el pelotón a sus espaldas soltó su arma. Rafael pidió a cuatro hombres que se ocuparan de los prisioneros, el resto se situaron en los puestos de tiro. Esta vez, el fuego del alto caía sobre el campamento rebelde. Cuando ataron a los prisioneros, todo el pelotón se unió al ataque.

Los hombres del campamento no pudieron resistir el nuevo asedio. Pronto abandonaron sus armas y huyeron hacia los vehículos, que lanzaron carretera abajo hacia Güejar.

Rafael se puso en pie.

—Alto el fuego —gritó, aunque ya nadie disparaba.

De pronto, le afloró un gran cansancio. Miró su reloj y comprobó asombrado que ya era media tarde. La operación había comenzado antes de las seis de la mañana y tenía la sensación de que solo habían pasado un par de horas.

Abajo, sus compañeros entraban en el recinto conquistado. Desde allí arriba podía oír sus gritos de júbilo. También podía ver decenas de cuerpos caídos, enemigos y amigos. Desde aquella distancia, no podía distinguir a unos de otros. Levantó la cabeza al cielo, una bandada de buitres volaba en círculo sobre ellos. Sin saber por qué, Rafael se preguntó si aquellos animales olfateaban la sangre, veían la muerte a distancia, o tenían un sexto sentido,

desconocido, que los convocaba antes de producirse el desastre.

—Rafael, ¿qué hacemos con los prisioneros?

La voz de su hermano le sacó de su ensimismamiento.

—¿Pueden caminar? —preguntó antes de girarse y mirar a Antonio de frente.

—Creo que sí.

El descenso fue doloroso, el paroxismo había desaparecido, dejando espacio a las agujetas y a los dolores musculares. Al llegar, sus compañeros los felicitaron. Incluido Maroto, quien se hizo cargo de los únicos prisioneros que habían hecho. El jefe de la columna, dedicó el resto del día a interrogarlos.

Enterraron someramente a los muertos, propios y ajenos. Si alguien los exhumaba, encontraría el nombre de cada uno de ellos en la galleta de su uniforme. Un sargento se ocupó de hacer una lista de los caídos. En un mismo folio, separadas por una raya en el centro, encabezó dos listas: «Nuestros» y «Suyos». El soldado que le ayudaba comentó satisfecho que la lista «Suyos» era bastante más larga que la lista «Nuestros». Rafael los miró en silencio, sabía que la posibilidad de estar en una u otra lista solo dependía de si en tu guarnición, los oficiales habían decidido ser fieles a la República, o fieles al alzamiento.

Ya entrada la noche, y evacuados los heridos, hicieron una gran fogata en el centro del campamento, alrededor de la cual se reunieron los hombres. Comieron, bebieron y cantaron. Maroto se sentó junto a Rafael.

—Hoy has hecho un buen trabajo.

—Bueno o malo, lo hemos hecho entre todos.

—Tienen un destacamento en el pueblo. Y claro, ahora ya están avisados. No contamos con el factor sorpresa.

—Contamos con el factor tiempo, no dejemos que se puedan organizar. Deberíamos atacar cuanto antes.

—Vaya, creí que estabas algo decaído. No te diviertes con tus compañeros, pero veo que me equivocaba.

—No me apetece divertirme, pero ¿sabes una cosa? Cuando hemos acabado, y he visto a todos mis hombres a salvo, me he sentido aliviado. Ojalá todo esto se acabe pronto; el asalto a Güejar, la reconquista de Granada y el

final de la guerra. Si lo tenemos que hacer, hagámoslo pronto.

Maroto sonrió.

—Mañana, a primerísima hora, bajaremos al pueblo. Tú te ocuparás de una sección, sabes que hemos enterrado a vuestro teniente. Creo que lo harás bien.

Rafael intentó sonreír.

—Bien o mal, haré todo lo que pueda.

Antes del alba, ya estaban todos en pie. El plan era sencillo, tomar posiciones altas y avanzar metro a metro consolidando el terreno ocupado. Tenían dos grandes problemas: la escasez de armamento y municiones, y la falta de víveres. No tenían lanza morteros ni artillería, solo armas de asalto, y las mejores eran los máuseres que se habían dejado los rebeldes en el campamento. En el asalto habían gastado una parte importante de sus reservas de munición.

Si sus enemigos conseguían una línea de aprovisionamiento desde Granada, no podrían hacer nada después de dos o tres días. Como había dicho Rafael, el factor tiempo era determinante.

La sección de Rafael iba a rodear el pueblo por las montañas y llegar al otro lado, a la carretera que llevaba a Granada, para cortarla.

—Mis soldados tienen que ser atletas —les dijo medio en broma.

Güejar es un pequeño pueblo blanco colgado en una ladera escarpada. A sus pies nace el Genil. Allí comienza el largo periplo del río que le lleva tierra adentro hasta desaguar en el Guadalquivir.

Rafael, con veintiséis hombres, debía dar un largo rodeo, y cruzar el río, para alcanzar la carretera por el otro lado. El poblado desapareció de su vista a los pocos minutos, y enseguida comenzaron a oír los primeros disparos. Se podía hacer una imagen mental; la columna de Maroto disparaba ráfagas cortas, ahorrando munición, y los asediados respondían con réplicas largas.

Acompañados por este repiqueteo, su columna avanzaba entre un monte ralo y abrupto, lejos de la batalla, para ellos eran más peligrosas las torceduras de tobillo que las balas.

Llegó un momento en el que ni siquiera podían oír el ruido de la batalla.

—Juan —gritó Rafael—. Anda, cántate algo.

Sabía que las canciones no solo animaban a los hombres, sino que además servían para crear un sentimiento de unidad, de compañerismo. Y su amigo Juan tenía una voz estupenda. Comenzó a cantar en un tono bajo, que no tardó en subir:

*«Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero.
Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero.
En el frente de batalla,
primera línea de fuego».*

En este punto todos los hombres corearon:

*«En el frente de batalla,
primera línea de fuego».*

Juan se fue inventando la letra de las siguientes estrofas haciendo gala de su buen ingenio y su buen humor.

De esta forma, llegaron a las inmediaciones de la carretera. Rafael cortó a Juan en mitad de su inspiración:

*«Al pie de Sierra Nevada,
te daré un beso, morena,
cuando entremos en Granada...».*

—Silencio —ordenó, levantando la mano.

Detuvo allí al grupo, y avanzó con Antonio y Paquillo unos metros más. Podían ver un tramo de la carretera, estrecha y sinuosa bajo sus pies. Inspeccionaron la zona, asegurándose de que no había nadie por allí. Al fin, decidió ordenar al grupo bajar hasta la calzada.

El pueblo debía estar unos tres kilómetros más arriba. Caminaron lentamente, divididos en cuadrillas, pues, en cualquier momento, algún vehículo podía subir o bajar por aquella carretera. Rafael buscaba una zona adecuada para cortar la vía, llevaban algunos picos y palas con ellos, pero

tampoco eran unas magníficas herramientas. En un punto angosto, mandó detenerse a la columna. A su izquierda, sobre el promontorio, había una gran roca que se apoyaba sobre una base de arenisca. Mandó a parte de los hombres que comenzaran el trabajo; socavar debajo de la piedra.

Tuvieron suerte, y nadie apareció durante todo el tiempo que duró la labor. Al fin, un grupo de hombres sudorosos y en mangas de camisa, empujaron la gran roca para hacerla caer. En su caída arrastró otras rocas más pequeñas y gran cantidad de tierra. Dos hombres, que empujaban, cayeron resbalando tras ella, produciéndose rozaduras en los brazos, y provocando también grandes risotadas entre sus compañeros.

Rafael quedó muy satisfecho, pues era del todo imposible pasar con un vehículo por allí. Ni siquiera una motocicleta. De hecho, cuando tuviesen que abrir el acceso, necesitarían todo un día de trabajo una buena cuadrilla de obreros.

Dejó a un pelotón apostado en aquella zona y el resto continuaron subiendo.

—¿Qué vamos hacer? —preguntó su hermano.

—De momento busca postes, creo que pasan cerca de la carretera.

Efectivamente, a los pocos metros vieron un poste de madera sobre un cerro cercano. Rafael se alegró al ver que el mismo poste sostenía la línea eléctrica y la telefónica.

—¡Perfecto! —exclamó—, daremos una ayudita a los de arriba.

La tarea no fue tan fácil como se había imaginado. Preguntó entre sus hombres si había alguien que fuese electricista, o tuviese conocimientos del tema. Nadie tenía ni idea, el que más sabía estaba a su nivel, y eso no le tranquilizó nada.

—A ver —dijo, después de reunirse con el grupo de los más listos—, ¿los cables eléctricos no se pueden tocar?

—Claro que no —confirmó uno— y menos con la cizalla de metal que llevamos.

—Bueno —explicó otro—, dicen que, si tú no tocas el suelo y no haces tierra, puedes tocar entonces un cable y no te pasa nada.

—¿Seguro? Porque esto es alta tensión, ¿no?

Nadie se atrevió a asegurar nada.

—Vale, centrémonos en el cable telefónico. Ese no lleva electricidad, ¿o sí?

Tampoco nadie pudo responderle. Rafael se comenzó a poner nervioso, dudaba de todo lo que creía saber. ¿Cómo iba a ordenar a alguien subirse al poste y cortar el cable si eso lo podía matar?

«Ojalá estuviese aquí mi amigo Antonio, él sabría con seguridad cómo hacerlo», se dijo para sí mismo.

Al final decidió subirse él mismo, no quería cargar con la muerte de nadie. Envolvieron los mangos de la cizalla con unas camisas.

—Si están sudadas, como el sudor lleva sal, no aislarán —comentó Paquillo.

Rafael le lanzó una mirada asesina.

—¡Joder! —gritó—. ¿Alguien tiene una camisa que no esté sudada?

Subir al poste también fue complicado, tenía algunos hierros clavados, pero era imposible escalar por ellos. Tuvieron que improvisar una especie de arnés para ayudarse en la escalada.

Cuando al fin estuvo arriba, apoyado en el arnés y junto a los cables, se soltó de manos y los de abajo le lanzaron las cizallas. Al tercer intento las cogió. Respiró hondo y dio un corte rápido al cable telefónico. No pasó nada, el cable cayó al suelo sin soltar chispas ni nada parecido.

—Deberías cortar el cable del neutro —gritó alguien desde abajo.

«Tus cojones», pensó.

Se decidió por el cable inferior, uno que al cortarlo no cayese sobre los otros cables. Cogió las cizallas con fuerza. No estaba seguro de nada, cortó con un movimiento veloz. Y el cable cayó lentamente. No recibió ninguna descarga. Se sintió aliviado. Pero al tocar el suelo, el cable pegó una gran explosión acompañada de un chispazo. Todos dieron un salto y salieron corriendo.

—¡Se me han puesto los pelos de punta! —gritó más de uno al detenerse bastante lejos de allí.

Todo quedó en calma, pero nadie se atrevió a acercarse al poste.

—Tienes que bajar de un salto —gritó Paquillo.

Rafael se deslizó hasta abajo y en cuanto tocó suelo salió corriendo hacia sus compañeros. En los primeros pasos notó una especie de cosquilleo por

todo el cuerpo, y también cómo se le erizaban los pelos.

—¡Me cago en la leche! —exclamó cuando estuvo a salvo junto al resto del grupo.

Subieron más arriba, hasta que las primeras casas del pueblo fueron visibles tras una curva. El ruido de la batalla volvía a ser audible. Allí Rafael dejó descansar a sus quince hombres. Tenía decidido esperar hasta la noche antes de actuar. Pero sus enemigos no iban a respetar su decisión.

Estaba atardeciendo cuando oyeron el ronroneo de un vehículo bajar por el camino. Todos se pusieron en pie y se escondieron en los márgenes. Era un camión militar, seguido de un todoterreno. Rafael esperó a que el camión estuviese a su altura para dar la orden de disparar. Sorprendido, el conductor dio varios volantazos y una de las ruedas reventó. El todoterreno frenó en seco antes de llegar hasta ellos. Un oficial sacó su arma, una pistola, y disparó sin tino. El conductor giró el vehículo, golpeándolo contra una pared de piedra que protegía el terraplén, y condujo de nuevo hacia el pueblo.

Oyeron los disparos de sus compañeros más abajo, el camión debía haber llegado al punto donde estaba cortada la carretera. Rafael ordenó perseguir al todoterreno, por el ruido que hacía, sabía que el coche no tardaría en detenerse. Corrieron tras él, efectuando algunos disparos ocasionales. Ya dentro de la población, vieron cómo el vehículo se paraba definitivamente y salían de él cuatro militares. Los hombres huyeron por unas callejas inclinadas, comenzaron a perseguirlos, pero de pronto alguien les disparó desde una de las casuchas que, en esta parte del poblado, estaban cerradas a cal y canto.

—¡A cubierto! —gritó Rafael, conduciendo al grupo tras una pequeña valla de piedra. Los hombres se tiraron al suelo.

—¿Te han dado? —preguntó Rafael a uno de sus hombres.

Fue una pregunta superflua, el joven soldado puso una cara de dolor que hablaba por sí sola, tenía la camisa rota y el hombro manchado de sangre.

Se acercó a él. Vio la marca inconfundible de varios perdigones. Pequeñas bolitas de plomo estaban incrustadas en su carne, pero no era una herida grave.

Asomó la cabeza para ver desde dónde habían perpetrado el escopetazo.

No tardó en descubrir una ventanita en una casita de una sola planta, entreabierta y por donde desapareció, fugaz, el cañón de una escopeta.

—Cubridme —pidió a sus hombres.

Una miriada de proyectiles voló hacia la casita, mientras él, y tres hombres más, corrieron por el lateral hasta colocarse junto a la puerta. Las balas destrozaron las dos ventanas y prácticamente la puerta a la que se habían acercado. Levantó la mano, pidiendo a sus hombres detener el fuego. Sin duda los de dentro debían estar tumbados en el suelo, escondidos o heridos. Golpeó la puerta con el pie y esta cayó al suelo desplomada con gran facilidad, los cuatro entraron a tropel en el interior, dispuestos a disparar a todo lo que se moviese.

Pero agazapada junto a la ventana solo había una niña, con la escopeta en la mano. Con mano temblorosa la estaba levantando. Rafael saltó sobre ella y le quitó el arma con rapidez. Sus hombres se movieron en círculo para encontrar más enemigos. Pero en la pequeña casita no había nadie más.

—Por Dios —susurró Rafael.

La niña no debía tener más de doce años. Estaba sucia y mal vestida. Los miraba aterrorizada. Tenía unos bonitos ojos verdes y posiblemente era rubita.

—¿Por qué nos has disparado? —preguntó, sintiéndose más aturdido que enfadado.

—No me violéis —lloró ella.

—No te vamos a violar. ¿De dónde has sacado esa idea?

La niña miró con ojos desconcertados.

—Vosotros veníais disparando hacia mi casa, por eso he disparado. No quiero que me violen.

Hablaba entre gemidos y a Rafael le costaba entenderla.

—Somos soldados republicanos, venimos a liberar al pueblo. Somos los buenos.

Él mismo se dio cuenta de lo pobre que debían sonar sus palabras a oídos de aquella niña atemorizada. Seguro que los otros le habían dicho algo parecido.

—¿Dónde están tus padres?

—Se los llevaron a Granada.

—¿Estás sola?

Ella asintió y comenzó a llorar, convencida de que ahora que sabían que estaba sola, sí la iban a violar.

—Vale, vale. No llores. Mira, no te vamos a hacer nada. Pero me llevo tu escopeta, esta noche habrá luchas y tiroteos por las calles, quédate aquí y no salgas, ni dispires a nadie. Cuando todo acabe te vendré a buscar.

Ella dejó de llorar un momento.

—Mira, yo soy el sargento Rafael Fernández, si alguien te pregunta, di que eres mi amiga. ¿Cómo te llamas?

—Rosa.

—Vale, Rosa. Ahora cerraré la puerta y quiero que te quedes aquí escondida hasta que todo haya pasado. Mañana por la mañana volveré.

La niña parecía más calmada. Había visto algo en los ojos del soldado que la convenció.

Rafael hizo salir a los hombres y mandó ajustar la puerta.

—Pobre niña —dijo Paquillo—. Qué miedo tiene a que la violen. ¿Crees que ya le habrá pasado y por eso...?

—Prefiero no pensarlo.

Rafael desvió la vista al resto de las casuchas cerradas, se preguntó cuántas de ellas estaban abandonadas y en cuántas se escondían vecinos aterrados, con rústicas escopetas entre las manos, dispuestos a usarlas contra los nuevos invasores.

—Volvamos abajo —ordenó a sus hombres.

Tomaron posiciones a ambos lados de la carretera y esperaron a que entrase la noche.

Sin suministro eléctrico, los fogonazos y los disparos brillaban iluminando la población. Durante horas no se dejaron de oír los combates. A partir de las tres de la madrugada comenzaron a desfilar los primeros vehículos que escapaban del sitio. Sabían que había republicanos en la carretera, pero no se imaginaban que la tenían totalmente cortada. Con cada vehículo que bajaba repetían el mismo procedimiento: algunos disparos, pero sin inutilizar el automóvil o el camión para poderlos aprovechar luego. Su objetivo era conseguir que los sublevados saliesen huyendo con prisas y con poco armamento, por senderos casi impracticables, que no los llevarían hasta el

siguiente pueblo, Pinos Genil, antes del alba.

Cuando volvió a salir el sol, todo había acabado. Su sección se hizo con tres camiones abandonados y un todoterreno, con ellos subieron por última vez la cuesta, con la bandera republicana ondeando en la carrocería del primer vehículo.

En mitad del pueblo se encontraron con sus camaradas de la columna. Dejaron los camiones en una gran plaza que había entre el ayuntamiento y la iglesia. De hecho, la plaza estaba dividida en dos alturas; una más alta en la que estaba el ayuntamiento, y otra más baja, en la que se ubicaba la iglesia. Entre ambas, un viejo árbol parecía descender de una a otra.

—Ha sido duro, pero al fin estamos a las puertas de Granada —dijo Maroto cuando se volvieron a ver—. Si el resto de columnas han hecho lo mismo, nuestro ejército ya tiene rodeada la ciudad. Necesito comunicarme con Salafraña, pero el teléfono no funciona.

—Martínez os indicará dónde hemos realizado el corte de las líneas, pero no me pidas que me ocupe. Busca un electricista.

El aludido estaba a su lado y saludó con la mano.

Junto a la iglesia, los soldados estaban acumulando cadáveres. Rafael casi no sintió nada y eso le molestó. De ninguna manera quería acostumbrarse a aquello. Al menos, pensó, entre mis hombres no ha habido ninguna baja.

—Mi sargento —llamó alguien por detrás.

Tardó un segundo en girarse, le costaba habituarse al trato.

—Sargento, esta niña le está buscando.

Junto al soldado estaba Rosa, con la cara igual de sucia y asustada que el día anterior.

—Hola —le saludó, sonriente—. Ya te dije que hoy todo habría acabado.

La niña miró horrorizada las filas de los cuerpos tendidos en el suelo. Rafael le pasó un brazo por encima y la llevó hacia uno de los camiones, desde donde no era visible esa parte de la plaza.

—Mira, ves esto —Rafael abrió la parte de atrás del camión, entre otros suministros había dos cajas con uniformes de soldado—. Buscaremos uno a tu medida y así te quitas esa ropa que se cae a jirones. Serás mi ayudante. ¿No tienes a ningún familiar aquí?

Ella negó con la cabeza, pero no quitaba ojo a los trajes.

—Entra, te dejo sola y así eliges tú el que más te guste.

Todos eran iguales, pero seguro que ella vería pequeñas diferencias.

Se acercó a un soldado que custodiaba los camiones, y le dijo:

—Vigílala como si fuese tu hermana.

Dio dos golpecitos con su dedo índice en el pecho del soldado para reafirmar la orden.

—Si me busca, que me espere aquí.

La columna estuvo muy ocupada organizándolo todo. Rafael advirtió a sus hombres sobre las normas para entrar en las casas de los vecinos. No quería que estos los viesen como delincuentes, sino como los libertadores que eran.

—Y mucho ojito con lo que requisáis. Sé perfectamente qué anillos, relojes y colgantes tenéis. No quiero ni oír que alguien os ha «regalado» algo.

Antes del atardecer, volvió a la plaza. Rosa seguía allí, se había lavado la cara en la fuente, y sonrió, por primera vez, al verle.

—¡Qué guapa estás!

El uniforme le venía grande, pero al menos estaba limpio.

—Oye, ¿tú conoces bien el pueblo?

—Claro —respondió ella con voz segura.

—¿Hay algún sitio desde el que se pueda ver Granada?

La niña miró el cielo.

—Sí nos damos prisa te puedo llevar y traer antes de que anochezca.

Rafael la siguió, ella caminó con resolución entre senderos, como quien se conoce bien el lugar. Pronto perdieron de vista el pueblo, y frente a ellos Rafael solo veía altas montañas.

—¿Está muy lejos? —preguntó.

—Una *mijilla* más allá.

Siguieron andando, siempre hacia arriba, y a todas sus preguntas la niña siempre respondía: «una *mijilla* más».

Al fin llegaron a una cima, un auténtico mirador desde el que se divisaba la ciudad. Esta parecía estar solo a un tiro de piedra. Ante él, se extendía la dehesa del Generalife, con la Alhambra al fondo. El Albaicín, el Genil, la catedral... Incluso podía ver la plaza de toros, ahora convertida en una

inmensa prisión. En el horizonte, advertía parte de las otras sierras que rodeaban Granada, y donde previsiblemente estaban las otras columnas preparándose para el asedio final: Sierra de Huétor, altos de Colomera... Sin duda, nadie tan cerca como ellos.

—Rosa, está a punto de anochecer. ¿Ahora qué hacemos? —dijo, simulando estar angustiado.

Ella dejó escapar una corta carcajada.

—Pues volver.

Sierra Nevada, agosto y septiembre de 1936

Los días se sucedieron en Güejar sin ningún avance. Casi cada jornada Rafael subía al mirador para contemplar la ciudad. Tan cercana y tan inabordable. Ni recibían refuerzos ni suministros. El esperado asedio a la ciudad no llegaba nunca, los soldados se aburrían y se desmoralizaban. Los habían enviado allí para nada, habían muerto para nada. Las escasas fuerzas que defendían Andalucía se concentraban en liberar Córdoba, con una situación parecida a la granadina. Pero el ejército republicano tampoco conseguía nada en la ciudad de la mezquita.

Valera ya avanzaba con su ejército de moros por Antequera, pronto llegaría a Granada. Y Franco, con el grueso del ejército de África, se encaminaba hacia Madrid. El Gobierno solo pensaba en Madrid, todas las fuerzas las concentraba en su defensa.

Rafael estaba en el mirador de Rosa, con la vista fija en la distante urbe, cuando oyó un ruido por detrás. Era Maroto. Se sorprendió, no era normal verlo por allí.

—¿Pasa algo?

Maroto se colocó a su lado y miró también la espectacular vista.

—Es preciosa.

—Sí, y cada día los hombres de Queipo asesinan inocentes.

—No podemos hacer nada.

—A veces pienso que, con un grupo pequeño, bien entrenado, podríamos bajar sin ser vistos.

—¿Y qué ibas a hacer?

—No lo sé, sabotearles, salvar vidas...

Maroto se colocó las manos en la espalda.

—Quizás más adelante, ahora nos tenemos que ir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rafael con el ceño fruncido.

—Nos ordenan replegarnos.

—¿Abandonamos?

—Sí, no creas que me gusta. Pero la operación se ha abortado. Salafraanca

ordena retirarnos.

—¡Joder! No le hagamos caso.

—Podríamos hacerlo, a él le daría igual. Nos deja, el Gobierno lo destina a Talavera, para frenar el avance de las tropas africanas hacia Madrid.

—¿Y aquí quién queda al mando?

—Prácticamente nadie. No existe ninguna coordinación en el frente sur. Tenemos que retroceder y afianzar una línea más atrás, entre Granada y Guadix. Al menos debemos mantener Guadix a salvo.

—Entonces has venido a despedirte de ella —dijo Rafael, señalando la vega granadina.

—Solo un hasta pronto.

Ambos se giraron para emprender el camino de vuelta.

—Ah, se me olvidaba —comentó Maroto—. Ha llegado tu ascenso a teniente, felicidades.

—Vaya, qué ilusión —respondió, sarcástico.

—Por méritos de guerra y todo eso...

—¿Tú sigues siendo un miliciano civil?

—Por supuesto, hasta la muerte. Yo odio a los ejércitos.

El resto del camino lo recorrieron en silencio. Al llegar al pueblo, los preparativos para la partida estaban en marcha. Rosa le estaba buscando, nerviosa y con los ojos abiertos como platos.

—¿Os vais?

—Sí, volvemos a Guadix.

—Llévame contigo —suplicó la niña.

—Pero... —No acabó la frase, pues cualquier excusa le pareció poco convincente, aquella niña estaba sola, y sospechaba que ya había sufrido abusos en el pasado. No la podía abandonar, rescatarla a ella sería un pequeño tributo a sus compañeros muertos. ¿Decenas de vidas perdidas para nada? Al menos, desde su cielo, podrían contemplar un pequeño éxito; no habían conquistado Granada, pero podrían devolver la dignidad y la sonrisa a una niña.

—¿Te he explicado que vivo en una cueva? —dijo, risueño.

—¡Sí!

Para regresar, circularon por caminos de carros, bordeando la montaña, hasta la altura de Quéntar. Tardaron una eternidad, los camiones no pasaban por muchos tramos, y los soldados tenían que ayudar en las maniobras: colocando ramas bajo las ruedas, apartando piedras, empujando... Al fin, pudieron llegar a la carretera, y alcanzar Guadix.

Cuando su madre vio a la niña Rosa, miró desconcertada a su hijo.

—Estaba sola —dijo, respondiendo a la mirada inquisidora de doña Encarnación.

Encarna llegó corriendo por la cuesta, en cuanto se enteró de que los soldados habían vuelto, dejó su trabajo en los Bernabeles y se dirigió al pueblo. Los Bernabeles era una gran colectividad agrícola creada para todos los jornaleros y los agricultores de la comarca. Además de la gestión de las tierras, fundaron una biblioteca popular y organizaron un servicio de escuela itinerante, que se movía entre los cortijos de la colectividad para dar clases a niños y mayores. Encarna era una de las «maestras» voluntarias.

—¡Rafael! —gritó al verlo.

De un salto se abrazó a él y le besó.

—¡Te he echado tanto de menos!

Paco soltó una pequeña carcajada.

—¡Tranquila, mujer! Ya lo tenemos aquí.

—No todos han vuelto —respondió ella con el ceño fruncido—, han muerto muchos allí en el frente. Yo he rezado cada noche por él.

—Bueno, no te pienses —dijo Rafael, quitándole importancia—, la mayoría de los días no hemos hecho nada, solo aburrirnos.

—Pero ahora te quedarás en Guadix, ¿no? —preguntó Encarna, ilusionada.

Rafael la miró a los ojos.

—Encarna, nos volvemos a marchar, mañana por la mañana volvemos a la sierra.

El rostro de la chica mudó. Por un momento Rafael pensó que le iba a soltar una bofetada, pero acabó echándose a llorar sobre su pecho.

—Pero ¿cómo te vas a ir, tan pronto? ¿Cómo me vas a dejar sola?

—Va mujer, seguramente nos quedaremos más cerca, y no estaremos

aislados, te escribiré.

—¿A dónde vais? —se interesó Paco.

—No lo sé exactamente, pero Maroto quiere establecer una línea de seguridad a mitad de camino entre nosotros y Granada.

—¿Recuperar la ciudad es imposible? —preguntó Paco.

—De momento sí.

—Aquí continúan llegando refugiados, las historias siguen siendo terribles. Dicen que han fusilado a Lorca.

—¿A Federico? —exclamó Rafael, afectado—. Este Queipo no respeta a nadie.

Rafael dejó la mirada perdida, recordaba al poeta, tan lleno de vida...

—Y aquí, ¿cómo vais? —preguntó al fin.

—La cosa va tirando. Se ha creado un hospital general con un banco de sangre. Si vas a donar te dan un bocadillo...

—Lo tendré en cuenta.

—Aunque las broncas entre los cenetistas y los de la UGT son cada vez más sonadas.

Rafael sabía que con «cenetistas», Paco se refería a Cato, a quien no quería mencionar delante de su cuñada.

—Bueno, creo que ese era otro de los motivos por los que Maroto quería pasarse por aquí; para poner orden.



Por la tarde, se pasó por San Diego, para preparar su cargamento personal y recoger el nuevo uniforme. Gran parte de la nave estaba ocupada por una remesa recién llegada de Alicante. En un rincón estaban Maroto y Cato, hablando, o discutiendo de algo. En las manos llevaban unos panfletos, pero no parecía que hablasen de ellos.

—¡Rafael! Ven —llamó Maroto cuando lo vio.

—Puedes estar orgulloso de tu yerno —le dijo a Cato.

Este se limitó a mirarlo con indiferencia.

Los nuevos carteles decían: «Granada será libertada por la columna Maroto» con el dibujo de un anarquista luchando contra un águila.

—La lucha aquí es peor que en el frente —dijo Cato—. Al menos allí sabéis quién es el enemigo. Los de la UGT se están acercando a las ideas comunistas. Ahora dicen que lo primero es ganar la guerra, que la revolución ya vendrá después.

—En parte tienen razón —comentó Rafael.

Cato lo miró con una mueca de asco.

—¿Y dices que puedo estar orgulloso de él?

—Digo que tienen razón en parte —se defendió Rafael—. Acabar con la guerra debería ser nuestra prioridad.

—Rafael —dijo Maroto—, ¿ganarla para qué? ¿Para que los estalinistas instauren su dictadura? ¿Para que comiencen las purgas y el terror? Casi prefiero a Queipo. Más vale enemigo conocido. ¡Ja, ja!

Cato hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia.

—Olvidaos de todo eso. Para los comunistas somos sus enemigos, quieren acabar con el anarquismo libertario; tanto si los ayudamos en la guerra como si no. Ese es el problema actual, el de hoy. Debemos mantenernos firmes y fuertes, no para hacer la revolución mañana, sino para sobrevivir hoy.

—Si en algo tienes razón —reflexionó Rafael— es que tenemos enemigos infiltrados. Creo que Rusia simula ayudar a la República, pero en realidad solo quiere destruirnos. Sin embargo, eso no significa que «todos» los que no son revolucionarios sean traidores, debemos luchar junto a los republicanos de buen corazón.

—Fácil es decirlo, pero ¿quién diferencia a unos de otros?

Rafael no se había percatado, pero otro cenetista se había acercado por detrás.

—Pues, por principio, debemos desconfiar de todos los rusos.

Francisco Montoya sonreía detrás de él.

—Y nuestro gobierno cada día confía más en ellos —añadió—, he oído que los servicios secretos de Stalin están en Madrid asesorando al presidente.

—¿Dónde lo has oído? ¿Sabes algún nombre? —preguntó Rafael.

—Sí, el jefe diplomático es un tipo con nombre ruso: Alejandro *nosequé*.

—¿No será Alexander Orlov?

—¡El mismo! ¿Lo conoces?

Rafael asintió.

—Supe de él en Barcelona. Mala pieza.

—Lo que digo —se reafirmó Montoya—, no debemos confiar en ellos.

A la mañana siguiente, Rafael despertó algo tarde, hacía tiempo que no dormía en su cama y la añoraba. Se sorprendió al ver que Encarna no estaba a su lado. Al salir se la encontró vestida, sonriente y con las maletas en la mano.

—Buenos días, cariño —saludó—, me voy contigo.

—Estás loca.

—No, no me he casado para estar sola. Además, Maroto dice que podemos ir. Las mujeres nos podemos quedar en la retaguardia, en el campamento base, dice él.

—¿Has hablado con él?

—No, pero Angustias, mi hermana, le oyó cuando hablaba con nuestro padre.

Rafael pensó que, en definitiva, era tan poco seguro Guadix, como cualquier otro pueblo de la sierra. Recordó los tediosos días en Güejar y respondió:

—Tú decides. ¿Seguro que con estas dos maletas tienes suficiente?

Él mismo las cogió, y despidiéndose de todos, se dirigieron hacia los camiones de la columna.

Maroto eligió el pequeño pueblo de El Molinillo para asentar su cuartel general en el frente. Esta vez montaron un verdadero campamento militar, pues

sabían que pronto llegarían los fríos del otoño. Los mandos pudieron conseguir la cesión de algunas casuchas abandonadas del poblado. El teniente Rafael y su esposa se instalaron en una de ellas. Había más mujeres enroladas en la columna, y en general se organizaron para que la vida en el campamento fuese lo más cómoda posible. Aunque alguna de ellas, también se atrevió a coger las armas, y acompañar a los hombres hasta la línea de fuego.

En pocos días, consolidaron una frontera bien defendida, desde Quéntar hasta Colomera. Y de momento, parecía que ninguno de los dos bandos intentaba romperla. Los verdaderos combates se estaban librando en las inmediaciones de Málaga, donde ya hacía más de un mes que se luchaba.

Septiembre estaba a punto de llegar a su fin. El frío en la sierra comenzaba a ser notable, sobre todo por las mañanas, ya que el sol se mantenía bastante bajo, sin salir de detrás de las montañas, hasta casi el mediodía. En general fueron días tranquilos, casi idílicos. Rafael dedicó su tiempo libre en aprender a conducir aquellos camiones enormes que debían circular por las estrechas y peligrosas carreteras montañosas.

Por las noches todos se reunían alrededor de una gran fogata y cantaban canciones. Encarna se acurrucaba junto a él y veían titilar las estrellas en el cielo, hasta la hora de irse a dormir. Hasta la hora de encerrarse en su pequeño nidito.

Una noche, ya entrado octubre, Maroto se acercó a ellos. El hombre acababa de regresar de uno de sus viajes relámpago a Almería.

—Tenemos que hablar —dijo.

Rafael pidió a su mujer que le esperase en la casita.

Maroto comenzó a caminar mirando al cielo estrellado.

—Sabes que tengo contactos en Alicante. Es como mi segundo hogar. ¡Joder!, me quieren más allí que aquí.

—Sí, lo sé.

—Hace días que corrían rumores, pero al fin me lo han confirmado. Negrín, ese cerdo comunista, ha sacado todo el oro del Banco de España en Madrid. «Para que no caiga en manos del enemigo».

Maroto miró al teniente.

—¿Sabes que es la cuarta reserva de oro más grande del mundo según la

revista *New York Times*? Pues, el ministro, «aconsejado» por los agentes soviéticos, mandó a un grupo de hombres hasta el banco para incautarse del tesoro. El cajero principal del banco, viendo que nada podía hacer contra aquellos ladrones, y la orden firmada que esgrimían, se pegó un tiro allí mismo, en su despacho. Los hombres de Negrín cogieron las llaves del bolsillo del cadáver, y comenzaron a vaciar las cajas acorazadas; más de cuarenta camiones cargados con miles de arcas, repletas de oro partieron de Madrid a un destino desconocido.

—¡No puede ser! ¡No pueden haber desaparecido! —se sorprendió Rafael.

—Por suerte, varios de los trabajadores del banco son cenetistas. De esa forma hemos averiguado que el tesoro está escondido en un polvorín de Cartagena, conocido como *la Algameca*. Según un compañero, que desgraciadamente ha perdido la vida, existe una conspiración extranjera para llevárselo de allí. Rafael, si perdemos ese tesoro, perderemos la guerra. Estamos luchando contra los ejércitos de Marruecos, de Italia y de Alemania. Sin ayuda no podremos vencer. Imagínate lo que podríamos comprar con ese dinero: ¡La revolución!

Rafael estaba confuso, por desgracia tenía razón; sin dinero no se podía ganar una guerra.

—¿Y qué podemos hacer?

—¡Joder! Ese dinero es de España, de los españoles, deberíamos tenerlo nosotros, o al menos saber a dónde y quién se lo lleva. Lo que pasa es que no sé en quién confiar.

Maroto puso una mano sobre su hombro.

—Creo que eres el único hombre íntegro que conozco. Necesito enviar a alguien a Cartagena, alguien de incógnito, que descubra toda la trama, y que me diga de qué puta forma podemos hacernos con el tesoro. ¿Qué me dices?

Rafael sonrió.

Cartagena, octubre de 1936

El tren no tardó mucho en dejarle en la estación de la ciudad portuaria. Cartagena y Guadix no estaban tan lejos como Rafael imaginaba.

No conocía la villa, pero a la triste luz del atardecer, desde las ventanillas del convoy, había visto una ciudad castigada por la guerra: edificios derruidos, boquetes en las calles, barricadas con puestos de ametralladoras.

—Son para los aviones —le informó un hombre de aspecto desaliñado que iba en su vagón, señalando con el dedo las ametralladoras.

—¿Baterías antiaéreas? —se interesó Rafael. Sabía que aquella ciudad estaba siendo golpeada muy duramente por la aviación alemana.

—Sí, aunque nunca dan a ninguno —respondió el hombre de forma enigmática.

—Vuelan demasiado alto —acabó explicando.

En la estación se entretuvo en un quiosco. Estaba cerrado, pero a través de los cristales se podían ver las portadas y los titulares de los diarios del día. «Guinea cae en manos de los sublevados», pudo leer en alguna de ellas.

Rafael viajaba sin maletas. Solo iba con su mejor traje, algo de dinero en los bolsillos y varias credenciales en la cartera. Debajo de la chaqueta, disimulada en la espalda, escondía una cincha con una pistola, una C96, pesada, pero eficaz.

Al cabo de unos minutos, un hombre con un traje desgastado, de un marrón indefinido, se le acercó.

—Rafael —dijo el hombre.

Era algo mayor que él, delgado pero robusto, su tez morena y arrugada indicaba que había trabajado toda su vida en el mar. Tal y como Maroto le había explicado.

—¿Rosales?

El hombre se mantuvo impasible. Miró a derecha e izquierda y dijo:

—Sígueme.

En el exterior de la estación había poca gente. De hecho, solo vio a los

guardias armados que patrullaban la entrada y que le pidieron la documentación.

—A la orden, mi teniente —saludó uno de ellos al devolvérsela.

Rosales lo llevó hasta una vieja furgoneta, con una caja abierta detrás. Subieron y arrancó de forma ruidosa.

—No estamos lejos, pero es mejor ir con esto —explicó el hombre.

Casi por todas las calles que pasaban, era visible algún tipo de destrozo causado por las bombas.

—Son regalitos de Queipo.

—¿Sufrís muchos bombardeos?

Como si fuese una respuesta a su pregunta, multitud de estridentes sirenas comenzaron a sonar. Las luces de la ciudad se apagaron dos segundos después.

—Ahí lo tienes —dijo Rosales—. Apagamos las luces para que los aviones no vean bien sus objetivos.

Rafael miró hacia arriba, sacando la cabeza. Grandes focos iluminaban las nubes, pero no vio ningún aparato.

—No los verás, la Legión Cóndor vuela muy alto, por eso nuestra artillería no los alcanza. Hitler prueba aquí a sus mejores aviones y pilotos. Tecnología alemana, la mejor del mundo.

Los disparos de la artillería comenzaron a resonar, pero todavía no había visto caer ninguna bomba.

—¿Cuál es su objetivo?

Rosales se encogió de hombros.

—El puerto, los acorazados rusos, la ciudad...

De pronto un fuerte estruendo se oyó muy cerca de ellos; cayó una especie de lluvia de granizos.

—¿Son bombas?

—No, hombre, es metralla. De la nuestra; las balas suben y después bajan, por eso es mejor moverse con el coche.

Rosales detuvo el vehículo junto a un edificio en cuya entrada figuraba un cartel con la leyenda: FAI. Llamaron a la puerta y un hombre les abrió. Rosales dijo algo que Rafael no pudo entender, porque una bomba estalló lejos y su eco se propagó por toda la bahía.

Dentro había tres hombres más, cada uno con su pistola visible en el cincho.

—Te hemos preparado una habitación, por si quieres descansar o asearte —dijo uno de ellos.

—No estoy cansado —respondió Rafael—. Habladme del oro.

Rosales sonrió por primera vez.

—¿Maroto está muy interesado en el oro? —preguntó, sarcástico.

Rafael lo ignoró.

—¿Dónde está el polvorín de la Algameca?

Uno de los hombres respondió, después de dejar pasar unos tensos segundos:

—En la montaña. Al otro lado de la bahía. Hay dos calas, primero está la chica y después la de Algameca. Allí está la estación naval.

—¿Está en la cala?

El hombre se lo explicó dibujándose lo con el dedo en la mesa:

—La carretera sube a la montaña. El primer desvío baja a la Algameca chica. Si sigues, llegas a las instalaciones militares y, al final de todo, pero algo separado está el polvorín. Es una gran nave reforzada en la que ahora no hay municiones ni explosivos dentro. Está llena de oro. Y más abajo solo está la cala, con un pequeño puerto militar.

—¿Es posible llegar hasta allí?

—Está rodeada por soldados rusos. Desembarcaron hace unos días. Son una brigada de tanques. Al mando está un ruso, el coronel Krivoshein. —Al hombre le costó bastante pronunciarlo—. Lo llamamos *Melé*.

—¿Y cómo sabéis que lo quieren trasladar?

Rosales se colocó frente a él.

—Haces muchas preguntas, pero no has respondido a la mía. ¿Por qué está interesado Francisco en el oro?

—¿Tú qué crees? ¿De verdad quieres discutir eso cuando el oro lo tienen otros y está a punto de desaparecer?

—Maroto está obsesionado con Granada, y aquí necesitamos mucho más ese oro.

—Hablamos de más de seiscientos mil kilos. ¿Te haces una idea? Hay suficiente para armar mil ejércitos.

—Decidme —continuó hablando—, ¿qué información tenéis?

El primer hombre retomó su explicación.

—Teníamos a Adelino infiltrado en la base. Realizaba trabajos de mantenimiento. Al parecer el otro día llegó un banquero americano con el encargo de llevarse el oro a un banco de los Estados Unidos. Adelino no pudo informarnos mucho más, salvo decirnos el nombre que oyó, un tal *Blastón* o algo parecido.

Por primera vez habló el otro hombre. Su voz era suave, como la de un contable, o alguien acostumbrado a trabajos de oficina.

—Debe ser Blackstone, es un apellido anglosajón.

—Adelino ha muerto, ¿verdad?

—Se lo cargaron —confirmó Rosales.

—Lo siento.

Rafael se quedó mirando la mesa, como si realmente hubiese quedado impreso el dibujo del hombre. Al fin dijo:

—Bien, ¿cómo puedo llegar hasta allí? ¿Por mar o por tierra?

Dos horas después, cuando ya habían tocado las campanadas de medianoche en Santa María la Vieja, la antigua catedral reconvertida en cárcel política, Rafael y los cuatro anarquistas partieron en la vieja furgoneta. Los aviones alemanes ya se habían retirado y la ciudad respiraba cierta calma.

El vehículo subió por la carretera de la Algameca, dejando atrás las luces de la ciudad, y se desvió por un camino en el que pudieron ver un cartel que informaba del lugar al que habían llegado: «Aldea de pescadores». Bajaron por una calle, estrecha y mal pavimentada, que bordeaba una riera, hasta llegar a un grupo de barracas construidas a la orilla del agua. El fondeadero de la cala se confundía con el cauce del río y entraba varios metros tierra adentro, inundando el lecho de la riera. Allí detuvieron el vehículo.

Rafael saltó de la furgoneta. La noche refrescaba, y al ir en la caja, al descubierto, se había quedado helado. El agua estaba quieta como en una balsa y varias barcas humildes descansaban sobre la superficie plana.

—Venid —dijo uno de los hombres.

Caminó por la orilla en dirección a un pequeño bote de madera, que era de uso comunal, y que cualquiera de los pescadores podía utilizar si lo necesitaba

para alguna emergencia, o para algún trabajo que no requiriese salir del pequeño puerto, pues la embarcación no daba para mucho más.

—Sube —espetó Rosales, sujetando la barca.

Rafael echó el pie con cuidado, pero después se sorprendió de lo estable que era la pequeña embarcación. Se sentó en la balda de madera medio podrida y esperó a que Rosales se sentara enfrente.

—Nos esperáis aquí —ordenó el hombre a sus compañeros, y acto seguido se hizo dueño de los remos que descansaban en los asideros.

En el fondeadero, el hombre bogó con pericia y velocidad, hasta que salieron de la cala. Tenían a un lado el formidable puerto de Cartagena, con sus buques de guerra amarrados, y al otro lado el pequeño puerto de la Algameca. Rosales se internó bastante en alta mar para pasar inadvertidos. Allí no era tan fácil navegar, aunque las aguas estaban en calma, se dirigían a barlovento. Tras pasar el pequeño amarradero militar, se volvieron a acercar a la costa. En aquella zona solo había grandes desfiladeros de roca. Rosales remó hasta una playita a la que llamaban *la Parajola*.

—Te esperaré aquí, solo tienes que subir y cuando encuentres un sendero, camina hacia la izquierda.

La noche solo estaba iluminada por las estrellas y una luna creciente muy baja en el horizonte. De todas formas, no tuvo problemas para subir entre los árboles y encontrar el sendero. El polvorín era el primer edificio que se veía en aquella dirección. Como todos los polvorines, estaba en una zona aislada del resto de las instalaciones militares, rodeada por un bosque de pinos.

Era una gran nave, compuesta por una multitud de bóvedas de cañón que conformaban una superficie ondulada en su tejado. Una hilera de ventanas fijas, de obra, recorría la nave a mucha altura. El interior estaba débilmente iluminado. Observó un rato desde la distancia. Pronto descubrió al menos a dos guardias en cada esquina. Sería difícil acercarse más.

Un poco más debajo de su posición detectó un movimiento entre los árboles. Pensó que podría ser una patrulla, pero pronto vio que era una persona sola, y que se movía con sigilo. ¿Otro espía? Llevaba algo en las manos, quizás un arma. Pensó que debía pertenecer al bando rebelde, alguien enviado por Queipo. El individuo se acercó lentamente al polvorín y con su arma estaba apuntando a los soldados. Rafael se inquietó, si disparaba daría la

voz de alarma, y los soldados se lanzarían al bosque a la caza de intrusos.

Se movió con cautela, pisando en silencio sobre las agujas de pino, hasta colocarse detrás del espía o lo que fuere. Entonces se abalanzó sobre él, amordazándole la boca con una mano y derribándolo al suelo. Se colocó encima y le amenazó con la pistola.

Se quedó muy sorprendido al descubrir que «él» era en realidad «ella». Llevaba el pelo corto, pero la delicada belleza de sus rasgos le dejó desconcertado. Antes de soltar su mordaza, le susurró que no gritase. Ella pareció entender. Cuando le quitó la mano ella susurró:

—¿Te puedes quitar de encima?

Su voz tenía un acento extraño, no sabía si francés o alemán, pero desde luego no era española. Se levantó sin dejar de apuntarle.

—No hagas ruido, nos pueden oír.

Ella buscó por el suelo hasta encontrar su cámara fotográfica, la que él había confundido con un arma.

—Casi me la rompes —se quejó—. ¿Eres un espía?

—Yo soy el que hace las preguntas. ¿Quién eres tú y qué haces aquí?

Ella le miró estudiando sus rasgos y su forma de vestir. Notó cómo su rostro se relajaba, casi sonrió.

—No eres de los nacionales —afirmó ella.

Rafael acercó su pistola, amenazante.

—No lo soy. Pero tú quizás sí. ¡Responde!

—Baja la pistola, si disparas los alertarás.

Rafael bajó el brazo y, al fin, ella se confesó:

—Soy periodista y trabajo para el *New York Times*.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Mi trabajo. ¿Y tú de qué parte estás?

—De la República y de España.

—¿Anarquista?

Rafael echó una mirada abajo, donde los guardias continuaban ajenos a todo.

—¿Qué sabes de lo que hay ahí? —preguntó a la mujer.

—La mayor reserva de oro del mundo.

—¿No era la cuarta?

—Vaya, lees mi periódico —respondió, sonriente.

Después se explicó:

—Me refiero a la cantidad almacenada; en ningún otro sitio hay tanto oro acumulado en un mismo lugar. Nadie es tan tonto.

Rafael, de alguna manera, se sintió ofendido.

—¿Qué más sabes?

—Que últimamente hay mucho movimiento por aquí. ¿Por qué hay cuatro buques de carga rusos en el puerto?

—Eso es lo que yo quisiera averiguar. Ese oro pertenece a España.

—No me han querido recibir en la base naval, por eso estoy aquí buscando respuestas —confesó ella.

Rafael decidió confiar.

—Vamos a acercarnos, pero no hagas ruido, por Dios.

Frente a la puerta principal había un coche aparcado y, al lado, unos contenedores de basura o escombros. Agazapados, pudieron llegar hasta ellos y esconderse detrás. El acceso, vigilado por dos guardias más, estaba a unos veinte metros escasos.

De pronto, las luces del interior se apagaron, y por la puerta salieron tres hombres; un militar y dos civiles. Uno de ellos llevaba un traje almidonado, aunque todo él parecía estarlo. Se movía con rigidez y con un pañuelo se secaba el sudor de la frente.

—Señor Blackstone. No creo que mañana podamos tenerlo todo a punto.

El otro civil, el señor Blackstone, llevaba un traje de corte moderno, muy americano, y un sombrero fedora de ala ancha. Fumaba un cigarrillo largo y parecía mucho más tranquilo.

—No se preocupe, lo tengo todo preparado. Yo me ocuparé del traslado. Ustedes solo tienen que supervisarlos.

—Necesitaré un recibo de todo esto.

—Por supuesto, Méndez.

—Con el sello del Banco de América.

—La documentación oficial la recibirá cuando la carga llegue a Nueva York. Nuestro banco certificará el ingreso con recibos timbrados, sellados y firmados por el presidente.

El hombre hablaba con marcado acento americano. Aun así, a Rafael se le

antojó haber oído aquella voz antes.

El hombre llamado Méndez se volvió a pasar un pañuelo por la frente.

—Todo esto me supera —susurró al llegar junto al coche.

El militar abrió la puerta del coche, un Ford modelo Sedan, y dejó paso a los dos civiles. En ese momento, la periodista, sorprendiendo a Rafael, se puso en pie y el fogonazo del *flash* de su cámara deslumbró a todos.

Rafael se aterró. Cogió a la mujer del brazo y salió corriendo con ella a rastras.

—¡Estás loca!

Después de un desconcierto inicial, varios guardias comenzaron a perseguirlos. Sonaron algunos disparos. Rafael corrió a tientas hacia la playita. La luna se había puesto y la oscuridad era casi total.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A salvar la vida —respondió mientras la empujaba por la pendiente de tierra. Antes de seguirla, disparó a la oscuridad para avisar a sus perseguidores y ralentizar su marcha.

En la playa, Rosales ya se preparaba para zarpar.

—¿Quién es esta? —preguntó al ver a la mujer.

Rafael la ayudó a subir y comenzó a empujar la barca.

—¡Échame una mano! Ya te lo explicaré luego.

En el agua, la barquita era casi invisible. Pero los soldados siguieron disparando desde la orilla. Rafael y la mujer estaban muy apretados en el reducido espacio.

—Es una periodista —explicó a Rosales que se afanaba con los remos.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó.

Le sonrió y le ofreció la mano.

—Gerda Taro.

—Rafael Fernández, teniente del Ejército republicano —contestó, saludándola y presentándose, sonriente.

—Joder —susurró Rosales.

Al llegar a la aldea de pescadores, subieron todos rápidamente a la furgoneta y se pusieron en marcha, rezando para que todavía no se hubiesen colocado controles en la carretera. Pero en el cruce de arriba se encontraron

con una patrulla que les dio el alto.

—Acelera —ordenó Rafael al conductor.

Casi atropellan a los guardias, pero pudieron eludir la vigilancia.

A los pocos minutos volvían a estar en la sede la FAI.

—¿Así que periodista? —preguntó el hombre que, según Rafael, era contable.

—No me suena el nombre de Gerda Taro —dijo con tono tranquilo, pero desafiante.

—Vendo mis fotos como Robert Capa.

El contable, impresionado, alzó las cejas.

—¿Tú eres Robert Capa? ¿El famoso Robert Capa?

Rafael pensó que no debía ser tan famoso, pues él no lo conocía. Gerda no se dejó intimidar. Sacó sonriente su pitillera y extrajo un cigarro.

—Robert solo es un personaje inventado. Lo creamos mi marido y yo, como seudónimo.

—¡Está mintiendo! —exclamó Rosales.

Rafael se puso en pie.

—¿Por qué va a mentir? Creo que está de nuestra parte. No es ella el problema.

—Tienes razón —dijo el contable—. Vuelve a explicarnos lo que visteis.

—Tienen previsto llevarse el oro mañana mismo. El tal Méndez parecía muy nervioso —dijo Rafael.

—Creo que se trata de Francisco Méndez Aspe —explicó el contable—. Es el jefe del Tesoro. Un hombre del ministerio de Negrín.

—Según el americano se lo llevan a Nueva York —explicó Gerda—. Aunque me extrañaría mucho que fuese así.

—¿Por qué?

—Porque los barcos son rusos. ¿Crees que Stalin va a facilitar y enviar a sus buques para trasladar el oro a América?

—Debemos impedirlo —reflexionó Rafael—. ¿Alguien sabe dónde podría encontrar a ese Méndez?

Los hombres se encogieron de hombros.

—Yo sí —intervino Gerda—. Los cargos del Gobierno se suelen alojar en

la Comandancia militar, con el gobernador: el general Toribio Martínez. Y mañana, a primera hora pienso pedir una reunión con él.

Rafael miró a los milicianos.

—Mañana, a las seis, yo te acompañaré, pero no pediremos una reunión, la exigiremos.

Ella miró su reloj.

—Son casi las tres.

—Mejor, así tendrás tiempo para revelar esas fotos.

—No puedo hacerlo aquí, necesito mis productos de revelado.

—¿Dónde los tienes?

—En mi habitación, en el Gran Hotel.

—Pues vamos —dijo, poniéndose en pie—. Pero antes, ¿tenéis por aquí calcetines y zapatos limpios? Los míos están chorreando.

El Gran Hotel se encontraba en el centro de la ciudad. Tanto la planta baja como la principal estaban ocupadas al completo por el Comité de las milicias antifascistas, pero algunas de las habitaciones de arriba todavía se alquilaban.

—Mejor subimos por las escaleras —advirtió Gerda—. Con tantos cortes de luz el ascensor no es seguro.

—¿Y tu marido? —preguntó Rafael mientras subían—. Has dicho que trabajáis juntos.

—Trabajábamos. Ahora no sé por dónde anda. Ni me importa.

En el tono de voz había una mezcla de tristeza y rabia. Rafael decidió dejar el tema.

—Vaya, bonita habitación —exclamó al entrar en la *suite*.

—Sí, me gano bien la vida. Si me permites, primero me voy a cambiar y ponerme otra ropa. ¿O soy tu prisionera?

—Por favor, haz lo que quieras.

Gerda entró en un vestidor. Rafael se entretuvo mirando varias fotografías que estaban encima de una mesita. Todas eran del campo de batalla, milicianos en combate, y muchas de mujeres con sus cartucheras y sus armas en posición de disparo. Algunas llevaban zapatos de tacón. Todas del bando republicano. El ojo del artista delataba su pasión por los hombres y mujeres del pueblo. Cada foto era un tributo a la valentía de esas personas anónimas que luchaban

por un ideal. Sin duda, Gerda era una mujer mucho más sensible de lo que aparentaba.

—¿Te gustan? —preguntó, apareciendo tras él.

Se había puesto un vestido sencillo, cómodo, pero que ella lucía como una modelo de las revistas. Con su pelo «a la *garçon*» dejaba al descubierto un fino y esbelto cuello, que a Rafael le pareció muy sensual.

—Son muy buenas. Entiendo que te las paguen bien.

—No lo hago solo por dinero.

—Nadie arriesga su vida solo por dinero.

Sonrió y, de pronto, su apariencia de mujer sofisticada y dura desapareció. Su voz sonó quebradiza.

—Mis padres son judíos. Cuando Hitler y los nazis llegaron al poder, tuve que huir de Alemania. Tuve que salir de mi propio país como una proscrita. No sabes lo mal que me sentí. ¿Ellos eran alemanes y yo no? En París, decidí que no podía quedarme sin hacer nada, las injusticias hay que combatirlas. André y yo no sabíamos hacer otra cosa, así que las combatimos con nuestras fotografías.

—¿André es tu marido?

Asintió.

—Lo es. O mejor, lo era. Nada es fácil.

Rafael temió que se echase a llorar.

—¿Dónde tienes tu cuarto oscuro?

La pregunta devolvió a la Gerda fuerte y combativa.

—Lo tengo en el baño. No se te ocurra darte una ducha —bromeó, dirigiéndose hacia allí con la cámara—. Solo tardaré unos dos minutos.

Rafael miró por las ventanas mientras esperaba. No estaban lejos de la Comandancia y desde allí podía ver parte del edificio. Sabía que, a las seis, el general ya debía estar despierto y en su despacho. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

Gerda tardó más de dos minutos en salir del baño.

—He hecho unas ampliaciones de las caras, la imagen no es muy buena.

Dejó sobre la cama varias láminas todavía un poco húmedas. Rafael cogió la ampliación de la cara del americano. El sombrero le tapaba parte del rostro, pero aun así lo reconoció. Por eso su voz le parecía familiar, aunque el

acento americano le había despistado. Llevaba un bigote poblado, que disimulaba su cicatriz, pero sin duda aquel hombre era Orlov, Alexander Orlov.

Estaban tan nerviosos que ni siquiera intentaron dormir. Rafael y Gerda pasaron charlando las dos horas que faltaban hasta las seis. Hablaron del director de la NKVD, del marido de Gerda, de Guadix y de su familia, de la guerra... Las primeras luces del alba los sorprendieron casi sin darse cuenta.

Pocos minutos después caminaban hacia la Comandancia. El cielo estaba cubierto de negras nubes y una brisa fresca soplaba desde el mar.

—Debe dejar aquí su munición, teniente —pidió el soldado que guardaba la entrada al edificio.

Rafael sacó de mala gana el cargador con diez balas de su C96.

—Tenemos que ver urgentemente al general y al señor Méndez.

Los soldados de la entrada los miraron mal.

—¿Tienen cita?

—¡Es un tema de Seguridad Nacional! ¡Ya os he dicho que es urgente!

Gritó Rafael.

Uno de los soldados se fue a buscar al oficial al mando de la guardia. No querían problemas con aquel teniente del frente de Guadix.

Mientras esperaban vio pasar por el fondo del pasillo al general, con una taza de café en las manos en dirección a su despacho.

Rafael corrió hacia él.

—¡Mi general! ¡Mi general! Tenemos que hablar con usted.

Los soldados le siguieron y le atraparon antes de llegar hasta la altura del superior.

—¡Le tenemos que informar de una traición!

El general se acercó a ellos con rostro serio. Uno de los soldados se empezó a disculpar:

—Lo siento, mi general...

Pero no pudo terminar su frase, pues este lo interrumpió:

—¿Quién es usted?

—Teniente Fernández. De la división al mando del coronel Salafranca.

El general miró a Gerda, quien le ofreció una estupenda sonrisa, y dijo con

voz suave:

—Por favor, general. Tenemos que hablar con usted.

El hombre los hizo pasar a su despacho, y dejó la taza sobre su escritorio.

—¿Y bien?

—Mi general, sabemos que el oro del Tesoro del Banco de España está aquí —explicó Rafael—. Y que agentes extranjeros quieren robarlo.

El general lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué agentes?

—El señor Méndez está cooperando con un espía ruso. Quizás de forma engañosa, pero pretenden llevarse el oro.

—Tenemos pruebas —afirmó Gerda, sacando las fotos de su bolso.

El general observó las imágenes y llamó a su subalterno.

—Sargento, traiga aquí al señor Méndez.

Cuando este se fue, les preguntó:

—¿Qué significan estas fotos?

—Son Méndez y el agente soviético, a la salida del polvorín donde tienen el oro —explicó Rafael—. Ese hombre es Alexander Orlov, el jefe de la policía secreta de Stalin en España. Y se está haciendo pasar por otra persona.

El general los escuchó con atención.

—¿Y eso cómo lo saben ustedes?

—Conozco a ese hombre. Es un conspirador en contra de los intereses de la República.

En ese momento entró el sargento seguido de Méndez, que se estaba ajustando la corbata, y tras ellos, el mismísimo Alexander, con su traje impecable, totalmente tranquilo y despierto.

—General, ¿qué sucede? ¿Por qué nos hace venir a estas horas? —preguntó Méndez con un tono quejoso.

—Siéntese, secretario. Este oficial los acusa de algo.

—¡Es él! —exclamó Rafael, levantándose—. Es Alexander.

—Por favor, teniente, no hable hasta que yo se lo ordene.

Alexander se hizo el sorprendido y miró a Rafael como si realmente no lo hubiese visto nunca.

Méndez se puso blanco. Parecía que realmente iba a sufrir un ataque.

El general se dirigió a Alexander en inglés:

—*Mr. Blackstone, Can you show me your credentials, please?*

Gerda le explicó después que le había pedido la documentación.

Alexander, o Blackstone, sonrió al general y sacó de su bolsillo un pliego de documentos. Comentó algunas cosas en perfecto inglés, con un acento que debía ser neoyorquino.

El general estudió detenidamente los papeles. Al fin dijo:

—Teniente, acérquese. Como ve, estos documentos están en regla, y esta es una autorización extendida y firmada por el mismísimo presidente de la República.

El general devolvió los documentos a Alexander.

—Todo es una farsa —insistió Rafael—. Este hombre miente.

Alexander se acercó a él.

—Caballero —dijo—, creo que me confunde con otro, apenas hace dos días que llegué a España. Y todo lo que hago no es más que cumplir con los deseos de su Gobierno. Quizás debería usted explicar al general, qué hacía anoche merodeando por los alrededores del polvorín en compañía de esa mujer.

—No te saldrás con la tuya —amenazó Rafael a pocos centímetros de él.

—Teniente —le amonestó el general—, ya está bien. Le pido que abandone la Comandancia. No sé qué pretende, pero pienso hablar con su superior, el coronel Salafranca.

—Hay que tener mucho cuidado con los anarquistas —susurró Alexander.

Rafael intentó abalanzarse sobre él, pero el sargento lo detuvo, agarrándole por la espalda y sacándolo del despacho.

—Venga conmigo, teniente —ordenó el militar.

Antes de salir recogió su munición de un manotazo.

—Vámonos —dijo a Gerda, enfadado.

Ya en la calle caminaron despacio por el paseo marítimo, frente al puerto.

—No podemos hacer nada, hay demasiada gente involucrada en este asunto —comentó ella.

Desde allí podían ver el destructor ruso y los barcos mercantes.

—Necesitamos más pruebas. Si pudiésemos demostrar que Orlov miente, el general detendría la operación.

—Ya has visto que el Gobierno está involucrado. Y el tiempo se nos

acaba.

Dirigieron sus pasos hacia el local de la FAI. Pero estaba cerrado. Justo enfrente había un puesto de churros ambulante y se detuvieron allí para desayunar.

—Necesitarán muchos camiones para hacer el traslado —dijo Rafael—. ¿De dónde los obtendrán?

—La brigada rusa del coronel Krivoshein cuenta con tanques y camiones militares —afirmó ella con la boca llena.

—Hay que buscar la forma de infiltrarse.

—En cuanto el oro esté dentro de los cargueros rusos, tu general no podrá hacer nada. Piensa que los escolta un destructor.

—Por eso hay que actuar rápido.

Por la calle vieron aparecer a Rosales.

—Hola, ¿cómo os ha ido? —preguntó con una sonrisa burlona que Rafael no quiso interpretar.

—Supongo que necesitarán a mucha gente para cargar y descargar los camiones —insinuó de un modo directo.

—Precisamente vengo del sindicato de estibadores. Buscan a unos sesenta hombres.

—Yo seré uno de ellos —dijo Rafael, sonriente.

—Yo también iré —añadió Gerda.

—No, de eso nada —negó él.

—Puedo pasar por un jovencito, ¿y si dicen algo importante en inglés o ruso?

—¿Entiendes ruso? —se interesó él.

—Lo básico.

—Pero si nos descubren puede ser muy peligroso.

—Soy periodista, este es mi trabajo. Aquí hay una gran historia.

Rafael no supo negarse a su empeño y determinación.

—No te separarás de mí para nada.

—¡A la orden! —dijo, simulando un saludo militar.

—Entonces hay que darse prisa —añadió Rosales—. Ya están formando los grupos.

El sindicato de estibadores se reunía en un local del puerto y allí ofrecieron ropa adecuada a los dos infiltrados. Ella, después de ensuciarse un poco la cara y las manos, podía pasar perfectamente por un chico de quince años. Subieron a los operarios en furgonetas, que ascendieron hacia la Algameca.

Rafael imaginó que, al entrar en el polvorín, vería una deslumbrante montaña de lingotes de oro. Pero en el interior solo había una enorme cantidad de cajas de madera selladas. Cada caja pesaba setenta y cinco kilos, y debían llevarlas entre dos operarios hasta los camiones rusos que esperaban haciendo cola en la puerta del polvorín.

—¡Dios mío! —exclamó Gerda al ver la gran cantidad de cajas y pensar que cada una de ellas estaba repleta de oro.

No tardaron en descubrir a Orlov y Méndez, en el exterior, junto a los camiones, haciendo un recuento doble de las cajas cargadas. Orlov llevaba una libreta grande, donde apuntaba el balance del oro cargado en cada camión.

—Habría que echarle un vistazo a esa libreta —insinuó Rafael.

—Si nos acercamos nos van a reconocer.

—Habría que buscar la oportunidad. O crearla.

En el interior, Rafael se acercó a una de las cajas y con su navaja cortó los cierres de seguridad, que eran unas cuerdas con los cabos soldados. Siguió a los dos hombres que la cogieron y, cuando salían del polvorín, se cruzó con el que iba detrás dándole un empujón.

—Lo siento, compañero —susurró, y se fue a paso ligero.

El hombre dio dos traspiés y acabó soltando la caja, que cayó al suelo. La tabla que hacía de tapa, sin los cierres, se desprendió, y rodaron por el suelo miles de monedas de oro.

—*Fuck you!* —gritó Orlov. Y salió corriendo hacia la zona del incidente.

Como Rafael había esperado, el hombre dejó su libreta sobre el taburete que usaba de soporte improvisado junto a los camiones. Gerda, que ya estaba preparada, la cogió con sigilo y la comenzó a ojear.

—¡Tenéis que tener cuidado! —increpó Orlov a los estibadores.

—Lo siento —se lamentó el hombre al que Rafael había empujado.

—Recogedlas todas.

Orlov estuvo supervisando cómo los hombres cogían todas las piezas. La

mayor parte de ellas eran monedas de oro de cinco dólares estadounidenses.

—¿Qué dice la librera? —preguntó Rafael, acercándose a la mujer.

—Es un registro, solo hay anotaciones —contestó, pasando páginas atentamente.

—Busca en algún sitio a ver si sale su verdadero nombre, o su verdadero destino.

La mujer pasaba las páginas demasiado lentamente para el gusto de Rafael. Los hombres ya tenían la caja otra vez llena con su cargamento y Orlov estaba asegurando los cierres con cuerdas.

—Date prisa.

—Ya lo hago.

De pronto, cayó al suelo un papel suelto de entre las páginas de la libreta. Estaba escrito en ruso.

—¡Eureka! —exclamó.

—¿Qué pone?

Las letras eran cirílicas. Y señaló una parte del papel.

—No lo entiendo todo, pero aquí se puede leer que el destino es Odesa.

Gerda dejó la libreta sobre el taburete y se guardó el papel. Mientras se alejaban de allí, Rafael preguntó:

—¿Eso está en Rusia?

—Es el principal puerto ruso en el Mar Negro.

—Tenemos que llevar esto al general.

En el interior, Orlov había hecho entrar a algunos soldados rusos armados, y estaba interrogando a los estibadores.

—¡Uh! —exclamó Rafael—. Creo que ha visto las cuerdas cortadas en la caja. Tenemos que salir de aquí ya.

Caminaron a paso ligero hacia la carretera, donde esperaba la larga fila de camiones. Pero no pudieron escapar a la perspicaz vista del espía.

—¡Coged a esos dos! —gritó Orlov a sus espaldas.

Salieron corriendo, pero frente a ellos había más soldados.

—¡Ven por aquí!

Se metieron entre los camiones y los primeros disparos sonaron muy cerca. Rafael sacó su pistola.

—Tienes que llegar hasta el general —dijo a Gerda.

—Iremos los dos —respondió.

Con algunos disparos, consiguieron abrirse camino sorteando los camiones en zigzag. Rafael ya veía ante ellos la carretera despejada, cuando del último camión se bajó un enorme camionero ruso que atrapó entre sus brazos a Gerda. Llevaba una pistola con la que encañonó a la mujer. Gritó algo en ruso que Rafael no entendió, pero que imaginó.

—Está bien —dijo, levantando la mano con la que sostenía la pistola. Alguien se le acercó por detrás. De pronto notó un fuerte golpe en la cabeza, la vista se le nubló y perdió el sentido.

Lo recobró poco después. Estaba atado junto a la mujer, dentro de un camión cargado de cajas. Sobre él se inclinaba Alexander. Fumaba uno de sus pitillos y sonrió al verle abrir los ojos.

—¡Mi valiente espía! —dijo con acento eslavo.

Al parecer, podía imitar el acento americano, pero no el español. O quizás, ni siquiera intentaba hacerlo.

—¿Creías que ibas a poder conmigo, pobre tonto? No sé para quién trabajas. Seguro que, para tu Gobierno, no. Ellos hacen lo que yo les digo.

—No todos —contestó—. También tenemos hombres honrados e inteligentes.

—Esos hombres desaparecen fácilmente. ¿Trabajas para los anarquistas? ¿O quizás para Herrera? ¿Es él tu hombre honrado e inteligente?

—No trabajo para nadie.

—Me lo acabarás diciendo, soy un hombre paciente.

—¿No te importa que ganen los fascistas? —gritó Gerda—. ¿No te importa condenar al pueblo de España? Solo eres un ladrón.

Alexander sonrió a la mujer.

—Los idealistas siempre perderéis. ¿Sabes por qué? Porque el mundo no se mueve por ideales, el mundo se mueve por intereses. Los hombres, cuando llegan al poder, anteponen sus intereses personales a los ideales. Yo no persigo quimeras, sirvo a hombres poderosos.

—Stalin.

—Hoy sí, mañana, ya veremos... —respondió con un leve encogimiento de hombros.

En ese momento, una enorme explosión zarandeó el vehículo.

—Malditos nazis —se quejó Orlov—. Después seguiremos hablando.

El hombre se apeó del camión, mientras la Legión Cóndor continuaba su bombardeo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Rafael forcejeó con sus ataduras.

—Rezar, pero no sé si para que nos alcance una bomba o para que no.

Aquel bombardeo sobre Cartagena fue uno de los peores. El ruido era ensordecedor y los proyectiles estallaban sin pausa. Al cabo de unos minutos, el camión se puso en marcha. Pronto notaron que bajaban, sin duda se dirigían al puerto. Rafael seguía forcejeando, no iba a conseguir zafarse de las ligaduras a tiempo.

Cuando ya circulaban de nuevo en una zona plana, otra terrible explosión sacudió el vehículo. Esta vez con mucha más fuerza, algunas cajas se movieron y casi caen encima de ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Rafael.

La mujer se había golpeado en la cabeza con la esquina de una caja.

—No es nada —afirmó—. ¿Nos hemos detenido?

Rafael se percató de que sí, de que estaban parados. El camión había saltado literalmente en el aire, y ahora estaba quieto.

—Quizás hemos chocado.

Una de las cajas había volcado peligrosamente cerca y el cierre de metal quedó muy cerca de él. Se arrastró hasta colocar el nudo, ya algo aflojado, de sus manos en uno de los pernos. Tiró con fuerza y el nudo se deshizo del todo.

—¡Vamos! —gritó, quitándose la cuerda de las piernas y desatando a la mujer.

Bajaron de la caja del camión. Se encontraban en una de las calles de entrada a Cartagena; al principio de la calle Real. Un enorme cráter se abría en mitad de la vía. Todo estaba lleno de polvo y de escombros. Las bombas seguían cayendo impasibles. Rafael se acercó a la cabina del camión. El conductor estaba muerto. La metralla incrustada en su rostro le hacía irreconocible. No había ni rastro del resto de los camiones.

—¡Ayúdame! —dijo a Gerda.

Entre los dos empujaron el cadáver fuera, la puerta estaba retorcida y no cerraba bien, pero el camión no parecía tener mayores desperfectos. Se hicieron con el arma del hombre muerto, y Rafael ocupó su lugar. Entre el estruendo del bombardeo, casi no podía oír el motor. Movi6 la palanca de cambios y el veh6culo se movi6.

—Vámonos de aqu6 —orden6, poniendo la marcha atr6s, hasta que pudo cambiar de direcci6n y huir de la ciudad.

Condujo hasta que las bombas y la ciudad desaparecieron de su vista. Sin rumbo fijo, no se percat6, hasta mucho despu6s, de que estaba conduciendo en direcci6n a Murcia.

A la altura del Albuj6n, se detuvo junto a una venta de carretera.

—Hemos escapado.

—S6, y gracias a los bombardeos alemanes.

Ambos se echaron a re6r.

—¿Y ahora qu6 hacemos con un cami6n lleno de oro?

Ella se meti6 la mano por el sost6n y sac6 el papel escrito en ruso.

—A6n lo conservo, ese bobo no se ha dado cuenta de que lo ha perdido.

A Rafael se le pas6 por la cabeza volver para convencer al general. Ella le ley6 el pensamiento.

—No podemos volver, ahora es tarde. El oro est6 cargado en los buques y posiblemente rumbo a Odesa.

—Tienes raz6n.

—Pero no se lo han llevado todo.

—Tengo que hacer algunas llamadas —explic6 Rafael—. En la posada hab6a tel6fono.

Tambi6n aprovecharon para asearse y comer un poco. Cuando al fin pudo hablar con Guadix, se encontr6 con noticias inesperadas: acababan de detener a Maroto, por 6rdenes del gobernador de Almer6a, acusado de traici6n.

—Las cosas est6n muy tensas por aqu6 —le explic6 Paquillo—. El frente est6 tranquilo, pero la retaguardia arde. El nuevo gobernador quiere acabar con los comit6s. Y los comunistas quieren tomar el poder, dicen pestes de los libertarios. Ha llegado un coronel del frente de M6laga, un tal Kremen, un ruso —un asesor, dicen ellos— al que solo le interesa acabar con la revoluci6n.

—Diles a todos que estoy bien. Volveré a llamar dentro de unos días —se limitó a contestar.

Con el teléfono en la mano, se quedó dubitativo. No podía ir hasta Guadix con aquel cargamento. No si iba a volver a caer en manos de los rusos. Después de pensarlo, pidió a la telefonista que le pusiera con Cuatro Vientos, allí preguntó por el teniente coronel Herrera.

—Ahora es general —rectificaron.

Le hicieron esperar un rato, pero al fin pudo oír la inconfundible voz del general.

—Mi general, soy el teniente Rafael Fernández. El de Guadix, no sé si se acuerda...

—Le recuerdo perfectamente, hizo el servicio en Cataluña, bajo las órdenes del malogrado Batet.

—Sí...

—¿Dónde está? ¿Desde dónde llama?

—Estoy cerca de Cartagena, con un camión... Tengo que explicarle algo...

—Pues explíquemelo, hijo.

Rafael puso al corriente al general, con todos los detalles que este le pidió.

—Ha hecho bien en llamarme. No debemos dejar que su cargamento caiga en malas manos. Mire, tendrá que conducir hacia Madrid, evite Murcia y Albacete, mejor que no pase cerca de las grandes ciudades. Creo que podré organizar un pequeño equipo que le espere a mitad de camino. ¿Conoce el monasterio de Uclés?

—No.

—Uclés es un pueblecito pequeño, pero el monasterio es grande, está en la cima de un cerro, se ve desde lejos. Ahora tenemos allí un hospital. Enviaré a alguien de confianza. Pasado Albacete tiene que coger la carretera en dirección a Tarancón, poco antes de llegar allí está el pueblecito. No se perderá.

A Rafael no le pareció que aquello estuviese a mitad de camino.

—¿Cuánto tardaré en llegar, desde Cartagena?

—Supongo que dos días. No tenga prisa, sea precavido. Le indicaré dónde podrá repostar con seguridad.

Cuando colgó, volvió al camión con Gerda.

—Llevaremos el oro de vuelta a Madrid —informó, explicándole sus planes.

—¿Confías en él? —preguntó, refiriéndose a Herrera.

—En alguien habrá que confiar.

Mientras ellos conducían hacia las mesetas, los cargueros rusos cruzaban el Mediterráneo hacia Odesa. Cuando llegasen allí, Stalin vería que faltaban cien cajas de oro, y Orlov sabría que jamás podría regresar a su patria.

Madrid, octubre de 1936

El viaje se hizo muy largo. La noche los alcanzó lejos de Albacete. Les costó mucho atravesar las montañas hasta Hellín. La carretera era mala, con muchas curvas y cuestas donde el camión ronroneaba como si se fuese a parar en cualquier momento. Como la puerta no cerraba bien, el frío de la noche ya se estaba dejando notar. Además, atravesaban una especie de estepa solitaria, en la que no parecía haber ni un alma en kilómetros y kilómetros. Así que cuando vieron un pequeño cartel que indicaba «Casa de las monjas», Rafael no dudó en desviarse.

—¿Será un convento? —preguntó Gerda.

—Vete a saber.

No vieron ningún convento. Solo una pequeña aldea de apenas cuatro casas y algún cortijo. Mal iluminadas en aquella oscura noche.

—Hola, somos gente de bien, que nos ha cogido la noche en la carretera —se dieron a conocer mientras golpeaban una puerta, tras la que había visto brillar la débil luz de un candil.

La entreabrió un hombre viejo que los estudió con la mirada. Ambos llevaban trajes de faena de estibadores, pero le ofrecieron una amplia sonrisa.

—Buenas noches, buen hombre. Necesitamos un sitio donde pernoctar. No hemos calculado bien el tiempo del viaje.

Al ver que no eran soldados ni milicianos, el hombre pareció aliviarse.

—¿De dónde vienen?

—De Cartagena, vamos para Albacete.

—Solo les puedo dejar el pajar. No sé si su señora esposa lo encontrará bien.

—Es muy amable —dijo ella, sin corregir el equívoco—, nos apañaremos.

—Usted no es de aquí —dijo el hombre al oír su acento extranjero.

—No. Pero cuando llevas tanto tiempo fuera de casa, acabas siendo de todas partes. O de ninguna.

El hombre los llevó hasta el otro lado de la calle, donde había una majada cerrada con dos grandes portones. El interior acumulaba mucha paja, una parte

en manojos, y otra suelta, preparada para su pronto uso en los corrales. El sitio estaba limpio y cálido, el olor a heno lo impregnaba todo.

—Les puedo dejar una manta grande —añadió el hombre.

Colocaron la manta sobre la hierba seca y se sentaron encima. El hombre también les dejó un cuenco grande y profundo con una vela dentro.

—La apagaremos muy bien, no se preocupe —dijo Rafael con gesto agradecido.

La noche anterior no habían dormido y el cansancio era terrible.

—Espero que no se le ocurra mirar en el camión.

—Lo he dejado bien cerrado.

La luz de la vela bailaba sobre el rostro de la mujer. Sus ojos eran profundos y misteriosos. Al menos, así los vio Rafael en aquel momento. Se tumbaron cara a cara.

—¿No has pensado en quedarte el oro para ti? —preguntó.

Él sonrió.

—Sería complicado. En el pueblo se sabría enseguida y todos sospecharían que lo he robado.

—Podrías huir lejos, donde no te conozcan, a otro país, y vivir como un hombre rico.

—Dejar a la familia, a los amigos... Ya te digo que es complicado. ¿Tú lo harías?

Ella también sonrió.

—Sospecho que hay algo más. Eres demasiado honrado, demasiado noble.

—Oh, no lo creas. Si no estuviésemos en guerra, si ese dinero no fuese necesario para salvar vidas...

—Ya has oído a Alexander: los ideales son quimeras. Solo los tontos las persiguen. Y al final sobreviven los listos, los que anteponen su interés personal a todo lo demás...

—Si es así, el mundo está perdido. Si no hay esperanza de justicia, de libertad, de amor fraternal... Entonces esta vida no vale la pena vivirla. Yo quiero disfrutar del reencuentro con un amigo, complacerme con la risa de los niños en la calle, no sé, quiero sentir que hago las cosas bien, poder pasear por la rambla y alegrarme al ver a mis vecinos contentos y felices, porque la vida es justa y buena para todos.

Gerda le acarició la cara con suavidad.

—Eres un soñador. He conocido otros como tú. Yo creo que los soñadores hacen avanzar al mundo, el resto solo vivimos a remolque de sus sueños cumplidos. Al principio todos dicen: «Eso es imposible, no puede ser», y se ríen de ellos, pero el soñador persevera hasta que lo consigue, y entonces todos rectifican: «¡Qué bien! Ha sido un gran logro para la humanidad».

—Creo que te confundes. No soy Einstein, ni Tesla...

—No, no me confundo.

Gerda se acercó y rozó sus labios con los suyos.

Durmieron hasta que los primeros rayos de sol entraron en el pajar. Rafael salió antes de que ella se levantara. El camión seguía en su sitio, aunque el anciano estaba a su lado inspeccionándolo.

—Buenos días —saludó Rafael.

—Buenos los tenga. ¿Qué le ha pasado a la puerta?

—Un accidente.

El hombre le miró, desconfiado. Una mujer salió de la casa.

—Buenas —saludó—. ¿Han dormido bien?

—De maravilla —sonrió.

—¿Quieren un poco de queso para desayunar?

En ese momento salió Gerda.

—Gracias —dijo.

La mujer volvió a entrar en la vivienda.

—Esa matrícula —dijo el viejo— es un camión de los militares. Será mejor que se vayan.

Cuando la mujer volvió a salir, aceptaron su queso, pero le dijeron que lo comerían en el camino, que tenían prisa.

Condujo relajado. Habían descansado bien y el fresco de la mañana era más agradable que molesto. Una vez rodeado Albacete, el paisaje se hizo mucho más llano. Incluso excesivamente monótono. Rafael entendió bien por qué lo llamaban *meseta*; parecía que el altiplano se iba a extender hasta el infinito. A ratos se permitía desviar la vista de la carretera y observar el rostro de Gerda, su perfil tajante, agresivo y desafiante. Tenía ese carácter

salvaje que tanto le atraía en las mujeres. Ella, consciente de ser observada, le regalaba algunas miradas cómplices, con una media sonrisa en la boca.

Los kilómetros volaron al igual que las horas. Hicieron una parada para repostar, en una gasolinera que Herrera le había recomendado. No tuvo que pagar, ya estaba arreglado, a pesar de que todavía conservaba casi todo el dinero que le diera Maroto en Guadix, antes de partir.

Volvía a atardecer cuando vieron el cartel hacia Uclés. No anunciaba el pueblo; el cartel decía: «Hospital de Uclés».

—Ya llegamos.

—Esperemos que no sea una encerrona.

—Confío en el general.

Desde lejos, ya vieron la silueta del monasterio recortada en el horizonte. Parecía imponente, ante un cielo escarlata. Varias ambulancias y vehículos militares estaban aparcados a la puerta del monasterio, algunos enfermeros entraban y salían, y muchos soldados deambulaban por allí.

—¿Cómo vamos a encontrar a nuestro enlace? —preguntó ella mientras estacionaban el camión junto al resto de los vehículos.

—Preguntaremos. Quédate aquí.

Rafael se apeó, cerca de la entrada había un todoterreno militar, con dos hombres dentro que le observaban con atención. Caminó hacia ellos. Eran dos soldados jóvenes, con el uniforme immaculado, el pelo rasurado y la barba bien afeitada. Desentonaban bastante con la dejadez general de los milicianos y soldados del ejército republicano.

—Buenas tardes, necesito hablar con la persona que esté al mando...

—Perdone, caballero. ¿Nos puede indicar su nombre?

El soldado habló con acento madrileño. Su tono cortés revelaba que era una persona culta.

—Rafael Fernández.

El soldado sonrió y realizó el saludo militar llevándose la mano a su gorra.

—A sus órdenes, mi teniente. Le estábamos esperando.

Cogió un artilugio que tenía junto al asiento y dio a un interruptor. Para sorpresa de Rafael, le habló al aparato.

—Mi sargento, ya está aquí.

Y para más sorpresa, el aparato le respondió:

—¡Perfecto! Espérenme, vengo en un momento.

Rafael miró atónito lo que debía ser una especie de teléfono, buscó el cable, pero no lo vio por ninguna parte. El soldado, viendo su sorpresa, explicó:

—Es un radio transmisor receptor. No verá muchos así por aquí.

Rafael se convenció totalmente de que aquellos hombres habían sido enviados por el general Herrera.

A los pocos segundos salió por el patio del monasterio un oficial impecablemente uniformado, con toda la elegancia y el *glamour* que daban los uniformes del ejército del aire. Era un joven alto y apuesto, de cabello intensamente rubio. Rafael tardó un poco en reconocer al muchacho.

—¡Emilio!

El joven hijo del general se acercó, sonriente.

—¡Rafael! Cuánto tiempo.

Se abrazaron con efusión.

—¡Cómo has crecido! ¿Es este tu uniforme de piloto?

—Piloto de caza. Pero, tú estás igual que siempre, solo que ahora eres teniente. ¿Es ese el camión? —preguntó, mirando el vehículo.

—Sí.

Se dirigieron hacia él. Y Gerda se bajó.

—Ella es Gerda Taro, gran parte del mérito de todo esto es suyo. Él es mi amigo, el sargento y piloto Emilio Herrera.

Emilio la saludó besando su mano.

—Encantado de conocerla. Su prestigio profesional la precede, pero desconocía su impresionante belleza.

El joven tenía la facultad de transformar cualquier frase cursi en sentencias dotadas de gran efectividad.

Gerda sonrió complacida por la adulación.

—Gracias, solo soy una periodista.

Rafael abrió la parte de atrás del camión para mostrar las cajas a Emilio.

—¡Guau! ¿Están llenas todas...? Es increíble.

—Si hubieses visto las que hemos perdido...

Emilio apretó los labios sin dejar de sonreír.

—Amigo, no nos lamentemos de lo perdido, disfrutemos de lo ganado.

Dejó a los dos soldados a cargo del camión y los invitó a ellos a entrar en el hospital.

—Venid, necesitáis descansar, daros un baño y poneros ropa decente.

Le siguieron a través del inmenso edificio hasta una habitación que había preparado para ellos. Les enseñó el cuarto de baño, donde un soldado estaba llenando una bañera con agua caliente.

—Gracias, Alfredo —dijo Emilio al entrar—. Espero que esté bien, y que esta ropa sea de su talla —dijo, dirigiéndose a Gerda y señalando un vestido de mujer.

—Tutéame, por favor, no soy tan mayor. Y gracias, creo que lo necesito.

La dejaron sola en el cuarto de baño. Y se sentaron en dos sillones que había en la habitación.

—Después cambiaremos el agua para ti. También te he traído un uniforme.

—Puedo usar la misma agua, no te preocupes.

Sobre una mesita había uno de los aparatos de radio.

—Te gusta, ¿verdad? —comentó Emilio—. Es un prototipo. Hay un americano, Alfred Gross, que es amigo de Einstein y de mi padre, y también es un loco de la radiotransmisión. Estos los hemos construido en nuestro laboratorio, siguiendo los planos de Gross. Es secreto y está bajo patente; no se te ocurra ir explicándolo por ahí. En el futuro todos los teléfonos serán así; no necesitarán cables.

Rafael sonrió a su amigo. Pensó que él sí era uno de los soñadores a los que se refería Gerda.

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

—Pasaremos la noche aquí, y de madrugada saldremos hacia Madrid. Ya tengo pensada la ruta. Cuando lleguemos a los laboratorios estaremos seguros, pero hasta entonces... Madrid es un caos. Mola concentra todos sus esfuerzos en la capital, tiene a cuatro columnas al asedio, y lo peor es que por radio alardea de que en Madrid tiene a una quinta columna, un grupo secreto de hombres preparados para atacar desde dentro. Eso nos vuelve locos, todos sospechan de todos, y las «checas» se llenan a reventar.

—¿Las «checas»?

El rostro de Emilio tomó por primera vez un tono sombrío.

—Amigo, no quieras saber lo que son. No es nada bueno.

—¿Y qué ha decidido hacer tu padre con el cargamento?

La pregunta devolvió el buen humor al joven.

—Yo creo que primero lo esconderá en algún lugar secreto para que esté a salvo y, después, lo invertirá en desarrollar programas de tecnología avanzada. Es lo que necesitamos para ganar esta guerra.

—¿Eso te ha dicho?

Emilio alzó una ceja.

—No me ha explicado nada. Yo me lo imagino. Pero, en cualquier caso, puedes estar seguro de que se invertirá en ayudar a España y a los españoles.

El joven sargento se inclinó alegre sobre su sillón.

—Cuando lleguemos a Cuatro Vientos, te enseñaré cosas que te dejarán impresionado. Verás por qué estoy tan convencido de que ganaremos la guerra.

Una voz sonó tras ellos:

—Espero que a mí también me lo enseñes, pretendo obtener un buen reportaje de todo esto.

Gerda llevaba puesto el vestido y se había maquillado sutilmente, realzando los contornos de sus cejas y labios. Ambos hombres se pusieron en pie.

—Señora, ningún hombre que se precie de serlo, le debería negar nunca nada —dijo Emilio con la boca abierta.

—Me ha quitado las palabras... —añadió Rafael, señalando a su amigo.

—¿No me ibas a tutear, Emilio? —rió ella.

Cenaron en el comedor general del hospital. No fue gran cosa, pero conoedores de la gran escasez que sufría el bando republicano, agradecieron de corazón el trabajo de las mujeres que se ocupaban del refectorio.

Gerda sacó su cámara y fotografió a las muchachas, que posaron entusiasmadas. Después, se fue con ellas, a tomar más fotos por el hospital. Estaba interesada en retratar a los heridos de guerra, en captar el lado más humanitario del conflicto.

—Los bombardeos causan estragos —comentó Emilio mientras encendía un pitillo, sentados todavía en el comedor—. Tenemos a la aviación italiana y a la alemana cebándose con nosotros, con nuestros aviones no podemos hacer

nada. Y no contamos con aliados extranjeros. En teoría, solo la Unión Soviética está de nuestro lado, pero de momento se limitan a enviarnos «asesores» que no son más que policías secretos enviados por Stalin para sofocar la revolución.

—Como Alexander.

—Sí, él es, ahora, el jefe del servicio secreto ruso, la NKVD, y tenemos al gobierno comiendo de su mano. No hace más que prometer recursos: tanques, aviones, artillería... que nunca acaban de llegar. Y ahora que Stalin tiene todo nuestro oro, sin dar nada a cambio, ¿por qué nos iba a ayudar?

—Bueno, cierta periodista, tiene en su poder un documento donde se prueba que el oro ha sido enviado a Odesa.

Emilio frunció el ceño.

—¿Mi padre sabe eso?

—No, no se lo comenté.

El joven sargento mostró una amplia sonrisa.

—No te muevas, voy a hacer una llamada.

Rafael se quedó solo en la mesa, observando a los hombres que tenía a su alrededor. Hombres con brazos y piernas amputados, con la mirada perdida, sin esperanza... Y aquellos eran los que tenían la suerte de poderse desplazar hasta el comedor.

Partieron muy temprano, escoltados por dos todoterrenos militares, en el delantero iba Emilio con dos soldados. Madrid todavía quedaba lejos. A media mañana circunvalaron la ciudad por los barrios de Vallecas y Carabanchel, hasta llegar al doble vallado que rodeaba la gran base militar. Una vez pasados los controles, Rafael descubrió que se encontraban en una pequeña ciudad, dentro de la ciudad; incluso tenían un aeropuerto propio. Emilio le guio por diversos callejones, entre edificios y hangares, hasta otro recinto vallado y vigilado. Un cartel rezaba: «Laboratorios de Astronáutica». Allí entraron dentro de un gran hangar, donde había un par de pequeñas aeronaves.

—¡Hemos llegado! —informó Emilio.

Miró su reloj y añadió:

—El general ya habrá terminado sus clases de la mañana. La escuela de

Aeronáutica está aquí al lado.

Caminaron hasta el fondo del enorme recinto y atravesaron una puerta que se abría directamente al interior de otro edificio. Recorrieron un pasillo con puertas a ambos lados, algunas tenían ventanitas a través de las cuales se podían ver unos laboratorios muy blancos, con hombres y mujeres enfundados en batas también blancas y manipulando extraños instrumentos.

—Gerda —dijo Emilio—, me temo que le tendré que pedir la cámara. Yo se la guardaré personalmente mientras estemos aquí.

Gerda fue reticente, pero el joven estaba parado ante ella con la mano extendida, y no se iba a mover de allí hasta que ella accediera, así que acabó ofreciéndosela.

—Gracias, la cuidaré como un tesoro.

Gerda farfulló algo en alemán que nadie entendió, pero que provocó una sonrisa en Rafael. Al final del pasillo se detuvieron frente a una puerta. Emilio llamó con los nudillos.

—General.

—Pasad —respondió una voz desde el interior.

El despacho de don Emilio estaba lleno de papeles y las paredes repletas de mapas y fotos de aviones. El hombre ya se dirigía hacia ellos cuando Emilio hijo abrió la puerta. Rafael lo vio más envejecido que la última vez, pero con el mismo aspecto serio, y cierta tristeza en la mirada.

—A sus órdenes, mi general —saludó Rafael.

—Descanse, teniente, descanse —contestó mientras le tendía la mano para estrechársela.

—¿Ha ido todo bien?

Emilio hijo sonrió.

—El camión está en el hangar.

—Muy bien, muy bien. Y usted debe ser la periodista.

—Gerda Taro, encantada, general.

El general le estrechó la mano y la mantuvo un rato entre las suyas.

—No sabía que usted fuese el famoso Capa. La felicito por su trabajo. Es muy importante que el mundo conozca lo que está sucediendo aquí.

El general les ofreció unas sillas.

—Siéntense, hablaremos más cómodamente.

Como solo había dos sillas, Emilio hijo se quedó de pie.

—Teniente, necesitaré que me explique con todo lujo de detalles lo que ha sucedido. Hace días que intento convencer al Gobierno de que esos individuos del NKVD no son de fiar. Espero que con su testimonio pueda incidir un poco más. Pero antes, señora Taro, me gustaría ver ese documento que sustrajo a nuestro amigo Alexander.

Gerda le tendió el papel escrito en ruso. El general se colocó sus gafas y lo estudió con detenimiento. Al final dijo:

—No es exactamente un recibo, pero sí una orden de traslado firmada. Señora, este papel puede ser más valioso que el cargamento de oro que han traído. Con esto, podremos presionar a Stalin para que al fin nos ofrezca algo más que buenas palabras. Si no reforzamos pronto nuestra fuerza aérea, perderemos la guerra en las próximas semanas.

A Rafael le sorprendió la contundencia de la afirmación. Don Emilio señaló la foto de uno de los aviones.

—Ese es un *tupolev*, un bombardero ruso. Deberían haber llegado diez unidades hace tiempo, pero Stalin solo pone inconvenientes, con este documento deberíamos ser capaces de desencallar la situación. Nadie podrá dudar que hemos pagado con creces esos aparatos y mucho más.

El general miró a Gerda por encima de sus lentes mientras se guardaba el documento.

—Supongo que no le importará que me lo quede. No dudo que usted ya lo habrá fotografiado.

Ella no dijo nada. El general se dirigió a Rafael.

—Teniente, me alegra mucho ver que es usted un hombre íntegro, la primera vez que lo vi, tonteando con los anarquistas en Granada, no lo juzgué adecuadamente. Ahora, explíquemelo todo.

Rafael explicó con detalle todo lo sucedido en Cartagena, cómo estaba la firma de Negrín en los documentos de Orlov y cómo Méndez había cooperado en el traslado. El general escuchó con atención y, al finalizar, les dijo:

—Les voy a pedir que se queden en Madrid durante unos días, por si necesitara sus testimonios. Enviaré una nota al coronel Salafranca, indicándole que requiero su presencia aquí. Ahora, creo que se merecen conocer cómo se

va a invertir una parte del tesoro que han recuperado.

Don Emilio consultó su reloj.

—Todavía tengo algo de tiempo antes de reanudar mis clases de la tarde. Les enseñaré un poco todo esto.

El general los acompañó en una rápida visita turística a las instalaciones. Pasaron por varios laboratorios de física, química, óptica, de metrología... cuyas funciones Rafael no acabó de entender. Salieron al exterior y entraron a una gran nave. En la antesala, el general explicó que era el laboratorio aerodinámico, en cuyo interior había un túnel de viento.

—Es un poco ruidoso, deberán colocarse estos protectores auditivos —avisó el general, ofreciéndoles unos auriculares para las orejas.

En el interior estaba la cámara de ensayos aerodinámicos, donde una maqueta de aeroplano soportaba el huracanado viento producido por potentes ventiladores. El ruido era infernal.

—Estamos estudiando las turbulencias provocadas...

Rafael apenas pudo entender lo que decía el general. En la cámara apareció un humo o polvo amarillento, con el que se podían visualizar las láminas de aire, y cómo estas se convertían en remolinos detrás de las alas de la maqueta. El espectáculo era precioso. Gerda se maldijo por no tener con ella su cámara fotográfica.

Emilio hijo, Pikiki, les abrió una puerta. Al otro lado el ruido estaba atenuado.

—Me tengo que ir, quiero comer con alguien —comentó el general—. Os dejaré con Pikiki y con uno de mis ayudantes.

Don Emilio llamó a un hombre, con bata blanca, que trabajaba en aquella zona.

—Antonio, os lo explicará todo. Es un joven de Guadix, quizás lo conozcas.

Por supuesto que lo conocía, cuando Antonio llegó hasta ellos, abrió los ojos, sorprendido.

—¡Rafael! ¿Qué haces aquí?

—¡Hombre, Antonio, cuánto tiempo! —dijo él, no menos sorprendido.

Los amigos se abrazaron, y al separarse Antonio tenía los ojos húmedos.

—Veo que en Guadix todos os conocéis —expuso don Emilio antes de

despedirse.

—Tienes que explicarme cómo te va todo —concretó Rafael.

—Bastante bien, dentro de lo que cabe; Carmen, la niña... Te casaste, ¿verdad?

—Sí.

Viendo la sonrisa del joven Emilio, Antonio cambió de tema.

—Luego hablamos, ¿no? Ahora os tengo que enseñar todo esto. De hecho, aquí está la parte realmente interesante. La que más gusta a nuestro sargento.

Pikiki asintió.

—¡La sección de vuelos estratosféricos! Mi favorita.

Atravesaron otro patio hasta uno de los grandes hangares. Dentro había varios técnicos trabajando, todos embutidos en trajes blancos. En el amplio espacio había multitud de artefactos y aparatos desconocidos para Rafael. Antonio se acercó a una especie de cabina metálica, con forma de bala gigante, que tenía una puerta pequeña con cierre estanco accionado por volante.

—Esta es la cápsula de ascenso. Está preparada para acoger hasta tres personas. Como veis, tiene una puerta estanca, es una mejora de los modelos «Weathertight» que utilizan en la Marina.

Ni Rafael ni Gerda sabían de qué les hablaba.

—¿Una cápsula para ascender a dónde? —preguntó Gerda.

—Perdón —se disculpó Antonio—, el objetivo de estos experimentos es diseñar una aeronave para vuelos estratosféricos, a más de treinta mil metros de altura.

—¡Increíble! —exclamó Gerda.

—No lo es tanto, los alemanes ya han elevado globos hasta la estratosfera, pero nosotros seremos los primeros en enviar a un hombre. Venid.

Se dirigieron hasta otra zona del hangar.

—Esta es nuestra mayor novedad: la escafandra estratonáutica.

Dos hombres estaban trabajando en unos trajes increíblemente rígidos y pesados, totalmente estancos.

—Es un diseño genuino del doctor Herrera. Este traje estanco está preparado para proporcionar a un hombre todo lo necesario para sobrevivir en

el espacio exterior: oxígeno, presión y temperaturas adecuadas. Con él, un hombre podrá subir hasta allá arriba.

Rafael estaba sorprendido; unos años antes, Pikiki le había enseñado los dibujos y los proyectos de aquellos trajes, y ahora los veía hechos realidad. Sin duda, Herrera era un hombre muy comprometido con todo aquello.

—Y el piloto de pruebas seré yo —intervino Pikiki—, seré el primer hombre en el espacio.

Antonio lo miró con el ceño fruncido.

—No tenemos muchos locos tan confiados como él. Los primeros vuelos los haremos con animales. Animales diferentes al sargento, espero. Cuando la cápsula esté operativa, se podrá subir incluso sin los trajes —puntualizó.

Caminaron hacia el extremo del hangar.

—¿Cuál es la utilidad de enviar a alguien allá arriba? —preguntó de nuevo Gerda, como buena periodista.

—Aparte del gran interés científico, desde esa altura son visibles zonas muy extensas, como atalaya de vigilancia, que serían fantásticas. Piensa que ningún avión puede alcanzar esas cotas. Se podrían retransmitir por radio todos los movimientos del enemigo en tiempo real y con total seguridad. Por no hablar de la posibilidad de tener repetidores de señales a esas alturas.

—Y mucho más que todo eso, querida Gerda —dijo Pikiki—. Esto solo es un primer paso. Después, dotaremos a las cápsulas de cohetes auxiliares, una vez superada la estratosfera, sin la fricción de la atmósfera, será fácil impulsarlas para abandonar la órbita terrestre y viajar hasta la Luna. Con nuestras escafandras, podremos caminar por la superficie lunar sin problemas.

Gerda miró incrédula a Antonio.

—En teoría, todo eso es posible, pero hay que ir paso a paso, de momento. Si venís por aquí os enseñaré a nuestra «estrella».

Sobre el suelo vieron doblada una enorme tela, tenía un color plateado brillante.

—Este es nuestro globo, tiene una capacidad de 37 mil metros cúbicos. Solo hace falta llenarlo con hidrógeno. Hemos desarrollado un sistema innovador para hacerlo; inyectamos el gas licuado a alta velocidad.

Pikiki continuó la explicación:

—Para conseguir mayor empuje, lo importante es la presión relativa que

ejerce el gas en las paredes internas del globo. A mayor presión, mayor empuje. Con nuestro sistema conseguimos un empuje óptimo.

—Es impresionante —dijo Rafael—. ¿Para cuándo está previsto el primer vuelo?

Tanto la cara de Antonio, como la de Pikiki se ensombrecieron.

—Deberíamos haber empezado las pruebas hace más de un mes, pero los bombardeos constantes de los alemanes nos impide realizarlas.

—Qué lástima.

—Bueno —dijo Antonio, sonriendo—, ya es hora de comer. ¿Por qué no venís a casa Gerda y tú?

—No podemos ir así, sin avisar.

—No te preocupes, llamaré a Carmen para decirle que vendréis. Una de las ventajas de trabajar aquí es que la empresa te pone el teléfono en casa.

Rafael miró a Pikiki.

—Haz lo que quieras, os reservaré sitio en las habitaciones del personal interino y tendréis un pase para salir y entrar cuando queráis. El general solo quiere que estéis localizables por si acaso.

—Yo necesitaré mi cámara —dijo Gerda.

—Por supuesto.

Antonio y Carmen vivían en un piso pequeño, en un grupo de viviendas que el Ministerio tenía a disposición de los trabajadores y los estudiantes de la base. El barrio de Carabanchel no quedaba lejos, un autobús urbano enlazaba la base con la ciudad.

Hacía más de dos años que no veía a Carmen, y un extraño cosquilleo le subía por el estómago mientras caminaba hacia el hogar de su amigo.

—Espero que el General no pretenda retenernos aquí, en Madrid, mucho tiempo —se quejó Gerda—. Mi sitio está en el frente, donde están las noticias.

—Pues aquí también hay muchas noticias, si las buscas —respondió Antonio.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, está todo eso de las «checas», por ejemplo.

Antonio llamó a la puerta, aunque tenía llave, aquella era una manera de avisar de su llegada a Carmen. Cuando la mujer abrió, Rafael sintió que las

cosquillas de su estómago estallaban como palomitas. Estaba exactamente igual que la última vez. Le pareció que, de pronto, el tiempo no había pasado.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

—Hola —dijo él, percatándose en ese momento de que había una niña entre las piernas de su madre, mirando con interés a los visitantes.

Se dieron dos besos en la mejilla y presentó a Gerda. Mientras las mujeres hablaban, se centró en la niña. No recordaba que Antonio le hubiese dicho el nombre.

—Hola, princesita, ¿cómo te llamas? —preguntó, acuclillándose para estar a su altura.

La niña era tímida, como su padre, le respondió con una mano en la boca.

—María.

—¡Qué nombre tan bonito! Yo me llamo Rafael. ¿Y cuántos años tienes? Casi dos, ¿verdad?

—Sí —dijo ella, intentando poner con la mano un dedo y medio.

—También sé otra cosa de ti —añadió, haciéndose el misterioso—. Sé que te gustan muchos los cuentos. Después te voy a contar uno muy bonito que me contaba mi mamá cuando yo era pequeñito.

Ella se rio.

—Yo antes era pequeñito. Hace mucho mucho tiempo. El cuento es de un soldado, una princesa y un avión.

—Qué payaso eres —interrumpió Carmen.

Él se puso en pie.

—Me gusta contar cuentos a las mujeres —bromeó.

—Venid, nos sentaremos a la mesa. No he podido preparar gran cosa. Pero quiero que me cuentes cosas de ti. ¿Qué has hecho durante este tiempo?

—Nada importante, me he casado.

—Lo sé, mis hermanas me lo han dicho.

—Nos mantienen al día de todo lo que pasa en Guadix —aclaró Antonio.

—Entonces lo sabréis todo. Explicadme vosotros, cómo os va. O cómo te va a ti, Carmen, porque a Antonio ya veo que le va genial.

Removió la comida del plato algo nerviosa. Ahora que se fijaba, sí que tenía unas leves ojeras bajo los ojos.

—Pues ya ves, con la niña... Hago algunos diseños en casa...

—Tiene toda una colección diseñada y con los patrones casi terminados —informó Antonio—. Son geniales, después se los enseñas, Carmen.

—No son gran cosa.

—Me encantaría verlos —dijo Gerda—. También me gustaría que me hablaras de eso de las «checas». ¿Qué son?

Antonio se puso serio y miró a su hija que jugaba en el suelo ajena a todo.

—¿No has oído hablar de ellas? Bueno, no hace mucho que las llaman así. Es el mismo nombre que tienen en la URSS las comisiones de represión. Son cárceles políticas, no solo están en Madrid, también hay en Barcelona... Incluso en Málaga. Aquí hay varias, algunas controladas por el Gobierno. Su función es luchar contra la famosa quinta columna de Mola. Pero casi todas están siendo controladas por el Partido Comunista.

—No son cárceles —intervino Carmen—, son patíbulos, asesinan a la gente.

Antonio continuó hablando en susurros:

—En muchos casos, están controladas por agentes soviéticos de la NKVD. Cualquiera que sea sospechoso de no apoyarles, puede ser detenido y ejecutado. En realidad, muchos de los perseguidos son cenetistas, anarquistas o comunistas libertarios, como los del POUM. Es una guerra dentro de la guerra.

—¿Y el Gobierno no puede hacer nada para detenerlo? —se escandalizó Rafael.

—Casi cada partido tiene su «checa», incluso la CNT cuenta con la suya, y muchos de esos partidos son los que están en el Gobierno. Las Juventudes Socialistas tienen el poder en las calles, con su líder, Carrillo al frente. Están totalmente soviéticas.

—Eso ya me lo imaginaba. Vi cómo ese Carrillo obedecía a un ruso, Koltsov creo que se llamaba.

—Es otro agente de la NKVD a las órdenes de Orlov.

—Y mientras tanto el enemigo sigue avanzando —comentó Gerda.

—Es como una psicosis; nadie se fía de nadie, todos son enemigos de todos, mientras los «nacionales» actúan como un solo frente.

Durante unos segundos, todos se quedaron callados, meditativos, hasta que Antonio tuvo que despedirse.

—Me tengo que ir, por las tardes tengo clase.

—¿Todavía no has acabado la carrera?

—Hombre, solo llevo dos años. Aunque con el trabajo en el laboratorio aprendo mucho. Nos volveremos a ver, ¿verdad? —dejó en el aire, levantándose.

Ellos se quedaron un poco más. Carmen les enseñó sus proyectos en moda, que Gerda elogió muchísimo. Rafael se limitó a mirarlos y asentir, mientras no quitaba la vista de Carmen. Oír su voz le traía muchos recuerdos, lo que le produjo una pequeña punzada de dolor en su corazón.

—Es hora de la siesta de María —informó poco después—, dice que le vas a explicar un cuento.

—Por supuesto, lo prometido es deuda.

Rafael entró con Carmen en la pequeña habitación infantil de la niña.

—Ya duerme sola —elogió Rafael mientras su madre la acostaba—. Qué mayor eres.

—El cuento —dijo ella con los ojillos muy abiertos.

—Pues mira, había una vez, un soldado que era así como yo, y una princesa, que era como tú, muy guapa. Al soldado y a la princesa les gustaba mucho jugar...

—Y un avión —interrumpió la niña.

—Claro, también había un avión de juguete, los tres siempre estaban jugando y se lo pasaban muy bien. Hasta que un día hubo una guerra y el soldado dijo: «Vaya, ahora me tengo que ir a la guerra y no podremos jugar más». Entonces, la princesa se quedó sola y triste porque no tenía con quién jugar. Un día el avión, que también estaba triste, le dijo: «Princesa, princesita, ¿por qué no vamos a buscar a tu amiguito el soldado?». La niña se puso muy contenta, «¡Sí, sí vamos a buscarlo!». Y se subió en el avión y voló y voló... Hasta que llegó a un sitio donde había mucho ruido y muchas bombas, y pensó: «eso debe ser la guerra». Y allí vio al soldado, que estaba asustado y cansado de tanto correr arriba y abajo y le gritó: «Soldado, soldado, ven con nosotros». El soldado se puso muy contento al ver a la princesa, se subió en el avión y los tres se fueron volando. Se fueron muy lejos de la guerra; hasta la Luna, que es un lugar muy bonito, donde se podían pasar todo el día jugando

con el avión. Allí fueron muy felices, y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

La niña se quedó feliz. Rafael se giró hacia Carmen y descubrió que ella le miraba con ojos tristes, pero con una sonrisa. Una mirada que le recordó viejos tiempos. Salieron de puntillas de la habitación.

—¿Se ha dormido? —preguntó Gerda desde el comedor.

—Sí —susurró Carmen.

—Nos tenemos que ir —dijo Rafael, que se comenzaba a sentir incómodo.

—Vale. Venid otro día, por favor.

—Cuenta con ello —respondió Rafael.

Pero la verdad fue que nunca más volvió a verla.

Madrid, noviembre de 1936

Pasaron los días, Rafael vio más veces a Antonio y a Pikiki dentro de la base. Conoció Madrid en compañía de Gerda y se metieron en algún pequeño lío por culpa de su curiosidad y su cámara fotográfica, pero en general, no tuvo mucho que hacer. Finalmente, don Emilio no necesitó sus servicios; consiguió desencallar la situación; se crearon varias brigadas de combatientes internacionales, muchos de ellos comunistas venidos de Francia, y los primeros aviones rusos comenzaron a llegar.

—Pronto enviaremos a nuestros pilotos a Moscú para que aprendan a pilotar estos aviones en cursillos exprés. Espero que no sea demasiado tarde. Tenemos el enemigo a las puertas de Madrid —explicó don Emilio, estando todos reunidos de nuevo en su despacho.

—Según el parte de hoy, cuatro de noviembre, ya han tomado el aeropuerto militar de Getafe —explicó Pikiki—, y hay combates en Alcorcón y Leganés.

—Haremos todo lo posible para que Madrid no caiga —comentó Rafael.

—He guardado el oro en un lugar seguro y secreto, pero aquí tenemos muchos proyectos que no deberían caer en manos enemigas —explicó el general.

—No llegarán hasta aquí —reiteró Rafael.

—Hay que pensar en todo, teniente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Pikiki—. ¿Destruirlo todo?

Don Emilio miró muy seriamente a su hijo.

—Si es necesario, lo haremos. Todo lo que dejemos en manos de los «nacionales» llegará a Hitler, y ahí está el peligro real. Los nazis lo utilizarán para sus planes de conquistar el mundo.

El general hizo una pequeña pausa antes de añadir:

—Vamos a planificar una acción de emergencia, que ejecutaremos si el enemigo llega hasta las instalaciones.

El general explicó exactamente qué era lo que tenían que destruir y cómo: todo el proyecto de Estratonáutica debía desaparecer.

—Este plan lo deberéis consumir vosotros. Si llega el momento,

evacuaremos a todo el personal, vosotros seréis los últimos y deberéis destruir el laboratorio antes de huir.

Don Emilio vio la cara agría de su hijo.

—A mí me duele más que a ti, Pikiki, pero hay que hacerlo.

Rafael y el sargento se pasaron el día ultimando el plan, colocaron cargas explosivas por diferentes puntos del complejo. Por la noche se encontraron con Gerda, que regresaba de una de sus excursiones por la ciudad.

—Es terrible, todos están convencidos de que en dos días Madrid caerá en manos «nacionales». La gente huye y se están atiborrando las cárceles con inocentes. El presidente ya se está preparando para trasladar el Gobierno a Valencia.

—Qué poco confía en nuestras fuerzas —se quejó Rafael, enfadado—, saben que la columna Durruti y las brigadas internacionales vienen a defender la capital, y nuestra aviación se ha reforzado con los «chatos» rusos.

—La batalla en Madrid será larga y sangrienta —susurró Gerda, desanimada.

—Venga, mujer, todo saldrá bien —apuntó Rafael—, mientras hay vida, hay esperanza.

Pero el acoso a Madrid se intensificó en los días posteriores. La aviación alemana se unió a la italiana en sus bombardeos sobre la ciudad. El día seis, el Gobierno huyó a Valencia, donde se reconstituyó al día siguiente. Madrid quedó en manos del general Miaja, como jefe de una junta de defensa nacional. Santiago Carrillo fue nombrado consejero de orden público.

Los soldados luchaban cuerpo a cuerpo por las calles de Carabanchel. La base estaba prácticamente rodeada. Miaja ordenó su evacuación.

—Ha llegado el momento —dijo don Emilio—. Evacuaremos a todo el personal civil y parte del militar, yo me iré con ellos. Vosotros os quedaréis con una guarnición de defensa, cuando abandonéis la posición definitivamente, ya sabéis lo que hay que hacer.

Gerda se negó a huir, Rafael se despidió de Antonio, y ayudó a organizar la última línea de defensa del complejo.

—Esto es demasiado grande —se quejó—, necesitaríamos a doscientos hombres para cubrir el perímetro.

—No los tenemos —afirmó Pikiki.

Aun así, pudieron resistir un día más.

Durante toda la noche, el cielo de la capital estuvo iluminado por el resplandor fúnebre de las bombas. El olor ácido del azufre, el polvo de los escombros y la muerte lo impregnaban todo. Al amanecer del día siete, se produjo una pequeña pausa en los ataques. Gerda quiso hacer una de sus salidas relámpago para tomar fotografías y recoger información.

—Ya tenemos la radio —dijo Rafael—, no vas a salir de aquí hoy. ¿Quieres morir?

—Hay miles de personas ahí afuera que también pueden morir, ¿no te preocupan?

Rafael la miró, dolorido.

—Lo siento —se disculpó ella—, pero yo no soy un soldado, no me puedes dar órdenes.

Rafael resopló.

—¿Qué hay ahí afuera que te interesa tanto?

Habló en susurros:

—Tengo un informador. Trabajaba en el ministerio. Me ha explicado que la junta está haciendo «sacas» masivas de presos. No quieren que cuando entren los «nacionales» se puedan unir a sus filas. En teoría los llevan en tren hacia Valencia, a otras cárceles, pero se sospecha que en realidad los matan. Él es uno de los funcionarios que a veces acompañan a los convoyes, le dejé una pequeña cámara sin *flash*, para que pudiese hacer algunas fotos de forma discreta.

—Claro, necesitas recuperar la cámara y las fotos.

Se encogió de hombros.

—Es mi trabajo. Buscar la verdad.

—Está bien, pero yo te acompañaré —asintió finalmente Rafael.

Se puso al volante de un coche militar, donde también introdujo uno de los radiotransmisores de Pikiki. Gerda ocupó el asiento del copiloto.

—No tardaremos mucho —comunicó al sargento.

Salieron por el acceso este de la base, el más seguro para alcanzar Madrid. Condujo con precaución, todo estaba lleno de escombros y edificios

medio derruidos.

—Tú dirás a dónde vamos.

Siguiendo las indicaciones de Gerda, se fueron acercando al centro, y por un puente cruzaron el Manzanares.

—Para aquí —ordenó.

Era una calle ancha y despejada, a un lado había un pequeño parque urbano. «Paseo de las acacias» leyó Rafael en un rótulo. Se bajaron del coche en dirección al parque. Rafael se subió el cuello de su abrigo, estaba nublado y una suave brisa movía un aire frío.

—¿Aquí has quedado con él?

—Sí. Espero que esté aquí.

En el centro del parque había una plazoleta con bancos, un hombre estaba sentado en uno de ellos. Era de mediana edad y llevaba un trozo de pan duro entre las manos, que desmenuzaba y lanzaba al suelo, donde picoteaban cinco o seis palomas. Al ver a Rafael se espantó.

—Tranquilo, es amigo —le advirtió Gerda con un gesto tranquilizador.

Se sentaron a su lado, él siguió desmenuzando el pan.

—¿Trae mi cámara?

El hombre sacó el aparato del bolsillo de su gabán y se lo dio.

—Llega tarde —se quejó el hombre.

—¿Me trae noticias? —preguntó ella.

El confidente miró desconfiado a Rafael.

—Solo se lo explico porque soy un buen hombre y no me gusta lo que están haciendo —se justificó.

—Y nosotros se los agradecemos —puntualizó Rafael.

Más tranquilo, el hombre comenzó a hablar:

—Han sacado a todos los presos, ya no queda ninguno. Incluso los que tenían las otras «checas». Ahora todas dependen de la junta militar, o sea, de Carrillo.

Hablaba con la vista fija en el suelo, y en las palomas.

—Llenamos los trenes con miles de presos, muchos de ellos solo eran críos, acusados de anarquistas, cuando lo único que habían hecho era robar para comer. Pero también había señores distinguidos, antiguos diputados de la CEDA, algunos falangistas... Las órdenes estaban firmadas por Carrillo, pero

fue ese ruso, Koltsov, quien supervisó las operaciones. También fue él quien, a la altura de Paracuellos, mandó detener el tren.

Como el hombre calló, Gerda intentó sacarle algo más.

—¿Qué ha pasado en Paracuellos?

—Todos muertos como perros. Acribillados por los soldados, miles de ellos, y mal enterrados en un bosque cerca del río. Yo presencié lo que hicieron con uno de los trenes, pero hay más, muchos más. Más «sacas» de cárceles y más trenes que no pasan de Paracuellos, y vuelven vacíos a Madrid.

El hombre levantó la cabeza para mirar a Gerda. Tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Yo no pude hacer nada, me hubiesen pegado un tiro; y otro más al montón, ¿entiende?

En ese momento, las sirenas de la ciudad comenzaron a sonar, y enseguida las siguieron el silbido de las bombas.

—Nos tenemos que ir —avisó Rafael.

Gerda pasó una mano por la espalda del hombre y le dijo:

—Ha hecho lo que tenía que hacer.

Se levantaron y caminaron deprisa hacia el coche. Las bombas caían y explotaban por todas partes.

Condujo de vuelta a gran velocidad, le preocupaban las bombas, pero también el posible avance de los «nacionales» sobre la base. En el cielo de Madrid se estaba produciendo una verdadera batalla aérea; cazas italianos protegían a los bombarderos alemanes de los ataques de la aviación republicana. Los pequeños aviones explotaban y caían ocasionando los mismos destrozos que las bombas. Al llegar a las inmediaciones de la base de Cuatro Vientos, tuvo que detener el vehículo; un regimiento enemigo rodeaba por completo la base.

—¡Joder! —exclamó mientras echaba mano de la radio.

—Pikiki, ¿me oyes?

—Perfectamente. ¿Dónde estáis? Campeones.

—Frente a la puerta este, pero está rodeada de soldados enemigos. Puedo conducir a toda velocidad hacia la puerta, pero la tenéis cerrada, así que necesito que nuestros soldados no me disparen y la abran cuando me acerque. ¿Es posible?

—Vaya pregunta, amigo. Por supuesto que es posible. Mantén la comunicación, cuando te avise, corres como un demonio hacia la puerta.

Mantuvo el coche al ralentí, mientras observaba cómo cada vez se acumulaban más soldados «nacionales» asediando el complejo. De pronto el intercomunicador bramó:

—¡Ahora! ¡Corre! ¡Corre hacia la puerta!

Rafael aceleró y se fue directo calle arriba. En cuanto los soldados se percataron de su presencia, comenzaron a disparar sobre ellos.

—¡La puerta está cerrada! —gritó Gerda mientras se agachaba para evitar las balas que atravesaban el parabrisas.

Rafael también lo veía, pero mantuvo el pedal de aceleración apretado.

«Pikiki, no me falles ahora», pensó.

La puerta se abrió en el último momento y la atravesaron a toda velocidad.

—Guau —gritó Rafael mientras frenaba en seco al otro lado—. ¿Estás bien?

Gerda tenía la boca abierta y los ojos como platos, antes de responder se tocó el cuerpo y las piernas.

—Creo que sí.

Pikiki se acercó a ellos con una sonrisa.

—Has ido un poco lento —dijo.

—Borra esa sonrisa de tus labios, estamos rodeados, no podremos aguantar mucho más.

—Lo tengo todo previsto, la guarnición saldrá en esos camiones, del mismo modo que vosotros habéis entrado —el joven señaló unos vehículos que ya estaban preparados junto a la puerta.

—Venid, nosotros tenemos trabajo —añadió.

Siguieron al sargento hacia el interior. En el patio del laboratorio, el globo se encontraba desplegado y conectado a unos depósitos metálicos de metal. Dos soldados estaban junto a los trajes espaciales. Rafael tardó unos segundos en comprender.

—En cuanto nos ayuden a ponernos los trajes, todos los soldados saldrán de aquí, nos quedaremos solos.

—¿Quieres que huyamos en el globo? —preguntó Rafael, incrédulo.

—¿No es mucho mejor que destruirlo? Además, ¿cómo íbamos a huir si

no?

Rafael miró a Gerda.

—Será mejor que tú te vayas con los soldados.

—¡Estás loco! ¡Y perderme esto!

Con los pesados trajes puestos, oyeron los últimos disparos de la guarnición antes de su huida. Pikiki activó el temporizador de las cargas explosivas que tenían distribuidas.

—Explotarán en cinco minutos.

Los tres entraron en la cápsula que estaba sujeta el enorme globo, y desde allí Pikiki abrió las válvulas de los depósitos. Con un ruido sibilante el hidrógeno comenzó a llenar el globo. Pronto la cápsula se elevó unos metros hasta que un cable de amarre se tensó y la mantuvo sujeta.

—Hay que esperar a que se descargue todo el hidrógeno.

Los soldados enemigos ya estaban dentro del recinto, los oían tirar disparos de aviso muy cerca de ellos. Rafael quiso coger su pistola.

—¡Maldita sea!

Forcejeó con el guante hasta que se lo quitó y pudo empuñar el arma. En ese momento, el primer soldado entró en el patio, Rafael disparó para hacerlo retroceder.

—¡Ya está! —exclamó Pikiki y desenganchó el cable de sujeción.

La cápsula salió disparada hacia arriba. Rafael perdió el equilibrio y casi se le cae la pistola de la mano. En pocos segundos pudieron observar cómo toda la base menguaba bajo sus pies. Una fuerte sensación de vértigo le debilitó las piernas, por suerte, con aquel traje era imposible caerse.

A los treinta segundos, podían ver todo Madrid.

—¿No es fantástico? —preguntó Pikiki mientras manipulaba los controles y las válvulas de la cápsula.

—¡Madre mía! —exclamó Gerda, extasiada.

Subían a gran velocidad. En pocos minutos alcanzaron la altura de vuelo de los aviones. No muy lejos de ellos, los cazas se enfrentaban en cruentas batallas. Abajo, las cargas explosivas destruían el laboratorio.

Mientras se internaban entre unos cumulonimbos, vieron dos cazas italianos que se acercaban a ellos.

—Uh, uh... —susurró Pikiki.

Rafael apuntó su arma.

—Ten cuidado —advirtió Pikiki—, no le des a nuestro globo.

—¿El hidrógeno es ese gas que arde, verdad? Como le pasó a aquel dirigible alemán.

—Correcto. Un disparo y explotaremos con la fuerza de un pequeño sol.

En cuanto acabó la frase, los cazas lanzaron unas ráfagas de ametralladoras desde abajo. Una de las balas rebotó en el metal de la cápsula.

—Estamos perdidos —dijo Gerda.

—Un poco de confianza, por favor —exhortó Pikiki, animado.

Rafael notó que la mano se le estaba congelando, guardó la pistola y se volvió a poner el guante.

—El mismo frío que notas tú, lo están notando los pilotos de esos cazas. Sus manos se entumecerán y no podrán apretar el gatillo.

Como atendiendo a sus premoniciones, los aviones dejaron de disparar. Pero seguían subiendo y acercándose. Llegó un instante, en el que uno de ellos estuvo tan cerca, que Rafael pudo ver la cara del piloto; en sus gafas se estaba escarchando hielo. A los pocos segundos, el caza inició una maniobra de descenso y se alejó entre las nubes.

—Señores, es hora de presurizar nuestras escafandras —avisó Pikiki.

Él mismo se ocupó de hacerlo. Cuando manipuló la de Rafael, sintió cómo el aire que respiraba era más cálido y tenía un sabor metálico. Ahora, para comunicarse entre ellos, debían usar el micrófono de carbono.

—En cuanto rebasemos los ocho mil metros, ningún avión nos podrá alcanzar. Pronto llegaremos a la tropopausa, allí la temperatura bajará hasta los noventa grados bajo cero, pero a nosotros no nos pasará nada.

La voz del joven le llegaba a Rafael a través de los altavoces eléctricos de su traje.

Dejaron atrás las masas nubosas. El horizonte comenzó a adquirir un aspecto curvo. Seguían subiendo, aunque la sensación de vértigo había desaparecido. Quizás estaban ya tan arriba, que no eran conscientes del ascenso.

—Qué quietud —susurró Gerda.

Era cierto, no se oía nada. Madrid era un dibujo geométrico en mitad de una extensa llanura de colores ocres y marrones. Podían ver las cordilleras

como arrugas en el terreno. Unos finos cristales de hielo se formaron en el vidrio de las escafandras.

—No os preocupéis, cuando subamos un poco más ya no habrá vapor de agua y el hielo desaparecerá.

Así fue, el aire, si es que lo había, se volvió increíblemente limpio y transparente.

—Hemos rebasado los diez mil metros —anunció Pikiki.

Rafael miró hacia arriba, el globo parecía una esfera gigante, que tiraba de ellos, ocupando todo el cielo sobre sus cabezas.

La altitud fue aumentando con las horas: veinte, treinta y treinta y ocho mil metros.

—¡Esto es un récord mundial! —exclamó Pikiki.

Sobre ellos el cielo era negro y lleno con las estrellas más brillantes que jamás hubieran visto. En el horizonte, la curvatura del planeta era evidente y se distinguía una débil franja azul.

—Esa es nuestra atmósfera —explicó Pikiki—, toda la vida de la Tierra se cobija bajo ese estrecho manto de aire.

El relieve de España era visible bajo ellos, como en los dibujos de los mapas. Rafael recorrió la cápsula para mirar por todo el alrededor. ¡Desde allí parecía todo tan pequeño! Y tan frágil. No era imaginable que millares de personas estuviesen matándose entre ellas allí abajo. El mundo era precioso. No había fronteras dibujadas en aquel mapa gigante. Quiso mirar hacia Andalucía, hacia su casa, y le pareció distinguir Sierra Nevada, con sus inmensas cumbres blancas. Desde allí solo era una mancha nívea, una suave arruga en la tersa piel del planeta.

Gerda luchaba con sus guantes para sujetar la cámara y poder accionar el disparador.

—No bajamos hasta que haya hecho al menos una foto.

—¿Cómo vamos a bajar? —preguntó Rafael.

—Eso es fácil, solo tengo que despresurizar el globo.

—Fíjate —dijo Pikiki, mirando hacia arriba—, si desde aquí pudiésemos lanzar un pequeño proyectil, con el ángulo adecuado, y subiese unos cincuenta kilómetros más, se colocaría en órbita estable sobre la Tierra. Tendríamos un pequeño satélite artificial girando alrededor del planeta.

Rafael recordó vagamente las explicaciones que el niño Pikiki le había ofrecido años atrás.

—¿Si disparase con mi pistola, la bala daría la vuelta al mundo?

—Quizás matarías algún pájaro a las afueras de Madrid. Para que la fuerza centrífuga iguale a la gravitatoria deberías disparar la bala a ocho mil metros por segundo, y tu pistola apenas alcanza los trescientos. En realidad, se necesita utilizar cohetes que proporcionen una aceleración constante al proyectil.

—¡Ya está! —gritó Gerda—. Creo que he hecho una foto.

—En ese caso ya podemos descender, nuestras reservas de oxígeno no darán para mucho más.

Pikiki accionó unos controles y comenzaron el descenso.

—¿No iremos a caer sobre Madrid? —preguntó Rafael.

—No, me desviaré hacia el este. ¿Recuerdas Uclés? Creo que podremos aterrizar por las inmediaciones.

—¿Tan lejos?

—Tenemos el viento a favor.

Durante un par de horas, la Tierra se estuvo acercando. Al pasar entre unas nubes, el globo se zarandeó, y al salir de ellas la tierra estaba terriblemente cerca. Rafael pensó que se iban a estrellar, se acercaban a toda velocidad a un campo arado.

—Última maniobra —dijo Pikiki antes de accionar una palanca y extender dos pequeños paracaídas, uno a cada lado de la cápsula. La velocidad disminuyó, pero se inclinaron mucho, tanto que, al tocar tierra, todos rodaron por el suelo.

Los trajes amortiguaron el golpe, y una emoción histérica se apoderó de ellos. Entre risas, se ayudaron mutuamente a quitarse los pesados trajes.

—¡Somos los mejores! —gritó Pikiki.

Y en la soledad de la tarde, en mitad de un campo de Castilla, los tres saltaron y se abrazaron.

SEXTA ROSA

Jaén, 10 de febrero de 1941

Rafael despertó con las imágenes de Gerda y Pikiki muy frescas en la memoria. Amanecía un día más en aquella cárcel gris y triste. Quizás fuese el último, pero él no quería pensar en ello. Prefería revivir los recuerdos alegres de aquellos días lejanos.

Martínez también estaba despierto, al percatarse, le susurró:

—¿Te acuerdas de Emilio Herrera, el piloto?

—Sí —respondió, sonriendo—, era un gran tipo. Hijo del general Herrera, ¿verdad? Dicen que al general le pilló el final de la guerra en el extranjero, de misión diplomática, y después se pudo refugiar en Francia. ¡Qué suerte! Al hijo lo conocí cuando estábamos allí, en «Las Rosas». Me acuerdo que explicabais historias fantásticas, que nadie se creía.

—Las explicaba él.

—Sí, pero te incluía a ti y a esa chica periodista.

—Gerda era una gran mujer.

—¿Qué fue de ella?

El capitán Fernández cerró los ojos.

—Murió en la batalla de Brunete, mientras hacía su trabajo, el verano del 37. Entonces tenía más o menos mi edad, veintisiete años. Lo supe mucho después.

Martínez también borró su sonrisa.

—Todas las historias acaban igual.

—Es lo que tiene la guerra.

Martínez entrecerró los ojos y le miró.

—Sin embargo, yo guardo buenos recuerdos de aquellos días en «Las Rosas». Lo que es la cabeza, ¿eh? No me acuerdo de las muertes y las batallas, solo de los ratos que pasábamos en el campamento, reunidos en la hoguera, explicando historias...

—¿Te acuerdas de la visita misteriosa de ayer?

—Sí, no has explicado nada.

—No, pero esa persona me ha pedido que recordara algo de aquellos días.

Algo que dijo mi amigo Herrera. ¿Recuerdas que acababa de llegar de Moscú?

—Por supuesto, ya te digo que todos nos quedábamos embobados oyendo al chaval. ¿Era en julio o agosto del 37?

—Debía ser julio, mi hija todavía no había nacido...

El sargento de la guardia apareció en ese momento por el pasillo con las cartas del día, como siempre. Se armó cierto revuelo. Comenzó a recitar nombres. Varios hombres se acercaron para recoger su correspondencia. Cuando acabó, se quedó mirando a Rafael. Este entendió que quería decirle algo, así que se acercó a la reja. El sargento también se arrimó, miró a derecha e izquierda antes de susurrarle al oído:

—Mañana es el día.

Rafael le miró, sin querer entender, pero el sargento no lo repitió. Antes de irse solo añadió:

—Todavía estás a tiempo, si te quieres poner a bien con Dios.

El hombre se alejó, y Rafael apenas pudo responder un «gracias» con la voz anudada.

«Mañana era el día». La cabeza le dio vueltas, se sintió mareado. Caminó hasta su sitio habitual y se sentó.

Sin duda, el sargento pretendía hacerle un favor, por eso le avisaba. Pero él no lo entendió así. ¿Por qué tenía que saber que mañana sería el día? ¿Ponerse a bien con Dios? Él ya estaba bien con Dios y con su conciencia. Sin embargo, aún podía pedir un confesor, eso había querido decir el sargento.

—¿Qué pasa? —preguntó Martínez.

Rafael tardó en contestar.

—Mañana.

Su compañero no necesitó más, guardó silencio y apoyó una mano sobre su hombro.

De pronto, sintió unas ganas terribles de que su amigo Antonio le volviera a visitar. Le había dicho que volvería. Pero a él se le acababa el tiempo. Tenía que recordar algo para él. Tenía que recordar algo para olvidar, para dejar de ver la cara del sargento pronunciando aquellas cuatro palabras «mañana es el día». Tenía que pensar en el año 37, a principios o mediados de año...

Guadix, mayo de 1937

Rafael volvió a Guadix en noviembre. Contra todo pronóstico, Madrid seguía resistiendo, pero en el frente sur, las cosas se complicaban. Especialmente en Guadix, centro neurálgico de la retaguardia.

Queipo concentraba sus ataques en Málaga, ciudad que aún se le resistía, y también en la defensa de Córdoba. El frente en Granada se mantenía estable, pero las luchas internas de los grupos antifascistas en Guadix se habían tensado al máximo. El poder de los comunistas estalinistas aumentaba día a día y, para ellos, el peor enemigo no era Queipo, sino los anarquistas libertarios.

A finales del 36 y principios del 37, las escaramuzas y los tiroteos entre ambos bandos eran frecuentes en las calles del pueblo, siempre seguidas de tirantes treguas.

En mayo, Maroto fue puesto en libertad, tras las fuertes presiones de la CNT y los grupos libertarios de Guadix. Pronto estuvo de nuevo en el pueblo para reorganizar los batallones del frente granadino.

A Rafael siempre le había gustado el mes de mayo, así que aquella mañana despertó feliz y risueño. A su lado dormía su esposa, de lado y algo encogida, pues era la única postura que podía adoptar con su enorme barriga. Estaba de seis meses y todos aseguraban que el bebé iba a ser enorme. Antes de salir de la habitación, besó tiernamente la abultada tripa.

—Buenos días, futuro padre —saludó su hermano Antonio.

Con la reorganización del ejército, muchos soldados estaban esos días por Guadix. Así que aquella mañana se reunieron en la cueva todos los hombres de la familia para satisfacción de la madre.

—Hay que aprovechar el tiempo, enano —respondió, sonriente—. Pronto volveremos a estar lejos de aquí.

Se sentó con sus hermanos y su padre en la mesa. Su hermana Encarna también se había pasado por allí y llevaba en brazos a su segunda hija, la pequeña Merceditas.

—Ay —suspiró—, ojalá sea una niña, así mi Merceditas tendrá una primita casi de su edad.

—Será por falta de niñas en esta casa —dijo Rafael—. Mejor un varón, para compensar.

—Será lo que Dios quiera —zanjó la madre, aunque para sus adentros también prefería a una niña. Daban menos sufrimientos.

Antonio preguntó a su hermano Paco:

—Al final, estás en las listas, ¿verdad?

Paco estaba un poco decaído últimamente, desde que la familia de su novia, y ella misma, se fueron del pueblo sin dejar aviso de su paradero. Después de tantos años, la relación se había roto de forma extraña. La había perdido sin apenas hablar con ella. Era una especie de final a medias, inconcreto, que dejaba mal sabor de boca.

—Sí, como todos los de mi quinta. Ahora podré acompañar a mis hermanitos en sus excursiones por la sierra.

—Me ocuparé de que todos estemos en el mismo batallón —dijo Rafael.

—Gracias, teniente. Habrase visto, acabar a las órdenes de estos dos —respondió Paco con sarcasmo.

Antonio sonrió. Hacía poco que le habían ascendido a sargento.

—Ahora somos un ejército regular, como quería el Gobierno. Es decir, somos los mismos, pero con otro cuadro de mandos —ironizó Rafael—. Maroto quiere hacer dos batallones, uno mandado por Quesada y otro por Zarco. La plana mayor se quedará aquí, en Guadix.

—A Maroto se le ha acabado eso de corretear por la sierra haciéndose el héroe —puntualizó Antonio.

—Ya veremos. Viene con ganas de liberar Granada él solo, pero ahora se debe a la disciplina, son las condiciones de su libertad.

La reunión para organizar el nuevo ejército se celebró en el convento de La Presentación, lugar neutral, donde los bandos enfrentados podían aparcarse sus diferencias por un tiempo. Paradójicamente, la organización de los batallones se hizo sin problemas. El 586 y el 587 quedaron conformados, Rafael y sus hermanos se integraron en este último, al mando del comandante Antonio Quesada, antiguo amigo y compañero de Rafael. En lo que quedó de

reunión, las discusiones se tornaron agrias sobre la organización de la retaguardia. Su suegro Cato era un acérrimo defensor de los comités, mientras que la facción socialista-comunista, representada por Cortés y apoyada por el gobernador, pretendían reinstaurar el poder de los alcaldes y establecer una fuerte línea de control jerárquica.

—La esencia de las colectividades es la autogestión —defendía Cato—, por eso funcionan. Si se someten a la dirección de las autoridades, estaremos como antes o peor. Nuevos caciques que controlarán la producción desde sus despachos y a su beneficio. No lo podemos permitir.

—Cato, la esencia del comunismo —dijo Cortés, parafraseándole— es que el individuo se debe a la comunidad, y no al revés. Vuestras colectividades están para servir a la causa, no para servirse a ellas mismas, y deben someterse al control de la autoridad.

—Por mí, tu comunismo se puede ir a la mierda —respondió Cato fríamente.

Cortés se levantó de la mesa, echando mano a su cintura, donde guardaba la pistola.

—Señores —medió Maroto—, estamos aquí para ponernos de acuerdo, no para volvernos a pelear. Cato, no podemos luchar contra todos, necesitamos el apoyo de los comunistas. Se establecerá un control de tesorería en todas las colectividades, pero la gestión continuará siendo propia.

—Joder, Maroto —se quejó Cato—, eso es perder la libertad de maniobra, ¿cómo se van a autogestionar si no pueden disponer de sus propios fondos y recursos?

Cortés tampoco estaba conforme.

—Las órdenes del gobernador son claras, Maroto; las colectividades dependerán total y exclusivamente del gobierno civil, o sea del alcalde en representación del mismo.

—Ya hablaré con el gobernador —zanjó Maroto—, y Cato, coopera con las comisiones de control.

Intentando cambiar de tema, preguntó:

—¿Cómo llevamos la seguridad en la retaguardia?

Cato se echó hacia atrás en el asiento, antes de responder.

—Mucho mejor. En todos los cortijos colectivizados el personal coopera

bastante bien. Al principio, muchos aparceros eran reacios, no entendían que lo suyo era una práctica medieval, y que al oponerse a las colectivizaciones solo estaban defendiendo los intereses de sus amos usureros. Claro que hay de todo; encargados que secretamente cooperan con sus señores, sin ser conscientes de que están cooperando con el enemigo. Los detenemos y los enviamos a Baza o a Almería.

—Bien —dijo Maroto—, es imprescindible que nuestra gente —campesinos y obreros— vean que estamos de su parte, que la República defiende sus intereses y que los del otro bando son nuestros enemigos. Mientras el pueblo nos apoye, tendremos posibilidades de ganar esta guerra.

—Los hombres de Cato entran en los cortijos pistola en mano —dijo Cortés— y los saquean, esa es la imagen que tienen los aparceros y los encargados.

Esta vez fue Cato el que se puso en pie.

—¡Cabrón mentiroso! Eso es lo que difundes por ahí para poner a la gente en contra. ¡Todos vamos armados! Tú el primero. Hemos requisado cientos de cortijos, miles de hectáreas puestas al servicio del pueblo, ¿y con cuántos tiroteos con víctimas nos hemos encontrado? Con muchos menos que en cualquier otro lugar de España. Si no fuese así, ¿cómo crees que, en todas partes, hasta en el más pequeño pueblo de Granada, los campesinos adoran a Maroto, adoran a su columna? Vosotros sí que sois unos asesinos, ¡puta UGT! Todavía me acuerdo del camarada Montoya, al que acribillasteis a traición mientras estaba sentado en la terraza del café.

—Lo confundimos contigo —susurró Cortés, en tono bajo, pero no lo suficiente, así que Cato se abalanzó sobre él, descargando un fuerte puñetazo sobre su cara. Varios hombres se levantaron para sujetarlos a ambos. Rafael entre ellos.

—¡Vale, vale! —gritó Rafael—. Tenemos a un ejército enemigo ahí enfrente, guardemos toda esta fuerza para ellos, por favor.

—El teniente tiene razón —intervino Maroto—, centrémonos en nuestra lucha contra Queipo, ese cerdo asesino que cada mañana manda al paredón a cien paisanos antes de desayunar y que, además, trata a nuestras mujeres como putas.

Los ánimos se volvieron a calmar. Maroto explicó cómo pensaba enviar al

587 hasta los altos de Colomera, muy cerca de Granada.

Al acabar la reunión, Rafael se acercó a su suegro. Desde el embarazo de Encarna, su relación había mejorado un poco, al menos, no había intentado matarlo de nuevo.

—Cato, si me voy ahora, quizás no esté aquí para agosto, cuando nazca el bebé. Espero que te portes como un buen padre, y un buen abuelo, y estés por tu hija.

Cato frunció el ceño.

—Siempre he sido un buen padre.

Hizo una pequeña pausa. Rafael pensó que iba a añadir algo como «excepto cuando se me ha ido la cabeza y la he golpeado». Pero no dijo nada, solo añadió:

—Miraré por ella y por mi primer nieto. No te preocupes.

Rafael lo creyó, quizás porque lo dijo en un tono bajo, casi quebradizo. Antes de despedirse le advirtió:

—Y vigila a Cortés.

Pocos días después, su batallón partió hacia la sierra. Casi se alegró, porque en el frente, no había dudas de quién era tu amigo y quién tu enemigo.

Sierra de Granada, verano de 1937

Esta vez se dirigieron hacia la sierra norte. Colomera estaba a unos veinticuatro kilómetros de Granada, pero era una zona fronteriza con la que tenían buenas comunicaciones y en la que se podían atrincherar con cierta seguridad. Antonio Quesada no era militar de carrera, pertenecía al gremio de la construcción. Él y Rafael se llevaban bien desde que en el año 33 ambos trabajaron juntos para pedir el voto de los sindicalistas a un partido comunista que ahora no podían reconocer.

Llegaron a los pies del pueblo un día soleado de principios de junio. Las casas blancas del municipio escalaban la montaña hasta su cima, donde destacaba, imponente, la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación. Quesada negoció con el alcalde, en representación de los escasos vecinos del pueblo, las condiciones en las que el batallón se instalaría en el sitio, y que consistían, básicamente, en que utilizarían la iglesia como centro de mandos principal.

Una vez instalados los más de trescientos soldados, se investigó dónde se encontraba exactamente la línea del frente, qué puntos estaban bajo el dominio de los sublevados, cuáles eran sus rutas, dónde se hallaban sus puestos avanzados y qué cortijos les ofrecían su ayuda o cobijo.

No les fue difícil afianzar una zona de seguridad. Los «nacionales» tenían en su poder varias posiciones altas, que meses atrás habían estado en manos republicanas, y desde donde se controlaban y defendían los accesos a la ciudad.

Estas posiciones, o refugios, estaban protegidas por guarniciones bien aprovisionadas. Cada posición en la cima estaba conformada por una red de búnkeres y puestos de artillería. La más importante de ellas era «Las Rosas», desde allí se veía la ciudad más allá de Albolote y Peligros, además, desde ese punto se controlaban los accesos a Granada desde las carreteras de Guadix y Jaén.

Rafael pensó que tiempo atrás habían perdido una ocasión única para entrar y liberar Granada. Ahora todo era mucho más complicado.

Una noche que su sección estaba de guardia en el cementerio, a la entrada del pueblo, Rafael les estuvo explicando sus planes. El hecho de que entre sus hombres estuviesen sus hermanos, y sus amigos Paquillo y Juan, hacía que el ambiente en el grupo fuese muy distendido y de gran camaradería. Los veinticinco hombres estaban dispersos por el patio de la explanada del cementerio.

—Tendremos que recuperar las posiciones una a una, iremos avanzando hasta controlar toda la parte alta de la sierra.

—Yo me conozco la zona —dijo un soldado— de la otra vez. Nosotros nos fuimos sin más, pero ellos, no nos lo van a poner tan fácil.

—Son altos muy bien defendidos —dijo Rafael—, pero nosotros ya sabemos dónde están los nidos de ametralladoras.

—Y como lo sabemos, no nos van a disparar —comentó Paco con sorna.

Antonio le lanzó una piedra, y dijo:

—Sabemos dónde están los ángulos muertos.

—Ellos también los conocen...

—Son posiciones jodidas —explicó Martínez— porque los picos son muy empinados.

—Atacaremos siempre de noche —dijo Rafael.

Paquillo miró el cielo estrellado. Desde el cementerio tenían una amplia visión del camino de acceso al pueblo y de algunos de los picos lejanos de los que hablaban. Más allá de esos picos estaba Granada.

—Nos verán, aunque sea de noche —comentó Paquillo—. Un batallón siempre es visible.

Rafael negó con la cabeza.

—Es que no debemos actuar como un batallón.

Algunos de sus hombres dejaron escapar risas apagadas.

—No os riais, vosotros sabéis que no somos un ejército de verdad, así que no será difícil actuar como otra cosa —añadió Rafael, siguiendo la broma.

—Pues no sé cómo nos vamos a hacer invisibles —insinuó Juan con su arma en el hombro—. Yo, particularmente, soy muy visible.

Varios hombres volvieron a reír, pues Juan dijo esto último golpeándose la barriga, que había aumentado mucho últimamente.

—Avanzaremos en silencio, en pequeños grupos, si es necesario, nos pintaremos la cara con tiznones negros. Sin disparar, ni hablar...

—Ni pedos... —interrumpió Juan.

—Cada grupo será una escuadra —continuó Rafael— y se moverá como un solo hombre, hasta alcanzar su posición. Todos conocerán exactamente cuál será el objetivo de su escuadra y nadie disparará hasta que todo el mundo haya ocupado su posición. Entonces, antes de que puedan reaccionar, caeremos sobre ellos.

—¿Cómo nos vamos a comunicar en silencio? —preguntó Paquillo.

—Como la alondra, el mirlo, la perdiz, el vencejo... Todos somos de pueblo, ¿hay alguien que no sepa imitar alguno de estos pájaros?

De pronto, se comenzaron a oír cantos de todo tipo, alguno de ellos como auténticos tenores.

—Vale, vale, que vamos a atraer al enemigo. Tenemos que pensar y ensayar un canto para cada cosa; avanzar, retroceder, esperar...

—Coño —dijo Martínez—, ¿y esto lo aprueba un militar de carrera? Perdóname teniente, pero quiero decir, si estas cosas ya se han probado en otras batallas y eso...

—Sé lo que quieres decir; Quesada y yo solo somos albañiles... Pero mira estas montañas. ¿Quién las conoce mejor que nosotros? ¿Crees que un general podría mover aquí sus ejércitos, en formación, como si estuviésemos en el llano? Tenemos que probar tácticas nuevas, diferentes, que nos den ventaja.

—No son tan nuevas —dijo Paquillo—. Viriato ya las puso en práctica contra los romanos. En vez de hacer una guerra abierta, hacía pequeñas guerrillas.

—Pues eso, nosotros como Viriato que se comió al gato —dijo Juan.

—Nosotros nos comeremos al águila, a la puta águila de esos cabrones fascistas —gritó uno de los hombres.

Todos comenzaron a hablar a la vez, y Rafael desistió de poner orden, ya practicarían por la mañana. Se dirigió hacia el extremo del patio, desde allí las vistas todavía eran más amplias. Sus hermanos le siguieron.

—¿Funcionará? —preguntó Paco tras él.

—Eso espero. Funcionará.

Unas semanas después, el batallón había conseguido recuperar varias posiciones secundarias, con muy pocas bajas. Rafael estaba orgulloso de su sección, pues en toda la campaña solo uno de los chicos había acabado herido; tenía una fea torcedura de tobillo, resultado de correr entre la oscuridad de la noche por aquellos montes pedregosos. Ya estaba pensando la forma de reforzar el calzado de los hombres. Lo ideal sería disponer de botas altas, que sujetaran bien los tobillos, pero eso era imposible de conseguir. Rafael ponderaba usar vendas apretadas en esa zona para que sus hombres pudiesen correr y saltar con mayor soltura y seguridad.

—Aquello es «Las Rosas», mi teniente —aseguró Martínez, pasándole los prismáticos.

Se hallaban en la cima de una montaña, un puesto recién conquistado, al que llamaban simplemente cota mil trescientos, o puesto mil tres, ya que esa era su altura exacta.

A través de los prismáticos veía otra cima cercana, en forma de pirámide truncada. Un camino serpenteante, construido con terraplenes de piedra llegaba hasta arriba. Había un muro desigual, también de piedra, circunvalando el recinto, cosa que le daba el aspecto de un antiguo castillo en ruinas. En el interior se veía algún vehículo, y poco más.

—Toda la cima es una red de túneles, que conducen a puestos de vigilancia en el perímetro de la montaña —dijo Martínez mientras él miraba con los prismáticos.

El capitán de su compañía se acercó a ellos por detrás.

—Es un refugio de tropa. Estuve allí más de un mes el año pasado. En teoría, está preparado para resistir un ataque de artillería. Y en concreto cuenta con quince aberturas de defensa, totalmente camufladas. Es un objetivo complicado.

—Mi capitán —dijo Rafael, tendiendo los prismáticos a su superior—, ¿sabemos cuántos hombres tienen allí?

—En eso estamos, su capacidad máxima es de unos doscientos hombres, pero no creo que tengan más de cien. Yo apostaría por unos sesenta, lo justo para cubrir cada nido de ametralladoras con dos o tres hombres, y disponer de un pequeño retén de apoyo. Pero ahora, que saben de nuestra presencia aquí,

podrían recibir más tropa desde Granada.

—Entonces, hay que atacar pronto.

El capitán Villas miró a su teniente con cara preocupada.

—Sí, habrá que hacerlo pronto. Pero sin apoyo aéreo será peliagudo.

Rafael comprendía lo que el capitán quería dar a entender; que tendrían muchas bajas, aunque no lo decía abiertamente por la presencia del soldado Martínez; no se podían dar esas expectativas a la tropa.

El capitán cogió del brazo a Rafael, y se lo llevó un poco más lejos, para hablarle de forma confidencial.

—Lo tendremos que hacer nosotros. Hay que dejar una compañía a cargo de los puestos ganados. Los artilleros nos darán apoyo desde abajo, y nuestra compañía subirá al asalto. Solo tendremos una oportunidad, si no entramos a la primera, nos tenemos que retirar... Fíjate en la montaña, nos pueden masacrar.

—¿Y el apoyo aéreo?

—Está pedido. Pero ya sabes lo difícil que es. El coronel dice que intentará mandarnos una escuadra antes de cinco días. ¡Cinco días, joder! Queipo enviará mañana por la tarde un destacamento de refuerzo. Entonces, ni con apoyo aéreo podremos hacer nada.

El capitán miró hacia atrás para asegurarse de que estaban solos.

—Debemos intentarlo esta madrugada. Quesada me ha preguntado si podríamos estar a punto para entonces. Es nuestra decisión, Rafael. Si le decimos que no, pues nos quedamos aquí y renunciamos a la posición. O sea, renunciamos a controlar las puertas de Granada por el norte. Si le decimos que sí, podemos alcanzar la gloria, o llevar a nuestros hombres a una muerte inútil.

Rafael pensó que en realidad era «su» decisión, Quesada se lo había preguntado a él, al capitán. Pero también entendía las dudas del hombre.

—Mi capitán, quiero enseñarte algo —dijo, moviéndose hacia unas rocas que ofrecían buena visibilidad, y le pidió que usara los prismáticos.

—Fíjate en la zona de la izquierda, hay una bandera.

—Sí, apenas se ve.

—Es una bandera carlista.

—¿Seguro?

—Sí, eso significa que el grupo de hombres que defienden la posición son

requetés. Ni son tropas moras ni soldados profesionales; ninguno de ellos les dejaría ondear su bandera en un lugar destacado.

—¿Y qué? La mayoría de los hombres de nuestra tropa son milicianos, no profesionales.

—Conozco a los requetés de la comarca, son malos soldados. Les gusta la parafernalia, pero no se organizan, no tienen puntería, y si les lanzamos un buen ataque de artillería, se cagarán.

—¿Quieres decir que estás de acuerdo en atacar?

Rafael se mordió el labio. ¿Acaso lo debía decidir él? No era justo.

—Solo digo que tendríamos una oportunidad.

Durante todo el día, las tropas estuvieron en movimiento, colocaron las piezas de artillería en las posiciones adecuadas, y la compañía de Villas se desplazó hasta la falda de la montaña que iban a asaltar. Los de arriba habían visto sus evoluciones, y a media tarde comenzaron a lanzar los primeros proyectiles, que caían lejos de ellos. Eso daba una idea de lo poco eficaces que eran, y elevaba unas décimas la moral de los milicianos. Llegó un momento en el que los soldados se dedicaban a saludar con la mano a los obuses que volaban por encima de sus cabezas.

A la puesta de sol, Rafael repasó el estado de sus hombres. Quería que su camuflaje fuese impecable; se habían colocado ramas de matorral en sus gorros y en las hombreras. Algunos se quejaban porque se veían ridículos.

—Prefieres ser un cadáver guapo, ¿no? —comentó Rafael.

Comprobó que todos llevasen en las cartucheras sus seis bombas de humo. Era un riesgo no llevar granadas, pero para hacer salir a los «conejos» de su madriguera, necesitarían aquel humo irritante.

Los cañones de su artillería comenzaron a sonar, eran los primeros disparos de calibrado. Su objetivo era el refugio de la cima, pero al principio alcanzaban cualquier punto de la montaña. La compañía de asalto no se iba a mover hasta que sus artilleros afinasen la puntería.

Al cabo de unas horas, prácticamente todos los obuses caían dentro del recinto enemigo. Su eficacia se comprobó cuando los otros dejaron de disparar su artillería. Rafael imaginó que los hombres de la cima se habían refugiado en los subterráneos, preparados en sus nidos, y abandonando, de

momento, los cañones de la superficie.

El capitán ordenó el despliegue. Se dividieron en tres secciones para rodear la montaña, utilizando la maniobra de dispersión en abanico que ya les había funcionado antes.

Rafael movió a sus hombres lentamente. A pesar de la oscuridad, y de que la luna solo estaba en su cuarto menguante, podían ser vistos por los enemigos. Las explosiones de sus propias bombas iluminaban la noche como relámpagos. No importaba cuánto tardasen en llegar a sus posiciones, lo importante era no ser detectados.

Gracias a su estrategia de arrastrarse y detenerse, en dos horas consiguieron estar muy cerca de la cima. Rafael tenía casi a mano el muro irregular de piedras. Para llegar hasta allí, habían pasado en una ocasión a menos de tres metros de una aspillera, por la que sobresalía el cañón de un máuser enemigo.

Las otras secciones no habían logrado subir tanto, al ser detectados algunos de sus soldados y recibir ráfagas de disuasión.

Miró su reloj. Faltaba poco para la hora señalada. Los artilleros debían dejar de disparar en un minuto. La luz del alba apuntaba por el horizonte. De pronto, se dejaron de oír las explosiones. Rafael esperó dos minutos más, por seguridad, y ordenó el ataque: sus hombres se pusieron en pie y corrieron los pocos metros que les separaban de la plaza enemiga. Pero allí los recibió una lluvia de disparos.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Rafael.

Uno de los chicos fue alcanzado y comenzó a gritar de dolor. Sus enemigos disparaban desde arpilleras que sobresalían del suelo.

En ese momento se oyó un ruido, por el aire se acercaba un avión. Rafael temió lo peor, pero pronto descubrió que era un «chato», uno de los suyos.

No era una cuadrilla, solo un aparato, pero cuando voló rasante sobre ellos, lanzó una terrible descarga de metralla sobre las arpilleras. El avión repitió la maniobra varias veces, hasta que Rafael intuyó que los soldados se habían vuelto a refugiar en la zona más profunda del búnker. Corrió hacia una de las arpilleras y lanzó por el hueco la primera bomba de humo. Su hermano Paco le imitó con otro de los disparaderos, y en pocos minutos, la sección se hizo dueña de la plaza. El avión dio dos vuelos más, y vieron al piloto cómo

los saludaba con la mano.

Pero el resto de la compañía, montaña abajo, seguía bajo el fuego enemigo, que disparaba atronador desde los nidos del subsuelo. El aviador concentró los ataques en estos puntos, pero al estar camuflados en los laterales de la montaña, sus envites no fueron tan eficaces.

Rafael puso en marcha su estrategia; debían caminar por el filo superior del búnker, justo encima de cada arpillera. Allí un soldado cogía al otro por los tobillos, hasta alcanzar el hueco del disparadero y lanzar una bomba de humo en el interior.

El resto de la compañía avanzó lentamente hasta llegar arriba. Los soldados enemigos salieron en su mayoría tosiendo con las manos en alto y fueron hechos prisioneros.

Rafael vio cómo, en un último momento, el avión fue alcanzado por los disparos de una ametralladora y comenzó a salir humo de su motor. Por suerte el piloto saltó y desplegó su paracaídas, cayendo entre unos árboles del fondo del valle.

Precisamente de aquel búnker salieron tres soldados disparando, consiguieron herir de gravedad a un sargento, y fueron abatidos por los disparos de sus soldados.

Rafael se acercó a la puerta del búnker, dispuesto a lanzar su última bomba de humo, pero antes de hacerlo alguien gritó desde dentro:

—¡No disparen! ¡Me rindo!

Rafael gritó a su vez:

—¡Sal con las manos en alto!

Del interior salió el último soldado del retén que todavía se resistía. Llevaba la cara llena de polvo. A pesar de ello, Rafael lo reconoció.

—¿Genaro?

El hombre lo miró, haciendo un gesto con la boca que dejó al descubierto sus dientes de oro. Hacía mucho que ni veía su cara ni sabía de su paradero... Su hermano Antonio lo cogió por el brazo y lo llevó con el resto de los prisioneros.

Los soldados comenzaron a gritar de alegría. La batalla había acabado y muchos se acercaron para felicitarle, incluso su capitán. Él no era consciente de haber hecho nada diferente a lo que habían hecho el resto de sus hombres.

Sin embargo, a partir de ese día, le señalaron como al «héroe de Las Rosas».

El batallón se hizo con el mando del refugio. Rafael se acercó al sur de la explanada, desde aquel lugar se veía Granada. Tan cerca y tan lejos otra vez...

Pero se giró intrigado por un vocerío en el centro de la plaza. Varios soldados vitoreaban al aviador que acababa de llegar con el primer vehículo republicano que subía a la cima. Por suerte el hombre estaba ileso. Rafael se quedó con la boca abierta cuando lo vio.

—Pikiki —gritó.

Su amigo sonreía rodeado de milicianos, después del accidente, seguía teniendo el pelo bien peinado y el uniforme impecable.

—¡Rafael! Amigo. ¿No pensarías que no iba a venir a ayudar?

—Pensaba que estabas en Rusia —dijo mientras le abrazaba.

—Lo estaba, pero llegué ayer. Y antes de incorporarme, el coronel me informó que necesitabais apoyo aéreo, pero que no tenía ninguna escuadra disponible. Le dije que no necesitaba una escuadra, solo un avión. No se alegrará cuando sepa que apenas me ha durado cinco horas.

Las Rosas, verano de 1937

En agosto nació su hija, pero él no pudo estar allí. No contaban con hombres suficientes para hacer relevos frecuentes en el frente. Al menos, las cartas que le enviaba su madre, traían buenas noticias; la niña había nacido hermosa y sana, y Encarna estaba bien.

En su respuesta, Rafael les pidió que no la inscribiesen todavía en el registro, que él mismo lo quería hacer cuando regresara. Se había perdido el gran momento y necesitaba sentirte partícipe de alguna manera, aunque solo fuese llevando el libro de familia al juzgado y proclamando solemnemente que era el padre de la pequeña Encarnita. Porque ya había decidido el nombre, por mucho que se quejase su madre, sabía que le hacía ilusión que su nieta, la hija de su Rafael, llevase su nombre.

Las primeras noches soñó con ella. En su subconsciente era un bebé rosadito y sonriente, que le miraba con grandes ojos mientras él le decía: «Yo soy tu papá».

Una tarde de finales de agosto, Pikiki estaba todavía con ellos, esperaba la llegada de un transporte que le trasladase al frente de Aragón. En Belchite se estaban librando terribles batallas aéreas y necesitaban pilotos hábiles, como el teniente Herrera.

—¿Quién te viera, mi teniente! —dijo Paquillo a Rafael—. Suspirando por tu niña, cuando tantas mujeres han suspirado por ti.

Estaban sentados en un extremo del refugio, con vistas a la ciudad lejana. Pikiki se encontraba con ellos y se entretenía realizando dibujos en su cuaderno.

—No te preocupes, hombre —dijo Pikiki—. Pronto la verás. Te voy a hacer unos dibujos para ella.

—Pero si es muy pequeña para dibujos.

—Ya crecerá.

—¿Cómo es Moscú, teniente Herrera? —preguntó Paquillo.

—Pues menos frío de lo que me pensaba. Claro que estuve en pleno

verano, y apenas salimos de la escuela aérea, que está a varios kilómetros de la capital. Volé sobre ella. Es una ciudad grande y amplia, desde el aire parece una gigantesca tela de araña. Sí que pude visitar Estocolmo, aunque solo estuve dos días. Es una ciudad preciosa, rodeada de lagos.

—¿Estuviste en Estocolmo?

Pikiki se acercó a ellos, para hablar más bajo, de forma confidencial. Aunque Rafael no supo si lo hacía en serio o bromeaba.

—Estuve de incógnito. Haciendo un trabajo para mi padre y para Leo Szilárd. Sabes que trabajan en cómo aprovechar la energía atómica.

Rafael recordaba el nombre del extranjero, era el hombre con el que se tenía que haber encontrado en Granada allá por el 33.

—Mi misión era encontrar a una mujer.

—Vaya —rio Paquillo.

Pikiki frunció el ceño, aparentando enfado.

—No es una mujer cualquiera, es la descubridora de la fisión nuclear y de la reacción en cadena: la doctora Lise Meitner. Es austríaca, y trabajó mucho tiempo en Berlín, con el doctor Otto Hahn, quien se llevó el Premio Nobel de física por un trabajo que, en realidad, realizó su colaboradora la doctora Meitner. Otto está ahora trabajando para Hitler, y Lise tuvo que huir a Suecia.

—¿Y qué necesitáis de ella? —preguntó Paquillo.

Pikiki se centró en su cuaderno mientras explicaba el objeto de su misión.

—Los dos equipos de científicos que trabajan en el proyecto —el alemán y nosotros— estamos encallados en un mismo punto; cómo controlar la reacción en cadena. Para propiciarla, solo es necesario acumular una cantidad crítica de masa. No es fácil conseguir material radioactivo puro, pero se puede hacer, el problema está en su control. Es esencial para cualquier aplicación, incluida la fabricación de una bomba atómica.

—Y la tal doctora tiene la solución, ¿no?

—Exacto, ella tiene los conocimientos, por supuesto en Suecia no cuenta con los laboratorios adecuados, pero conoce la respuesta. También es consciente de lo peligroso que es eso y que el servicio secreto de Hitler anda tras ella. Por eso fue tan difícil contactarla y convencerla de que trabajaba para el bando de los «buenos».

—¿Pero al final te explicó el secreto?

Pikiki sonrió triunfal.

—¿Dudas de ello? No hay secreto que se me resista. En cuanto pueda reunirme con mi padre y con Leo, tendrán la solución.

—¿Y cuál es el secreto?

Fue entonces cuando Pikiki lanzó aquella frase enigmática, o simplemente banal, que Rafael debería recordar años después. El capitán se acercaba a ellos por detrás, y él ya había acabado su dibujo, arrancó la hoja del papel y se la dio a Rafael.

—Aquí se encuentra el secreto para controlar la monstruosa energía del átomo —dijo, agitando su lapicero en el aire.

—Teniente Herrera —dijo el capitán al llegar hasta ellos—, acaba de llegar su vehículo, creo que podrá salir esta misma noche hacia Alcañiz.

—¡Perfecto! —respondió este, levantándose.

Rafael miró el dibujo. Era una preciosa rosa a medio abrir, delicadamente esbozada y sombreada. Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo de su casaca.

El capitán se quedó mirando la ciudad que brillaba roja bajo la luz del ocaso.

—Cada día, a esta hora, Queipo fusila a camaradas nuestros, y nosotros aquí, sin hacer nada.

Todos miraron en silencio.

—Rafael —dijo el capitán—, creo que en octubre podrás ir a Guadix a ver a tu hija. Allí te espera tu ascenso a capitán, y entonces volverás aquí para hacerte cargo. Yo también necesito un descanso.

—Mi capitán —apuntó Rafael—, nos cansamos de no hacer nada, de ver que no avanzamos. Hace tiempo que me ronda una idea por la cabeza...

—Mi amigo —continuó Pikiki— quiere bajar a la ciudad, con un grupo reducido, sin ser vistos, y rescatar a esa pobre gente. ¡Qué lástima que yo me tenga que ir ya!

El capitán escuchó con más detenimiento los planes de Rafael y estuvieron discutiendo hasta muy tarde.

Cuando Pikiki se despidió, se dieron un abrazo y se emplazaron para volverse a ver más adelante.

Pero aquella fue la última vez. La batalla de Belchite fue una de las más

cruentas de la guerra. El pueblo quedó totalmente destruido y murieron más de cinco mil personas; entre ellas el piloto y joven teniente, Emilio Herrera.

Guadix, noviembre de 1937

Rafael no pudo volver a Guadix hasta principios de noviembre. En la retaguardia las cosas se estaban complicando. Los comunistas estalinistas extendían su poder en todos los ámbitos de la República, desde el Gobierno hasta los ejércitos. Maroto volvía a estar en prisión desde mediados de octubre. Los comunistas lo querían fuera de circulación, a ser posible, muerto. En Guadix, los últimos libertarios luchaban por sobrevivir, por no sucumbir al poder arrollador del estado prosoviético.

Pero Rafael estaba feliz. Cuando entró en la cueva, se encontró con Encarna sentada en una mecedora, entre sus brazos acunaba a una niña preciosa, de grandes ojos y carita sonrosada. Tenía un denso, aunque corto cabello dorado, como los rayos del sol, de un pelirrojo tan intenso que parecía como si alguien se lo hubiese pintado con un pincel.

—¡Ay, mi niña! —exclamó él, mientras daba un beso húmedo a su esposa, húmedo porque las lágrimas de ella rodaban por su rostro hasta llegarle a los labios.

A Rafael ni le molestó ni le extrañó que Cato estuviese de pie, junto a su hija, con una sonrisa de satisfacción.

Ignorando a todo el mundo, cogió al bebé entre sus brazos, escrutando su carita con tesón. Al fin tenía un rostro para recordar. Se la había imaginado de mil maneras, pero ahora veía que en ninguna había acertado. Era mucho más guapa.

—Se te va a caer la baba —apuntó su hermana Angustias.

—Déjalo, tengo que recuperar dos meses. No la pienso soltar en todo el día.

—Pues entonces, le darás tú de mamar —dijo su madre.

Sus hermanas rieron. Con ellas estaba la pequeña Rosa, la niña perdida de Güejar. Rafael le guiñó un ojo.

—¿Has estado en Granada? —preguntó la niña.

—Todavía no —respondió sin dejar de mecer a su pequeña—. Pero te prometo que cuando entremos, buscaré a tus padres. Seguro que están bien.

No estaba convencido de lo que decía, pero al menos la niña sonrió.

En ese momento llegaron Salvador, su padre, acompañado por Salvador, su hermano.

—¡Joder! Qué grande estás —gritó al hermano más pequeño, que a sus catorce años ya era casi tan alto como él.

—Ahora soy yo el que ayuda a padre, como los demás no estáis... —se explicó el muchacho.

—No será por nuestro agrado —respondió sin dejar de sonreír a su pequeña—. Mira que me gusta poco el campo, pero ahora iría encantado con padre.

—Pues hoy hemos estado arreglando el muro que saltó por los aires en el último bombardeo —dijo el joven Salvador.

—¿Sufrist muchos ataques? —preguntó Rafael.

—Pues esta semana al menos dos —respondió su esposa—, y se ceban con las cuevas, aquí caen más que en ninguna parte.

Su madre regañó con la mirada a su nuera.

—¡Pero si es verdad! —se quejó esta.

—Sí, tiene razón —reconoció la mujer—, pero ya ves que por aquí no ha caído ninguna. Además, dentro estamos seguros. No como vosotros en el frente...

Rafael miró a su madre.

—Paco y Antonio están bien, pronto vendrán por aquí.

Después, desvió la vista hacia Cato, y añadió:

—No sé qué pasa, pero las cosas no funcionan bien. Si no se envían refuerzos, no pueden descansar los soldados del frente.

Cato habló por primera vez, con su voz grave y ronca:

—Quizás tengáis que venir vosotros aquí para luchar con los otros enemigos. No sé quién ganará la guerra, pero sí sé quién la perderá: por supuesto nosotros.

—Nunca he entendido la política —dijo Salvador padre—, pero ahora aún la entiendo menos. Estamos perdiendo la guerra, la República la está perdiendo; apenas controla la franja del Mediterráneo, desde Cataluña hasta Guadix, con la excepción de Madrid, que no sé cómo resiste. Pero en vez de unir esfuerzos para luchar, nos peleamos entre nosotros. ¿Para gobernar qué?

Si no va a quedar nada en este bando.

—No es tan sencillo, Salvador —intervino Cato—. Aquí no estamos luchando solo nosotros, se trata de una guerra entre los estados fascistas y los comunistas: la URSS. Los españoles estamos en medio, y España será de unos o de otros. Stalin prefiere una España fascista, antes que una España libre.

Cato miró a Rafael.

—Tu conociste a Andrés Nin, ¿verdad?

—Sí.

—Pues lo han matado. El año pasado consiguió unir a la CNT, FAI y POUM, y entrar en la Generalidad con Companys, pero los rusos, que controlan a los de Esquerra y al PSUC, obligaron al presidente a echarlo en mayo. Hubo tiroteos entre ellos, y los rusos de la NKVD lo detuvieron, lo llevaron a Madrid y allí el jefe de los rusos lo torturó y lo mató.

—Alexander Orlov —susurró Rafael, sin mirar a su bebé. No quería pronunciar ese nombre mirando la carita de su ángel.

—El mismo. Ahora el POUM es acusado de traición, y la FAI y la CNT... Todos somos traidores para el Gobierno. Por eso os digo que hemos perdido la guerra, gane quien gane.

—Me extraña verte tan pesimista —apuntó Rafael.

—Es que tengo ojos en la cara y veo lo que está pasando. Desde que Maroto está en la cárcel, y dicen que lo van a condenar a muerte por traición, sus compañeros también estamos señalados. Todo el movimiento libertario está señalado.

Después de sus palabras se produjo un tenso silencio que él mismo rompió al anunciar:

—Bueno, hija, me voy. Rafael si pasas esta tarde por San Diego, podrás recoger tus credenciales de capitán.

El hombre se fue, y la familia se quedó oyendo las aventuras que explicaba el hijo pródigo, recién llegado del frente.

Rafael se pasó muy tarde por San Diego. La iglesia estaba totalmente fortificada, con puestos de ametralladoras en el campanario y barricadas en los accesos. Todas aquellas defensas se debían al enemigo que, en teoría, estaba en el mismo bando.

—Es impresionante —señaló Rafael, sorprendido.

—Por desgracia, es necesario —respondió Cato—. Esos cabrones comunistas deben saber que aquí no nos rendiremos sin luchar.

—¿Qué quieren exactamente? ¿No se puede negociar nada?

—Quieren destruirnos.

Rafael miró con calma a su suegro, esperando una explicación más detallada.

—En teoría —habló al fin—, quieren el control de las colectividades y el de la producción. Si nosotros requisamos las tierras a los terratenientes, ellos nos las quieren requisar a nosotros, pero con las tierras quieren también a los jornaleros; quieren su trabajo.

Cato hizo una pausa antes de seguir:

—Quienes piensan como tú, o como Maroto, y creéis que se puede negociar con ellos, os equivocáis. Porque, aunque cediésemos en todo, nunca tendrían suficiente, como te he dicho antes, lo que ambicionan es nuestra desaparición. No estamos adscritos a ninguno de los bandos internacionales; solo somos españoles, y eso no lo pueden consentir. Ellos tienen un plan.

Cato miró a su alrededor antes de seguir hablando.

—El Gobierno piensa que no será posible recuperar los territorios perdidos. Su plan consiste en firmar un tratado de paz con los fascistas: dividir España. Están realizando negociaciones secretas con Queipo. Por eso han nombrado como nuevo comandante de las fuerzas en Andalucía al teniente coronel Galán, un comunista y estalinista convencido. Su idea es dividir España en dos partes: una bajo influencia fascista y otra bajo influencia soviética. En la parte fascista habría dos estados, uno en el sur, dominado por Queipo, y otro en el norte, a las órdenes de Franco. En la zona soviética, también se adoptaría un sistema de repúblicas; dos o tres estados articulados en una especie de unión de repúblicas ibéricas.

—Es una locura.

—Sí, sobre todo, porque si conocieran bien a Franco, sabrían que él nunca accederá a algo así. Pero ese es su plan, y nosotros somos una molestia, porque Guadix debe quedar en manos de Queipo.

—Te aseguro que, en el frente, nadie piensa en perder esta guerra. ¡Ni mucho menos! —afirmó Rafael.

—Sí, pero las guerras no se libran solo en el frente. Tú mismo te quejabas de que no os llegan los refuerzos ni lo relevos a tiempo.

Uno de los milicianos armado con su escopeta se acercó a ellos.

—Cato, Cortés está aquí.

Cato miró a su yerno antes de responder:

—Ahora voy.

Caminaron a lo largo de la nave lateral hasta la puerta de entrada, donde los esperaba Cortés y su comitiva. El jefe comunista iba acompañado por varios hombres fuertemente armados. El grupo estaba rodeado por milicianos libertarios. El ambiente en la entrada era muy tenso.

Cuando Rafael llegó a la puerta acompañando a Cato, se alarmó al descubrir que el hombre que estaba a la derecha de Cortés era Genaro, el mismo Genaro que días atrás, él había enviado al pueblo como prisionero de guerra.

—¿Qué es esto? —exclamó enfadado, señalando a su enemigo.

Cortés respondió, lacónico:

—Está cooperando con nosotros.

—¿Es un prisionero de guerra, no puedes dejarlo libre y darle un arma! —gritó todavía más enfadado.

—Teniente, eso lo decido yo. Y si no me trata como es debido, le sancionaré. ¿No sabe que soy su superior?

—Soy capitán, y por supuesto que informaré al mando de esto.

—¿Qué quieres? —interrumpió Cato.

Cortés se dirigió a él:

—Venimos a hacer un control de provisiones. Ahora que Maroto está suspendido, este cuartel está bajo mi supervisión.

—Estás loco, no vais a poner ni un pie en nuestro cuartel general.

—Esto no te pertenece.

—Ni a ti.

Uno de los hombres de Cortés entregó un papel a Cato. Era una orden de Almería, en la que se indicaba la necesidad del registro y control de los bienes de todos los centros de la población. Cato ni siquiera lo miró.

—Ya haré yo la relación de bienes y la enviaré a Almería.

Genaro dio un paso al frente.

—No nos dejas entrar porque estáis celebrando misas negras ahí adentro.
Cato frunció el ceño.

—¡Puto falangista de mierda! Aquí lo único negro es tu culo y el de tu jefe,
como no os larguéis en tres segundos os lo voy a llenar de plomo.

Cortés le miró, manteniendo un aire colérico.

—Cato, si no retiras esas palabras, te vas a arrepentir.

Cato apuntó con su pistola al grupo y se limitó a contar:

—Uno, dos...

Cortés y sus hombres estaban en minoría, así que se giró, saliendo a paso ligero de la plazoleta de la iglesia.

—¡Fascistas y comunistas, todos sois iguales! —gritó Cato a sus espaldas.

—Ten cuidado —avisó Rafael cuando se hubieron ido—, esa gente es peligrosa.

—Eso ya te lo había dicho yo antes.

—De qué nos sirve enviar aquí a los prisioneros —dijo Rafael, pensativo—, si después se van a pasear por las calles impunemente armados. Cómo va estar segura así mi hija.

—Ayer envié a Dolores y los niños a casa de su hermana, en Lanteira. Encarna y mi nieta podrían ir con ellos.

—Lo pensaré —admitió Rafael.

—¡Ni hablar! —respondió Encarna, cuando se lo propuso Rafael.

—Es un pueblo tranquilo, allí estaríais más seguras.

—No me pienso ir allí —contestó con el ceño fruncido—, si quieres que esté protegida, quédate conmigo.

—Eso es imposible.

Encarna volvió a tener los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es que no ves que no soporto estar lejos de ti? Si quieres protegerme, a mí y a la niña, llévanos a la sierra. Estuvimos muy bien en el Molinillo.

—Pero, Encarna, no es un lugar para un recién nacido.

—¿Qué pasa, que en Colomera no hay recién nacidos?

Rafael miró a su joven esposa. Se sentía muy culpable por dejarlas abandonadas en el pueblo: a ella y a la pequeña.

—Miraré qué puedo hacer. Pero no te prometo nada.

Ella exhibió una gran sonrisa.

—¡Nos vamos con papá a la sierra! —comenzó a cantar mientras bailaba con la bebé. Lo decía como si la familia se fuese a unas agradables vacaciones.

—No te prometo nada —insistió él, pero al final no pudo resistirse a reír con ella, sobre todo al ver cómo su bebé sacaba su primera sonrisa mientras giraba por la habitación en brazos de su madre.

Pasó los días siguientes preparando el traslado de la familia hasta Colomera. No era fácil, ni siquiera para un capitán. Debía encontrar una casa en condiciones, pues pronto vendrían los fríos y la niña necesitaría un mínimo de comodidad. Al final consiguió alquilar una habitación en la casa de unos ancianos, que Paco había encontrado en el pueblo. No había sitio para él, pero tampoco lo necesitaba, pues su lugar estaba en «Las Rosas», a varios kilómetros de Colomera. Con suerte, podría visitarlas cada dos días más o menos, y los otros días siempre podría enviar a alguno de sus hermanos por allí para echar un ojo. Finalmente, estuvo contento con la idea de tenerlas cerca.

La tensión en el pueblo se tornaba cada día más insoportable. Rafael estaba en el palacio episcopal, inscribiendo a su hija en los registros y ultimando los preparativos de su marcha, cuando se oyeron las sirenas. Habían vuelto los aviones italianos.

Recogió sus cosas a toda prisa. Quería regresar a la cueva con su familia antes de que cayeran las primeras bombas. Al salir a la calle, observó cómo varios hombres armados corrían por las calles en dirección a San Diego; eran los hombres de Cortés. No había duda de lo que pretendían, al abrigo del bombardeo enemigo.

Se desvió de su camino para llegar a la sede libertaria antes que los atacantes.

—¡Cerrad la puerta! —gritó al llegar—, ¡vienen los comunistas!

Casi al mismo tiempo comenzaron a sonar los primeros disparos. Los hombres de Cortés rodearon rápidamente el edificio y acribillaron a balazos la fachada. Los libertarios se atrincheraron rápidamente en el interior, y

comenzaron a disparar a través de las arpilleras y los ventanucos del campanario. El ruido de los disparos se amortiguaba por el estruendo lejano de las bombas.

—Hijo de puta —insultó Cato, mirando hacia la plazoleta a través de una pequeña abertura—. Estaba esperando el momento.

—¿No podemos pedir ayuda?

—No hay nadie ahora mismo a quién acudir. En tres días vendrá el nuevo comandante Galán, con un destacamento, pero por ahora estamos solos.

El tiroteo seguía implacable, con todos los contendientes en sus posiciones.

—¿Y tú para que has venido? —preguntó Cato.

—Para avisaros. No te jode.

—Deberías estar en la cueva.

—Ya.

Llegó la noche, los bombardeos cesaron, pero no el asedio. En todo el pueblo era ya conocida la contienda que los dos bandos estaban librando. Y todo el pueblo permanecía en silencio excepto los alrededores de la iglesia.

—Aprovecharán la oscuridad para lanzar un ataque —explicó Rafael.

—En cuanto exista la posibilidad quiero que salgas de aquí —sugirió Cato.

—Necesitas hombres para luchar.

—Este no es tu sitio, tu puesto está en el frente para luchar contra los fascistas. Esta es mi guerra.

—Si salgo de aquí iré a buscar ayuda.

—Si sales de aquí, ocúpate de mi hija y de mi nieta.

Cato le miró con los ojos enrojecidos antes de añadir:

—Y diles que las quiero.

En ese momento, varias granadas y explosivos estallaron frente a las dos puertas del edificio religioso. Ráfagas de fuego amigo y enemigo acompañaron los estallidos.

—¡Ahora es el momento! —gritó Cato, mientras señalaba la pared del patio, que estaba envuelta en humo y polvo.

Rafael corrió hacia ella y trepó con agilidad, de un salto estuvo al otro

lado. Oculto por el humo, pudo alejarse sin dificultad de allí. Mientras corría hacia el barrio de las cuevas, oyó muchas más explosiones y disparos.

En unos minutos llegó a la plazoleta de la cueva, donde su padre hacía guardia con la escopeta en mano.

—¿Rafael?

—Soy yo, padre. ¿Están bien?

Su padre asintió dándole un abrazo.

—Estaba preocupado.

Entraron juntos a la cueva, donde todos los adultos estaban reunidos a la luz de un candil. Hacía semanas que no les llegaba la corriente eléctrica.

—¿Qué está pasando? —preguntó Salvador, hijo.

Su esposa, al verlo entrar, se echó a llorar, solo entonces Rafael fue consciente de su aspecto; tenía el uniforme manchado y desgarrado, y la cara tiznada.

—Pero ¿quiénes son los que nos atacan? —volvió a preguntar su hermano.

—Comunistas, fascistas... tienen rodeado San Diego.

—Ay, mi padre —gritó Encarna.

—Está bien, cariño. De momento está bien —intentó calmarla mientras la abrazaba.

A la madrugada, las trifulcas habían acabado. Rafael y su padre se acercaron a San Diego. El templo estaba muy destrozado y en su interior ya no había nadie. Todo el mundo estaba reunido en la plaza de la catedral. En el centro de la misma estaba Cortés rodeado de su milicia. Junto a ellos, dos hombres encadenados: uno su suegro y el otro, un joven cenetista. La gente de la plaza eran todos adversarios del libertario, de unos u otros partidos. Y gritaban insultos contra el hombre encadenado.

Rafael quiso abrirse paso entre la muchedumbre, pero su padre lo cogió del brazo con fuerza.

—Torcuato Franco —gritó Cortés—. Se te acusa de robo y vandalismo. De requisar bienes para uso propio y ocultarlos a la autoridad.

—¡Eres un mentiroso y un cobarde! —protestó Cato, a pesar de estar encadenado, su voz sonó fuerte y amenazante.

Cortés levantó un papel con su mano derecha.

—¡Este es un inventario de los cortijos donde habéis entrado a robar! ¡Y la lista de personas asesinadas! —vociferó Cortés.

—Cortijos requisados por orden del comité revolucionario, del que tú eres miembro —se defendió Cato, convincente—. No me puedes acusar de nada que no hayas hecho tú mismo.

Cortés dudó un instante. La muchedumbre no respondía como él esperaba. Genaro, a su lado, aprovechó el momento para lanzar sus propias acusaciones.

—También se te acusa de destruir a hachazos la virgen de Las Angustias, de la quema y la destrucción de multitud de imágenes sagradas.

Esta acusación provocó un murmullo de apoyo entre los congregados. Cortés decidió acometer en la misma línea, añadiendo:

—¡Y de realizar misas negras en las iglesias! ¿Por qué, si no, tenéis la cruz de Cristo nuestro señor girada boca abajo?

—¡Más mentiras! —volvió a protestar Cato. Pero esta vez, su voz casi no se pudo oír oculta por los chillidos de la gente enfurecida.

—¿Por qué, si no, hacéis hogueras con las imágenes? ¡Para consagrar al demonio! ¡Tú no luchas por la revolución, luchas para atraer el caos y guiar el advenimiento del anticristo!

—Pero ¿quién te crees que eres, Torquemada? —exclamó Cato, bajo los aullidos de los congregados.

Rafael no pudo contenerse más. Se soltó de su padre y se abrió paso entre la multitud.

—¡Estáis locos! —gritó—. ¡Asaltáis el cuartel de la CNT y ahora lo queréis demonizar!

Antes de llegar al centro de la plaza, unos hombres lo agarraron mientras otro le lanzaba un directo a la mandíbula. El golpe lo dejó aturdido. Por suerte, su padre fue en su auxilio, y lo sacó del tumulto.

—Rafael, mira —le dijo.

Por las escaleras de la calle Ramón Gámez bajaba su esposa Encarna. Rafael corrió hacia ella. Encarna llevaba la cara desencajada. Al verle con la mandíbula entumecida, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Nada —contestó, cogiéndola de la mano.

Desde allí no podía ver lo que pasaba en el centro de la plaza.

—¿Y mi padre? ¿Lo has visto, está bien?

Rafael se llevó la mano a la mandíbula y puso cara de dolor.

—¡Ay! —se quejó—. Creo que me he roto algo. Tu padre no está aquí.

En realidad, no notaba dolor alguno, pero necesitaba distraer la atención de su mujer. No debía ver nada de aquello, no podía dejar que un nuevo trauma acabase de minar su mente adolescente.

—Encarna, estoy un poco mareado —mintió, apoyándose sobre ella—, acompáñame a casa, por favor.

La joven se sintió reconfortada viendo que su esposo la necesitaba, que requería de sus cuidados. Le acompañó hacia la cueva, sin hacer muchas preguntas sobre lo que ocurría en la plaza.

Cuando llegaron a la cuesta de la cueva, Rafael dejó caer unas lágrimas en silencio. Sabía lo que iba a sucederle a Cato. Aquello era un linchamiento, y sabía cómo afectaría a Encarna. Eran lágrimas de impotencia.

—Sí que te duele, cariño —dijo ella.

—Es que creo que se me ha roto una muela.

Su padre regresó unas horas después. Pocas veces lo había visto Rafael tan pálido. Se reunieron aparte, bajo la higuera del extremo del patio. Salvador negó con la cabeza y Rafael cerró los ojos.

—Se los han llevado a los dos hasta el cementerio —explicó el padre— y allí mismo los han fusilado.

Salvador tragó saliva antes de seguir.

—Unos cuantos, bajo la mirada de Cortés, han cortado el cuerpo a hachazos, como él había hecho con la imagen de la Virgen. Han apilado los trozos y los han rociado con gasolina. Una locura. Hay cosas que no se pueden comprender.

—¿Has oído sus últimas palabras?

Salvador hizo una mueca con la boca.

—Yo estaba un poco retirado, pero creo que los ha mandado a todos a la mierda y los ha maldecido. Ya sabes... Pero creo que justo antes de que le disparasen, me ha reconocido y me ha mirado de una forma que me ha dado mucha pena.

—Padre. De todo esto, ni una palabra a Encarna. Yo se lo explicaré a mi

manera.

Salvador puso una mano sobre el hombro de su hijo. Llevaba un moratón en la cara, aunque no había perdido ninguna muela. Rafael respiró hondo antes de entrar en la cueva y sentarse junto a su esposa.

—Encarna, te tengo que explicar una cosa...

Jaén, 10 de febrero de 1941

Sí, el año 37 nació una rosa, pero se marchitaron muchas otras. Y todas fueron dejando su pequeña huella en el corazón del capitán.

De nada le sirvió esperar la llegada del coronel Galán. Como ya le había avisado su malogrado suegro, no era un aliado. Solo hacía falta ver quién era su asesor militar, su sombra; un enigmático militar soviético, conocido como coronel Kremen. Y aún peor, quién era su lugarteniente, el hombre que dejó en Guadix, junto a Cortés; el capitán Bailén.

Por suerte, él pudo partir pronto con su esposa e hija hacia Colomera, y alejarse de todo aquello. Al menos, por un tiempo.

Pero había recordado algo importante de su amigo Pikiki.

Ya era mediodía. El día once se acercaba inexorable. Las agujas del reloj no se detenían. Estaba tan ensimismado, que no oyó el aviso del guardia.

—Rafael —avisó Martínez—, te están llamando.

Entonces pareció despertar de un sueño muy profundo.

—Rafael Fernández, tienes visita —repitió de nuevo el vigilante.

«¡Antonio!», pensó él, levantándose algo agitado. Cogió sus cartas y se dirigió a la puerta. El guardia lo llevó a la misma sala o celda de visitas que la vez anterior.

—Rafael —dijo Antonio, acercándose a él para abrazarlo.

—Bueno, si nos vimos ayer —dijo Rafael, aunque apreció mucho el abrazo y se resistió a separarse de su amigo.

—Fue anteayer —le corrigió este.

Rafael se quedó pensativo.

«¿De verdad habían pasado dos días?».

—Ayer estuve en Guadix. Vi a Encarnita, está preciosa y muy grande. Mira.

Ambos se sentaron junto a la mesa de la sala. Antonio sacó de su bolsillo una pequeña foto de tamaño carné, donde se veía la cara de la niña. Rafael la cogió y al momento estalló en lágrimas. Nunca en su vida se había sentido tan vulnerable.

—Gracias, es lo mejor del mundo —balbuceó.

Antonio no supo qué decir, esperó a que dejase de gimotear.

—Lo siento —dijo Rafael al fin.

—No pasa nada. También traigo esto.

Antonio desplegó sobre la mesa el dibujo de la rosa.

—Pero no logro ver nada que pueda dar respuesta a mi pregunta. Estoy perdido —reconoció, desanimado.

Rafael se secó las lágrimas y miró el dibujo. Le trajo tantos recuerdos...

—Antonio, me he acordado de algo. Pikiki dibujó eso, pero no dijo que en la rosa estaba la solución, eso me lo imaginé yo. Sus palabras exactas fueron:

—Aquí se encuentra el secreto para controlar al monstruo... del átomo, o atómico, eso último no lo recuerdo muy bien.

—Básicamente, es lo mismo —meditó Antonio, encogiéndose de hombros.

—No, porque mientras lo decía, estaba agitando el lápiz que había usado. Yo pensaba que «aquí» se refería al dibujo, pero ahora creo que se refería al lápiz.

Rafael miró vacilante a su amigo antes de añadir:

—No sé si eso puede significar algo para ti.

Antonio frunció el ceño y volvió a mirar el dibujo. Entonces su rostro mutó y se transformó en una sonrisa.

—¡Este dibujo está hecho con un lápiz de grafito! ¡Eso es, la solución está en el grafito!

Rafael sonrió, aunque no entendía todavía cómo podía ser esa la solución.

Antonio se puso en pie, estaba agitado.

—El grafito es un tipo de carbón que puede controlar la reacción en cadena. Al principio se valoró su uso, pero todos lo desechamos, no parecía dar un buen resultado. Ahora todo el mundo está intentándolo con el agua pesada, sin ningún éxito.

Antonio cogió las manos de Rafael.

—¡Hay que volver al grafito! La doctora Meitner debió explicar eso a Emilio; que hay que usar grafito. Ese es el material correcto. Todo lo demás es perder el tiempo.

—Me alegro —dijo Rafael.

Antonio, más calmado, se sentó de nuevo y explicó en voz baja.

—Mira, esta guerra que se está librando en Europa puede acabar de tres formas: o ganan las ideas fascistas, o las comunistas, o ninguna de las dos. Y para que triunfe esta última opción, es necesario que el mundo libre tenga la bomba atómica antes que Hitler o Stalin.

—¿Eso es lo mejor para España?

—Sin duda. Por desgracia, en España sabemos lo que pueden hacer unos y otros. Franco no podrá mantener un régimen fascista en una Europa libre.

—Ojalá tengas razón, ojalá esto sirva para que mi niña viva en una España mejor. Mira, estas cartas son para mi familia, quiero que se las hagas llegar — dijo Rafael, entregándole sus últimas misivas.

—Háblame de ella —añadió.

Antonio habló a su amigo de la niña que había visto en Guadix. Aunque no le explicó que cuando su madre Encarnación le abrazó, y lo besó como si fuera uno de sus hijos, la pequeña niña de tres años le preguntó con los ojos muy abiertos si él era su padre y si venía a buscarla.

SÉPTIMA ROSA

Jaén, 11 de febrero de 1941

Había pasado la media noche, por lo tanto, ya era día once. Rafael sabía que esa noche no podría dormir. Las «salidas» las solían hacer al despuntar el alba. Volvió a observar en penumbra la nueva foto de su hija. La luz de la única bombilla de la celda era suficiente para devolverle los rasgos de su preciosa niñita. Estaba agradecido a su amigo por el regalo.

Le era imposible quitarse la espina que le corroía por dentro, la sensación de fallarle a su hija, de abandonarla. ¿Tuvo en algún momento la oportunidad de cambiar ese final? ¿Podría haber huido con su familia? Cuando acabó la guerra, la frontera francesa estaba a más de mil kilómetros. Mil kilómetros de territorio franquista. Imposible cruzarlo con una mujer y una niña de dos años. Quizás, él solo o con su hermano hubiese podido.

De nada servía lamentarse ahora. No quería hacerlo, ¿qué había dicho Pikiki una vez? «No pensemos en lo que hemos perdido, sino en lo que hemos ganado». ¿Qué había ganado él? ¿Qué tenía? ¿Unas horas de vida? No, tenía algo más, tenía a su familia, a su hija. Ellos iban a sobrevivir, le iban a recordar.

El sargento le había dicho que se pusiera a bien con Dios. ¿Tenía también eso? ¿Un alma que iría con Dios? Hasta hacía poco no había pensado mucho en ello, pero estos últimos días... ¿Qué era el alma? ¿Qué queda cuando el cuerpo desaparece? ¿Quedan los recuerdos, los sentimientos, los odios, los placeres, el cansancio, la tristeza, la risa, el llanto, la alegría...? Cuando decimos «yo», ¿cuánta parte de ese «yo» depende del cuerpo y cuánta del alma?

Una vez, una mujer le habló de eso. Sentados a la orilla del mar, la mujer de Dalí, le habló del alma inmortal. Ella creía en la reencarnación: todos somos reencarnaciones de almas que antes han habitado en otros seres. Pero cuando el alma abandona un cuerpo, deja en él todos los pecados, solo queda la esencia, que en cada reencarnación crece, se mejora y se renueva. Rafael no entendió a la mujer entonces, y no la entendía ahora.

Cerró los ojos y se imaginó la celda llena de pequeñas luces, cada luz era

el alma de uno de los presos. Estaban todos tan juntos, que las luces se mezclaban y confundían entre ellas, formando una especie de alma colectiva.

Se obligó a abrir los ojos, se estaba durmiendo y no quería hacerlo. Quería recordar el último año de libertad, en el 38 sabía que la guerra estaba perdida, quizás entonces podían haber huido, haberse alejado de aquel infierno. Pero decidió continuar, seguir luchando por la libertad de su gente, por Granada.

Martínez dormitaba a su lado, le había dicho que recordaba con cariño los días pasados en «Las Rosas». Él también los recordaba así, el motivo era que aquellos días, cuando ya la guerra estaba perdida, ellos decidieron hacer algo importante: algo que animó a los soldados y los alentó a seguir luchando por una causa justa.

Las Rosas, principios de 1938

Llegaron a Colomera en pleno invierno, cuando faltaban pocas semanas para el cambio de año. Allí instaló a su familia. Encarna todavía estaba muy afectada por la muerte de su padre y le prometió visitarla tantas veces como pudiera. De allí partió hacia el puesto de «Las Rosas», donde debía relevar al capitán Villas al frente de la compañía.

Una nieve escarchada cubría la cima, y el suelo crujía a cada paso que se daba. Se abrazó con sus hermanos y amigos, quienes ya estaban al tanto de las últimas noticias.

—¿Qué tal es Galán? El nuevo comandante —preguntó Paquillo.

—Militar de carrera, pero comunista convencido y defensor de Stalin a muerte —respondió, ecuánime.

—Otro enemigo de los libertarios —concluyó Paquillo.

—Un enemigo temible, sí. La revolución ya está perdida en Guadix, y en toda España. Miles de presos libertarios, como Maroto, llenan las cárceles republicanas.

—Lo importante es que en el frente —dijo su hermano Paco— ganemos la guerra. ¿Cuáles son tus órdenes?

Rafael negó con la cabeza.

—Resistir y mantener la línea del frente. No hay planes de avance.

Todos arrugaron la nariz. La inacción en el frente era frustrante para los hombres.

Rafael añadió:

—Según me explicó Cato antes de morir, ni siquiera tienen ya esperanza de ganar la guerra. El Gobierno, a través de Galán, quiere negociar una rendición con Queipo.

—¡O sea, que solo somos carne de cañón, moneda de cambio...!

La indignación de su hermano era compartida por el resto.

—Tranquilos, esos son sus planes; pero no son los míos —añadió Rafael con una media sonrisa en los labios, intentando infundir ánimos.

—Ya lo habíamos hablado con Villas antes de irme —añadió—, nuestra

misión será entrar en Granada. No como un ejército, sino de incógnito, traspasar sus líneas sin que se den cuenta, y allí crear una red de salvamento; una estructura para localizar a las víctimas y salvarlas de las garras de Queipo.

Hasta principios de año, la compañía de «Las Rosas» se dedicó a buscar caminos y senderos que, a través de las montañas, condujeran a Granada. Diseñaron rutas, con multitud de variantes y alternativas, en las que señalaron puntos de encuentro, acondicionaron viejos refugios de pastores y fijaron centinelas.

Rafael tuvo que pelear con intendencia para conseguir una remesa de ropas civiles, así como una mayor proporción de pistolas. Sus hombres no podrían pasar inadvertidos en la ciudad rebelde con un fusil a la espalda.

Hacia mediados de enero, estaba todo previsto. A través de un largo rodeo, tenían una ruta segura hasta las montañas del Albaicín. Entrar a la ciudad era posible, a partir de ahí, cualquier cosa podría suceder.

—En esta primera incursión, nuestra misión será establecer contacto. No vamos a hacer nada más que buscar alguna casa franca, o a posibles *granáinos* que nos puedan ayudar —explicó Rafael a sus hombres.

—Tenemos la lista con las direcciones y los nombres de antiguos camaradas que, en teoría, todavía están en la ciudad —dijo Antonio.

—Espero que alguno aún esté vivo —puntualizó Paco.

Esperaron a la noche para partir. Fue una larga caminata sobre la nieve de la sierra, en los puntos establecidos fueron dejando a los vigilantes, solo iban a entrar en la ciudad el capitán y tres hombres más: Paco, Paquillo y Juan.

Todo fue según lo previsto. El frío y la ventisca ayudaron a que los caminos estuviesen desiertos. Todavía no había amanecido, cuando alcanzaron las primeras casas del Albaicín. Aquel barrio obrero había sido siempre cuna de los movimientos libertarios de la ciudad y el mejor lugar para encontrar partidarios de la causa. También era el sector más vigilado por las milicias patriotas, que patrullaban Granada en busca de elementos «subversivos».

Caminaron en parejas para no despertar sospechas. La primera idea de Rafael era dirigirse a la casa de su primo Salvador, en aquel mismo barrio.

Salvador era hijo de un hermano de su padre, en la familia abundaba ese nombre de pila. Era un hombre mayor, con más de cuarenta, también del sector de la construcción, y en su tiempo, afiliado a la CNT. Contradiendo los malos augurios de Paco, sí estaba vivo y aún residía en la misma dirección.

Cuando el hombre abrió la puerta, Rafael vio una versión más joven de su propio padre.

—¿Paco, Rafael? —dijo, asombrado—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nos dejás entrar, Salvador —pidió Rafael.

Salvador vivía con su mujer y uno de sus hijos pequeños. Los mayores ya estaban casados. Ambos se encontraban en casa a esas tempranas horas. Les explicó sucintamente la situación.

Salvador los miró con gravedad.

—No sé si sois conscientes de la realidad que vivimos aquí —explicó—. Granada fue una de las primeras ciudades conquistadas por el movimiento nacional. El terror de los fusilamientos masivos del 36 ha quedado atrás, la gente intenta hacer una vida normal. Hace más de un año que no sufrimos bombardeos. Aquí ya vivimos en el nuevo régimen, en la nueva legalidad. La guerra ya se da por ganada. Y fíjate que digo «ganada». En Granada, oficialmente, todo el mundo es simpatizante del movimiento. Las afiliaciones a Falange se han multiplicado por mil este año. Granada es una ciudad patriótica, donde el nacional-catolicismo es el único pensamiento.

—No puede ser —dijo Rafael—. La guerra no ha terminado, todavía la podemos ganar. Debe quedar gente en Granada que todavía tenga esperanzas.

—Esa gente está en las cárceles. O enterrada en fosas alrededor del cementerio.

Salvador negó con la cabeza en actitud triste.

—Mira, yo y mi familia vamos cada día al comedor de Auxilio de Invierno, aquí, en San Gregorio Alto. Nos santiguamos, rezamos y damos gracias a Dios y a Francisco Franco por los alimentos. Comemos frente a dos grandes banderas de falange y la bandera nacional; la rojigualda con el águila de san Juan, la de los Reyes Católicos. Bueno, quiero decirte que estas cosas minan el espíritu de la gente, cuando te repiten continuamente que los rojos son demonios, y quién es el salvador de la patria... No sé explicarlo.

—Te entiendo. Debemos andar con mucho cuidado. ¿Has dicho que las

cárceles están llenas?

—Tan llenas que se han habilitado otros edificios; el hospital Real está a rebosar, hay presos en los calabozos del gobierno civil, en el palacio del Tello, donde están los requetés, en la plaza de toros, donde las milicias patriotas. En la comisaría de la calle Duquesa torturan a los detenidos durante días... A mí me dan mucha pena las mujeres presas en el convento de San Gregorio, que ahora es una cárcel también. Y no solo por ellas, sino por los niños que tienen que estar allí con sus madres, porque los maridos, casi todos, fueron fusilados en el 36.

Rafael cogió la mano de su primo, al que veía cada vez más afectado.

—Ahora existe una vía de escape para quien quiera salir de aquí. Mira, traigo una lista de posibles colaboradores, míratela y me comentas.

Salvador miró primero a su hijo pequeño, de trece años.

—Si os voy a ayudar, os tenéis que llevar a él y a mi Asunción a Guadix, con tus padres.

—Dalo por hecho.

Poco a poco, visitando uno a uno a los hombres indicados por Salvador, fueron tejiendo su red. Fotografiaron certificados, salvoconductos, cartillas de racionamiento... Cualquier documento que fuese necesario falsificar después, en «Las Rosas». Sin ellos, no era posible moverse por la ciudad.

Las primeras personas que sacaron fueron viudas con sus hijos. Mujeres que no podían soportar tener que ver cada día a sus violadores y a los asesinos de sus esposos, trabajar para ellos y agradecerles su caridad.

Rafael preguntó a todo el mundo por los *Cañita*, de Güejar, que era el apodo de los padres de la niña Rosa, pero sin éxito. Mientras tanto, sus hombres trabajaban cada noche en una evacuación clandestina, que traía al refugio de «Las Rosas» a cuatro o seis mujeres y niños, con sus caritas congeladas, pero sonrientes. Los refugiados eran enviados después a Guadix. De esta forma, la compañía recobró ánimos, los hombres trabajaban en equipo y cada día veían el fruto de sus esfuerzos.



Una noche, una de las mujeres rescatadas, respondió afirmativamente a su pregunta: sí conocía a los *Cañita*.

—Él está muerto, la mujer, Rosa, está en la cárcel, en el convento.

Desde el primer día, habían pensado en las mujeres de aquella cárcel. No era un lugar especialmente vigilado. Las mujeres, con niños y bebés a su cargo, no podían escapar, aunque las puertas estuviesen abiertas. Habían corrido la voz entre las reclusas; tenían una posibilidad; las que quisieran, pronto podrían escapar con sus hijos.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Rafael a sus compañeros.

Su plan era rescatar a un gran número en una sola noche. Una vez realizasen el asalto y desapareciesen las mujeres, sin duda la seguridad del centro se reforzaría, y no sería posible volver a ejecutar una acción similar.

Él mismo la iba a dirigir, no había vuelto a bajar desde aquel primer día, pero una operación tan importante no podía dejarla en otras manos. Era su responsabilidad.

Hizo una visita relámpago a Colomera para ver a sus «Encarnas», aunque no explicó nada de la misión a su mujer.

—Os quiero mucho —dijo. Ella volvía a ser una chica jovial y alegre.

—Ven aquí, esposo mío —exclamó, empujándole sobre el pequeño catre

que los amables ancianos habían colocado en su habitación.

Seis horas después, estaba de nuevo en Granada. Esta vez eran doce hombres armados. Durante todo el día estudiaron y repasaron el plan mil veces. En teoría no debía ser difícil reducir y amordazar al reducido grupo de guardias de la prisión, lo importante era que las mujeres estuviesen a punto y preparadas para huir.

En enero, a las seis anochece. Así que, a las seis y media de la tarde, los doce soldados de paisano entraron en el convento de San Gregorio. Según lo previsto, pudieron coger por sorpresa a los seis guardias de la prisión y desarmarlos sin disparar ni un tiro. Los encerraron en un pequeño cuarto cuya puerta barraron con unos tablones.

—¡Reunid a las mujeres! —ordenó el capitán—. Vosotros venid conmigo.

Paco, Paquillo y Juan le siguieron. En el convento también había una congregación de monjas que a esa hora debían estar en la oración de vísperas. Por seguridad, también las tenían que encerrar. Abrieron la puerta de la capilla, donde estaban reunidas. Las religiosas se asustaron al ver a los hombres armados.

—No teman, hermanas —dijo Rafael—. Solo las vamos a encerrar aquí mientras nosotros hacemos unas cosas.

—Rafael —advirtió su hermano—, faltan dos.

No se entretuvo en contar. Preguntó:

—¿Dónde están las dos que faltan?

Las mujeres los miraban con cara de espanto, ninguna dijo nada.

—Quédate aquí, Paco —ordenó a su hermano.

Él, Juan y Paquillo inspeccionaron el resto de las dependencias. Abrieron muchas puertas, encontraron la lavandería, la cocina, los baños... Pero las monjas no aparecían.

Paquillo entró en una habitación que resultó ser el despacho de la superiora. Allí estaban las dos monjas, una de ellas tenía el teléfono en las manos.

—¡Suelte ese teléfono, señora! —gritó Paquillo.

La mujer le miró horrorizada, pero no soltó el teléfono.

—Gobierno civil... —dijo por el aparato.

—¡Suéltelo! —volvió a gritar.

En el mismo momento que Rafael entró, sonó el disparo. La monja cayó al suelo, su compañera gritó histérica. Rafael corrió hacia ellas. Una mancha roja apareció en el hábito, a la altura del corazón. La mujer estaba muerta.

Rafael colgó el teléfono e intentó calmar a la otra mujer sin éxito. Estaba fuera de sí. Paquillo se quedó petrificado, comenzó a farfullar:

—No soltaba el teléfono...

Juan entró también en la habitación.

—Ocúpate de él —ordenó el capitán.

Cogió a la otra monja y se la llevó en volandas hasta la capilla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Paco, preocupado por el ruido del disparo.

—Cierra la puerta —se limitó a contestar Rafael.

—¿Y la otra monja?

—¡Cierra la puerta! —gritó su hermano.

Los cuatro fueron al patio del convento, donde las mujeres y los niños ya estaban a punto. Una de ellas se le acercó. Estaba demacrada, pero Rafael identificó los mismos ojos de la niña Rosa. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Señora Rosa? Su hija la está esperando en Guadix.

La mujer no llegó a hablar, solo se echó a llorar y gimotear en silencio. Rafael le acarició el rostro, donde solo tocó huesos.

—Pronto estará con ella.

Después se giró para dirigirse a todas las mujeres y a sus soldados.

—Tenemos una ruta de escape preparada, caminaremos en grupo, no se separen ni dejen de caminar.

Recorrieron varias callejas, en las que no esperaban toparse con los grupos de vigilancia patriótica y sus brazaletes blancos. En unos minutos llegaron sin contratiempos hasta el sendero rural que bordeaba el río Darro. Lejos de las luces de la ciudad.

A partir de allí debían caminar en fila india. Rafael se relajó un poco y observó al grupo: veintiuna mujeres y quince niños. Treinta y seis almas inocentes en sus manos.

Oyeron, lejanos, los silbatos de alarma. Habían descubierto la fuga. También habrían descubierto a la mujer muerta.

—Tenemos que ir más deprisa —dijo.

Ordenó a varios hombres coger en sus brazos a los niños pequeños para descargar a las mujeres y que pudieran caminar más rápido.

Al cabo de una hora, el ruido de los perseguidores se oía más cerca y podían ver el movimiento de sus linternas no demasiado lejos de ellos.

—Nos van a alcanzar —susurró Paco.

—No nos pueden ver.

—Tampoco vemos nosotros el camino. Las mujeres no lo conocen y pisan con miedo.

Rafael miró el cielo estrellado. La luna estaba escondida detrás de Sierra Nevada. De pronto, vio cómo el cielo comenzaba a brillar. Diferentes tonos rojizos empezaron a surcar el firmamento. Se extrañó, pues ni siquiera era medianoche y faltaban muchas horas para el amanecer.

En pocos segundos el firmamento tomó un tinte granate. La columna se detuvo, mujeres y hombres miraron atónitos el cielo. Torbellinos de luz se movían de forma caótica por la bóveda celeste, ofuscando las estrellas.

Rafael miró desconcertado a su hermano. Su rostro había adquirido un matiz fantasmal, irreal, bajo aquella luz extraña. Pero no solo su rostro, sino todo el paisaje. En ese momento el sendero era visible, estaba señalado por aquella luz fría enviada por el zodiaco.

Una de las mujeres exclamó eufórica:

—¡Dios nos muestra el camino! Nos quiere ayudar.

Otras mujeres le dieron la razón.

Rafael temió por un momento que alguien insinuara la idea contraria y mencionara al demonio, así que decidió afianzar esa idea, gritando:

—¡Señoras, estamos de suerte! La buenaventura está de nuestra parte. Podemos caminar sin miedo hacia la salvación.

Todos reanudaron la marcha. Sí que estaban de suerte, pues entre sus perseguidores, el fenómeno se tomó como un mal presagio, y acabó retrasando y despistando a los hombres.

Ellos no lo sabían, pero hacia el veinticinco de enero de 1938, el sol emitió una de las tormentas solares más potentes del siglo. Causando que las auroras boreales fuesen visibles en toda Europa. Corrieron ríos de

especulaciones e interpretaciones de las señales entre la población del continente, incluso se dijo que era la confirmación de las profecías de Fátima, y que una gran guerra estaba a punto de asolar a la humanidad.

Muchos interpretaron la tormenta de luz como una señal personal, enviada por Dios o por el destino. Rafael se acercó a Paquillo, que caminaba cabizbajo.

—No ha sido culpa tuya —dijo—, esas cosas pasan. Son los efectos colaterales de la guerra. Ella no dejaba el teléfono y tú tenías que decidir en un segundo. No le des más vueltas.

Paquillo no levantó la cabeza. Siguió caminado en silencio con la mirada fija en el suelo.

La noticia corrió como la pólvora entre las filas republicanas. Les comenzaron a llamar «Los niños de la noche», por las hileras de chiquillos que movían entre la oscuridad de la sierra. Eran pequeños triunfos en una guerra que se perdía.

Los meses siguientes se constituyeron, de forma espontánea en algunos casos y bajo el auspicio del Gobierno en otros, más grupos de guerrilleros que se internaban tras las líneas enemigas. Los llamaban *Hijos de la noche* y también cosecharon victorias sonadas, como la liberación, en mayo, de 308 soldados republicanos que estaban presos en un fuerte cerca de Motril.

El ánimo de la compañía se mantenía alto, pero las señales del desastre se dejaban ver en los suministros que recibían; en marzo ya no llegaban frutas ni verduras, solo alimentos enlatados, y las enfermedades comenzaron a hacer mella. También en marzo recibieron la noticia de que Maroto estaba libre.

—No va a luchar en el frente, se va a dedicar a temas más políticos; a defender a los grupos libertarios, que el Gobierno de Negrín trata como enemigos —explicó su hermano Antonio, tras regresar de unos días de permiso en Guadix.

—A ver si consigue que nos llegue algo de comida al frente —dijo Rafael—, el enemigo lo tiene fácil; nos vamos a morir de hambre.

—Pues en Guadix están igual, hay mucha escasez. Suerte que en casa tenemos el campo y los animales... Dicen que todo va al frente del Ebro, allí se están librando las batallas definitivas.

Rafael entendió mejor la gravedad del problema cuando llegó a Colomera donde Encarna le comentó en voz baja:

—Los ancianos no quieren el dinero.

Desde el primer día, Rafael había ofrecido una parte de su paga a la pareja que acogía a su esposa e hija. No era mucho, pero debía cubrir los gastos extra y las molestias.

—¿Y eso? —preguntó, extrañado.

—Dicen que el dinero republicano no sirve. No pueden comprar nada con él. Y el emitido en el año 37, como el que te dan a ti, es dinero rojo.

Encarna hizo una pausa para asegurarse de que no la oían.

—Si los nacionales te pillan con dinero rojo, te detienen y te encarcelan por colaborar con el enemigo.

Rafael pudo comprobar que era cierto. Nadie en Colomera, o en otros pueblos cercanos, a pesar de estar en el bando republicano, aceptaba esa moneda. Era simplemente papel mojado. Las transacciones se hacían mediante trueque, y él no tenía nada con qué comerciar.

—Trabajaré para ellos —dijo Encarna—, haré todo lo que pueda en la casa.

Rafael se quedó pensativo. Así estaban las cosas, ni tenían alimentos ni dinero para comprarlos. Lo único que podían hacer los soldados era trabajar para ganar con su esfuerzo lo necesario para subsistir. Pero, para eso, debían volver a sus casas y olvidarse de la guerra.

A principios de primavera, también descubrió otra cosa: los soldados tenían armas y les era muy fácil usarlas para robar lo que necesitasen. Por primera vez tuvo que arrestar a milicianos de su compañía y actuar con dureza. La camaradería que había reinado siempre entre sus hombres estaba desapareciendo.

Las noticias del frente del Ebro eran siempre negativas. Cada día se perdían batallas y el enemigo avanzaba. De todas formas, Rafael y el comandante Quesada se resistían a dejar el frente. Ya habían abandonado una vez «Las Rosas» y no querían volverlo a hacer. No mientras hubiese alguna esperanza.

Aguantaron hasta principios de verano. Franco había conquistado Castellón. Cataluña había quedado aislada y acorralada, solo era cuestión de días su invasión total. Quesada informó a Zulueta, el nuevo jefe de División, que la situación del batallón era insostenible y que se retiraban, replegándose hacia Baza y Guadix.

Varios de sus hombres le habían cogido el gusto a moverse y luchar libremente por la sierra. Entre ellos estaba, sorprendentemente, su amigo Paquillo, el hombre más urbano que había conocido nunca.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí, no tengo nada que hacer en Guadix. —Su voz había cambiado, como todo él, desde el incidente del convento. Tenía cierto matiz de tristeza y convicción al mismo tiempo—. Nos quedaremos en la sierra. Seguiremos con la lucha. Cuando matas por un ideal, también debes estar dispuesto a morir por él.

Rafael no discutió con su amigo ni con el resto de los hombres que también se quedaban. No los podía acusar de deserción, pues en realidad eran ellos los que huían del frente de batalla. Ni él ni Quesada pusieron objeciones. De hecho, volvían con muchas otras bajas causadas por enfermedades debidas a la deficiente alimentación. No importaba que algunos hombres decidieran echarse al monte.

Dijeron adiós para siempre a «Las Rosas» y, como un ejército derrotado por el hambre, volvieron a Guadix.

Guadix, finales de 1938

Si alguna imagen podía ilustrar el sentimiento de descalabro de aquellos días, era la imagen de Maroto caminando con muletas en el patio del hospital de Guadix.

—Caí del caballo —respondió a la pregunta obvia.

Rafael se sentó a su lado. El hombre estaba desmejorado. Gracias a sus gestiones, o simplemente, al devenir natural de los acontecimientos, las cosas estaban más calmadas en la retaguardia. El poder de los estalinistas había decaído y, con él, las persecuciones de los libertarios.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rafael.

Era el interrogante que se hacían todos. Una expresión de las miles de dudas que le abordaban constantemente. Qué iba a pasar, qué debían hacer, qué les aguardaba el futuro.

—En cuanto me recupere, partiré hacia Alicante. Ahora Franco está centrando su ofensiva en Levante. Vosotros debéis resistir aquí.

Se miraron durante un rato en silencio. Ambos sabían que a esas alturas poco podían hacer ya.

—Mira —explicó Maroto—. No vamos a ganar la guerra. Dios sabe que, si Franco hubiese accedido, el Gobierno ya habría firmado una rendición digna. Por eso debemos resistir. Ahora, el territorio a defender es pequeño, debería ser posible aguantar, hacerles ver que será necesaria una negociación. Es eso o morir, no tenemos más opciones.

—No vamos a resistir si seguimos luchando entre nosotros.

—Exacto. Por eso, una de las cosas que voy a plantear al Gobierno es una depuración de responsabilidades. Hay cosas que deben acabar.

Junto al banco del jardín, Maroto tenía una vieja y desgastada cartera de cuero, que golpeó con la mano derecha.

—Aquí llevo pruebas, pruebas de lo que algunos comunistas han estado haciendo. Estas personas deben ser castigadas. Para resistir juntos es necesario que haya paz y justicia entre nosotros.

Rafael pensó que ojalá llevase, entre sus papeles, las atrocidades

cometidas contra su suegro. Maroto le explicó:

—Nuestro excomandante, Galán, tiene bajo su protección a ese capitán Bailén, un tipo que nunca me ha caído bien. Pues tengo pruebas de que es un militar franquista, dedicado al contraespionaje. Cuando algunos de mis hombres lo descubrieron y lo denunciaron a Galán, sin saber que era su protegido, él mismo se ocupó de eliminarlos. Lo que ya es prueba más que suficiente para atestiguar su traición. Pero aún hay más.

Maroto le miró con el ceño fruncido y con cara de asco.

—Hace unos días me enteré de lo ocurrido en Turón, un pueblecito de las Alpujarras, estratégicamente situado entre Motril y Almería. Allí, teníamos a un grupo de hombres, todos cenetistas libertarios, no te hablo de milicianos, sino de colectivistas, trabajadores, gente del campo. Pues Galán envió a un pelotón al pueblo con una lista de ochenta nombres. *Quintacolumnistas* los llamaba. Traidores que colaboraban con Queipo. ¡El muy cabrón! ¡Sabía perfectamente lo que eran! Ochenta hombres, ochenta libertarios que llevó a la carretera y los asesinó vilmente, delante del resto del pueblo. ¿Te imaginas? A plena luz del día, buscándolos casa por casa y reuniéndolos a todos en la plaza. Hacerlos caminar hacia la carretera y allí masacrarlos con ráfagas de ametralladora. Las mujeres y los niños gritando horrorizados, todo lleno de sangre y cuerpos muertos, agonizantes, que se rematan de un tiro. Después, para esconder su crimen, los enterraron a todos en la cuneta y, aprovechando las obras de la carretera, los cubrieron con hormigón.

Maroto volvió a golpear su cartera.

—Tengo pruebas y testimonios. El Gobierno debe castigar esas atrocidades, no podemos luchar junto a gente de esa calaña.

—Te deseo suerte.

—Sí —respondió Maroto, y añadió:

—Siento lo de Cato.

—Gracias.

Se despidió del gran hombre, del libertador de Granada que nunca cumplió su objetivo. Fue la última vez que lo vio. Sus denuncias no sirvieron para nada y, como muchos otros, Maroto fue torturado y fusilado en el año 40.

Defender Guadix, y resistir, no fue tarea difícil, pues el enemigo no tenía

entre sus planes realizar un ataque estratégico en aquella parte de Andalucía.

Quizás fuera por entonces cuando tuvo alguna mínima posibilidad de dejarlo todo y huir, aunque eso significase cruzar campos de batalla y zonas enemigas. Pero cada vez que miraba a su esposa y a su hija, el corazón se le encogía y se sentía incapaz de salir a la fuga y abandonarlas.

Cortés se había trasladado a Baza, con el gobierno civil. Rafael agradeció no tener que tratar con él. El alcalde era una persona mucho más pacífica y consciente de la situación. Aunque Cortés también debía ser conocedor de la inminente derrota, pues —antes de acabar la guerra— huyó a África y vivió el resto de su vida ente Marruecos y Argelia con una falsa identidad.

El que sí se había quedado en Guadix, fue Genaro. Para entonces era un hombre libre, aunque muchos de sus compañeros seguían en los calabozos del obispado. Rafael sopesó volverlo a encarcelar, pero el alcalde le recomendó que no lo hiciera.

—En el pueblo no gustaría. Ahora tiene muchos amigos. La gente sabe que pronto se girarán las tornas y quieren estar a bien con él; por lo que pueda pasar.

Genaro lo evitaba. Solo una vez se cruzaron por casualidad. El hombre lo miró espantado, temía que, de un arrebato, el capitán rojo le pegase un tiro. Caminó deprisa para alejarse de él. Rafael lo observó mientras huía, de pie con la mirada fija en su enemigo, alimentando su miedo. Genaro no sabía que el capitán era incapaz de disparar a alguien a sangre fría.

El trabajo de su compañía se limitó a vigilar los alrededores y mantener seguras las carreteras de Baza y Almería; en definitiva, garantizar la comunicación con los centros de mandos y la cada vez más pequeña España republicana.

El invierno los pilló pegados a la radio, escuchando las noticias. Oyendo cómo Franco avanzaba por Cataluña hasta llegar a la misma frontera con Francia, cómo Madrid estaba completamente rodeado, y cómo se sitiaban las últimas capitales levantinas.

Allí donde entraban los ejércitos invasores, las masacres y los fusilamientos masivos se sucedían. En ningún lugar se conseguían rediciones humanitarias.

Por suerte, muchos españoles se pudieron refugiar en el país vecino, donde se habilitaron campos de refugiados. El presidente de la Generalidad, Companys, fue uno de ellos, aunque en el año 40 los nazis lo extraditaron, y pasó a engrosar las listas de fusilados por el franquismo.

En aquellos días, Hitler había comenzado a invadir los países limítrofes, Austria y Checoslovaquia, y amenazaba las fronteras francesas. Todos miraban con temor al norte y nadie se preocupaba por lo que sucedía en el sur.

Guadix, 29 de marzo de 1939

Habían pasado dos años y medio desde aquel lejano 18 de julio del 36. A Rafael se le antojaban dos siglos. Uno de los cuatro jinetes del apocalipsis, ese llamado *guerra*, avanzaba al galope sobre su caballo rojo hacia ellos.

Madrid había caído. Tras él, Albacete, Ciudad Real, Jaén, Murcia y Almería. Ya no existía un gobierno republicano ni un ejército: Negrín, Carrillo, la Pasionaria y muchos otros habían huido a Francia o a la URSS. Como el comandante Galán, quien estuvo sirviendo a Stalin y enviado, años después, a Cuba como asesor militar de un tal Fidel Castro, para organizar una revolución en la isla.

También huyó el jefe soviético de la NKVD, Alexander Orlov, a Estados Unidos, lejos de la ira de Stalin, y llevándose con él los sesenta mil dólares de la caja fuerte que había en las oficinas del servicio secreto ruso de Madrid. En América, escribió, años después, su biografía secreta.

El día 29 de marzo, solo en cuatro ciudades españolas ondeaba la bandera tricolor: Valencia, Alicante, Cartagena y Guadix.

—Habrá que bajar las banderas y llamar a Almería —dijo Juan.

Rafael no respondió enseguida. ¿Qué podían hacer, si no? Solo quedaba rendirse al comandante franquista que había entrado en Almería. También podían convertirse en una Numancia moderna y resistir hasta la muerte. Pero en Numancia murieron todos; incluidos mujeres y niños.

—Bájalas —dijo—. Iré a hablar con el alcalde para que haga la llamada.

Caminó despacio hasta el palacio episcopal. El ambiente tenso se respiraba en todas las calles del pueblo. Recordó las palabras de su primo Salvador: «Ahora todos somos simpatizantes franquistas». Estaba seguro de que muchos vecinos del pueblo recibirían entre vítores a las tropas nacionales; cualquier cosa para evitar la represión.

El alcalde lo recibió alicaído. Estaba desaliñado y sin afeitarse. No quedaban más autoridades en el pueblo. Todos habían huido, solo quedaban el viejo alcalde y el joven capitán.

—Debería arreglarse —dijo Rafael—, que no nos encuentren derrotados. El hombre le miró alzando una ceja.

—Esto es peor que una derrota, es una catástrofe. Deberías largarte, como los demás.

—¿A la sierra? ¿Para que nos cacen como animales salvajes?

Rafael pensó en su amigo Paquillo, y añadió:

—Eso sería como admitir que he hecho algo malo. No tengo nada que ocultar, siempre he cumplido la ley.

El alcalde soltó una carcajada y le dio un ataque de tos con el que casi se ahoga.

—¿Qué tendrá eso que ver! —exclamó al fin—. Haré la llamada, y que sea lo que Dios quiera.

Les dijeron que debían dejar todas las armas en el convento de La Concepción. Así lo hicieron y después volvió a su casa. No quería dejar sola a la familia cuando entrasen los soldados.

Su Encarnita ya tenía un año y medio y estaba correteando por el patio. Al ver a su padre avanzó con pasos rápidos hacia sus brazos. La cogió justo cuando ella perdía el equilibrio.

—¿Cómo corre mi niña! ¡Pronto no te podré pillar!

Ella rio dándole un beso.

—Cuéntame un cuento —le pidió. Cualquier ocasión era buena para ella.

—Vale, vale. ¿Quieres un cuento de dragones o de fantasmas?

Encarna salió al oírlo.

—No le cuentes historias de fantasmas a la niña, que es muy chica. ¿Cómo ha ido?

—¿De princesas! —exclamó la niña.

—Ya está hecho. Se ha acabado.

Encarna hizo una mueca de angustia.

—¿De princesas? ¿La princesa que cosía en su castillo y se pinchó?

Sus hermanos también salieron al patio y se sentaron en las sillas que siempre tenían allí.

—¿Cuándo vendrán? —preguntó Paco.

Rafael se encogió de hombros.

—Ven —dijo Encarna, cogiendo a su hija—, vamos a merendar, después papá te explicará el cuento.

—¡No te lo comas todo, eh! —dijo Rafael, volviéndola a besar.

—Vendrán cuando quieran —respondió al fin.

Todos se quedaron en silencio durante un rato. Era difícil verbalizar lo que ocurriría entonces. ¿Qué les iba a suceder? Aunque conocían lo ocurrido en otros lares.

No tardó en entrar dentro y contarle un cuento a su hija. El último cuento. Porque después de esa noche, no la volvería a ver en mucho tiempo.

Aquel mismo día, a las diez y media de la noche, entraron las tropas franquistas en Guadix. El 30 de marzo capitularon Valencia y Alicante; el 31, Cartagena. Y el uno de abril la radio emitió el último parte de guerra:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

El Generalísimo Franco

Burgos, 1.º de abril de 1939.

Jaén, 11 de febrero de 1941

Con los ojos cerrados, en el silencio de la celda, roto siempre por algunos o algún quejido de los otros presos, recordó cómo fue la entrada de las tropas franquistas en Guadix, a las órdenes del general Tamayo.

Registraron casa por casa, llevándose a hombres y niños a palos, hasta las cárceles improvisadas. Tuvieron que habilitar la fábrica azucarera de San Torcuato, junto a la estación, como prisión. El orgullo de la industria accitana se convirtió en centro de terror.

Cualquier vecino era acusado por rencillas personales o envidias que lo podían llevar al patíbulo sin redención. Según la conveniencia del militar de turno o del acusador de derechas.

Los que habían lisonjeado a Genaro aquellos últimos días, obtuvieron el más preciado premio: el perdón de sus vidas. Solo eran unas palabras: «Este ha sido fiel a la causa», o las contrarias, las que decidían una vida.

Muchos paisanos fueron torturados con saña. Uno de los verdugos se divertía cortando las partes viriles a los hombres. Muchos de ellos murieron desangrados, al no saber después cómo taponar las heridas. Otros, aún más desgraciados, sobrevivieron algún tiempo entre dolores e infecciones terribles.

No se realizaron juicios. Simplemente se llevaron en camiones a los detenidos hasta las tapias del cementerio y allí los fusilaron. Lo que Granada había sufrido en el 36, Guadix lo sufrió en el 39.

Él tuvo suerte, por su condición de capitán, el mando militar pidió instrucciones al gobernador de Granada. Mientras estas llegaron, solo lo mantuvieron preso, sin sufrir mayores vejaciones. Además, la única acusación que le podían hacer, *a priori*, era la de ser pariente del «malvado» Torcuato Franco.

Otros no tuvieron esa fortuna. La mayoría de sus amigos y compañeros fueron paseados hasta el cementerio. Incluidos el alcalde y su amigo Juan, al que arrancaron de sus brazos mientras le daba el último adiós. En la misma prisión, en otra sala, también encarcelaron a las mujeres. Eran menos, pero

sufrieron peores castigos, pues antes de acribillarlas frente a la tapia, fueron violadas repetidas veces. Entre ellas, supo después, que estuvieron su amiga Angelita y Adela, la camarera del café.

En total, asesinaron a más mil accitanos aquellos primeros días de represión, sin contar todos los que murieron después a causa de las heridas y las torturas recibidas.

El gobernador civil de Granada mandó trasladarlo a la capital. Aquella fue su última visita a la localidad, allí estuvo preso en la plaza de toros. Aquel coso en el que había vivido tantas emociones agradables, era ahora otro campo de miseria humana. De allí lo trasladaron a Burgos, sede el nuevo Gobierno y feudo de Franco.

—Consejo de guerra —susurró para él.

Estuvo más de un año encerrado en la prisión central de Burgos, esperando el juicio, y viendo cómo la muerte se cebaba con sus compañeros. Así pasó todo el año 40. Allí tuvo una visita. La única visita de su familia durante todo ese tiempo.

Se sintió entumecido y se levantó con cuidado para no despertar a Martínez.

«Fue una suerte encontrarlo aquí», pensó mientras se acercaba a la ventana.

Afuera todavía era noche cerrada y volvía a nevar. Su reloj marcaba las cuatro. Sacó la foto de su hija, se la veía más mayorcita que cuando lo visitaron en Burgos. ¡Qué grande la vio entonces también! Acababa de cumplir tres añitos y estaba hecha una mujercita. Tras las rejas, pudo ver a sus tres Encarnas. La pequeña iba primorosamente vestida, con dos preciosas trenzas del color del fuego.

—Solo dejan entrar a dos —informó su madre—, tu padre está fuera, y aún gracias que han dejado pasar a la niña.

Acarició a las mujeres a través de los barrotes. Encarna, vestida de riguroso negro y con el pelo recogido, estaba irreconocible. ¿Qué había sido de esa jovencita alegre, llena de energía, descarada y vivaz que quería comerse el mundo?

Su esposa besó sus manos. Lloraba, y susurró:

—Ay, mi Rafael... Ay...

Su madre parecía estar como siempre, quizás con más arrugas; con las primeras arrugas. Se agachó para ponerse a la altura de la niña.

—Es papá, cariño. ¿Te acuerdas de él?

Parecía tímida. Rafael se agachó y le dijo sonriente:

—Ven, Encarnita. Acércate.

Cuando se acercó, la abrazó y le susurró:

—Te quiero mucho, mi vida.

Ella pasó entre los barrotes. El guardia dio un paso hacia ellos, pero después se detuvo.

—Los niños no pueden pasar —se limitó a decir con voz átona.

Rafael la cogió en brazos.

—¿Te acuerdas de los cuentos que te contaba de pequeña?

Ella asintió.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —preguntó la niña.

—No lo sé. Pero podemos hacer una cosa, por las noches antes de dormir, cierras lo ojos y piensas en mí, yo haré lo mismo, y será como si estuviésemos juntos. Yo pienso en ti y tú en mí, ¿vale?

—¿Así? —dijo, cerrando los ojos.

El guardia dio dos pasos hacia ellos.

—Sí, así.

La besó y la devolvió con su madre.

—Cuida de ella —murmuró a su esposa.

—¿Cuándo tienes el juicio? Te tienen que dejar libre —balbuceó al fin Encarna.

—No lo sé. Aquí nadie sabe nada, pero no os preocupéis, estoy bien.

—Te hemos traído comida —dijo su madre—. Tanta como hemos podido, porque no sé cuándo conseguiremos volver.

—Gracias, madre. Tú ocúpate de que Encarnita no me extrañe, acuérdate de que la foto de «Las Rosas» es suya. Que no se olvide de que tiene un padre, aunque no pueda estar con ella.

Al fin, en enero del 41 llegó la vista. El tribunal militar lo acribilló a preguntas enfocadas a incriminar a otras personas; pero todos sus conocidos,

todos con los que había luchado, con los que había confraternizado, ya estaban muertos. No pudo nutrir con más carnaza al tribunal. La sentencia ni siquiera la tuvieron que discutir: «pena de muerte por rebelión militar».

Y a los pocos días lo enviaron a Jaén, lugar en el que le decretaron prisión incomunicada, a la espera de cumplir sentencia.

Estaba de pie frente a la ventana. En su mente, realidad y sueño se mezclaban. Veía a su hija, dormida en la habitación, en la cueva. Él estaba a los pies de su cama, observándola. No era exactamente él mismo, sino la imagen que su hija tenía de él. El recuerdo que ella se había formado. Era así porque aquel no era su sueño, sino el de su hija.

«Cierra los ojos y piensa en mí», le había dicho.

La niña sabía muy poco de su padre, apenas lo había conocido, pero al mismo tiempo lo sabía todo sobre él; porque llevaba con ella la esencia de su alma.

Rafael comprendió de pronto lo que aquella mujer rusa le había explicado sobre las reencarnaciones. Tenía gracia que su hija fuese la tercera Encarna. Sin duda, el destino le indicaba el camino. Ella era su reencarnación, en ella estaba su esencia; sin la contaminación de los odios, de las tristezas, de las equivocaciones pasadas. Un niño nace feliz, y no echa de menos recuerdos ni vivencias.

—Igualmente, deberíamos morir sin lamentar la pérdida del individuo —pensó—. El alma es inmortal, pero no inmutable; cambia, mejora con cada encarnación, y esa mejora persiste y se transmite. Las nuevas generaciones serán mejores, en sus genes llevarán grabado los errores de sus antepasados y los evitarán.

En su sueño, él se acerca a la niña dormida y besa su mejilla. Ella sonrío y susurra: «papá».

—La naturaleza es sabia, por eso nos hace mortales, para mantener pura nuestra esencia —se oyó decir a sí mismo.

Al fin, salió de su trance, de su duermevela, y vio que Martínez se había despertado.

—¿Qué dices? —preguntó este, somnoliento.

—Ya es la hora.

Su amigo tardó unos segundos en comprender. Cuando lo hizo se levantó como un resorte. Le miró con los ojos como platos.

Martínez no podía entender la incipiente sonrisa que se dibujaba en los labios del capitán.

—Joder —dijo el hombre.

Se acercó a él y le abrazó.

—Solo quiero irme en paz, amigo —susurró Rafael.

Cerró los ojos y notó en su interior esa paz. No era desesperación, ni miedo ni angustia... Su tiempo se había acabado. Empezaba el tiempo de otros. ¿Qué había ganado? Un alma más noble, más sabia, que ahora iba a dejar libre para que volase a otros corazones. Si Dios era la suma de todas las almas, entonces él volvía con Dios.

—Rafael Fernández. —Llamó la voz del sargento.

Todos los presos estaban ya en pie, en silencio. Aurelio también se acercó a él, compungido.

—Adiós, compañeros —dijo alto y claro, sin borrar la leve sonrisa de su cara, mientras se dirigía a la puerta.

—¡No te olvidaré nunca, mi capitán! —gritó Martínez con la voz rota.

Rafael, antes de desaparecer para siempre, le respondió:

—Lo sé, amigo, sé que la esencia de nuestra memoria no se olvidará.

El 11 de febrero de 1941, el capitán Rafael Fernández fue fusilado por el bando franquista a la edad de 26 años, frente a la tapia del cementerio de Jaén, y enterrado en una fosa común.

Y UN CLAVEL

Jaén, 11 de febrero de 2016

Aquel mes de febrero estaba siendo inusualmente cálido en toda España. «Es por el cambio climático», decían algunos.

Antes de llegar al cementerio, habían visto almendros completamente floridos. El aire en Jaén olía a primavera.

El antiguo camposanto de San Eufrasio estaba en un estado lamentable, fruto de una dejación incomprensible por parte de las administraciones andaluzas.

Encarnita y su hijo caminaron entre tumbas y suntuosos mausoleos hasta llegar al monumento a los represaliados de la Guerra Civil. Allí se había erigido una escultura rodeada por varias piezas de mármol, donde estaban grabados los nombres de miles de víctimas fusiladas por el régimen franquista después de la guerra. Eran numerosas las fosas comunes excavadas en los alrededores del cementerio.

Encarnita llevaba un clavel en la mano. Por primera vez se había podido acercar hasta Jaén. Junto al monumento había muchas flores, pero ninguna se había llevado expresamente en memoria de su padre.

La mujer, ya anciana, se arrodilló con esfuerzo ante el monumento. En silencio, habló con él, como lo había hecho tantas noches de niña, en la oscuridad de su alcoba, y alguna que otra vez de mayor.

Después, dejó el clavel bajo la escultura y miró las placas de mármol. La lista de nombres era interminable, toda una generación de jóvenes, como su padre, que lucharon por un ideal, con la ilusión de construir un mundo mejor, más justo y en el que la libertad no fuese un privilegio.

«Cuántas vidas truncadas, cuántas familias rotas, cuánto sufrimiento, para nada», pensó.

Su hijo, detrás de ella, grabó la escena con su móvil, y envió el video a su hija: la nieta de Encarnita.

Muy lejos de allí, en la residencia de ancianos, Encarna Franco estaba sentada en la sala de visitas del centro geriátrico, junto a su biznieta. La

adolescente tenía una *tablet* entre sus manos, que manejaba con habilidad.

—Mira, «Yaya grande», esta es la abuela, ¿la ves?

Encarna lo veía perfectamente. Veía cómo la mano de su hija depositaba una flor en la tumba de su Rafael. ¡Después de tanto tiempo! A la mujer le embargó una sensación de paz, a sus 96 años sentía cómo al fin se cerraban algunas heridas. Por su mente pasaron muchas imágenes de tiempos pasados, historias olvidadas, que su biznieta escuchaba con cara aburrida cuando las explicaba. ¡La niña era tan guapa!

La anciana sonreía mientras la joven le explicaba no sé qué de la *tablet*. Pero ella no la escuchaba, sus pensamientos estaban muy lejos.

—Ahora, ya me puedo morir —dijo a su biznieta, mientras una lágrima corría por su mejilla.

FIN

